



EL LABERINTO
DE *Aragón*

DIANA C. ACOSTA

De la escritora de ZÁCARI

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Agradezco...](#)

[Glosario de Términos](#)

[Contáctame](#)

© 2017 Maracaibo, Diana C. Acosta

Editado por Diana C. Acosta para CreateSpace.

Diseño de portada por Karolina García Rojo.

© de la imagen en portada, Pixabay

Maquetación y diseño interior por Karolina García Rojo

Karolina García hace parte del equipo de Bitación Creativos

www.facebook.com/bitacion/

Primera edición: junio 2017

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los personajes son ficticios, sin embargo, algunos de los lugares son reales y las situaciones que se viven en ellos son inventadas por la escritora. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo del titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

EL LABERINTO DE ARAGÓN

Diana C. Acosta

Prólogo

Josué estaba cansado, su espalda dolía al extremo y agradeció al mundo por haberle tocado el asiento de la ventanilla. Aquel avión era demasiado reconfortante. Quizás, la cosa que más confort le brindaba, tras los últimos terribles días que había pasado en Caracas.

Viajó en carretera hasta Mérida para tratar asuntos de trabajo, los cuales lo llevaron a realizar un viaje urgente a la capital del país, e intentar canalizar un préstamo con el banco donde tenía todas sus cuentas.

Las noticias no eran alentadoras. Las deudas aumentaban y se había quedado sin administrador. No sabía muy bien qué hacer. Estaba entre la espada y la pared. Pagar sueldos, mantener los galpones en buenas y adecuadas condiciones... Las ventas habían bajado sin medida y necesitaba generar capital lo más pronto posible. Necesitaba arreglar el estropicio económico en el cual había caído.

Se recostaba exhalando un suspiro para aliviar el dolor de espalda, cuando alguien se sentó a su lado.

— Ah... disculpe. Pensé que estaba durmiendo.

— No, tranquila. No suelo quedarme dormido antes de despegar— miró el rostro de aquella mujer, dándose cuenta que se trataba de una jovencita. Demasiado hermosa, por cierto.

La joven dama se acomodó en el asiento:

— ¿Cansado?

— Bastante— respondió Josué.

— Parece que vamos a compartir hilera. No estaremos demasiadas horas de vuelo aquí— rio dulcemente. —Pero no importa. Así que me presento...

La chica alzó su mano en cortesía. Josué le dio la suya:

— Josué Mendoza, mucho gusto.

— Dina... Dina Barboza— dijo sonriente. —Es un verdadero placer conocerlo. ¿Es usted de Maracaibo?

Él sonrió:

— Así es. Maracucho de mucha sepa.

Josué puso cara de circunstancias por decir aquello. Creyó que la joven no conocería ese tipo de dialecto. Pero al contrario de lo que él pensara, ella rio:

— Disculpe que me meta— ella soltó la mano y se acomodó de mejor forma, para mirarlo. — ¿Es usted pariente de los Mendoza de *Lácteos del Lago*?

Josué miró aquellos ojos oscuros y grandes, las pestañas levantadas y las cejas bien sacadas, sobre ese rostro blanco de porcelana. La joven era deslumbrante y muy bien educada. En otras circunstancias, no daría demasiada información sobre sí mismo. Pero la belleza que exudaba aquella mujer, le hizo recurrir a una excepción:

— Sí. De hecho...— él se acercó a ella de forma confidente y susurró: — Soy el dueño de la empresa.

Los ojos de la chica tomaron un brillo interesante. Josué solo veía su boca.

— Oh... wow. ¡Qué sorpresa! Entonces, ¿Viaja por trabajo?

— Efectivamente— respondió. —Y pues, acá estoy. Compartiendo asiento contigo.

Ella rio de forma coqueta y encantadora:

— No compartimos asiento, señor Josué. Solo la hilera.

La última palabra en la boca de Dina, le pareció a Josué un detalle muy sexy.

— ¿Y tú? ¿Viajas por... estudios? ¿Trabajo?

— Estudios— mintió ella. —La verdad, es que soy de Mérida y recién, me estoy mudando a Maracaibo.

Josué arrugó el entrecejo:

— ¿Mérida? ¿Y qué hacías en Caracas? Si se puede saber, disculpa mi intromisión.

— No, no se preocupe. Tiene el derecho de preguntar— volvió a reír. — Solo vine a Caracas a visitar a un amigo.

Él asintió y siguió observándola:

— ¿Y qué estudias?

— Pues, estaba pensando comenzar estudios de administración.

— Oh... ¿En serio? Tienes cara de artista, más que de ejecutiva.

Ella se ruborizó un poco:

— La verdad es que no sé... mi hermano me está convenciendo de estudiar eso. Es porque él ya está a punto de graduarse y anda encantado con la carrera.

—Mmm, ok. Pero no quieres estudiar administración— más que una pregunta, afirmó aquello.

Ella arrugó los labios en una media sonrisa y dijo que No con la cabeza. Antes de que Josué le preguntara por la carrera que en verdad ella quería estudiar, Dina habló:

—La verdad es que no es mi hermano. Es como mi medio hermano. Se crió conmigo y pues, vengo a vivir con él en Maracaibo. Y claro... hermano estudiando administración, amigos que estudian lo mismo— se echó a reír. A Josué le encantó ese lindo sonido. —Parece que estoy rodeada de números.

—Ah, ok. Muy bien— él se rio también.

—Y pues...— continuó ella —Ando también ayudando a un amigo de Mérida a que consiga trabajo aquí.

— Mmmm, un amigo... ¿íntimo? — preguntó Josué, guiñándole un ojo. Aquello hizo reír a chica. Entonces él la observó detenidamente. Bella, sexy, tierna y joven... y de paso, una casualidad que le hablara de todo eso.

— Yo necesito un administrador— dijo él.

Dina abrió los ojos, dejando entrever un deje de pena y sorpresa:

— ¿Es en serio? No... En serio.

— ¡En serio! — él se rio por la inocencia de la chica. Estaba encantado con ella. Se preguntó cuántos años tendría. —Toma— sacó de su camisa una pequeña tarjeta de presentación. —Puedes decirle a tu amigo que vaya para la empresa el lunes y mi asistente le hará una entrevista. Por supuesto, yo mismo hablaré con él. Me encantaría conocerlo.

Dina tomó la tarjeta y la observó con ansiedad. Luego, posó sus seductores ojos en él:

— Encantada. Y... muchas gracias, señor Josué.

Luego de evitar que Dina lo llamara "señor", el avión despegó y ya sobre la ciudad, siguieron conversando de algunas otras cosas. El vuelo duró lo de siempre, aproximadamente 45 minutos hasta Maracaibo. Al bajar del avión, Dina estaba a punto de despedirse cuando Josué la detuvo:

— ¿Tienes cómo irte a tu casa?

Dina miró la mano que la sujetaba ligeramente, para luego alzar la cara y sonreírle. Entendió que aquello era la antesala de una petición. Pero se hizo la inocente y dobló su cuello a un lado, a modo de pregunta.

— Te puedo llevar. Tengo el auto aparcado afuera. Y si no has comido, pues... Podemos hacerlo en el camino— sugirió Josué.

Ella esperó unos segundos antes de responder:

— Me encantaría.

Mendoza sonrió muy emocionado. ¡Comería con esa hermosura de chica! Sabía que era demasiado joven, mucho más que él. Pero las ganas de permanecer a su lado un poco más, eran enormes.

Entonces, caminaron juntos al estacionamiento.

Capítulo 1

Año 2000

Una dulce y extraña brisa acariciaba las olas oscuras del lago de Maracaibo, haciendo las veces de cura que aplacara el efecto caliente, que el radiante sol de la región había dejado sobre ellas, más temprano. Así, como el oleaje llegaba a la orilla, sereno y mimado por la reacción de la naturaleza, Canela se llenaba de aire los pulmones, en respiros y exhalaciones contundentes. Cada movimiento de su pecho al unísono con el agua, calmaban los nervios que intentaban abandonar su cuerpo, a esas horas de la noche.

¡Por fin se había casado! Aún no creía que a su edad, apenas 20 años, pudiera saborear la enorme alegría que significaba el darle el *Sí quiero* al hombre de su vida.

A las ocho en punto de la noche, los fuegos artificiales, las viejas campanas de la *Iglesia San Rafael*¹, el cura y un gran número de invitados, fueron testigos de la unión de Canela Mendoza y Romer Aragón. Y al salir disparados por la emoción de la ceremonia, terminaron brincando de entusiasmo hasta el *Hotel Del Lago*², para darse un banquete en toda regla.

Canela se había distanciado un poco de la fiesta para comprender su nueva vida. Lo necesitaba. Sentada en una piedra que daba pie a un cocotero, se estremeció al medir la felicidad que la embargaba. Una demasiado grande, tan enorme como el lago más famoso del país y tan larga como las costas venezolanas. Ella se había enamorado de Romer justo al verlo por primera vez. Pero jamás pudo imaginar que sería la mujer de ese hombre tan serio y hermoso, quien cargaba tanto peso en su interior.

Mientras pensaba en aquello —que la hacía sonreír aún más—, se removió un poco en la piedra y mirando hacia atrás comprobando que nadie la veía, se levantó el vestido de novia y sacó una cajetilla de cigarros y un yesquero de la

liga de su ropa interior. Toda una osadía cargar aquello debajo de aquel atuendo tan sagrado. Se agachó un poco intentando taparse con el tronco del árbol, para poder encender el cigarrillo. Una, dos, tres veces y nada que prendía. A la cuarta vez asomó la llama, pero el viento no dejó que durara y maldijo bajito por las casualidades que ocurren cuando alguien está desesperado. Con el soplado de la brisa justo cuando el yesquero había encendido, miró hacia el cielo y dejó en voz alta un reclamo en medio de la soledad:

— Ahora sí hay viento. ¡Ahora sí!

Tras varios intentos y casi ponerse como un caracol para poder prenderlo, el encendedor cedió a sus insistentes dedos y pudo aspirar el humo del tabaco, con más alivio que antes.

Más relajada, aspiró y exhaló el humo intentando apartar los sentimientos de angustia que la embargaban. Cerró los ojos para recordar todo lo que había sucedido hace unos meses atrás y de inmediato, sus dedos volaron hasta su mejilla izquierda, sobándola... como tanteando la zona. Aquel toque hizo que apretara los párpados. El eterno nudo en la garganta comenzaba a aparecer.

— ¡Prima!

Canela pegó un brinco que la hizo toser al escuchar la voz de Faustina, la hija de su tío Manuel Alberto.

—Pero bueno, *mírate*. Tan campante y ahí, fumarreando a escondidas.

— ¡Cállate, Faustina! — susurró fuerte, haciendo señas para que no hablara tan alto.

La jovencita puso los ojos en blanco:

— Mi alma, prima— dijo con su marcado dialecto marabino. —Pero si aquí nadie nos va a escuchar.

Faustina se acercó a trompicones hacia Canela para quitarle el cigarrillo:

— ¡Dame! ¡Dame un poquito de eso!

— ¿Qué? ¡¿Te volviste loca?! — exclamó Canela. —No me digas que comenzaste a fumar, carajita—. Faustina se reía altísimo y muy chillón. Una risa loca salía de su boca. —Shhhh silencio, Fau. ¡Te van a oír!

— ¡Tranquila, Canelita! Aquí no nos escuchan. Presta atención...— rodeó el pabellón de una oreja para escuchar algo a lo lejos. —La música está demasiado alta. ¡No nos escucha ni Dios! — volvía a reír. —No sé cómo a tío le permiten hacer estos parrandones en este hotel tan sifrino³— opinó, mirándose las uñas con exagerada tranquilidad.

Ahora quien reía era Canela, pero claro, jamás como su jovencísima prima.

— Allá está mami bailando como loca— continuó Faustina.

— ¿En serio? — Canela puso cara de circunstancias y se mordió una uña.
— ¿No estará molestando a Romer?

— Si supieras que no— Faustina intentó recordar la última vez que lo había visto en la fiesta, sin éxito. Siguió hablando sin prestarle demasiada atención a lo anterior. —Menos mal que mami no vistió de blanco, sino se cree la propia novia— la chica reía sin parar. —Y te juro que estuvimos a punto de regañarla para que no se colocara el amado *Carolina Herrera*⁴ que guarda en el closet como un tesoro. Quiere más ese vestido que a nosotros.

Ambas rieron por el comentario.

— Pero dime— siguió la prima de Canela. — ¿Por qué andas por aquí? Pronto comenzará la gaita y no me puedo creer que te la vayas a perder.

Canela respiró profundo y se giró de cara al lago, nuevamente. Se metió el cigarrillo a la boca. Acomodó el vestido para que el oleaje no mojara sus bordes, y exhaló el humo. El viento soplaba en aumento y de repente, desaceleraba; haciendo que ambas escucharan las notas de algunas canciones de la fiesta. El lugar donde Canela se había apartado, estaba retirado de la bullaranga y aun así, se podían escuchar las notas del teclado, los repiques del bajo salsero y las trompetas tan conocidas en aquel tipo de celebraciones.

Tras un corto silencio, Canela preguntó:

— ¿Crees que Romer y yo nos hemos precipitado?

La joven damita movió los labios:

— ¿Me lo preguntas a mí? Si solo tengo 15 años, ¿qué te puedo decir?

Canela exhaló por la nariz:

— Eres casi una adulta casi, Fausti. A veces me dejas con la boca abierta por las cosas que dices...— hizo una pausa. — ¡Y las que haces!

Faustina chasqueó la lengua y estiró la mano para quitarle de nuevo el cigarrillo. Canela le pegó un manotazo en el dorso.

— ¡¡¡Aaaay!!!

— ¡Que NO! — La novia se fumó una calada prohibiéndole a la menor, el consumo del tabaco. —Ajá, entonces pequeña Fau, ¿me vas a responder o vas a estar pendiente del cigarro?

La joven se sentó al lado de su prima en otra piedra, con cuidado de no arruinar su vestido color salmón y de no resbalar con los delicados zapatos que cargaba:

— Bueno, tengo que mencionar que no es mucho el tiempo que tienes conociendo a Romer. Es decir, no son demasiados los años, así como los que

Papá y Mamá duraron antes de casarse— ella batuqueaba los hombros. —Pero Aragón es bastante agradable, colaborador, profesional y buena persona— Canela sonrió al escuchar aquello.

— Además— continuó la adolescente, mirándose las uñas. —Tío Josué lo conoce muy bien. Él confía demasiado en tu esposo. Sino, juro que no hubiese dejado que te acercaras, ¿No es así? — dijo aquello dándole a su prima, pequeños codazos en el costado. Ésta reía y esperaba que Faustina siguiera su discurso. —Puede que sea precipitado. ¡No lo sé! Pero ese hombre te ama, Canelita.

La mencionada sonrió junto al rojo de su piel por el sentimiento que la recorría.

— Por cierto...— Faustina no sabía bien cómo preguntar. — ¿Ya estás preparada para... tu noche de bodas? — preguntó, bajando un poco la cabeza sin dejar de mirar a su prima.

Canela entrecerró los ojos y carraspeó la garganta:

— ¡Qué cosas preguntas!

Faustina bajó las cejas y se puso seria de golpe:

— Canela Mendoza, no soy tonta. Pero quisiera saber si ya tú y Aragón... ya sabes— hacía señas con las manos, introduciendo un dedo en un círculo.

La mencionada se puso roja como la punta del cigarro, sin poder evitarlo. Recordó tal cual acto mágico, cada uno de los momentos íntimos que había vivido hasta la fecha con su recién nombrado esposo. Apartando algunos momentos no tan deseados, comenzó a hacer muecas para dejar claro lo evidente. La pequeña Faustina giró el cuello y abrió la boca. Y con un jadeo de asombro, se lanzó de la nada hacia su prima, convirtiéndose en un pulpo de hule. El arrebató hizo que Canela se cayera espatarrada sobre la arena y el agua, y que las pequeñas piedras se chamuscaran con lo mojado.

— ¡¡¡Faustina!!!

— ¡Ay!

— ¡Mira lo que has hecho, Faustina!

— ¡Ay, Canelita! Discúlpame; disculpa, ¡disculpa! — gritaba intentando levantarla y haciendo mayor desastre con sus movimientos. —Es que... prima, tienes que contarme cómo es todo. Por favor... ¡Tienes que contarme! — enfatizaba la quinceañera, convirtiendo la voz en una ronca y exagerada petición, golpeándose las mejillas con las palmas.

— Pero, bueno. ¡Quítate de encima! — Canela batuqueó las manos como una tarita moribunda. —Me ensuciaste todo el vestido. ¡Mira cómo quedé!

Faustina retrocedió unos pasos y se tapó la boca al ver a Canela. Apretó los labios, se puso roja, arrugó la cara. Se estaba conteniendo con mucho esfuerzo, porque lo que la quinceañera quería... era reírse. Los carraspeos de su garganta la delataban.

Canela la señaló:

— ¡Ni se te ocurra! — Faustina lo intentaba. — No te rías o... ¡ya verás!

Pero a la más joven, nada la ayudó a ocultar su risa, que desaforó desde todo su ser y apoyándose con un pie para no caer de frente, la joven prima de Canela explotó como nunca delante de la otra, quien tenía medio vestido mojado, roto y lleno de barro.

— ¡Te dije que no te echaras a reír! — exclamó, Canela.

— Es que... — Faustina de verdad intentaba contenerse. — ¡No sé de dónde ha salido tanto barro!

— ¡Te voy a matar, Faustina!

Canela salió disparada hacia su prima quien a tirones, se quitó los zapatos, se recogió el vestido como pudo, y echó a correr a toda mecha por la playa.

— ¡Párate ahí, no seas cobarde!

— Tú eres la novia, primita. ¡No pierdas el glamur esta noche! ¡Ay!

Canela alcanzó un pedazo de tela y jaló a Faustina hasta tomarle el cuello con los brazos y enmarañarle el peinado aún más. La menor pegaba gritos y Canela ya reía a carcajadas por la cara de horror de la otra.

— ¡Déjame quieta, Canela! Por favor, por favor. ¡El peinado!

— ¡Mi vestido de novia!, querrás decir.

— Si sigues nos van a descubrir. ¡Ahora sí que nos van a descubrir! — exclamó Faustina para salvar su vida.

Canela se paró en seco con la respiración agitada, y se quedó observando cómo su prima se acomodaba los pelos. Al parecer, las palabras funcionaron.

— Fausti...

— ¡¿Qué?!

Canela señaló al área de piscinas, donde se festejaba la boda:

— Comenzó la gaita. Me deben estar buscando. ¡¿Qué coño voy a hacer con este vestido así?! — preguntó arrugando los labios.

Faustina miró a la fiesta y luego a Canela, pensando en una solución:

— Imagino que en la habitación tienes ropa. ¿Qué trajiste? — preguntó la menor.

— Pantalones, franelas, traje de baño... ¡Ah! Una muda de vestir. ¡Esa puede servirme! Pero, ¿cómo hago para pasar frente a Romer, papi, mami, tíos,

tu hermano... todos?

— Yo te ayudo, pero tenemos que movernos ¡ya! Romer se va a volver loco si no te encuentra. No te vas a perder la gaita, te lo prometo.

Mientras planeaban cómo poder pasar sin que nadie viera a Canela, comenzaron a caminar hacia el costado izquierdo de la piscina.

— Te pasaste, Faustina. ¡Mira cómo quedó el vestido!

— No era tan bonito, la verdad.

— ¿Qué...? — la tomó del brazo. — ¿Qué dices? Era precioso — afirmó, sacudiendo el barro pegado en la tela.

— No lo era y punto. Mira...— se detuvo — Te vas a quedar aquí, detrás de esta pared. Voy a buscar a un mesonero para que te deje pasar por los pasillos de conferencias.

— Me van a pillar toda embarrada...

— ¡Que no! Nadie te verá— explicó, dirigiéndose a la fiesta.

— ¡¿A dónde vas?!

— ¿Dónde están los mesoneros, Canela? ¡En la fiesta!

Canela respiró hondo, resignada:

— Ok. Está bien. Aquí te espero. ¡Y no te tardes! Estoy toda mojada; Me voy a resfriar el día de mi boda— se quejó.

Faustina abrió la boca para decir algo. Pero al final, preguntó:

— ¿Quién te manda irte a la playa en pleno rumbón? Todavía me debes la explicación del porqué lo hiciste, ¿eh? — le replicó moviendo un dedo exigente, mientras se alejaba para buscar ayuda.

Canela batucó una mano para no darle mayor importancia, y para que se diera prisa. La joven Faustina se acomodó el cabello y vio sus pies descalzos. Resopló con fastidio, pero se calmó al ver que el faldón le tapaba lo suficiente, y podía pasar un poco desapercibida...

— ¿Ya te quitaste los zapatos, Faustina?

Bueno, ella creía que pasaría totalmente desapercibida; pero se había olvidado de los ojos de águila que tenía su hermano. La muchacha giró los ojos; Carlos le había pillado a la primera.

— Cállate, Carlos. ¡Vete a bailar!

Carlos intentó sonreír. Observó a su hermana con un poco de alivio, cuando se mezcló con la masa de invitados. Supo que ella se percató de lo obvio: su tío Josué, el papá de Canela y el anfitrión de la ceremonia, estaba ya pasado de tragos junto a los demás, cantando gaita zuliana con una banda que a todo pulmón, versionaba la letra de la canción *La Retreta*⁵, del famoso grupo *Gran*

*Coquivacoa*⁶. Carlos intentó sonreír de nuevo, al ver cómo Faustina movía los hombros al son de la canción y siguió observando cómo después, caminó entre la gente que bailaba por cada rincón de las mesas.

La había encontrado antes de ir a buscar. La verdad, a quien quería ver era a Canela. Hablar con ella y alejarla de una realidad engorrosa. Una realidad que su prima había tenido frente a sus ojos al igual que él, pero que a tan solo unos minutos, él había descubierto. Justo en la boda.

Esa noche, se convertía en una muy vulnerable noche; preparada para dejar abierta algunas puertas peligrosas. Carlos no quería estar tan consciente de lo que cada pared de ese hotel encerraba. Conocía muchos secretos de su familia. Pero él participaba en el más relevante, que lo sometía a un estrés; visión de lo que en cuestión de minutos, podría cambiarlo todo.

Unos meses antes de aquella ceremonia, se había desligado casi por completo de una responsabilidad mezclada estrechamente a esa carga emocional que compartía con su mejor amigo. Pensó que las aguas estaban tranquilas. Que la boda estaría encerrada con candado para no dejar entrar a nadie que pudiera perjudicar la felicidad de los novios. Sin embargo, su cerebro captó lo contrario tan solo unos minutos antes de encontrar a Faustina. Antes de volverse loco buscando a Canela, su querida prima. Y antes de notar los pies descalzos de su hermana, las vio escondiéndose como locas detrás de las paredes que iniciaban los pasillos de conferencias. Carlos no podía dejar de pensar en la discusión que nunca imaginó que se desarrollaría en plena boda. Quizás estaba haciendo alarde de madurez, pero en aquel momento quería ser el protector de una de las mujeres que más amaba, más que en ningún otro momento. Gracias a esa discusión que se hizo realidad en los baños del restaurante cerrado, necesitaba saber dónde estaba Canela y al no encontrarla, fue en busca de su hermana. A quien tampoco pudo ver por ningún lado, y las palabras que tenía grabadas en el cerebro, le hicieron prácticamente correr a cualquier lugar donde podían estar aquellas dos. Nervioso, era la palabra correcta del estado de ánimo de Carlos.

Pero ya las chicas estaban en la fiesta de nuevo, aunque planeaban algo, era obvio. Cansado, se restregó los ojos. Se dirigía hacia la pared donde se encontraba Canela, pero su madre lo interrumpió.

Al llegar a la barra, Faustina llamó a un mesonero y le pidió que saliera detrás del gran mesón para susurrarle el favor:

— Necesito que me ayudes con una cosita...

El chico, quien se vislumbraba como alguien muy joven, parecía encantado con la idea de la nena hermosa de la familia, pidiéndole un favor. El empleado procedió a desligarse de sus tareas lo más rápido que pudo, y mientras emprendían camino al rescate de Canela, Fausti se fijó que entre los invitados más conocidos, Romer no se encontraba.

Era difícil poder saber dónde estaba; Más de sesenta invitados, gaita pululando en los parlantes del hotel y las bebidas que no paraban de servirse en las mesas. ¿A caso alguien tenía recuerdos de lo que celebraban? La señora Carmen, su madre, ya no estaba bailando y definitivamente, Romer no asomaba su cuerpo por ningún lado. Entonces, al pasar por el extremo derecho de la parranda, casi se tropieza con una muchacha de vestido negro muy escotado, quien llevaba cara de susto y lágrimas en las mejillas. Aquella mujer venía del restaurante cerrado, y su rumbo iba directo a la salida. Al segundo de Faustina ver aquello, pudo divisar la silueta de Romer, salir del mismo lugar de donde corrió la fémina de vestido negro. Ese rostro ovalado y perfilado a la vez, bien cuidado y lloroso, le trajo recuerdos que no pudo definir de inmediato. «¿Quién es ella?» se preguntó, pero no debía distraerse.

Entonces, se encogió de hombros y recordó porqué estaba apurada. ¡Canela seguía en aprietos y por su culpa! Así que aquel rescate, era más importante que cualquier otra cosa. Apuró el paso, agarró al joven camarero del brazo — poniéndolo nervioso— y ambos corretearon hacia el rincón donde se encontraba la novia.

Al cabo de unos minutos y sin tantos problemas, Canela pudo llegar a los asesores combatiendo las risas de Faustina; Y las que evitaba el propio mesonero, escuchando la historia del vestido de novia. Con cansancio más que rabia, la recién casada logró llegar al frente de su puerta:

— Un millón de gracias, pero solo a ti— señaló al mesonero. —Porque a ti...— movió un puño frente a la cara de Faustina. Y sin decir nada más, soltó la risa. —Váyanse ya. Muchas gracias por todo.

— No, yo te ayudo a cambiarte— se ofreció la prima.

— Que no, que estoy bien. Váyanse a bailar o... algo.

El camarero bajó la cabeza, con la cara enrojecida por la insinuación de ese "algo".

— No te vayas a tardar— pidió Faustina. —Tío ya está un poco...— explicó lo que no dijo, con una seña de su pulgar hacia la boca.

Canela resopló:

— Se pone terrible cuando bebe. Imagina hoy, ¡el día de mi boda! Y el hecho de que no me vea... Ay Dios, ¡debe estar preguntando por mí! Faustina, no le digas nada. Más bien, mantén al tanto a Romer de lo que hago y donde estoy.

— Ok.

— ¡Pero no le echés todo el cuento! Explícale que me cansé del vestido y los tacones.

Faustina detuvo todo movimiento y quedó mirando a la nada. Recordó haber visto al mencionado hace tan solo unos minutos.

— ¿Qué pasa? — preguntó Canela.

La prima sacudió la cabeza:

— ¡Nada! Ve a cambiarte.

— Pero ¿qué? ¿Qué dije?

Para cuando Canela preguntó, ya Faustina se había separado de ella, arrastrando al camarero:

— Primita, tengo mucha hambre. Y creo que van a sacar tequeños⁷ otra vez — dijo de forma cantarina.

— Los tequeños de queso que aquí preparan, son los mejores de la ciudad...

— Sí, sí. Eso— Faustina interrumpió las palabras del mesonero. Y cuando ya se iban, chocó contra el pecho de alguien...

— ¡Disculpe! — dijo ella. Un joven de casi treinta años, la miraba con las cejas un poco elevadas. — ¡Romer!

— Faustina— la voz gruesa y joven de Romer la asustó un poco. Él no se percató de aquello. Miró por encima de la quinceañera hasta dar con Canela y ensanchar sus ojos con lo que vio: a su mujer con el vestido de novia más dañado que jamás había visto:

— ¡¿Qué pasó?! — preguntó el recién llegado.

La novia respiró profundo e hizo una reverencia, tomando la desbaratada y sucia orilla del vestido:

— Heme aquí, esposo mío— dijo un poco sonriente y resignada. —Pero aun así, soy inocente de todo cargo— Soltó el vestido y levantó las manos a

modo de disculpa.

Los tres: el mesonero, Faustina y la novia, quedaron en silencio al ver a Romer detallando la falda llena de lodo, el escote marrón claro y casi amarillo por la arena, un costado del vestido desbaratado y los zapatos de tacón bajo, sucios; pero de un color que al menos aún evidenciaban que alguna vez fueron blanco perla. Entonces, caminó en silencio hacia Canela con paso firme, pero una voz lo interrumpió...

— Cani...— otro joven había llegado de forma rápida hacia el pasillo de habitaciones para encontrarse a todos con expresión de extrañeza. —Pero... ¿Qué le pasó a tu vestido, Canela?

La voz de Carlos llenando el pasillo, hizo que todos giraran las cabezas hacia él.

— Una larga historia— respondió la novia, resoplando con fastidio.

El hermano de Faustina se puso nervioso. De inmediato pensó en lo peor y miró fijamente a Romer:

— ¿Pasó algo malo?

Romer negó y con la mirada, le hizo señas a Carlos para que no siguiera preguntando. Que cerrara el pico. Que por favor, hiciera silencio.

— ¿Te caíste en la playa? — preguntó el esposo desviando la pregunta de Carlos, en una voz más alta de lo normal.

— Sí, yo la tumbé. Pero fue una tontería— explicó Faustina.

Carlos respiró de alivio, casi comete un error por los nervios.

— Debo cambiarme— dijo Canela. —Quiero tequeños y cantar gaita. Es decir, disfrutar de mi boda— Sonrió y se giró hacia los demás. —Váyanse ya. Nos vemos ahorita.

Romer miró a su amigo. Debía tranquilizarlo:

— Ahora bajamos— le dijo a Carlos, asintiendo una sola vez con la cabeza.

— Sí, Claro. ¡Cómo no! Ya me lo creí.

— ¡Faustina! — la regañó su hermano mientras se alejaban. — ¿Y tú quién eres? — le preguntó al mesonero.

Cuando los demás se fueron de allí, Romer se acercó a su esposa:

— Entra...— pidió suavemente abriendo la puerta de la habitación nupcial, pero sin abandonar del todo el semblante.

Canela era muy joven, pero no tonta. Y conocía ese tono de voz. Algo malo había pasado. Las locuras de la noche se colocaban en un segundo plano y tragó grueso imaginando qué podía ser. Lo miró fijo a los ojos y tocó debajo

de ellos, como si fuese a secar unas lágrimas. Era una caricia muy de ella, la cual él adoraba. Romer se dejó llevar, cerrando los ojos pero al abrirlos, alzó un brazo para indicarle que pasara a la suite.

Sin tanto protocolo, la novia entró. Y de inmediato, Canela percibió el olor a flores y vio el gran número de velas encendidas. ¿Qué era todo aquello? La habitación estaba cálida, pero ella quedó de hielo al contemplar cada cosa. Sus brazos quedaron lívidos al lado de sus caderas, y sintió la boca seca por mantenerla un poco abierta. Canela no movía un paso, su corazón se disparó por la emoción y no quitaba ojos de encima a la cama llena de pétalos blancos, rojos y amarillos. Los mismos, se derramaban sobre el piso, haciendo un camino hacia ambos.

— Venía a comprobar que todo estaba perfecto— mintió, él. —No pensé encontrarte aquí. Así no era como quería que...

Canela se giró de súbito y con su mirada, interrumpió las palabras de Romer. Lo miró fijamente con lágrimas en los ojos por la emoción. Abrió la boca para decir algo, pero solo salió de ella una palabra:

— Abrázame.

Romer era más alto y el cuarto estaba oscuro. Pero entre los destellos de las velas, Canela podía ver bien aquel rostro tan masculino, a pesar de los 27 años que tenía. Su pelo castaño bien cortado, aquellos labios finos y perfectos y sus ojos color marrón oscuro siempre seguros y ahora, atentos a cada movimiento, hicieron que Canela sintiera un ardor en el vientre y no aguantara más la espera.

Por su parte, Romer estaba impresionado. Ver a Canela en aquellas fachas, con su vestido de novia desbaratado y mugriento, le hacía ver más hermosa. Al igual que ella, la poca luz no fue impedimento para degustar el color castaño oscuro del cabello de su mujer. Un pelo largo y brillante, que ya no llevaba recogido. Su piel de un canela claro, como su nombre. Aquellos ojos marrones, la nariz respingona y los labios más sensuales que había visto jamás, fueron la distracción que su cabeza necesitaba en aquel momento.

«Mi mujer» Una frase que tomaba peso en la vida de Romer Aragón. Tanto era el peso de aquellas dos palabras juntas, que superaban su realidad.

Pensó en la idea de las flores. ¡Qué oportunas para distraerlo todo! Romer supo que Canela se había dado cuenta de algo, o por lo menos intuyó que alguna cosa mala había pasado. Y efectivamente, así era.

Hace ta solo un momento, la noche más importante de su vida estuvo a punto de quebrarse. Una mujer había irrumpido en la celebración para

arruinarlo todo. ¡No podía creer que lo hiciera! Una mujer que ambos conocían pero de forma obvia, Canela era la que sostenía menor información sobre ella. ¡Así que las flores resultaban perfectas! Y en respuesta a la petición que ella exigía con sus ojos llorosos, el recién casado Romer Aragón, se abalanzó a su mujer con todas las ganas que guardaba desde que la vio con el vestido vuelto nada. Desde que Josué se la entregó en el altar; desde que la saboreó con completo placer antes de pedirle matrimonio y quizás, aquel abrazo en esa habitación de hotel, aquel ímpetu amoroso, aquel arrebató de pasión venía más fuerte y con más intensidad, que la primera vez que la vio cuando aún ella era tan joven, sin poder evitar hacerla suya.

Hacerla su vida, su boleto a la felicidad. Y a la vez, sin él saberlo tan certeramente, el pasaje para acercarse, a sus propios tormentos.

Capítulo 2

Año 1998

Nadie suspiraba cuando se hablaba de la carretera *Lara-Zulia*⁸. Quizás los diseñadores de su estructura y toda empresa que se enriqueciera con su mantenimiento, podría ser tal vez, que suspiraran cuando se hablaba de ella. Pero la verdad es que, aquel que viva en este estado del occidente del país, sabe lo que significa recorrer la carretera que conecta los estados Zulia y Lara. Y todos sus habitantes conocen los beneficios al manejarla de día. También, al hacer un viaje completo que tomara el desvío hacia la carretera Panamericana⁹ —la cual conecta la ciudad de Mérida con Maracaibo—, se recomendaba iniciarlo en la madrugada, para así agarrar de lleno el amanecer, ir fresquecitos con un café y empeñarse en disfrutar del paisaje.

Romer Aragón, quien había nacido en Maracaibo, comenzó a recorrer la *Lara-Zulia* y la *Panamericana* desde los 18 años, cuando se convirtió casi sin quererlo, en el distribuidor de fresas que se cosechaban en la granja donde trabajaba Fedra Sofía, su madre.

La granja quedaba en el estado Mérida, por lo que el mismo Romer tuvo que mudarse desde muy joven. Cuando comenzó a estudiar y trabajar con el jefe de su progenitora, salía siempre de madrugada luego de tomarse una gran taza de café y fumarse un cigarrito. En cada ocasión, llevaba un pan francés con jamón y queso para calmar el hambre, antes de pararse en alguno de los tarantines de las famosas carreteras, y engullir una succulenta arepa¹⁰ de carne mechada. Estos viajes se hicieron rutina. Y le sirvieron para pagar sus estudios de Administración, hasta cambiar, luego de cinco años de carrera, el motivo de sus viajes.

Aragón logró graduarse a los 22 años de edad. Fue entonces cuando su hermana de crianza le regaló una tarjeta de presentación, que pertenecía a la

empresa venezolana, *Lácteos del Lago*¹¹, quienes buscaban pasantes en su área. Luego de aquello, no tardó en dar un salto de Mérida a Maracaibo, cuando después de entregar la postulación de pasantías y ser aceptado, comenzara a trabajar para el dueño de la empresa, el señor Josué Alberto Mendoza.

Ahora, tres años después, uno de sus roles era viajar constantemente. Rol y pasión, sobre todo al hacerlo sobre ruedas; porque ¡le encantaba! El joven, quien ya tenía los 25 años cumplidos, debía visitar las sucursales de la empresa, las cuales estaban dispersas por todo el territorio nacional. Mientras le era posible, montaba en su camioneta y se trasladaba de nuevo por aquel asfalto dudoso y casi eterno, para asistir a reuniones y a las inspecciones administrativas que su jefe le había dejado a cargo. Porque, como pareciera imposible contarlo: ¡Romer había conseguido un importante asenso! Y eso es un logro altanero y extraño. ¿Conservar el puesto luego de las pasantías? Eso no ocurría casi nunca. Pero su suerte estaba echada. Así que desde aquella edad temprana, Romer Aragón se convirtió en el Administrador fijo y principal de la empresa, cambiando su rutina de vida, de viajes y de todo lo demás. Todo esto gracias a la confianza que Josué, el dueño, decidió tenerle.

Justo al entrar como pasante, el muchacho había descubierto una serie de irregularidades administrativas. Salvó la compañía de una gran estafa que se desarrollaba bajo las garras astutas del administrador suplente; un sujeto quien precisamente, había sido traído desde la ciudad andina de Mérida para que desempeñara aquel cargo importante. El llamado "Merideño", estuvo a punto de arruinar a la familia Mendoza. Josué, tras despedir a su empleado menos fiel y darle el cargo vacante al muchachito nuevo y casi graduado, se percató de varias cualidades que dejaba ver el joven Romer durante los negocios: duro, sensato, persistente, incansable, veraz, elocuente y determinado. Todas esas palabras resumían la esencia de Aragón; por lo menos, la que le interesaba conocer el dueño de la empresa. Aun así, existía una palabra más que, muy bien podría parecer algo normal para alguien tan joven y bueno en lo que hacía; pero la misma, traía consigo un trasfondo que no muchos conocían. Esa era: Ambición.

En los diccionarios de utilidad académica, la palabra *Ambición* rezaba términos referentes al Dinero y el Poder. Pero Romer extrapolaba todas esas letras juntas, multiplicadas por cien. Desde un modo ligero, por mucho que se le conociera dentro del ejercicio, jamás nadie podría notar el grado de ambición que éste tenía. Y de forma increíble, casi nadie se preguntaba:

¿Cómo había logrado tanto? O por lo menos, muy pocos podían responder aquello. Dato interesante para quienes sí lo conocían bien. Porque, el quedar como invisible ante tanto "plan de superación", era peligroso.

Entonces, ¿Qué tenía Romer Aragón a sus 25 años? ¿Qué bienes o patrimonios encerraba la lista de sus posesiones? Esas preguntas eran importantes, porque eran las únicas que todos podían responder.

Para Noviembre del año 1998, el hombre ya poseía una camioneta *Chevrolet Silverado* del año, un sencillo pero hermoso apartamento en la avenida *5 de Julio*, un sueldo triplicado y que casi no gastaba, gracias a los privilegios de la empresa... todo eso, conservando su libertad casi intacta y esclareciendo que a su edad, los jóvenes en Venezuela estaban netamente dedicados a vivir la vida de recién graduados.

Él era claramente, una excepción.

A las 9:00 de la mañana de un día de viaje y trabajo, Romer se acercaba al estacionamiento de una gran mole de concreto con portones gigantes color blanco. Un galpón donde la empresa guardaba los camiones que distribuían los rubros ya procesados, y en el cual, también se ubicaba el complejo administrativo principal de Maracaibo. Una mezcla entre lo industrial y opulento. Quien visitara las instalaciones, podía divisar un cúmulo de actividad laboral junto al sencillo y a la vez, elegante centro de operaciones de *Lácteos del Lago*. Hombres en braga y mujeres con trajes enjutos, eran las pintas de todos los que allí trabajaban.

Romer esa mañana iba vestido de camisa, chaqueta, jean y botas de seguridad. Sin abandonar jamás su característica de Empresario, pero tampoco siendo demasiado ostentoso. Aragón usaba trajes de etiqueta cuando la ocasión lo ameritaba. Pero la mayor parte del tiempo, se cubría con prendas cómodas, que lo hacían ver joven y responsable. Y aprovechaba para usar aquellas prendas con el motivo de no asfixiarse de calor. Lo que era una lidia para cualquier marabino.

El vigilante vio llegar la *Silverado*¹² y se apresuró a mover el cono anaranjado que impedía a otros vehículos, ocupar el puesto habitual del Administrador de la empresa:

— ¡Buenos días, jefe! — saludó con un gesto de cabeza, el encargado de la garita principal.

— ¡Ajá! Cuidando el patrimonio— se rio Romer. Se bajó de la camioneta y se acercó para darle unas palmadas en la espalda al vigilante y ofrecerle su

mano. En ellos, existía una buena camaradería. —José, ¿Por casualidad, viste llegar a...?

A punto de preguntar por un compañero de trabajo, quien llegaría con unos contratistas, un frenazo impaciente los exaltó de repente, haciendo que girasen el cuerpo para ver de quién se trataba. Sin nada de tiempo que perder, José y Romer, con ojos como platos, vieron a una joven dejar un carro color plateado de una forma muy mal estacionada, para luego, salir a paso violento del vehículo y dirigirse a la puerta principal de las oficinas.

— ¡Señorita! Debe mover el...

— ¡No tengo tiempo, José! ¡Lo siento! — gritó la chica, lanzándole las llaves del automóvil, al asombrado vigilante de la mañana.

Romer quedó quieto, literalmente. Sus cejas se arrugaron en desconcierto por la osada forma de entrar de la joven, y sin pensarlo dos veces, salió tras ella:

— ¡Espere! ¡No puede entrar así! — exclamó Romer.

— ¡¿Esto por qué está cerrado?! — la chica sacudía el picaporte de la puerta, como si intentara escapar de una escena de horror.

— ¡Espérese un momento! — exhaló el hombre.

La muchacha no volteaba, y tampoco dejaba de moverse de forma apurada y ansiosa; hasta que alguien del otro lado abrió de repente, haciéndola inclinarse hacia delante:

— Oh— exclamó la persona que había abierto la puerta. — Ah. Señorita, es usted. ¿Cómo está...?

— ¡¿Dónde está el señor Mendoza?! — preguntó la joven.

Romer se acercó a su espalda. Le tocó el hombro pero la chica se sacudió para que no la volviera a tocar.

— ¡¿Dónde está Josué Mendoza?! — continuó gritando la recién llegada.

La mujer que abrió la puerta, estupefacta por la reacción de la muchacha, solo pudo levantar un brazo e indicarle el camino a la oficina del dueño de la empresa.

— ¡¿Qué haces?! — gruñó Romer al ver que Mercedes, su secretaria, dejó pasar sin más, a aquella maleducada.

— ¡Romer! Llegaste pronto del viaje...— dijo la secretaria en un medio susurro y con caras de circunstancias. Luego, comenzó a balbucear muletillas, mientras Aragón intentaba perseguir a la chica. —Romer...— intentó convencerlo. — ¡No vayas! No hace falta. Ella es...

— ¡¿Cómo dices? ¿Que no vaya? — el administrador cruzó una mirada dura

con su asistente. No podía creer que Mercedes le impidiera una sola cosa. Así que, separándose de ella, se dirigió escaleras arriba; donde se suponía que ya se encontraba el dueño de aquellas oficinas.

Rápido, Aragón subió los escalones, siguiendo el sonido de los tacones femeninos sobre el suelo metálico de acero inoxidable, generando un ruido estrambótico por todo el edificio. Algunas personas asomaban su cara para ver la escena, y justo después que lo hacían, salían despavoridos del sitio. Si los demás detuvieran sus movimientos, incluidos los de Romer, podrían escuchar el gruñido fúrico de la chica.

— ¡Señor Aragón! — Mercedes corría tras él.

El joven no quitaba ojos de encima a la veloz figura que se acercaba a la puerta que decía, "Dirección".

— ¡Hey, Epa! Señorita, no puede entrar allí...— seguía exigiendo el hombre.

— ¡Señor Aragón...! — Llamaba nuevamente la impaciente Mercedes, dejando el tuteo de lado, ya que se encontraban frente a los demás empleados.

— ¡¿Qué pasa?! — reclamó el director al ver entrar a la chica.

Y como un terremoto, la muchacha luego de abrir la puerta, la cerró en las narices de Romer, envalentonando más su rabia. Una que no pensaba tener a esas horas de la mañana. El administrador alzó los brazos en puños, pero se detuvo en seco al escuchar un grito desde el interior de la oficina:

— ¡¡¡ *¿Por qué hiciste eso, papá?!!!*

«¿Papá?» se preguntó mentalmente. Poniendo los ojos como dos huevos fritos y quedándose de la misma manera, Romer detuvo toda intención primaria y lentamente, mientras se desencadenaba una pelea nada normal en el interior de la estancia, se giró hacia Mercedes. La secretaria llegaba sin aliento:

— Señor Romer...— ella intentaba respirar. —Ella es la hija de Mendoza.

— ¿Cómo? ¿La hija? — el joven estaba desconcertado.

— Sí. Y la única que podría llegar aquí de ese modo.

— Ya va, espera...— Romer deshizo los puños y puso los brazos en jarras.

— ¿La hija? ¿Ella no estaba en...?

Mercedes asintió:

— Llegó ayer— corroboró ella.

— *Acabo de llegar ¡¡¡ ¿y ya me quieres enviar al otro lado del mundo?!!!*

— *Te calmas o te largas ya de aquí. ¡Estás armando un escándalo!*

— *¡No me voy a calmar! Es injusto, papá.*

— *¡Te vas calmando de una buena vez! Y deja que te explique...*

— *No quiero ninguna explicación. Es simple: no voy a salir de nuevo del país. ¡No me voy a ir a ningún lado!*

Mercedes, Romer y cuanta persona se acercara, podían escuchar los gritos de padre e hija.

— *¿Pero qué carajo le pasa a esa niña?* — preguntó Aragón en un susurro.

Mercedes respiró hondo:

— *Ella es así. Por eso la dejé pasar de una vez...*

— *Te vas a donde yo diga, ¡y punto!*

— *¡Me quieres fuera de la casa! Ya soy mayor de edad y puedo estar donde yo quiera...*

— *No te quiero fuera de la casa... Es más chica, si no dejas de gritar, ¡llamo a Karlina y que te ponga en el primer avión!*

— *Karlina, Karlina. ¡¡¡Karlina!!! Siempre con tus amenazas. Si quieres que me vaya de la casa, ¡me iré y ya está! Pero no voy a cursar otros de tus cursos de idiomas. Y si viene tu secretaria, ¡no le haré caso!*

— *Cálmate, Canela. Te lo advierto...*

— *¡No me calmo! Ten en cuenta de una vez, Mendoza, que si insistes en enviarme nuevamente fuera de Venezuela, me iré de la casa. Y no quiero que me vayas a buscar llorando después para que regrese.*

— *¿Ahora me estás amenazando tú, niña impertinente?*

— *Ya no soy una niña. Tenlo en cuenta. ¡Que no se te olvide!*

— *Voy a llamar a tu madre para ver si te comportas igual de grosera con ella.*

— *¡No hace falta! Voy ahora mismo a hablar con mamá. ¡Permiso!*

Ambos afuera, Mercedes y Aragón, adivinando que abrirían la puerta en ese momento, se quedaron en vilo esperando por alguna escena tan desagradable como la discusión de la que sin querer, estaban siendo testigos. Mercedes abrió los ojos como descubriendo que podían expandirse un poco más y Romer se volteó nuevamente hacia la puerta. No iba a meterse en la oficina, ¡pero algo debía hacer!

— *¡No se te ocurra gritarle a tu madre!*

— *¡Déjame en paz! Si quieres comprar un pasaje de avión, cómpraselo a Karlina. Que la tienes explotada de trabajo.*

Romer se echó para atrás en un segundo y en otro, sintió en su cara una corriente de aire proveniente de la violenta manera en que fue abierta la

puerta. Como si alguna secuela de aquel despelote no pudiese ser evitada, la hija del Señor Mendoza chocó con un cuerpo alto y demasiado cercano al tropezar de forma torpe, cayendo de bruces hacia Romer, quien por inercia la sostuvo para que ella, no se desplomara toda.

— ¡Shit! — exclamó la joven en inglés, intentando apartarse de aquel obstáculo humano.

Romer la tomó de la cintura y la aferró a su cuerpo, pero nada más allá de querer enderezarla.

— ¡Suélteme! — volvió a exclamar.

Romer estaba enredado. Quería enderezarla, pero ella no dejaba de moverse.

— Imbécil. ¿Me suelta o qué?

— ¡CANELA! — gritó su padre.

Romer cerró los ojos y apretó la mandíbula. Odiaba a la gente grosera. No había ninguna justificación para ello. Pero sin querer y pensando que era imposible, le llegó un olor dulzón que le hizo abrir los ojos de inmediato e inclinar la cabeza. Esa rabia al escuchar el insulto, se disipó tan solo un segundo al ser testigo de las formas delicadas del rostro de la jovencita. Pero ese segundo dio paso nuevamente a la ira y la soltó de inmediato. La joven se tambaleó por el empujón nada delicado del hombre, y arrugó completamente la cara. Mercedes se tapó la boca con ambas manos por las formas en las que se trataban. Y Mendoza salió velozmente detrás de su escritorio.

Ya para ese momento, Romer estaba preparado para defenderse, y con una suave pero tensa voz, preguntó:

— ¿A quién llamaste imbécil?

Canela se detuvo por fin al escuchar aquella voz gruesa y joven; Y se fijó en aquel troglodita que le impedía salir del cubículo de su progenitor. Subiendo el rostro para mirarlo, separó los labios un poco sin percatarse. Aquel hombre, quien la miraba con rabia y desparpajo le hizo darse cuenta de la molestia causada. No había visto antes unos ojos tan oscuros y sinceros...

El rincón quedó en silencio. Romer se dio cuenta de que la muchacha quería decir algo. Así que no la dejaría excusarse:

— ¿A quién le dices imbécil? — repitió el hombre.

— Aragón...— pronunció Mendoza, carraspeando la garganta. —perdona a mi hija. Canela, ¡pide disculpas!

— Eh...— ella no podía hablar. No podía soltar nada coherente.

— Canela...— su padre se acercó a ellos y abrió más la puerta. Con los

brazos cruzados en el pecho, dijo: —Te presento a Romer Aragón. El Administrador de *Lácteos del Lago*.

La chica emitió un quejido y su rostro se puso de un rojo escarlata¹³. Bajó la mirada y puso cara de circunstancias. Y aquello, calmó a Romer de inmediato.

— Yo...— Canela miró detrás de Romer para darse cuenta de la presencia de Mercedes. Esta última movió la cabeza, alentándola a que dijera algo. — Disculpe. Yo... Disculpe— susurró.

— ¿Cómo dices? — preguntó Romer inclinando la cabeza y arrugando la nariz, que apuntaba hacia el rostro de la chica. Luego, se irguió con una sonrisa de medio lado:

— Josué... creo que a tu hija, los ratones le comieron la lengua.

Mendoza y Mercedes se echaron a reír.

— ¿Los ratones? Me vas a perdonar, Romer...— opinó el padre de Canela. —pero creo que fueron gavilanes.

Mercedes evitó reírse por más tiempo haciendo un sonido extraño con la garganta. Mendoza en cambio, no se resistió y siguió desfogándose. Canela giró el cuello hacia su padre con los labios arrugados y los ojos bien abiertos, para mostrar la rabia y la pena.

— Ajá... ¿Te vas a disculpar? — preguntó el director, mirándola fijamente.

— ¡Señorita, señorita! — todos escucharon la voz de José, el vigilante, acercarse por los pasillos. —Ya acomodé su carro. Aquí tiene la llave...— pronunció sin aliento.

Canela pasó por un lado de Romer y atravesó la puerta, mordiéndose la comisura de sus labios:

— Gracias, José. Y disculpa lo de antes.

Romer abrió la boca en desconcierto y emitió una sola exhalación. ¿Se disculpaba con el vigilante pero con él, No?

— Canela Sofía, dile algo a Romer y luego, te vas para la casa ya mismo.

Su hija respiró hondo para desacelerar su instinto asesino. Habría pedido disculpas y hasta se habría ido de allí, si no fuese por la extraña energía que le generaba aquel hombre tan altanero. El tragar grueso y enderezarse del todo, le dio tiempo a pensar en lo increíblemente guapo que era el administrador de la empresa. Que, a esas alturas, no había visto nunca. Se preguntó desde cuándo tendría el puesto en la compañía.

— Quiero disculparme con usted, señor...

— Aragón. Romer... El Imbécil— completó él mismo.

Como Mercedes no quería desatar la risa a pesar de que el jefe mayor sí lo hacía, se devolvió a su sitio de trabajo.

Canela se aclaró la garganta:

— Perdone por haberlo llamado de esa forma, señor.

— Aragón.

— Aragón— repitió la joven.

— Romer— dijo su padre.

— ¡Romer!— repitió la joven con los dientes apretados. —Disculpe, señor Romer Aragón— soltó, con una sonrisa falsa.

— Ahora, vete a casa y compórtate— demandó el dueño de la empresa.

Un solo suspiro era lo que ella necesitaba. Y tras tomarse su tiempo, se alejó de aquellos dos, sabiendo que se burlaban de ella. Pero antes de cruzar hacia la izquierda para bajar las escaleras, giró su cuello tan solo unos segundos por morbosa curiosidad. Antes de aquello, Romer seguía con la mirada el cuerpo de la muchacha; detallando el caminar y el taconeo. Mirando con mejor detalle el jean oscuro pegado al trasero y la tela gris de la chaqueta sin mangas, que ondeaba con cada paso que la muchachita daba; cuando sin querer medirlo, se encontró con unas flechas débiles y curiosas que salían de aquellos ojos marrón oscuro. A Romer por alguna razón, aquello no le gustó. Frunció el ceño y apartó la mirada cuando ella por fin, bajó por las escaleras.

Mendoza dejó salir un largo resoplido después de acomodarse en su asiento:

— Juro que esa muchacha acabará con mi vida.

Romer se sentaba en una de las sillas ubicadas frente al escritorio. Movié las cejas como diciendo "parece complicado". Sacó su celular y lo puso sobre la mesa.

— Ha crecido demasiado, Josué. Si no la escucho llamarte "papá", nunca me habría imaginado que era tu hija. Las fotos que me mostraste son viejas o el tiempo pasa volando. ¿Cuándo llegó?

— Ayer— negó con la cabeza.

Romer asintió, recordando que Mercedes ya se lo había contado. Entonces, Josué alzó las palmas al frente como para detener una obviedad:

— Sé que puede parecer algo terrible lo que voy a decir. Pero quiero que se vaya. Es demasiado rebelde para esta tierra de locos. Y entre los nervios de su madre y los míos, prefiero que se mantenga alejada.

Romer supo entonces a lo que se refería. Su cara tomó otras facciones.

Unas más serias:

— ¿Cuándo te vas a buscar un escolta?

— ¿Otra vez, muchacho? ¡Que no hace falta! Tampoco es para exagerar.

— ¿Entonces por qué la quieres fuera del país? — Josué clavó su mirada en él. — Una vez no...— continuó Romer. Se mojó los labios preparándose para la reprimenda. — ¡Dos veces te han robado! Sin contar la mega estafa que te estaban clavando dentro de la empresa. No vamos a contar eso, porque lo resolvimos rápido. Pero todavía te estás recuperando del desastre en los galpones de Mérida. Y apenas hace unos meses, vienes a tener vehículo nuevo después de que te jodieran el anterior. Debes tener un escolta y ahora con más razón— dijo, señalando hacia la puerta.

Josué respiró hondo. Obvió parte de lo que Romer estaba diciendo, para seguir hablando de Canela:

— ¿Por qué la quiero lejos de aquí? ¿No la viste? Es una niña con el cuerpo de mujer. ¡No sé liderar con eso!

Romer movió la cabeza imperceptiblemente, intentando no afirmar eso último:

— ¿Cuántos años tiene?

— Dieciocho años— respondió Josué. —Los acaba de cumplir, ahora en agosto— Mendoza negaba con la cabeza. —Parece mentira, pero ya es mayor. Y pareciera que a esa edad, accionaran un suiche en los muchachos que les hace ser más contestones y altaneros.

— Es normal que sea rebelde. Es hija tuya— dijo Romer, sonriendo.

Mendoza compartió la sonrisa:

— Nada que ver, muchacho. Yo no tengo nada de culpa en las locuras que hace mi hija.

— Bueno, lo que tú digas. Y exactamente, disculpa que me meta... ¿por qué discutían?

El señor suspiró de nuevo resignado a contarle a su mejor empleado, la situación que amenazaba con ser un cáncer:

— Porque no quiere irse del país... otra vez— Alzó las manos. —Me lo imaginaba, pero no sé por qué no la vi venir. Llegó ayer. ¡Ayer! La bienvenida fue color de rosa hasta que... hasta que le dije: ¡Sorpresa! ¡Te vas para Suiza! — se inclinó hacia delante en su silla. — Cualquiera jovencita de su edad saltaría de alegría con ese regalo. ¿Por qué ella no puede ser como todas? ¡¿Por qué?! — tomó un bolígrafo, lo batucó en su mano y lo soltó de inmediato. —No cualquiera se va a Suiza así nada más, de la noche a la

mañana y menos a estudiar; y lo más engorroso y terrible para estos padres que somos Nereida y Yo: ¡A vivir sola! La verdad, es que no entiendo. ¡No entiendo! — Romer se reía. —Y ¿quién le explica algo a esa chiquilla? ¿Quién? ¿Quién la convence? ¿Su madre? ¡Jm! Se iría primero Nereida que Canela.

— ¿Se iría primero? — preguntó Romer, extrañado. Al ver que Josué no le respondió, siguió opinando. —Bueno, me dijiste que acaba de llegar. De Nueva York, ¿no? Creo que ya ha tenido mucho.

— Sí. Supongo.

— ¿Cuánto tiempo estuvo viviendo allá? ¿Un año?

— Sí— Mendoza lo miró serio. —Un año, sola.

Aragón alzó las cejas por el dato:

— Josué... ¿Sola? ¿En serio?

Mendoza suspiró y asintió.

— Bueno, ella ha crecido— continuó Romer. —Y en vez de emanciparse completamente, viene y se enclaustra en tu casa y decide quedarse con ustedes. Yo creo que debes contarle lo que pasa, Josué. Porque si se queda, que es lo más seguro, le vas a tener que poner un escolta. Si no te cuidas tú, entonces invierte el dinero del viaje al que ella no irá, en una buena agencia de seguridad.

Mendoza se quedó pensativo, mirando al joven de tan solo 25 años. Un consejo bueno, muy bueno. Lo que le faltaba a Josué, era palmearle la cabeza para elogiar su discurso. Pero no dijo nada más. Lo pensaría, como pensaba cada cosa que Romer le recomendaba.

— Por cierto...— preguntó el administrador. — ¿Ya llegó Carlos con los proveedores?

— No— respondió Mendoza saliendo de su burbuja. Miró el reloj: — ¿¿Dónde está ese muchacho?!

— ¡Dios mío! ¡Qué bueno está esto! — batucó las caderas una preciosa mujer de pelo algo corto y castaño, con la melodía de *Corona*¹⁴ y su *Rhythm Of The Night*¹⁵ —No conocía esa canción. ¡Es espectacular!

— ¡¿No conocías esa canción?! — quien había dicho eso, miró hacia abajo y vio que la mujer no estaba haciendo su trabajo. — ¡Vamos pues! Dale rápido...

— Es que no puedo hacerlo rápido, Carlos. Te calmas...

— ¡¿Qué me calme? ¡¿Qué me calme?! Mira la hora, Dina...

Ella soltó una risa ahogada:

— Culpa total de Romer, que no te llamó temprano.

— ¡Claro que no lo hizo! Cada vez que viaja, siempre llega primero que todos y no sé cómo. Hace que los demás parezcamos impuntuales— dijo el hombre, riendo.

— Es que... eres un impuntual.

— Cállate. Dame, dame un poquito...

Dina esnifó algo de forma teatral sobre la encimera del baño y lentamente, subió la cabeza acercando su boca a la de Carlos, para darle desde esa cavidad mojada y revoltosa, un poco del sabor de lo que había probado hace unos minutos. Una cosa a la cual ella llamaba "desayuno":

— ¿Te gusta? — preguntó la fémica.

— Esa salió buena. ¿Dónde la compraste?

— Del mismo lugar de siempre y de la misma forma— informó Dina, encogiéndose de hombros.

— Sí, claro... ¡Hey! ¿Vas a terminar de hacerme la corbata o no?

— Ya deja el drama, Carlos. Yo sé que vas tarde, pero ahora te aguantas— Dina desató la corbata nuevamente y recordando por fin cómo se hacía, la armó en segundos. — ¡Ya!

Carlos arrugó los labios hacia abajo y alzando las cejas, se miró en el espejo:

— ¿Ya? — preguntó, moviendo el cuello mientras se acomodaba el nudo.

— Sí. Listo. Vete—. Dina sacudió las manos y se dirigió a la sala, para manipular el equipo de sonido con intención de repetir la canción. —Ahhhh, ¡me encanta!

— Bájale volumen a eso, Dina. Aquí los vecinos se quejan.

Ella chasqueó la lengua con fastidio. Carlos negó con la cabeza y salió de prisa del apartamento de la mujer. Luego caminó, o mejor dicho, trotó y hasta

corrió... hacia el estacionamiento, revisando el celular y sacando las llaves del carro:

— Este pedazo de maricón no me ha llamado. ¡Yo sabía!

Carlos Mendoza era el sobrino de Josué, y el encargado de todos y cada uno de los proveedores de la empresa que su tío manejaba. Josué no quería desde un principio que su gran negocio, se convirtiera en una "empresa familiar". Pero tuvo que reconocer que Carlos era bueno en lo que hacía. Exceptuando la impuntualidad, lo extravagante y lo mujeriego, Carlos era muy buen negociador; el magnate mayor y veraz de los contratos de compra y venta. Aún era muy joven, pero destilaba un futuro brillante y ¿qué mejor para Josué, que probarlo en la empresa que permitía una buena vida para su familia?

Carlos se montó en el vehículo y se dirigió a toda prisa hasta el galpón de su tío, sorteando el incomprensible tráfico de noviembre. Mientras manejaba, alzó el *StarTac*¹⁷ y marcó el discado de búsqueda rápida:

— ¡Hijo de la gran...!

— *Hola Carlucho. Me alegra mucho saber de ti.*

— ¡Me ibas a llamar! Me ibas a llamar y conste que me debes una buena.

— *Comienza por saludar, Carlos...*— dijo la voz al otro lado. —*Luego llega, tómate un café... Josué te está esperando.*

Carlos se mojó los labios con rabia:

— ¡Espérame afuera que te voy a dar tu merecido!

— *¿Todavía te quedan energías?*

— Cállate y... ¡Mierda! ¡¡Bruto!!! — Le gritó al chofer de un colectivo, que había frenado de repente— Romer se reía al otro lado de la línea. — ¿Ya llegaron los proveedores?

— *Sí. Tienen una hora aquí*— respondió el administrador.

— ¡¿Qué?! — con esa información, el sobrino de Josué luego de otras malas palabras dichas en susurros, aceleró un poco más. En menos de 15 minutos, Carlos le lanzaba las llaves al vigilante, quien puso los ojos en blanco; «Este no es mi día» pensó el encargado de la garita.

— Buenos días, Carlos— saludó la recepcionista de forma melosa. La cual también acababa de llegar.

— ¡Llegas tarde! — le dijo el joven sorprendiéndola. No sabía ese dato, pero le constaba que la chica, siempre llegaba tarde. Aquella se puso roja y desvió la mirada. Total, ya Carlos subía las escaleras a toda prisa.

— ¡Muchacho! — dijo Josué nada más verlo entrar en su oficina. —El hecho de que seas mi sobrino, no te da derecho a...

— ¡Que llegues taaaarde! — repitió el mantra de casi todos los días. —Ya tío, ya lo sé...— Carlos escaneó el interior de la oficina y se encontró con Romer mirándolo con una expresión de sarcasmo. Pero luego, no vio a nadie más. El sobrino arrugó la cara, se acercó a la puerta, revisó la parte externa de ésta y volvió a entrar:

— ¿Dónde están los proveedores?

— No han llegado— informó Josué con fastidio.

— ¿Qué...? — Carlos clavó la mirada en su amigo y entrecerró los ojos. Aquel se encogió de hombros.

— Le pedí a Romer que te dijera eso— informó su tío, riéndose. —Lo siento. No me dejas otra opción. ¡Siéntate!

Carlos obedeció a su tío lentamente, sin quitarle la mirada a Romer quien no ocultaba su sonrisa.

— ¿Hablaste con tu padre? — preguntó Josué.

— Sí. Anoche—. Carlos respondió y suspiró. Romer pensó que últimamente, los hombres Mendoza suspiraban demasiado. —Todo bajo control en Mérida.

El jefe mayor se recostó en su asiento y juntó la yema de los dedos, mirando fijamente el retrato que tenía en su mesa. Era una hermosa fotografía de su esposa y su hija. Carlos desvió la mirada hacia su tío, intrigado por el repentino silencio:

— ¿Qué pasa? — Miró el reloj. — ¿Hubo problemas con el contrato? ¿Por qué no han llegado?

— Mercedes se está comunicando con ellos— dijo Romer. Y como Josué no los miraba, se giró un poco hacia Carlos y le señaló con la boca, el portarretrato que miraba su tío.

El sobrino arrugó el entrecejo:

— ¿Qué pasó, tío? No me gustan las malas noticias.

Otro suspiro afloró un segundo después de la pregunta de su sobrino. Esta vez, más exagerado que los anteriores:

— Llegó Canela.

Carlos abrió la boca y dejó aflorar una sonrisa muy genuina, al escuchar el nombre de su prima:

— ¿Cuándo llegó? — preguntó con una voz algo baja.

— Ayer— contestó Romer, adelantándose a Josué y cambiando la

expresión. Por alguna razón que desconocía, le extrañó aquella sonrisa en su amigo.

Carlos lo miró un segundo pero luego se concentró en la fotografía. La había tomado para mirarla:

— Aquí sale preciosa— susurró casi para sí mismo.

Romer se inclinó hacia delante queriendo verla él también. ¿Por qué no había visto antes aquella foto, si era tan detallista?

— Tienes que convencerla para que salga del país— dijo Josué dirigiéndose a su sobrino.

— ¿Salir del país? ¿Qué? ¿Otra vez? ¡¿Por qué?!

Romer estaba intrigado. Su mirada se desviaba entre el marco que Carlos devolvió al escritorio y su amigo.

— ¿No sabes lo peligrosa que es esta ciudad? — respondió el Director con otra pregunta.

Carlos se mordió un carrillo pensando en la respuesta. Los robos, la delincuencia... Canela. Agarraba el hilo que su tío estaba lanzando:

— ¿No se quiere ir? ¿Qué dijo? — preguntó el joven sobrino.

— Créeme que no se quiere ir — explicó Romer.

Carlos pegó los labios y lo miró, arrugando las cejas y con el cuerpo en tensión:

— ¿La conoces?

Ambos jóvenes se miraron seriamente por un instante, hasta que el jefe rompió el momento:

— Canela vino gritando por todo esto como una grosera, Carlos— dijo su tío, restregándose los párpados con los dedos. —Debo llamar a Nereida. Creo que si muero de un infarto, mi esposa no sobrevivirá por mucho tiempo. Tengo que prevenirla o que se muera conmigo.

Carlos estaba casi congelado por la información que le daban. Sonriendo, regresó la mirada a Josué al imaginarse la pelea de su prima:

— Tío, no creo que la vaya a convencer— opinó.

— ¡La tengo que sacar del país!

— Pero si acaba de llegar...

— ¡No me importa! Ya le pagué el curso. ¡Que se vaya!

— Pero...— Carlos abandonó de tajo la sonrisa. ¿Qué estaba pasando allí? Se quedó un momento en silencio hasta que una alarma se encendió en su interior. — ¡Suelta!

Su tío quedó de piedra al escuchar su exigencia. Romer se había levantado

y estaba recostado a una ventana que se ubicaba al lado izquierdo de la oficina. Intentaba ver desde otro plano, la conversación de los dos Mendoza.

— Suelta de una vez lo que no quieres contar, tío.

Josué sintió que el pequeño espacio alrededor, se reducía. Así que salió detrás del escritorio y se dirigió a un filtro de agua para serenarse. Romer al ver aquello, se descruzó de brazos y se puso alerta.

— ¿Me podrías responder, por favor? — pidió el sobrino con un deje de alteración.

Josué tomó agua para aclarar las ideas. Quería mentir o por lo menos, suavizar sus propios nervios. Pero nada iba a detener el engranaje colectivo que comenzaba a funcionar en esa oficina:

— Hace una semana...— comenzó a cantar el tío, haciendo que Romer despegara su espalda de la pared y prestara mucha atención. —enviaron algo a la casa.

— ¿Qué enviaron? — Carlos respiraba fuerte.

— Unas fotos de Canela—. Los demás, abrieron los ojos de par en par.

Carlos mezcló sus facciones con un apretón de mandíbula.

— Hey, hey, hey. ¡Pero, ya va! Espérense un momentico. No son recientes. Son muy viejas— explicó Josué.

Romer arrugó la cara con desconfianza y decidió meterse en la conversación:

— No te entiendo— dijo él.

— Es una tontería— Josué se estiraba el cuello de la camisa y su rostro daba pantallazos de incomodidad. —Alguien burlándose, me imagino. Si la estuviesen vigilando, enviarían fotografías recientes, ¿no?

Carlos se ponía las manos en la cara muy lentamente, mientras maldecía en su cabeza. ¿Qué le pasaba a su tío Josué? ¿A caso era tan inocente que sus súbditos tienen que estarlo protegiendo constantemente?

— ¿Cuándo fue que te llegaron esas fotos? ¡Quiero verlas! — exigió Carlos.

— Ya las boté...

— ¿Qué?

— Si las veía Nereida, mínimo me hacía llamar al ejército.

Romer se acercó hasta su amigo y puso una mano en su hombro:

— Cálmate Carlos— se dirigió hasta su jefe. —Josué. Hacer eso no fue muy buena idea— opinó, respirando hondo.

— No me importa. No tenía que haberles contado nada, porque no pasa

nada.

— ¡¿Si no pasa nada, entonces por qué quieres que Canela se vaya?! — gritó Carlos.

El silencio que se produjo después de aquella pregunta, fue interrumpido por una llamada que Josué contestó inmediatamente, usándola como campana de salvación.

— Karlina... Ajá, ok. Ya vamos para allá— Josué colgó el teléfono. — Llegaron los proveedores.

Carlos se levantó y estiró su cuerpo por completo, para reducir la tensión:

— Sé que eres mi tío y mi jefe. Pero ya no soy un niño y entiendo perfectamente lo que intentas hacer. Canela.No.Se.Irá. La conozco, no se irá a ningún lado. Es terca, demasiado terca. Se te puede mudar de la casa y será peor. Tío...— se interrumpió sabiendo que los otros dos hombres lo miraban. —vas a tener que contarnos qué está pasando de verdad, para poder hacer algo.

— ¡Llegaron los proveedores! — repitió el jefe con los dientes apretados y señalando a la puerta.

Carlos lo miró fijamente y tragó grueso. No sería fácil sacarle ni una palabra más a su tío. No le quedaba más opción que arrugar los labios hacia abajo y encogerse de hombros. Demostrándole una supuesta despreocupación. Se apartó para dejar pasar primero a los demás, y cerrando la puerta a sus espaldas, sacó su celular y marcó un número.

Capítulo 3

Año 2000.

— ¡Hijo! — Carlos quería concentrarse en la fiesta. No le había gustado nada la expresión de Romer. Nada de nada. Y después de aquella escena que pondría los pelos de punta a cualquiera... — ¡Ven a bailar conmigo! ¿Dónde te has metido? Puedo apostar que en algún cuarto del hotel— le dio un ligero golpe en el brazo. — ¡Las habitaciones son para los novios!

Su madre, Carmen, quien se encontraba demasiado alegre, le insistía casi a los gritos que se uniera a ellos, que bailara y se desatara. Desde que comenzó todo, aquel noviembre del año 98, su madre había notado que Carlos estaba algo cambiado. Y le repetía constantemente, que se soltara y alejara de su vida esa serenidad tan desesperante que mostraba en todo momento y que a la vez, intentaba ocultar.

— Mamá, espérame solo un rato ¿ok? Sigue bailando con papá. Ya vengo.

Al segundo de decir aquello, Carlucho —como le decían las personas de confianza—, salió caminando deprisa, dirigiéndose al frente del hotel para tomar un respiro.

Al pasar por el *lobby*, se fijó que en la recepción no había nadie. El espacio se encontraba totalmente vacío. Arrugó las cejas y se acercó a la barra de recepción. Efectivamente, ¡no había tan siquiera una persona! Y a pesar de que la música de la fiesta se colaba hacia el interior del hotel, en aquel lugar el silencio se tornaba fastidioso. Podía escuchar hasta el rastreo de su elegante chaqueta, sobre su camisa y pantalón.

Carlos estaba tenso. Quería abandonarse por un instante, tomarse un largo trago, llevarse a una mujer a la cama y follársela con furia para desconectar del estropajo de sentimientos que corrían por sus venas. «¿Por qué ella dijo eso? ¿En qué momento de la vida la metimos en tantas cosas que no nos dimos

cuenta de nada?» pensó el joven, sobre la engorrosa conversación de hace unas horas en los baños del restaurante cerrado. «Y, ¿por qué tiene que ser así?» seguía preguntándose. Él siempre pensó que aquella mujer de la que en ese momento se acordaba, podía asemejarse a los ángeles y demonios del *Pastor de Hermas*. Siendo ella los dos personajes, ambivalentes y manipuladores, sobre la mente y coherencia personal de su mejor amigo. Un pensamiento muy suyo, por supuesto. Solo había intentado mencionárselo a Canela una sola vez. El mismo día que decidió desligarse de tantos problemas.

En el momento en el que se retiró del mármol que cubría el gran mesón del *lobby*, miró hacia las puertas de vidrios de la entrada principal y acercándose dispuesto a abrirlas, vio una silueta algo tambaleante del lado derecho, que parecía ser las marcas de una mujer. Un brazo delgado y pálido, junto al asomo de una pierna con tacones negros, eran lo que se divisaba apenas por la transparencia del vidrio. Dio unos pasos más y se detuvo en seco. Percibió de repente un escalofrío desmedido. Todos sus poros se expandieron y lo que sintió a continuación, esperaba que fuese producto de su imaginación.

La figura, parecía un espanto de leyenda venezolana. Esas historias de terror autóctonas que solo con escucharlas por la radio, ya ponían los pelos de punta. La soledad del lugar y el inusual silencio, no colaboraban para que el miedo disminuyera.

Carlos miró hacia atrás para ver si encontraba compañía; estaba extremadamente asustado. Quería moverse, pero no podía. ¡Y no tenía problemas con la vista! Quizás con otras cosas, pero no con su capacidad de visión. ¡Aquello tenía que ser un fantasma!

«¡Lo que me faltaba! Ahora estoy viendo espíritus» pensó. Tomando valor, recordando que era un hombre hecho y derecho, se acercó un poco más a las puertas y lentamente, abrió la hoja izquierda para no interrumpir a la figura en nada. Rezó mentalmente diez Padres Nuestros¹⁷ en milésimas de segundos y salió de tajo, giró la cabeza y arrugó los ojos con exageración, como protegiéndose de un flash de cámara fotográfica, para luego poco a poco, mirar a la supuesta mujer que asomaba parte de su cuerpo de espanto.

Inmediatamente, Carlos cambió toda expresión. Su cuerpo dio un respingo y sus manos se abrieron y se deslizaron hacia el frente, como para evitar una caída. ¡Él conocía a la mujer! ¡Pues claro que la conocía! Pero allí, solo había pedazos de la dama en cuestión.

— Pero... ¿qué diablos? — Carlos susurró, apenas.

La chica, quien tenía manchones de rímel sobre el rostro, los labios rotos y

ensangrentados, ambas manos en cruz alrededor de su cuerpo y de pie, aunque a punto de caer, se encontraba recostada en el pilar que bordeaba las planicies del vidrio. Ella decidió mirarlo y le regaló a Carlos cada movimiento de su cuerpo, cada temblor de su magullada tesitura.

— Dina...— mencionó él, asombrado. —Pensé que te... que te habías ido.

La joven no paraba de temblar. En ese momento Carlos, aprovechando que ella no respondía, recorrió con la mirada sus brazos, sus manos... y pudo ver que los nudillos estaban despellejados, como si hubiese golpeado muchas veces con ellos. La mujer olía a sangre, literalmente y a mucha distancia. Cargaba un bolso del mismo color del vestido y los zapatos, negro. Dicho bolso, colgaba sobre su hombro izquierdo a través de una cadena fina y larga, haciendo que casi le llegara al nivel de sus rodillas. Entonces Carlos, regresó la mirada hasta los ojos de la conocida:

— Dina... ¿Qué te pasó?

Ella quería responder, Carlos lo sabía. Él quería moverla de allí para que nadie la viera, pero decidió no hacerlo. Quizás, ya era hora de que no fuese su problema.

— Dina, deberías irte a ver esas heridas. ¿Cómo te las hiciste? ¿Te caíste?

La mujer comenzó a emitir unos sonidos extraños con la garganta. Carlosladeó y arrugó la cara como para intentar oírla mejor, hasta que se dio cuenta de que eran risas. Se echó para atrás:

— Dina...— inhaló y exhaló. El susto inicial no se había ido del todo. Más bien, seguía tan asustado como cuando creyó que Dina era la famosa *Llorona* de los cuentos, o la *Sayona* de las leyendas. —Deberías irte. A tu casa o a un hospital. Estás temblando.

— Ss... Sí. Estoy temblando— pudo decir la mujer, entre el carraspeo de su garganta.

El hombre abrió más los ojos. La voz estaba demasiado transformada y nunca la había escuchado hablar en ese tono tan... destrozado.

— Mira...— dijo Carlos. —si quieres te ayudo a ubicar un taxi— Dina no dejaba de mirarlo. La verdad era que su mirada fija en él, podría matarlo si ese poder existiera. —Es tarde, es peligroso y veo que no andas bien— Intentaba hablarle con tacto. Era casi espontáneo hacerlo de esa forma.

— Nn... No.

Carlos se estaba impacientando. Miró nuevamente al interior del hotel. Recordó que había salido para tomar aire y a fumarse un cigarrillo. Entonces, se palpó un bolsillo del pantalón y sacó la cajetilla.

— ¿Quieres uno? — le preguntó a la mujer.

Necesitaba despistarse. Y hacer que ella moviera ese esparadrapo de cuerpo en el que se encontraba. Que moviera los brazos, las manos, las piernas. Algo...

Las risas extrañas otra vez afloraron:

— Nnn...no. No quiero fumar.

Era una súplica. Su mirada tan femenina, la cual se hallaba algo perdida, emitía un grito de desesperación. Pero Carlos no confiaba. ¡No sabía muy bien qué hacer! Guardó la caja de cigarros notando que él mismo, temblaba un poco. «Es el licor» justificó su pequeña debilidad.

En ese momento, Dina se movió tan solo un poco y para Carlos, las alarmas se encendieron al completo. En el pequeño arrastre, la mujer había dejado marcas rojas sobre el yeso del pilar. De inmediato, como si le hubiesen susurrado al oído, se echó para atrás nuevamente:

— Ya va, ya va. ¡Dina! — La mujer reía. —Por Dios santo. Estás sangrando. ¡Debes ir a un hospital!

— Mmm, no— gimió riendo.

— ¡Déjame verte! Por el amor de Dios. ¿Quién te ha hecho eso?

— Déj... déjeme tranquila— Risas. —Váyase a la... a la fiesta.

El joven respiraba muy fuerte. Le desconcertó aquella forma de hablarle, como si él se tratara de un extraño. La situación lo ponía al borde de un ataque de pánico.

— ¡No te muevas de aquí! Voy a buscar ayuda...

— ¡NO!

Dina hizo detener en seco a Carlos con su grito. Había sacado fuerzas para alzar la voz y la temblequera, delataba en ella algo más allá de un simple frío o dolor por las heridas. Pero de nuevo comenzó a reír, poniendo a Carlos con los pelos de punta.

— Bueno...— él intentó calmarse —por lo menos, entra al hotel para que te sientes. Yo puedo buscarte una habitación para que...

«¿Qué estoy haciendo? ¿Le estoy ofreciendo una habitación? ¿Qué coño estás pensando, Carlucho?»

— Ok— continuó interrumpiéndose a sí mismo. —No entres, si no quieres. Pero...— vaciló un poco. Estaba nervioso. — ¿Qué hacías aquí afuera? No entiendo. ¿Esperabas a alguien?

Dina, sin quitarle la mirada de encima, se apoyó con mayor soltura sobre el pilar y le dijo, obviamente esforzándose para hacerlo:

— Lo esperaba a usted.

Carlos arrugó la cara en desconcierto. Miró a un lado y al otro para ver si ella le hablaba a él o a otra persona. Pero al ver la certeza en sus facciones, poco a poco su alma fue abandonando el cuerpo, lentamente. Y antes de transformarse en hueso y carne sin vida, vio cómo después de esas palabras, Dina de nuevo, se despegaba del pilar. Y sin disponer de tiempo para pensar claramente en lo que pasaría, el hombre divisó la mano derecha de la dama. Un brillo tenue llegó a sus pupilas, marcando el terror de algo que jamás hubiese pensado que vería en las manos de nadie.

Un cuchillo grande, uno de esos que se estilan en las cocinas más prestigiosas, era apretado por la palma temblorosa de Dina, quien no pretendía mostrarlo. Con el brazo abajo y arma en mano, se acercó hasta él. Carlos echó otros tres pasos hacia atrás:

— ¡¿Qué es eso?! ¿Qué estás haciendo?

Dina alzó la fulana mano:

— ¿Puede... puede llevarlo adentro? ¿A la cocina?

— ¡¿Qué?! — Carlos se avergonzaría de su voz si se escuchara él mismo.

— Usted... — ella seguía intentando darle el arma. — Necesito que... que lo devuelva a la co... cocina.

— Pero... ¡¿Qué coño haces con eso?! ¿Por qué me hablas de usted?

— Eso no tarda nada. Llévelo.

— Dina, por Dios del cielo— dijo en un tono de urgencia. — Suelta ese cuchillo. ¿Qué haces con eso? A caso... — miró para otro lado pensando en la posibilidad de que las heridas estuvieran relacionadas con el arma. — Dina... — apretó los dientes.

¡Era suficiente! Empezó a mirarle como loco todo su cuerpo. Vio el pilar ensangrentado, y notó un hilo de sangre arrastrarse por una pierna. Entonces, empalideció:

— ¿Qué hiciste? — susurró la pregunta. — ¡¿Qué coño HICISTE?! Dina, nooo. ¿Qué hiciste? — esta vez, no susurró.

La dama se movió tambaleante hacia el frente, con una sonrisa de medio lado y ladeando la cabeza como si en cualquier momento, fuese a caérsele del cuello. Se detuvo justo en la media luna donde los carros dejaban a los clientes del hotel.

Carlos se había quedado sin habla. Dina estaba herida casi por todos lados; como si una tunda de animales salvajes, hubiese pasado por encima de ella. Ahora que la tenía más cerca, él pudo observar manchas en el cuchillo, el pelo

enmarañado, parte de la cartera ensangrentada. No había explicación lógica para lo que veía. Entonces, la mujer se giró y posó su perdida mirada en él:

— Él me dijo...— ella hablaba despacio, entre susurros y palabras huecas. Había algunas risas que para Carlos, estaban demás. —que me apartara. Mejor dicho, que él se apartaría—. Carlos cerró los ojos con fuerza al escuchar aquello.

—Nadie sabe quién soy— seguía hablando la mujer, mientras él quería correr al interior y dejarla allí. La imagen era de terror. Sin embargo, no podía dejarla sola. Y menos, viendo que la joven aceleraba su respiración.

— ¡Nadie sabe lo que soy! — continuó ella. Carlos moriría de desesperación, estaba seguro. —Usted ni siquiera... ¡Usted! — continuó la atormentada mujer. — ¿Usted acaso sabe quién soy yo?

— Dina, por favor...— hurgó dentro de sus retinas. — ¿No me reconoces? ¡Soy Carlos! Vamos a llamarte un taxi. No estás bien...

— Estoy harta... Me siento cansada de que me sigan tapando. Cómo si yo les diera vergüenza...

Carlos tragaba grueso y las líneas de expresión que se dibujaban en su frente, daban a entender a kilómetros lo incómodo, asustado y molesto que estaba. Sus manos estaban al frente, como para evitar que Dina cometiera una locura.

— Préstame atención...— el joven quería hablar lo más seguro posible pero sus palabras eran casi susurros. Aunque como buen negociador, ya era hora de cambiar de estrategia. —Te veo nerviosa, Dina. Y no me gusta verte así. Me encantaría que pudieras venir conmigo al *lobby* y ver si alguien nos busca un poco de agua.

Ella encogió un hombro y curvó los labios hacia abajo como una niña. Lo pensó por un momento antes de hablar:

— No creo que pueda volver a entrar a ese lugar— dijo, levantando el cuchillo para secarse algunas lágrimas con el dorso de esa mano.

— ¿Por qué? — Carlos estaba pálido.

Dina respiraba una y otra vez. A pesar de la distancia entre ambos, se podía notar que la dama en cualquier momento estallaría:

— Porque... yo hice algo...

Dina bajó la cabeza y se paró en seco. Detuvo todo movimiento. Por un instante, Carlos pensó que se había quedado congelada de alguna forma. Y se dio cuenta de que, para él, era mejor que se moviera, a que no hiciera nada. Como pudo, preguntó en un hilo de voz:

— ¿Pasó algo malo, Dina?

La mujer cambió súbitamente su rostro. ¡Molestia, burla, horror... tristeza! Por un segundo él reconoció aquella mezcla de expresiones. Había visto esa cara hace unas horas en los baños del restaurante cerrado, cuando ella confesó una realidad engorrosa. Entonces, Dina comenzó llorar. Sus hombros se batucaban sin parar y se pasaba la palma de una mano y el dorso de la otra sobre las mejillas y párpados, para secar el torrente de lágrimas que botaba.

— Carlos...— fue en ese momento, donde Dina miró por segunda vez en la noche al hombre que tenía delante, y éste pudo ver su miedo. En un súbito encuentro quizás con la realidad, la mujer recordó todo lo que había sucedido. Las imágenes viajaban como montadas en un carril viejo, pero sabía que aquello no era nada antiguo. ¡Acababa de ocurrir! Y ella era la causante de todo...

— Dina... Deja de llorar, bella. ¿Qué pasó? — preguntó acercándose poco a poco para consolarla. Pero mientras eso sucedía, un recuerdo comenzó a tomar posesión de la magullada cabeza de Dina. Recordó las náuseas que sintió al ver lo que vio. Recordó la conversación en los baños del restaurante... una discusión...

— ¡Dina!

Las palabras duras y fuertes, aquel beso en ese altar... El salir disparada de aquel lugar y de repente, verlo todo rojo.

— ¡Dina! ¡Baja eso, por Dios!

La delgada mano de Dina, la más peligrosa y menos confiable, se alzó como asta sobre su cabeza, y ondeando un segundo aquella arma sucia, sudada y ensangrentada, la bajó de repente como una guillotina y con toda fuerza, hasta el muslo derecho, enterrándola; abriendo las carnes blancas y macilentas de la mujer.

— ¡Dina! ¡¡¡NO!!!

El silencio de la noche se rompió como seda rasgada, al evocarse un grito lejano y siniestro. Un grito de mujer. Un grito a todo pulmón. Pero por increíble que pareciera, no era la voz de Dina. Desde un rincón no tan lejano de la puerta, alguien también, se había desgarrado por dentro.

Capítulo 4

Año 1998.

— ¡¡¡Carlos!!!

El grito desaforado de Canela hizo sordos a todos los presentes, pero las risas eran las protagonistas del arrebató. Canela corrió hacia su primo y *abracó* con sus piernas la pobre cintura del joven, quien de inmediato la giró apretándola por lo contento que estaba por verla.

— ¡Sigues tan flaquita! — Reía junto a ella. —Déjame verte...

Carlos la separó para mirarla mejor y sintió que el corazón se le salía, al verla mostrar todos los dientes y el pelo desordenado frente a su enrojecido rostro. Canela llevaba un short rosado, estaba en medias y cargaba puesta una camiseta de un grupo de rock. Miró de nuevo su rostro, ese que tanto recordaba lleno de inocencia y a la vez, demasiada personalidad.

— Creo que rebajaste diez kilos— le dijo él.

Canela se puso seria a propósito:

— No seas idiota, Carlos Javier— intentó morderle el hombro pero él supo sus intenciones y la soltó de inmediato. Carlos sabía que ella sería la única mujer que se disgustaba porque la llamaran flaca, en vez de lo contrario.

En ese momento, se acercaban los demás:

— ¡Suéltense ya! — exigió Nereida, la madre de Canela. —Carlucho, no te quedes ahí parado como un monigote. Hace mucho calor, adentro hay juguito.

— Ok, tía. Ya voy— dijo poniendo los ojos en blanco.

Canela enroscó un brazo alrededor de la cintura de su primo y comenzó a caminar con él.

— Creo que estás más alto— lo miró a la cara. — ¡Demasiado alto!

Carlos reía:

— Yo creo que es al revés. Tú estás más enana.

Ella le dio un codazo en el costado.

— ¡Carlos y Canela! — gritó Nereida de forma exagerada, solo para

intimidar.

El joven se despegó por completo y pasó a la casa junto a su prima, Nereida y el tío Josué quien también había salido a recibirlo. Carlos salió de la empresa tres horas después que su tío, y tomó su mismo rumbo. Eran las 4:00 de la tarde cuando estacionó en el garaje del jardín. Y justo al entrar a la casa por la puerta trasera que comunicaba a la cocina, Canela jaló a Carlos por el brazo y lo llevó escaleras arriba, hasta su habitación.

— ¿No te ha dado chance de acomodar nada? — preguntó Carlos nada más ver el desorden que había.

— Cállate. A penas llegué ayer. Y no critiques mucho, que aquí se queda tu hermana cuando tus padres se van de fiesta.

El primo suspiró hondo, negando con la cabeza:

— ¿Qué me ibas a enseñar? — preguntaba Carlucho al recorrer la destartalada habitación.

— ¡Ya verás!

Canela se acercó a su closet y sacó un álbum de fotos, lo lanzó a la cama y lo abrió justo donde quería que Carlos mirara:

— Fíjate donde me encuentro en esas fotos, primito.

Carlos acercó su cara al libro abierto sobre el colchón. Ensanchó sus ojos y dejó aflorar una sonrisa:

— ¡Heeey! — alzó el álbum. — ¡Esto se ve espectacular! — la miró. — Tú te ves espectacular— afirmó alzando las cejas y señalando una imagen donde aparecía Canela en medio de un paisaje azul celeste, con un vestido veraniego y una sonrisa relajada.

Carlos siguió pasando las fotografías y con cada una, hacía un comentario de lo bello que era todo y de lo hermosa que se encontraba su prima en ellas. Mientras, Canela rodaba por toda la habitación acomodando enseres, buscando ropa y zapatos para arreglarse y bajar a la sala donde se encontraban sus padres, quienes ya desde allí se podían escuchar sus conversaciones a viva voz. También, se podían divisar otras voces. Canela pensó que sus tíos se habían unido a la tertulia. Carlos miró hacia la puerta con la cabeza baja, como queriendo prestar atención a las voces del piso inferior:

— Llegaron mis padres— confirmó él.

— Ajá...— Canela seguía fajada en su recorrido y rápidos movimientos.

El joven Carlos siguió pasando los plásticos que forraban las impresiones *Kodak*¹⁸ cuando de repente, se concentró en una fotografía donde aparecía Canela junto a unas que el mismo Carlos conocía y detrás del grupo que

posaba para la cámara, había un letrero que decía: "*Luna de Margarita*"¹⁹.

El joven arrugó la cara y de lleno, abrió los ojos como platos:

— ¿Margarita? ¿En serio?

Canela se acercó hasta el álbum. Sonrió un poco y miró a su primo:

— Sip. ¿No lo habías notado? — respondió sin aparente preocupación, entrando al baño de la habitación.

Carlos estaba un poco desconcertado:

— Espera— se pasó la mano por la cara. — ¿Esto cuándo fue?

Desde afuera, el chico podía oír los movimientos de su prima en el baño. Así que se acercó al recinto:

— Canela, te hice una pregunta...— pero él se interrumpió al ver que su prima se encontraba desnuda de la cintura para arriba mientras se abrochaba un sostén²⁰, desde la parte delantera de la cintura. Se volteó de inmediato para darle un poco de privacidad. Aunque más bien, era por no querer verle mucho sus hermosos y pequeños senos. Carraspeó la garganta. — ¿Cuándo te fuiste a Margarita?

— ¿Qué pasa, primito? ¿No te gustaron las fotos?

— Canela...— advertía con su voz, impacientándose. — Estas fotos son recientes. ¿Cuándo estuviste en la posada de tía Lu?

La chica sonreía por dentro. Al parecer, le estaba dando resultado su pequeña broma:

— Deja que me aplique el desodorante y...

— ¿Podrías ya, este... vestirme? — suplicó Carlos.

Canela se detuvo un instante mientras lo miraba con una sonrisa burlona y los labios arrugados a un lado. Él sin darse cuenta, movía un pie con nerviosismo. De pronto, sintió un golpe ligero en su nuca y percibió que una cinta le cubría la oreja izquierda y otro pedazo de tela, el hombro del mismo lado:

— Pero... ¿Qué...?

— Después de tanto frío, me está empezando a gustar el calor. Mejor no me pongo sostén— explicó ella, riéndose un poco.

Carlos resopló con molestia, apartando la prenda íntima de su cara y lanzándola en la cama:

— ¡No me fastidies, Canela!

La chica se terminó de poner una camiseta manga sisa, se cambió rápidamente el pantalón corto que cargaba para sustituirlo por un jean ajustado, se quitó las medias, se puso unas zapatillas y se hizo una cola alta en

el pelo castaño:

— ¡Lista! — se acercó a la espalda de su primo y le dio un beso en el hombro, poniéndose de puntillas para hacerlo.

— Eh, eh. ¡Eh! ¿Para dónde vas? — El joven atrapó el brazo de Canela con intención de que le explicara lo del viaje, pero no midió bien su agarre y terminó empujándola hacia sí con poca sutileza.

Canela miró sorprendida a su primo pero luego, entrecerró los ojos y fue suavizando la expresión a una más seria; suspicaz. Carlos la observó justo a los ojos por un instante y bajó la mirada a sus labios rosados... pestañeó y apartó la mirada, así como también a ella de su cercanía:

— No bajas hasta que me expliques lo del viaje a Margarita.

Canela no dijo nada por unos segundos. Regodeándose en las ganas que tenía de provocar un poco a su primo. Desde que había llegado de Nueva York, solo pensaba en el momento en el que se encontraría de nuevo con el joven a quien tanto ella había apreciado y extrañado. Se mojó los labios antes de hablar:

— Me fui unos días con unos amigos, antes de llegar a Maracaibo.

— ¿Con unos amigos? ¿Qué amigos?

— Ay Carlos— dijo con fastidio. —Está bien. ¡Me fui sola!

Carlos suspiró. Se pasó la mano por la cara:

— Entonces no llegaste ayer. ¿Cuándo llegaste al país?

— Hace dos semanas.

— ¿Tío lo sabe?

Ella negó con la cabeza.

— ¡Por Dios, Canela Sofía! ¿Te volviste loca de remate?

Ella viró los ojos:

— No te pongas como mami, ¿ok? ¡No pasa nada! A demás, si le hubiese dicho a mis padres, me hubiesen mimado hasta el cansancio. ¡Guácala!

— Es lo normal en estos casos, Canela. ¡Es demasiado peligroso! Estás demasiado joven.

— ¡Ya soy mayor de edad!

— ¡Desde hace tres meses!

— ¡Déjame tranquila, Carlos! ¡Qué fastidio! Solo quería verte y pasarla bien contigo, y mira cómo estamos discutiendo.

Carlos respiró hondo. Pero se quedó en la parte de "querer verte". Cerró los ojos por un instante y anheló un poco de algo... eso que podría calmarlo y quitarle ese sentimiento que afloraba, cada vez que Canela quería provocarlo.

Sintió de pronto como las palmas de sus manos se humedecían:

— Ok. Está bien, Cani— mencionó el diminutivo de su nombre, cuando quería demostrarle cariño. —No creo que debamos estar así— él bajó un poco el tono de voz. —Es cierto que ya eres mayor y que te convertiste en una chica independiente. Muy independiente para mi gusto— pasó una mano por su cara. —Pero no vuelvas a irte de viaje a ningún lugar, ni siquiera a la posada de Tía, sin contarle a nadie de aquí. Por favor.

Canela emitió un gruñido de molestia:

— Estaba en la casa de Tía Lu. ¿Qué insinúas, Carlos? ¿Crees que te hubiera dicho a ti de ese viaje? ¡Jamás!

— ¿Por qué no?

Ella lo miró fijamente a la cara. En una ocasión, estuvo a punto de contarle de la escapada pero en el fondo, quería estar tranquila sin tantos menesteres:

— Porque con cualquier ocupación o cualquier compromiso en el que estuvieses, te habrías preocupado y habrías corrido hasta donde yo me encontraba— mencionó aquello, moviendo una vez sus cejas para afirmar sus palabras.

Carlos se mojó los labios con ansiedad...

— *¡Canela y Carlucho! ¡Bajen, por vida de Dios!*

La joven se giró hasta la puerta de su habitación al oír la voz de su madre. Antes de cruzar el umbral, se volteó para mirar a su primo, ladeó la cabeza y dijo:

— De todas formas, te habría esperado en el aeropuerto sin problemas... y lo sabes.

Carlos quedó estoico viendo salir a Canela de su cuarto, queriendo desviar sus palabras para que no le afectaran de ninguna forma. Al recuperarse, salió también y bajó para unirse a los demás.

— Bendición tía— Canela le dio un beso sonoro a su tía Carmen. — Bendición tío— le dio otro a su tío Manuel.

— Dios me la bendiga— respondió Manuel Mendoza, el hermano de Josué y padre de Carlos.

— ¿Y Fausti? — preguntó Canela.

— En clases de inglés. Ahora debemos ir por ella.

— Ahhh, ok. Está bien— Canela se mordía una uña.

— Deja de hacer eso— le reclamó su madre y Canela bajó el brazo con una sonrisa.

Josué abrazó a Carlos como si no lo hubiese visto en largo tiempo y se lo llevó hasta un rincón de la sala:

— ¿Hablaste con Canela? — preguntó el padre de ésta en un susurro, para que nadie más lo escuchara.

— Tío, apenas la voy saludando. Dame chance— respondía con la voz muy baja.

— ¡Hey! aquí hay juguito— dijo Nereida, dándole un vaso lleno de jugo de mango a su sobrino.

— Gracias tía.

— Mi alma, Nere... Esas cortinas si están raras— dijo Carmen con su dialecto marabino, dirigiéndolo a Nereida. —No parecen cosas tuyas— mencionó con total confianza, haciendo reír a la mencionada.

El espacio se llenó de una tertulia peculiar, con todos los neologismos y jergas de la ciudad. Canela puso música en el equipo grande que se ubicaba en un estante de madera pegado a una pared. Pero de inmediato, salieron los mayores para quejarse de los gustos musicales de la chica; quien riendo, se alejaba al bar de la sala.

Desde aquel rincón, Canela observó con nostalgia a su familia. Sabía que era demasiado joven. Ella era consciente de aquello mucho más que sus propios padres. Sabía por ejemplo, que fue todo un privilegio haber vivido sola a los 17 años en una ciudad totalmente diferente a la suya. Y lo vivió en carne viva; cada una de las horas, los días y los meses que pasó sola en *La Gran Manzana*²¹. Pregonaba su independencia a viva voz, e incluso su fingida inocencia; para que nadie la molestara y dejaran de perseguirla con constantes protecciones asfixiantes. Contaba anécdotas sobre la dificultad en sus estudios, los lugares a los que fue y hablaba sobre las personas que conoció en su curso. Pero las experiencias extracurriculares, sin embargo, jamás saldrían de sus labios. Por lo menos, no a sus progenitores o sus queridos tíos. Esas cosas que ella vivió, las que le sucedieron y las que vio en aquel país lejano, serían cuentos que se guardaría para sí, toda la vida.

Entonces, mirando aquel espacio tan extrañado: los delicados muebles forrados con tejido beis, las estanterías llenas de libros y enciclopedias, los diplomas y reconocimientos que su padre había ganado a lo largo de su carrera, las cortinas —ahora notándolo—, extrañas que cubrían las ventanas y el olor a madera, incienso y mimbre que lo abarcaba todo... pensó en la serenidad que le causaba estar de nuevo en su hogar. Disfrutar de Maracaibo y su país, de sus familiares; el no estar más nunca sola, ni por un minuto. Por lo

menos, no tan lejos de alguien conocido... Esos sentimientos la sofocaban, y podría parecer aquello una contradicción. Sobre todo al mostrarse ante los demás tan distinta a cómo era; o cómo ella sentía que era. Esos pensamientos mientras miraba la estancia y era observadora de la algarabía de su familia, hacían que Canela definiera cada vez más, lo que en verdad quería lograr: No salir del país por un largo período, enfocarse en los estudios de pregrado, pasear, ser joven y disfrutar de esos 18 años recién cumplidos.

De inmediato, miró a Carlos. Entrecerró los ojos como cada vez que lo observaba. Efectivamente, estaba más alto. Canela recordó que en enero había cumplido los 25 años y que tenía un trabajo de grandes, junto a su padre y su tío. Respiró hondo recordando su visita a Nueva York. Estaba tan sola y desesperada, que llamó a su primo para invitarlo a pasar las vacaciones junto a ella en la *Sucursal del Cielo*²². Y con él, había vivido el mejor mes de su vida.

Se mordió el labio inferior recordando cada momento con su adorado primo. En aquel entonces, sentía que el mundo estaba repleto de gente desquiciada y malintencionada. Pero con él, con Carlucho, era todo distinto. ¡Fue todo distinto! ¿Cómo no iba a extrañarlo? Dentro de su cabeza rondaba la idea de que quizás, una de las poderosas razones por las cuales había insistido en devolverse a Venezuela, era para verlo. Y pensó en comportarse de vez en cuando como una cría provocadora, para lograr ver qué pasaba; de qué manera Carlos podría mirarla, ahora que ya había cumplido su mayoría de edad; fastidiarlo de la misma forma que lo había intentado en su habitación hace unos momentos.

Detrás de esa barra del pequeño barcito que se ubicaba en un rincón de la gran sala, Canela intentaba esconder su rubor y ganas de seguir intentando algo con el apuesto Carlucho, mientras se agachaba para buscar una cerveza. Otro privilegio que se podía permitir por fin delante de sus padres, aunque era obvio que se escandalizarían. Negó con la cabeza y sonrió con tristeza. ¡Si ellos supieran!

Tardó unos minutos —más de los necesarios—, buscando un destapador entre todas las botellas y portavasos que había en el espacio de licores. Entretenida en aquello, no se fijó en el ruido de la puerta trasera de la cocina, abriéndose. Y mucho menos en el murmullo de saludos y conversaciones que se formaban por la casa.

¡Listo! Encontró el destapador, abrió la *Polar negra*²³ por fin y con un movimiento brusco, se enderezó con una sonrisa de triunfo para poder dar un

buen trago a su bebida.

Pero lo que sucedió, fue totalmente diferente a sus planes iniciales. La botella que tenía en la mano cayó de bruces contra la barra, derramándose el frío líquido por todos lados, creando un desastre. Canela fue consciente del regaño de su padre, el salto que dio su madre al buscar rápido un paño de cocina para detener el reguero y también, de sus propios actos que escuetos, intentaban arreglar el desajuste. Aquello eran solo murmullos, moscas que pasaban por sus oídos contando secretos. Su vista sin embargo, estaba fija en otro punto. En uno muy específico que le había generado algo extremo. Diferente a lo que hubiese sentido antes a su corta edad. La causa del porqué la cerveza se le resbaló de las manos.

Un pelo castaño que ya había visto, unos ojos oscuros que ya había mirado. Una sonrisa segura que tuvo el placer de ver en otra ocasión; hace unas horas, para ser algo exactos. Nervios y sudor propio, convertidos en humano. Alguien de carne y hueso que ya había tocado ligeramente, solo un instante, con las palmas de sus manos para no intentar caerse.

Un nombre, un apellido...

— ¡Aragón!

Alguien lo mencionó y eso la devolvió a la realidad.

— Niña, ¡te estoy llamando! — Nereida chasqueaba los dedos frente a Canela — ¿Ya conociste a Romer Aragón?

«Mamá me habla. Papá también... ¿Por qué Carlos me mira así? Y él se llama... Romer» Canela carraspeó su garganta:

— Ss... sí. Claro. Romer. Ah, no. ¡Perdón! — dijo recordando de golpe todo lo dicho en la oficina. — El señor Aragón.

— ¿El señor? — preguntó su madre, extrañada. — ¡Pero si es un muchacho! ¿Ya se conocen?

Canela miró hacia la barra de nuevo y sintió que su cara se encendía como fogón ardiendo.

— Mierda— susurró bajito. — Disculpen el desastre. No quería hacerlo...

— Mi alma, Canelita— dijo su tía Carmen moviendo una mano como si no fuese nada — Tranquila, nena. Ya está todo solucionado. Más bien saluda al muchacho y ofrécele algo, ya que estás allí.

Canela sacudió la cabeza moviendo las manos de forma alocada; como si quisiera acomodar unas piezas en desorden.

— ¿Estás bien?

Canela se detuvo en seco. Aquel pedazo de señor-joven-chico-extraño, le

había hablado en la oficina de su padre. Pero no entendió por qué se le puso la piel de gallina al escuchar hablarle ahora; así como también le era difícil emitir palabras, como una persona normal y civilizada.

«Civilizada» Esa última palabra rebotó en su cabeza como choque de trenes. Y como si creciera un río de repente dentro de ella, se sintió avergonzada por la forma en que había llegado a la oficina del director de *Lácteos del Lago*; Lugar donde ese "señor" que tenía en frente, trabajaba. ¡Por Dios! ¿Cómo había podido comportarse así delante de él? Era obvio que ahora le costara ser civilizada. Su mismo cuerpo actuaba en consecuencia. Pero no podía dejar de mirarlo.

De reojo, fijamente, de sopetón o de milagro. Lo miraba, intentando no hacerlo.

Estiró los labios, cerró y abrió los ojos y fingió una sonrisa. Esperaba no parecerse a un muñeco de ventrílocuo.

— Sí...— respondió ella a la pregunta que él le había hecho. —Estoy bien, gracias. ¿Quiere una cerveza?

— Sí, pero por favor...— el joven señaló la barra —No vayas a botarla, que están caras.

Canela quería morirse de la pena. Se rio un poco:

— No, para nada. No volverá a pasarme.

Canela juró un Padre Nuestro interno, para que así fuese. Tomó otra *Polar* y la destapó sin contratiempos:

— Tome.

Romer agarró la botella y sintió que sus dedos rozaban los de ella. Apenitas, como un zancudo²⁴ llegando y escapando a la vez. Tragó un buche largo y respiró hondo, cerrando los ojos sin darse cuenta. Le encantaba la cerveza, pero más le gustaba lo que tenía delante:

— Pareces muy joven para beber— dijo Aragón, viendo como Canela tomaba un sorbo, también.

Canela lo miró fijo. Aquellas palabras calmaron un poco tanto nerviosismo, porque eso sí le encantaba: replicarle a los tontos o a los que parecían tontos, todo sobre su edad. Y aunque aquel tipo no le parecía nada tontuelo, igual le replicaría:

— Mmm...— ella puso un codo sobre la madera oscura y descansó su barbilla en la palma. — ¿Qué edad cree que tengo? — preguntó con la voz más tranquila que encontró.

Romer sonrió un poco y entrecerró los ojos, sin quitar del todo aquella

seriedad que lo marcaba. Hizo lo mismo que ella, con la diferencia de que puso ambos codos sobre la barra. Acercó su rostro al de Canela:

— Sé tu edad, no me hace falta adivinarla. Dieciocho años recién cumplidos. ¡Jm! Créeme, me hubiese encantado que tuvieras quince.

Canela quedó perpleja ante tales palabras. Frunció el ceño al no entenderlas. ¿Le hubiese encantado que tuviese quince porque le gustaban las quinceañeras? ¿O por otra cosa? ¡No entendió! Tragó grueso y pestañó una sola vez. Pero un estruendo en la espalda de Romer, cortó todo el aire extraño que se filtraba entre los dos:

— ¡Hey! ¿Ya tienes tu cerveza? — preguntó su primo.

Canela se fijó en el cambio brusco que sucedió en Romer con solo ver a Carlos. Supuso que se trataba de la camaradería que había entre ellos. Pensó que podrían tener la misma edad. A pesar de que Carlos se veía un poco mayor que su compañero, en algunos rasgos parecía más joven. Sin embargo, por estar pendiente de Romer, no se dio cuenta en ningún momento de la tensión en su primo.

Carlos había intuido que aquella muestra de nerviosismo en su prima, debía ser por culpa de la presencia de Romer. Y recordó que su tío y hasta el mismo Aragón, le habían contado que Canela y éste último, ya se conocían.

No le gustó nada, entonces. Y ahora menos le agradaba esa situación.

— Aquí la tengo— Romer miró la botella pero arrugó la cara al ver que se la había tomado completa. —Aunque, creo que quiero otra...— volteó su cuerpo hacia Canela, con cara de circunstancias.

Ella no entendió de inmediato lo que Romer esperaba.

— Canela...— llamó su primo.

— Ah, sí. Otra cerveza. ¡Sirviéndola de inmediato!

La joven se agachó nuevamente hasta la neverita que estaba debajo de la barra y le entregó una nueva.

— Espera...— dijo ella —Te la destapo.

— No— dijo Carlos totalmente serio. —Busca una para mí, que yo las destaparé.

Romer se encogió de hombros mirándola a ella. Ambos esperaron que Canela sacara la segunda botella y luego de agarrarlas, se dirigieron al patio de la casa.

Canela suspiró de alivio. Sacó una tercera botella y al destaparla, se bebió un largo sorbo, batucando la cabeza al sentir que su frente se congelaba por el frío líquido.

— Canela Sofía... ¿Qué haces bebiendo cerveza, hija?

La joven puso los ojos en blanco por el regaño de su madre. Sabía que tarde o temprano alguien le reclamaría.

— Déjala Nereida. Ya está mayorcita para beber— defendió su padre.

— Ante la ley, ya es toda una mujer— dijo su tío Manuel, haciendo reír a los demás, por la manera jocosa en que lo había dicho.

— Mujer, mujer. ¡Nada de mujer! — dijo Nereida. Luego se dirigió a Canela —Puedes tomarte solo unas pocas. ¡Que luego te me emborrachas y yo no te voy a acostar!

Canela arrugó la cara pero evitó molestarse con su madre. Se acercó entonces a la cocina para buscar algo de picar y ofrecérselo a sus familiares, con la intención de que los pasapalos²⁵, los distrajera.

Al acercarse al mesón de cerámica al lado del lavaplatos, Canela observó por la ventana a su primo y a Romer conversando en el patio de la casa, cerca de los carros. Ambos se fumaban unos cigarrillos y le daban algunos tragos a sus botellas. Vio como Carlos gesticulaba y no paraba de hablar, mientras Romer escuchaba y se reía de lo que decía el otro. Canela arrugó los labios. Era más que cierto que le impresionaba aquel muchacho con mucha más intensidad, que el propio Carlucho. Estaba dejando de lado su gusto más viejo para dar paso a la contemplación de otro cuerpo, otro rostro y otras formas de masculinidad. Tragó grueso y se dirigió hacia los mayores, con dos bandejas de queso amarillo, aceitunas verdes y jamón encajados en pequeños palillitos.

Afuera, Romer reía por las locuras de su amigo.

— Y entonces, casi choco por lo apurado que estaba. Romer, se me puso delante una viejita que manejaba como una tortuga. En serio, ¡no te rías! Tío me va a venir botando por llegar tarde. Y tú sabes que no llego nunca tarde.

Romer reía casi al punto de las lágrimas:

— Me iba a morir de la risa con la cara que pusiste al llegar a la oficina de Josué— Aragón decía, sin parar de reír. — Te parecías a tu padre cuando le llegaron los franceses hablándole y él no entendía nada. ¿Recuerdas esa vez? — Romer se restregaba los ojos con las manos. —No puedo con tu cara en la mañana.

— ¡Maldito! — Carlos le golpeó un brazo a su amigo con inocencia. Aunque comenzó a reír recordando aquella antigua reunión de su padre y los inversionistas de Francia. —No te burles. En serio, no me vuelvas a hacer eso otra vez. Te mato, juro que te mato.

— Bueno, bueno. Lo importante es que llegaste a tiempo para la reunión—

dijo tomándose un sorbo de cerveza y dándole una calada a su cigarro.

Carlos rio un poco más contagiado por las burlas de Aragón, mientras negaba con la cabeza y sucumbía a los mismos vicios que su compañero.

— ¿Hablaste con tu prima sobre el curso?

Carlos dejó de reír y miró a Romer:

— Tío me preguntó lo mismo. Pero es que acaba de llegar. Solo tuve tiempo de hablar boberías.

Romer asintió:

— ¿Qué tan grave crees que sea el problema de Josué? Esas fotografías que supuestamente botó... Disculpa que lo diga así, pero no le creo.

— ¿Qué no le crees?

— Que existan las fotos. Que sea esa la excusa.

Carlos suspiró hondo:

— Puede que tío esté exagerando. Pero no me gusta nada que esas cosas pasen. Y ya sabes lo que pasó con los galpones de Mérida. Y su carro. Y los intentos de penetrar la casa. Y las llamadas...— Romer había cambiado su expresión a una de obvedad por lo que su amigo le decía. —No, no está exagerando— exhaló fuerte y se restregaba los ojos con los dedos.

— Pero Carlos, ya pasó mucho tiempo de aquello. No creo que pase nada extremo.

— ¿Crees que debemos llamar a la policía?

— ¿A quién? Carlos, no parecen cosas tuyas. La policía no hizo mucho aquella vez. Josué tuvo que llamar a un equipo de seguridad, ¿o es que no te acuerdas? A demás...— hizo una pausa antes de seguir —la policía está metida hasta el cuello con los secuestros en esta ciudad.

Carlos se estremeció al escuchar esa palabra:

— No lo digas ni en broma, ¿secuestro? — negó con la cabeza súbitamente. Colocó una mano sobre el hombro de Romer. —Chamo, sucede un secuestro y se nos cae el mundo encima— le dio el último jalón al cigarrillo para luego aplastarlo con el zapato. —Creo que voy entendiendo a mi tío.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque...— miró a Romer fijamente. Batuqueó la cabeza. —Si algo le pasa a Canela...

Romer hizo lo mismo con el cigarrillo:

— Yo sugerí ponerle un escolta.

— ¡Ja! Es una buena idea, una muy lógica. Pero no, no. ¡No! Canela se volvería loca, Romer. O nos volvería locos a todos.

El último se encogió de hombros y dijo con arrogancia:

— ¿Y qué tanta voz tiene ella en este peo?

Carlos arrugó levemente el entrecejo:

— No es la voz que ella pueda tener en este problema— subrayó la última palabra. —Es que... no la conoces.

Romer entrecerró los ojos y sonrió de lado. Pensó que efectivamente, no la conocía.

— ¿Cómo es tu prima, entonces?

Carlos detuvo todo movimiento y miró de nuevo a su compañero:

— Es...— Romer alzó las cejas alentando a su amigo a que siguiera. También, intentando descifrar lo que pensaba. —Canela es...

Romero movió las manos exigiendo una explicación, extrañado por lo mudo que había quedado Carlos, quien al ver a Romer en desconcierto, respiró profundo:

— Mira, no sé explicarte cómo es mi prima. ¡En serio! Solo te puedo decir que no aceptará nunca que alguien la vigile.

Romer asintió con la cabeza:

— Es terca— aseguró el joven Aragón intentando explicar cómo pensaba Carlos que era su pequeña prima.

— Eso. Sí. Terca y...

— ¿Independiente?

Carlos lo miró arrugando la cara:

— Sí. ¿Cómo lo sabes?

— Vamos a ver...— Romer tomó el último trago de cerveza y puso la botella en el suelo. Se cruzó de brazos y explicó:

— Tu prima estuvo fuera del país por un año, ¿no es así? — Carlos se enderezó un poco. Asintió. —Si no me equivoco, estuvo sola ese año—. Carlos asintió nuevamente. — ¿Por qué entonces te enredas tanto explicando cómo es Canela?

Carlos suspiró mucho más hondo que antes tratando de alejar de su espalda, la tensión que comenzaba a molestarle:

— Escúchame bien, Romer. Canela es demasiado, extremadamente independiente. Ni te lo puedes imaginar.

Romer volvió a entrecerrar los ojos, asombrado por la pesadumbre en las facciones de Carlucho:

— ¿Qué tan independiente?

Carlos lo miró de forma extraña. La forma cómo Aragón hizo aquella

pregunta, generó dudas con respuestas sospechosas. Solo se limitó a responderle con otra interrogante:

— ¿Qué estás pensando, Aragón?

Romer se mordió un poco de la comisura de sus labios. Se quedaron mirando en medio de la noche, en la silenciosa parte trasera de la casa de Josué, debatiéndose ambos en si hablar o No un poco más de la joven Canela. Romer, queriendo expresar lo que verdaderamente pensaba de la chica. Y Carlos, aparentemente en alerta para replicarle lo que dijera o pensara su amigo. Un duelo de palabras sería algo más elocuente y claro para los dos hombres que, no queriendo dar largas a una conversación incómoda, decidieron callar mil cosas con tal de no malinterpretar la de ninguno.

— Se me acabó la cerveza. Voy por otra— dijo Romer para romper el hilo extraño que se había formado entre los dos.

— ¡No! — exigió Carlos. —No...— volvió a decir más calmado. —Voy yo. Espérame aquí; debemos hablar de los proveedores que fueron hoy a la empresa.

Romer arrugó un poco las cejas pero no dijo nada más. Asintió y dejó que Carlos entrara a la casa. Entonces, se movió hasta uno de los vehículos aparcados en frente y recostó su cuerpo sobre la puerta del copiloto. Colocó un brazo alrededor del pecho y sostuvo un codo sobre él, para ponerse la mano alrededor de la boca. Afuera podía oírse el murmullo de las conversaciones y la música de la salita de estar. Volteó hacia la puerta, como atraído por una curiosidad casi inexistente y al hacerlo, pudo ver tan solo un segundo a la joven Canela, asomada en la ventana. La chica se movió rápido al darse cuenta que Romer la había visto. Aquel movimiento hizo reír al muchacho.

— Jm... era Canela— se dijo a sí mismo, con una sonrisa en los labios. Luego negó con la cabeza y esperó el regreso de Carlos.

Habían pasado dos horas de la tertulia entre su primo y su amigo, en el patio de la casa. Canela se encontraba en el salón ya cansada de buscar *pasapalos* en la cocina, servir bebidas y aguantarse el dolor de barriga por las risas que los chistes de su tío Manuel y las jocosidades de la exagerada de su esposa, provocaban en ella y en todos. Para Canela, era muy divertido estar de nuevo con los mayores de la casa. Si le preguntaran cómo era su familia, de inmediato diría que *Chéveres*²⁶. Esa era la palabra que usaba constantemente

para describirlos. Entonces, era muy fácil disfrutar las conversas con ellos. Pero en el fondo, deseaba estar con otras personas que se acercaran más a su edad.

Sentada en uno de los sofás de la salita, miró la puerta del garaje y suspiró con ansiedad. El humo del cigarro se colaba en la casa, cada vez que Carlos entraba por otra cerveza o para ir al baño. Se llevó la uña del dedo pulgar para mordérsela y se levantó decidida a salir.

— ¿A dónde vas? — preguntó Josué al verla abrir la puerta.

Canela suspiró:

— Tengo frío, papá.

Josué iba a decir algo al respecto, pero su cuñada lo interrumpió con cosas sobre la conversación que tenían en ese momento.

— Debo decirle a Mercedes que me ubique mañana a los margariteños para ver si tienen todavía en venta el galpón de la...

— ¡Hola muchachos!

Carlos fue interrumpido por la voz de su prima.

— ¡Hey! — saludó él. Canela se acercó y le rodeó la cintura con un brazo. Tenía un suéter de pana color gris puesto al revés, solo para cubrirse los brazos por el frío del aire central. — ¿Comiste algo? — preguntó Carlos en broma, mientras la apretaba y le besaba la cabeza.

Romer sonreía ante el gesto... observando.

— Ja, ja, ja. Gracias por ayudarme a repartir pasapalos— respondió Canela, dándole un ligero codazo a su primo. —Si supieras que no comí tanto, porque ellos comen demasiado rápido. ¡No le dejan a nadie! Tan sabrosos que me quedaron. Era más fácil comprar cena— Canela alzó la vista hasta la de Carlos. —Por cierto, ¿tía no tiene que ir a buscar a Faustina? Podrían comprar unas hamburguesas. Yo tengo algo de dinero arriba.

Carlos abrió los ojos de sopetón:

— ¡Mierda, Faustina! De seguro me envían a mí— hizo un sonido de queja. — ¿Qué hora es?

— Las ocho— respondió Aragón.

— ¡Carlucho! — dijo su madre asomada en el umbral de la puerta. — ¿Podrías ir a buscar a Faustina, hijo?

Los tres jóvenes se rieron.

— Ok, mamá. Ya voy— sin dejar de sonreír, Carlos soltó a Canela. Cuando

iba a entrar a la casa, miró por un instante a Romer. — ¿Me acompañas? — le preguntó.

Romer asintió:

— Voy por las llaves— se movió con intención de entrar.

— No, vamos en mi carro— lo detuvo el primo de Canela.

Aragón asintió un poco extrañado por la sugerencia.

— Canela...— agregó su primo — ¿me prepararías un *pasapalito*? Pero me los guardas. ¡Que no se lo coma papá!

— ¡Mierda! ¿No los han probado? ¡Disculpen! Pero les recomiendo que los prueben antes de salir.

— Vamos entonces para que los prepares rapidito mientras busco las llaves — dijo Carlucho.

— Ok— respondió ella.

Aragón se quedó solo en el garaje con cara de extrañeza. «¿Qué fue eso?» Se preguntó pensando en la actitud de Carlos. Romer era demasiado inteligente como para no comprender a la primera lo que su amigo intentaba hacer. Al definirlo dentro del engranaje de su cerebro, con una precisión asombrosa... se echó a reír un poco.

— ¡Ya vuelvo! — exclamó Carlos a la familia. — ¡Voy con Romer!

— ¡No! Dile que no se vaya. Que tengo que hablar con él— demandó Josué, levantándose para irse a la sala principal.

Carlos se quedó quieto mirando a su tío. Ya tenía las llaves en las manos pero no se movía. Su respiración se aceleró un poco pensando qué hacer.

— Aquí están los quesitos— dijo Canela, acercándole un vaso de plástico de color blanco, lleno de pasapalos. Carlos los agarró y al mismo tiempo, la muñeca de su prima. La misma donde sostenía el fulano vaso.

— Cani. ¿Vienes conmigo? — el joven intentaba que no se notara su creciente desesperación.

Ella lo miró con las cejas arrugadas:

— ¿No ibas con...?

— Canelita...— interrumpió su madre. —Sube un momentico y me buscas en el closet las cortinas Verde-Agua que están debajo de la cobija Vinotinto.

Canela dejó caer la cabeza hacia atrás con fastidio. Carlos cerró los ojos por un segundo.

— Carlucho, no puedo ir contigo. Disculpa— le palmeó el brazo y se retiró

al piso superior para obedecer la orden de Nereida.

El joven salió entonces al garaje con paso lento y algo de tensión en su espalda.

— ¿Listo? — preguntó Romer al verlo llegar hasta él.

— Este... Tío te está llamando— informó Carlos, apretando la mandíbula y señalando la casa con el pulgar.

— ¡Ah!— dijo Aragón caminando hacia la puerta.

— ¡Romer! — llamó su amigo ya con la puerta abierta del carro, mientras se deslizaba el gran portón eléctrico del garaje.

— ¿Qué pasó? — preguntó el otro con curiosidad.

Carlos se quedó un instante de pie casi dentro del carro sin decir nada, por unos largos segundos. Negó con la cabeza:

— Nada. Ahorita vuelvo— se metió en el carro, manejó de retroceso y salió de prisa para el instituto donde se encontraba esperándolo su hermana menor.

Romer esperó que el portón cerrara para poder entrar a la vivienda.

— Ven. Acompáñame— dijo Josué, indicándole un asiento a su empleado.

Aragón se subió las perneras de su pantalón y se acomodó en el sofá de la gran sala, junto al señor Manuel.

Desde aquel ángulo, se podía ver la cocina y la salita de estar; donde tan solo uno minutos antes, los mayores de la casa disfrutaban de una amena tertulia. Mientras los tres hombres cuadraban la firma de unos documentos, con sus fechas y citas para próximos días, Aragón en su afán por concentrarse, tuvo que hacer un esfuerzo suficiente para no entretenerse en otras cosas. Canela se encontraba casi frente a él, colocando las cortinas junto a su madre y su tía.

Ella subía a un taburete, se estiraba y luego, bajaba para seguir acomodando las telas. Se agachaba dándole la espalda con la clara intención de desdoblar las esquinas de las pesadas cortinas. Luego, erguía su espalda nuevamente. Y así, por largos y largos minutos. O por lo menos, lo que Romer pensó que habían sido unos minutos demasiado extendidos para una cosa tan sencilla de hacer. Incluso, estuvo tentado a ayudarla con la idea de que se quedara quieta y no moviera un dedo más. Él necesitaba concentración. ¡Dios! ¡Qué rollo! Ella simplemente acomodaba unas elegantes cortinas junto a su madre y su tía, como cualquier persona normal. Fue entonces cuando Romer

creyó que aquella era la acción doméstica más sexy que jamás había visto.

Canela era realmente hermosa.

Para él, suponía un gran trabajo no poder mirarla. O intentar hacerlo durante la conversa empresarial. Sería muy obvio enseñar la dirección de sus pensamientos a los demás, solo con fijar por un rato la mirada en la joven. Él jamás arriesgaría la confianza por algo transitorio, como por ejemplo, contemplar embelesado a una mujer.

Al pasar los minutos, comenzó a sentir los cojines del sofá un poco rígidos. Su incomodidad necesitaba disiparse de inmediato. Aun así, se preguntaba ¿cómo lo lograría? Aquella pequeña dama se balanceaba por la salita con una gracia única y delicada. Se podía ver a leguas que se encontraba en su entorno. Reía de los disparates de la tía Carmen, destapaba las botellas de cerveza como una experta y degustaba los pasapalos como manjares exquisitos. Canela chupaba sus dedos de vez en cuando, pero siempre limpiaba las comisuras de su boca. El cabello quería soltarse de la prisión de la cola. Algunos mechones lisos y castaños, sobaban sus mejillas haciendo que la joven los moviera de sitio con sus delicadas y apetecibles yemas...

— Te necesito a las siete en la oficina reunido con Karina, para que te pongas de acuerdo y viajes con Manuel a Mérida lo más pronto posible...— interrumpió su jefe directo. —Romer, ¿Escuchaste?

Él volteó su rostro hacia Josué, quien le hablaba:

— Sí. Correcto.

— Muy bien— concluyó su jefe, levantándose para guardar los papeles en el archivo.

Aragón, sin prestar mucha atención a lo demás, se dirigió rápidamente al patio, se sentó en el borde de bloquitos del jardín que bordeaban la ventana, sacó de su pantalón la maltratada cajetilla de cigarros e inhaló una profunda calada. Por primera vez en la vida, había distraído el trabajo de esa forma. Y no le gustó nada la importancia que le dio a cada detalle, a cada movimiento de la joven Canela. Estaba más que claro que era una niña hermosa y que quizás la novedad de su llegada, le desconcertaba. Pensó en una cerveza bien fría pero se negó a buscarla. Por alguna extraña razón, no quería volver a verla. Por lo menos, no sin antes tranquilizar la ansiedad que parecía molestarlo esa noche. Miró su reloj y de dio cuenta que Carlos tardaba. Recordó que Canela había sugerido comprar unas hamburguesas, y que su amigo debía estarlas comprando. Pero, algo le hizo dudar sobre aquello. No se acordaba muy bien cómo habían sucedido las cosas. Se preguntó si en verdad

había sido ella quien dio la sugerencia de buscar la cena. No recordaba ese preciso detalle. Solo la recordaba a ella.

Escuchó de repente el sonido de la puerta de la cocina abrirse. Volteó para ver llegar la figura más sutil de la casa; a la "novedad". Respiró profundo y movió un poco el cuello. Ella estaba allí ahora, dirigiéndose hacia él con dos botellas en la mano. A Romer le pareció haber movido un brazo para tomar una de ellas...

— Creo que oficialmente no nos hemos presentado.

Él observó la mano extendida y subió la mirada en respuesta a aquella voz. Entonces, pudo ver de cerca su cálida sonrisa. Una muy distinta al clima que comenzaba a rodearlos. El joven tomó la dichosa mano con parsimonia, sonriendo a su vez por lo fría que ella tenía la palma. Fría... la temperatura perfecta que hizo que sus poros se movieran como anémonas marinas²⁷.

— Parece que te estás congelando allá adentro— le dijo a la chica.

Ella siseó sobándose las palmas, sonriendo un poco con la boca cerrada:

— A papi le encanta el frío. Creo que nunca ha apagado ese aire acondicionado.

— ¡No me digas! — pronunció a modo de burla, sabiendo lo mucho que le gustaba el frío al marabino de Josué.

Ambos quedaron en silencio. Uno que Canela rompió tan pronto sintió la necesidad de hacerlo:

— Quiero... quiero disculparme con usted por lo de esta mañana.

Romer arrugó los labios y miró hacia arriba fingiendo tener que acordarse de lo que ella hablaba:

— ¡Ah, claro! — chasqueó con la lengua. —Fuiste tú la desaforada que me llamó imbécil— Romer giró su cuerpo para tomar otro sorbo de la cerveza que ella le había traído. Luego sonrió de lado: —No me trates de Usted.

Al regresar a su posición original, se percató que la chica cubría su rostro con las manos de forma exagerada.

— No, por favor. ¡Qué pena! No lo vuelva a mencionar, por favor...

Canela sintió unos dedos mojados sobre los suyos, y fue descubriendo el rojo escarlata de sus mejillas.

— No sientas pena, Canela— le susurró, quitando del todo aquellas manos de jovencita. —Y por favor, no vuelvas a llamarme "Usted". Me llamo Romer.

Gracias a esa cercanía, el hombre pudo ver bien su cara mientras sostenía sus manos. Entonces comprendió que Canela no estaba apenada. Parecía más bien, asombrada por la disculpa absuelta. Ella tenía unas cejas perfiladas con

algún que otro vello fuera de lugar, La nariz era pequeña, no cargaba maquillaje y era de labios rojos. Como caramelos listos para meterlos a la boca; labios sin envoltura. Si Aragón se concentraba bien, podía percibir el aroma dulzón pululando desde alguna parte, como el ritmo de la circulación dentro de aquellas carnosas tiras de piel. Apretó los dientes por las enormes ganas que tuvo de morderla. Le dio tiempo pensar que si de verdad aquellos labios fuesen dulces, estarían rellenos de melado²⁸; y cómo le encantaría hacerles un huequito y sacárselo. Como los *Bacci*²⁹ de chocolate que solían vender en los buses cuando estudiaba.

Decidió quedarse mucho más tiempo observando también, aquellos ojos marrón oscuro, asombrados y alertas. Dentro de ellos vio brillo. Pensó en lágrimas de risa saliendo a raudales y sonrió imperceptiblemente, por el viaje de sus deseos.

Pero todo se vino abajo. El momento se detuvo de golpe por culpa del sonido polifónico de un celular. Aragón se estiró y exhaló fastidiado. Ya sabía quién podía ser:

— Aló...

Canela movió las manos para colocarlas en su regazo y aliviar la piquiña que sentía correr en ellas.

— No estoy en el apartamento...

La chica escuchaba la voz cansina que emitía Romer a quien fuera que estuviese al otro lado de la línea.

— Aló. Alóoo. Ajá, ya te escucho. Quédate tranquila. Mañana te ayudo...

«¿Quédate tranquila?» Se preguntó la joven, queriendo saber de quién se trataba.

— No sé a qué hora regresaré...— dijo Romer tras un suspiro. Canela se mordía un carrillo. — Ok. Quédate tranquila... está bien. Chao— iba a colgar la llamada pero algo lo hizo revirar los ojos. — ¡Chao! — repitió con más insistencia y por fin cerró la tapa del celular. De inmediato, Romer volteó hacia Canela:

— Disculpa.

— No, no. No pasa nada— dijo ella, levantando las manos.

Romer se puso de pie con botella en mano para estirarse, haciendo sonidos algo exagerados al hacerlo.

— Y dime, ¿cómo es que lograste vivir en nueva york a los 17 años? — preguntó con una voz clara, para olvidar la reciente llamada que había contestado.

Ella iba a responderle pero la información la dejó casi sin habla por unos segundos:

— Yo... pues, todo es culpa de Josué Mendoza— dijo ladeando la cabeza.

Él sonrió con tristeza colocándose frente a ella y tomando otro sorbo de su bebida.

— Tienes suerte.

— ¿Tú crees?

— Sí. Tienes mucha suerte.

Ella hizo silencio antes de preguntar:

— ¿Qué estabas haciendo tú a los diecisiete años?

Él se sentó nuevamente:

— Estudiando—. La forma cómo lo dijo, le explicó a Canela que no diría nada más. Se pasó la lengua por los dientes.

Romer recordó el cigarrillo. Lo había dejado a un lado de la botella pero ya no se encontraba encendido. Canela notó aquello en los gestos del muchacho:

— ¿Desde cuándo fumas? — le preguntó.

Él miró el cigarro antes de contestar:

— Lo probé a los quince. Pero creo que comencé a fumar... a los veinte.

Ella estiró el cuello para ver la cajetilla de cigarros al otro lado de Romer. Se levantó, la tomó y sacó uno. Romer siguió sus movimientos con cara de extrañeza:

— ¿Qué haces?

Canela volteó el cigarro y dirigió el filtro a la boca de Aragón. Anonadado, él no supo más que hacer, que estirar los labios para recibirlo. Pero ella no se detuvo; sacó el yesquero de la misma caja y en un solo intento, lo prendió. Romer entrecerró los ojos por el fuego y el humo inicial, dando una profunda calada. Así que, levantó la mano y lo sostuvo antes de que ella lo hiciera.

Canela sonrió.

Y esa sonrisa acabó desesperándolo. Sin previo aviso, Canela sintió un fuerte agarre que la atajó por la pretina de su jean. Romer la acercó hasta su cuerpo, ubicándola un poco entre sus muslos. Exhaló el humo y lo dirigió lentamente al cuello de Canela. Sin soltarla, inyectó su mirada en ella, con los ojos inundados en mil cosas indescifrables. Peor para él. Porque Canela no se mostraba nerviosa:

— Si te digo un secreto ¿me lo guardas? — Preguntó Canela. A lo que él asintió en respuesta. —A veces suelo fumar un poco. ¿Me das?

Él se levantó de la misma forma cómo había expulsado el humo, tocándola toda en el arrastre. Así que ella lo estaba provocando, pensó él. Con la mano libre, apartó unos mechones de cabello que bailaban frente al rostro de Canela, e hizo lo mismo que ella hace un momento: acercó el filtro a esos labios inocentes y acaramelados. La vio fumar, y contempló con alevosía cómo ella cerró los ojos al degustar del peligroso vicio. No aguantó por mucho tiempo; acercándose a sus labios, le dijo:

— Jamás... Jamás, vuelvas a hacerlo.

Aquella voz ronca de mandato le hizo tragar seco. Y la transportó hacia un sentimiento exacerbado. Aragón le dio una orden para evitar un pecado, algo malo; una rebeldía. Y quiso obedecerle de inmediato, pero ya era demasiado tarde para cumplirlo.

— ¿Qué harás si decido volverlo a hacer?

Él se separó un poco reaccionando en contra de su instinto más común. Negó con la cabeza, buscó su cerveza y la miró nuevamente:

— No te metas conmigo, Canela—. Ella arrugó las cejas, curiosa. Ambos escucharon el sonido del portón eléctrico abrirse. —Ahí viene tu primo— informó, señalando con la cara.

Ella quería hacer preguntas y no darle importancia al hecho de que Carlos llegara. Pero tan pronto como se terminó de abrir el garaje, ya no tuvo ocasión de decir mucho más. Y antes de que Carlucho bajara del carro, se volteó para mirarlo de nuevo:

— ¿Mi primo? — Canela ardía por dentro con algo desconocido. Negó un poco con la cabeza y sonrió de medio lado. —Tú... no sabes nada.

Romer se enderezó cambiando su expresión a una desconcertante mueca de soberbia. ¿Qué había querido decirle?, pensó. Ella le había abandonado sobre un terreno muy distinto a cualquiera que le agradase. Entonces la noche se vio pesada a partir de allí, apartando las risas de Faustina al ver a Canela y la petición de ayuda que Carlos exigía para llevar la cena dentro de la casa.

Romer ya solo era eso: un ayudante, alguien más en la mesa. Un sujeto cualquiera por culpa de su concentración en descifrar aquel código, aquellas palabras raras. Él quería calmarse e integrarse nuevamente. Pero estaba convencido de algo que había olvidado:

A él no le gustaban los acertijos.

Capítulo 5

Unas gotas de lluvia caían esa noche, empañando todas las ventanas del apartamento, junto al aire acondicionado potente que enfriaba gran parte del piso. Si dejabas las puertas abiertas, no tendrías que encender siquiera un ventilador. Ese aire funcionaba como uno central, de esos que solo los ricos podrían tener en sus viviendas.

Pero la mujer de cabello corto y negruzco, era una dama afortunada. No poseía grandes objetos ni ostentosos aparatos. Pero gozar de un piso completamente para ella en las circunstancias en las que se encontraba, no podría decirse que solo era un lujo. Porque "lujo" no era una palabra adecuada para describir todo lo que poseía.

Dina había pasado gran parte de su vida creyendo que un milagro ocurriría a continuación. Siempre esperando que algo pasara, sin darse cuenta muy bien, que cada cosa obtenida, era alcanzada por sus propios hechos. Sus movimientos para todo: desde saltar cuerda cuando pequeña, hasta el simple hecho de presentarse ante alguien, eran tan imperceptibles que se olvidaban. Si ella evitaba cada uno de sus pasos, era muy fácil que los demás olvidaran su existencia.

Aún Dina a sus 24 años de edad en ocasiones, creía fervientemente que aún no lograba encontrar ese detonante que la plasmara sobre un recuerdo. Seguía buscando a tientas o a fuego, razones para pertenecer en la memoria de alguien más, pero sin aparente éxito. Lo intentó con hombres de confianza, con personas estratégicas, con su madre y hasta con desconocidos. Y otra vez, se encontraba sola dentro de aquel cúmulo de paredes frías, a las once de la noche esperando que Romer llegara. Para que la ayudara quizás en qué cosa, algo que nuevamente no lograba recordar.

Sentada en medio del sillón de tres piezas, llevaba encima una bata de tela muy parecida a la seda, de color rosado. En la mano derecha, sostenía apretado contra el muslo, una copa de cristal, con un poco de *Cereser*³⁰ de

manzana. Su pie descalzo, deslizó lentamente algunos objetos que estaban dispersos sobre la mesa baja, para colocar allí sus piernas desnudas. La madera estaba fría, como todo lo que la rodeaba. Pero sin importarle mucho, descansó las batatas como pudo y estiró bien las rodillas. En el equipo de música, se escuchaba la melodía de *Jezebel*³¹ de *Sade*³², desde un cassette que había comprado siendo más joven. Escuchando la famosa canción que le despertaba todos los poros que creía congelados y dormidos, y en esa posición de total descanso, suspiró.

Dirigió su vista hasta el plato rectangular de porcelana negra que tanto le gustaba usar, antes de cerrar los ojos. Acercó la copa a su nariz y olió profundamente el fuerte y suave aroma de la bebida. Sidra burbujeante. Jamás dejaría de querer aquel sabor que llamaban en Maracaibo "vino champanizado". Cada vez que posaba su lengua o rostro en él, comprendía que todavía estaba con vida. Bueno a decir verdad, esa no era la única sustancia que le hacía comprender aquello. Quizás, algunas orgánicas o no, le daban a entender que en algún lugar del mundo, existía un propósito para ella.

En la muñeca izquierda tenía su reloj dorado. No era nada lujoso, pero Dina se encargaba de lucirlo como si fuese la prenda más costosa. Miró. ¿Había pasado ya media hora? ¿Tardó tanto aquella acción tan simple de sentarse a contemplar un rato sus piernas? Acercó dos dedos a la nuca justo debajo de la barbilla para medir sus pulsaciones. Sí. Efectivamente seguía siendo Dina. ¡Seguía estando viva! De pronto, escuchó un toque en su puerta.

Sintió miedo.

Se levantó rápidamente para ver de quien se trataba. Luego de saber la respuesta, abrió:

— ¿Aún despierta?

Ella no lo miró. Solo se limitó a dejarlo pasar:

— ¿Y tus llaves del apartamento? — preguntó Dina.

— Las dejé en el carro.

Romer entró al piso mientras cerraba la puerta tras de sí. Luego, se acercó a la ventana para trancarla y evitar que algunos papeles dejaran de volarse por la brisa que aumentaba cada vez más, gracias a la lluvia. Ella sintió de nuevo esa sensación adrenalínica que la cubría, al escuchar la voz gruesa de Aragón:

— Pensé que vendrías más temprano— mencionó la mujer.

Romer dejó las llaves del auto, su cartera y un celular sobre la mesa donde Dina sostenía sus extremidades:

— Baja las piernas, Dina.

La chica sonrió de lado ante aquel llamado de atención. Vio como Romer se sentaba frente a ella en un sillón más pequeño. Observó sus brazos asomar bajo aquella franela de manga corta y cómo se subía las perneras del jean para acomodarse mejor. Tragó grueso ante la imagen. Mirándolo fijamente, adivinaba sus próximos movimientos. A la cuenta de tres, él sacudiría su nariz con los dedos, casi imperceptiblemente. «Vamos Romer. No me decepciones» pensó, esperando que aquel obedeciera a sus adivinanzas secretas.

Contó: Uno, dos... Tres. ¡Ahí está! ¡La ligera sacudida! Sonrió para sí misma. Lo conocía demasiado.

— Creo que ya no necesitas que te compre nada— dijo él mirando la botella de Sidra sobre la mesa baja. — ¿Cuándo saliste a buscarla? — señaló el líquido.

Ella bebió lo que quedaba en su copa, antes de contestar:

— Hace unas horas.

Romer asintió. Estaba un poco extrañado por el hecho que Dina saliera de casa esa noche. No olvidaba que desde hace un año, ella había optado por el encierro y la demostración de una conducta antisocial. Se lo adjudicó a su carácter especial y diferente al resto de la humanidad. Luego miró todos los objetos que estaban desperdigados y puestos de cualquier forma sobre la mesa. La botella de *Cereser* casi al término, algunos pequeños plastiquitos arrugados, puestos cerca del típico plato de porcelana negra. Una cajetilla *Marlboro*³³ y entre todo aquel desorden: las piernas de Dina. Unas piernas de un color muy blanco. Casi blanco perla, las cuales alguna vez habían sido de un brillante intenso. Romer pensó un momento en esas piernas torneadas. Esos pensamientos viajaban por la mente del chico, quien por alguna razón que no quería explicarse a esas horas, llegó al apartamento con un bulto visible bajo su pantalón. Y Dina lo notó.

— ¿De dónde vienes? — preguntó la chica, mirando la entrepierna del varón.

— De la casa de mi jefe.

Ella se enserió un poco:

— ¿Estaba Carlos contigo?

Él entrecerró los ojos. Ella comenzaba con las preguntas y no quería molestarse. Asintió. Dina se inclinó para dejar la copa sobre la mesa. Antes, no había obedecido la petición de bajar las piernas y si él le pedía que pusiera la copa sobre el portavasos, tenía planeado hacerse un poco la loca para picarlo. Efectivamente, él se removió en el asiento al momento de ella posar

el cristal mojado sobre la hermosa enchapada. Pero de manera sorprendente, él no dijo nada. Dina frunció un poco el ceño y decidió enfocar el punto de mira, hacia otro lado. Con un pie, señaló la zona campal:

— Estás excitado— afirmó en un susurro. Él alzó una ceja. — ¿Desde cuándo te excita tu jefe? — siguió preguntando, batuceando el famoso pie.

Aquel movimiento le molestó a Romer. Quien sin pensarlo dos veces, puso una mano sobre el dorso del pie para detenerlo. Dina tembló por la sorpresa y su respiración se paralizó por un instante. Romer apretó los dedos alrededor de aquella piel blanquecina. Alzó la otra mano e hizo lo mismo con la otra pierna. Tenía a Dina atrapada entre la mesa y sus palmas. Con los pulgares, inició movimientos circulares sabiendo que muchas veces allí, sobre esos sillones, la había tenido entre sus piernas. Presionó con más fuerza los tobillos y con un movimiento brusco, le separó las rodillas.

La bata de Dina se abrió, haciendo que ella ahogara un grito con la respiración entrecortada, sobre todo al sentir una corriente de aire frío pasar por la parte interna de sus muslos. Aragón ladeó la cabeza con los ojos fijos en el punto más escondido de la fémora. Entonces, reconoció el bikini que cargaba puesto, ya que tenía un manchón de color cobre que nunca se logró quitar en esa tela. Cerró los ojos. Sintió asco no tanto por lo que vio. Sino por la dirección de sus deseos esa noche, queriendo desahogar otros más ajenos.

Sin embargo, exageró para apartarse. Suspiró con fastidio y cansancio demostrando la rabia que le causaba el hecho de que Dina fuese tan dejada con su intimidad. Respiró hondo y viró los ojos. Se levantó, alzando al mismo tiempo las piernas de ella para lentamente, colocarle los pies en el suelo:

— Dina. Te dije que bajaras las piernas de la mesa.

Ella arrugó los labios:

— No es tu mesa. Es mía— dijo con los dientes apretados, más por la excitación no correspondida, a que fuese regañada como una adolescente.

— Pero este apartamento lo pago yo. Compórtate y cuida las cosas— se levantó del sillón, tomó sus objetos y metiéndolos en los bolsillos, se dirigió a la puerta. Pero antes de él salir, ella alzó la voz:

— ¿Me vas a dejar así?

Romer inhaló y exhaló profundamente:

— Dina, ya deshazte de esas pantaletas. Eres una mujer asquerosa, ¿no lo ves?

Ella separó sus labios asombrada por las palabras tan despectivas de su amigo, las que no le dio chance replicar, porque aquel ya había salido del

piso.

— Es solo una mancha— susurró para nadie. Sus ojos se llenaron de lágrimas y el labio inferior comenzó a temblar. — ¡Es solo una mancha! — dijo más fuerte. — ¡¡¡Es solo una mancha!!! — gritó con furia.

Se inclinó rápido para alcanzar la copa y lanzarla contra la puerta, rompiéndola en mil pedazos. Y tras el sonido del cristal roto, se puso a llorar sobre el mueble, enroscándose como una gata herida. Era una mancha y por una mancha fue tratada con muy poca prudencia. Lloró por el dolor que la vergüenza le causaba. Lloró recordando que aquel lugar, solo le servía de escondite tras un miedo culposo. Lloró por nimiedades y elementos de fuerza mayor. Lloraría por no tener a Romer esa noche, pero aquellas lágrimas salían más por ella misma y su repudio a la existencia. El cassette seguía sonando, y a Dina le dio gracia en medio de aquel llanto desahogado, que la canción que seguía se titulara *Mr. Wrong*³⁴. ¡Qué ironía! Pensó que los errores están sobre las personas porque no son capaces de ver las señales.

Luego de calmarse, comenzó a reír levemente, porque sabía que si Aragón la tildaba de asquerosa por una odiosa mancha de sangre vieja en su ropa interior, la odiaría al conocer el montón de "manchas" que cargaba en la consciencia. Solo debía mirar más a profundidad. Entonces Dina, mientras se cubría el rostro se preguntaba, si habría alguien en el mundo que tuviese el poder de borrar esas manchas. Unas más antiguas y otras recientes. Como la que formó su persona, aquel deseo de acabar con todo por el simple hecho de haber esperado por él durante horas, de haber sido rechazada por otros. Y de encontrarse en menos de cinco minutos, nuevamente sola.

Suspiró profundo alejando las risas y las lágrimas de toda la vida. La noche ya era corta, y dormiría solo para tener que olvidar.

Capítulo 6

Envuelto hasta la cintura con sus sábanas azul celeste, desnudo por completo y quizás, aguantando un poco el frío de su apartamento, Romer se encontraba en total tensión. Era en esos momentos de desvelo, que recordaba que aún no era un hombre completo. Podía tener una vida llena de responsabilidades y todo lo contrario en los momentos de ocio. Pero sabía exactamente el peso de la que no tenía. Romer Aragón a las dos de la mañana, miraba a la nada asomada, en la ventana de ese cuarto raro y desprolijo de cortinas.

Mirar, pensar y tragar grueso mientras se estiraba para acomodarse. ¿Qué lo tenía en vela esa madrugada? Generalmente, asistía al rescate de la "loca de Dina", como él la llamaba. Se desfogaba en cosas que sin querer admitirlo, le gustaban y después, terminaba por conciliar el sueño de una vez; como un bebé. Quizás el cansancio del día, el viaje de regreso a Maracaibo y trabajar hasta tarde en casa de su jefe, hicieron mella en la visita que le había hecho a su amiga.

Al salir del apartamento, la había escuchado gritar y también se percató del sonido roto, quizás de la copa al romperse. Romer cerró los ojos, y suspiró profundo. Estaba cansado pero no podía dormir. Y pensar en Dina le daba tiempo para que amaneciera y lograra encontrar en algún momento, ese sueño tan anhelado. Se dijo que debía calmarse y aclararle a su mente saturada, que aquella mujer solo estaba enferma.

Volvió a negar con la cabeza. Recordó cómo Dina llegó a la hacienda donde trabaja su madre. Eran los dos tan solo unos niños, pero la pequeña estaba sentada sobre una piedra con sus ropas rotas y con olor a viejo, terrible. Ella estaba impregnada con el olor de un total abandono. Parecía perdida y tenía la piel quemada por el sol que se sufre en la altura merideña. El cabello también había sufrido por aquellos potentes y peligrosos rayos del astro rey. Los vestigios amarillentos en su pelo, así lo explicaban.

Ella se hallaba contando pequeñas flores de las que nacen en la abundante

grama húmeda. Cuando Fedra, la madre de Aragón se acercó a la niña, se percató que esta última no podía hablar bien; como si no supiera hacerlo. De inmediato, la progenitora de Romer le pidió a su hijo que se quedara junto a la pequeña, y corrió a buscar al dueño de la finca. Después de aquello, pasó tanto... tantas cosas entre el crecimiento de ambos y la adolescencia. Entre la bruma que escondía la identidad exacta de la "niña puerca", como algunos la nombraban fuera del parcelamiento.

De repente, sintió aquel dolor en la rodilla izquierda que tanto le molestaba cuando la mantenía en una sola posición por mucho rato. Una herida vieja precisamente formada en su etapa más agitada de la adolescencia. Se removió en el colchón y miró el reloj que colgaba en la pared, entrecerrando los ojos para poder divisar los números en medio de aquella especie de oscurana: Las 3:00am. Miró de nuevo la ventana y sobó un poco sus partes más íntimas, cosa que solía hacer con desfogo cuando no había nadie alrededor. Y de inmediato, su entrepierna comenzó a brillar en su interior, avisándole que necesitaba atención.

Pensó en Dina y arrugó la cara. Muy bien; Se había acostado con ella muchísimas veces, la verdad. Pero en ese momento no le inspiraba el menor pensamiento lujurioso. Cerró los ojos apretándolos para traer a colación alguna imagen femenina que le gustara recordar. Fue entonces como un cabello castaño, algo desordenado, una cola apretada y desaliñada, unos labios perfectos y provocativos... aparecieron dentro de la caja imaginaria del hombre. Su corazón comenzó a bombear a un ritmo extraño. Se apretó el miembro duro como intentando con eso, apagar el interruptor de fotografías mentales que le había hecho a esa dama: Su mirada llena de sapiencia y a la vez, inmadurez. La sonrisa nerviosa dirigiéndola hacia él. Sí, ¡hacia él! Esos dientes casi blancos fueron mostrados solos para él. El corazón le iba a estallar, no se había dado cuenta de que su mano derecha se movía de arriba abajo, raspando con fuerza cada recuerdo, sobre todo aquellas montañas pequeñas que se divisaban debajo del suéter femenino. Sus senos; ¡Oh, Dios! Sus senos debían ser una hermosura, ricos. ¡Divinos! Siseó pensando en aquello, las palabras se mezclaban con los flashback que describían a una dama joven y delicada. Recordó su boca soplando ese humo dañino y volvió la rabia a manifestarse. Se mordió los labios por el enojo que sintió al verla hacer aquello. ¿Dónde había aprendido a hacerlo? La pregunta exacta sería ¿de dónde había llegado esa carajita? Antes era una niña, ¿por qué tenía que haber crecido tan rápido? Los movimientos se acoplaron con el ritmo del

corazón, tan rápido como la forma en que se presentaban las imágenes. No quería, sabía que no podía hacerlo pero ya era inevitable en medio del camino arado. Tenía que imaginársela sin ropa. Sí, sin nada de ropa. Quitándosela como si desarrollara el mejor regalo del mundo. Imaginó vello en sus partes, no muy abundante, lo suficientemente largos como para removerlos con sus yemas hasta provocarles un leve pellizco. Imaginó que debajo de aquello, se descubrirían unos labios tan apetitosos como los que usaba para hablar. Imaginó la piel roja al marcarla cómo un salvaje. No podía, ¡No, ya no podía! ¡Oh, Santo Cielo! Rápido y más rápido hasta sisear y gruñir de satisfacción, gruñidos tan parecidos a la expresión de dolor y placer. No había marcha atrás. Comenzó a gemir. Gimió al ritmo de todo lo demás y sin detenerse, al cabo de unos segundos, aquella chiquilla estaba siendo liberada en forma líquida y pastosa. Como si hubiesen abierto una represa en medio de un desierto.

Listo. Relajación.

Romer calmó su sed con la lengua alrededor de los labios, y separó las manos del miembro para observar el desastre. No se había preparado con una toalla y la viscosidad estaba en todas partes. Aquello eran pedazos de él, regados ahí sobre las sábanas azul celeste. Se levantó más tranquilo, se dirigió al baño y regresó con las manos lavadas y todos los implementos para limpiar y cambiar la tela del colchón. Luego, se dejó caer de súbito sobre la cama con los brazos estirados.

Al pasar unos minutos de silencio, miró de nuevo por la ventana a la nada, contemplando la poca luz que entraba a aquellas horas y bañaban de forma tenue, la habitación. Varias cosas aún rondaban su cabeza. Los detalles de la joven, que él utilizó casi sin querer para tocarse, variaban entre lo hermosa que era y lo agradable que fue conocerla un poco más, esa noche. Pero sobre todo, Aragón pensó una y otra vez antes de quedarse dormido, en la forma en cómo ella penetró en la parte más privada de un hombre: «Tan solo tiene 18 años» pensó quejándose.

El serio de Romer, calculando la locura que sería cortejar a esa jovencita, quedó rendido próximo al amanecer. Pero no se percató de algo muy importante: en su cara aletargada por el sueño, también se dibujaba una perfecta y dulce sonrisa.

Capítulo 7

Canela se despertó de repente a las 7:00 de la mañana, como si hubiese tenido una pesadilla. Claro, el reloj mental. El hábito de levantarse temprano para ir a trabajar. Estaba acostumbrada. Se levantó para bañarse, cepillarse los dientes y bajar a desayunar. En la mesa, ya se encontraban sus padres masticando unos succulentos huevos fritos con pan tostado.

— Buenos días— saludaron al unísono. Canela sonrió. ¡Eso era placer para ella! Qué agradable era estar nuevamente en casa.

Luego de un mediano silencio, habló Nereida:

— Hija, ¿no piensas contarnos sobre el viaje que hiciste a *Margarita*³⁵, sin nuestro permiso?

Canela tragó un quejido y abrió la boca. Ese estúpido de Carlos se las tenía que pagar todas completas:

— No fue nada del otro mundo— respondió Canela, sin mirarla.

Su padre respiró profundo:

— Canelita...— Josué puso los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos. —Ya eres mayor de edad. Está bien— mostró las palmas para enfatizar lo dicho. —Pero nosotros seguimos siendo tus padres. No entiendo por qué se te hace tan difícil informarnos de lo que haces. Un viaje, ok. Eres una chica que viaja mucho y...

— No viajo mucho, papá. Solo me fui a Nueva York y porque tú quisiste— dijo señalándolo con el tenedor.

— ¡No me interrumpas! — golpeó la mesa haciendo que las dos pegaran un brinco. —Si te vas al baño, me dices. Si sales de casa, me lo informas. Si te vas a una playa con los amigos, pues me lo tienes que aclarar antes de que nos enteremos por terceros.

Canela lo miraba fijamente con la mandíbula apretada. No había mucho que hacer en ese momento. Debía darle la razón:

— Lo que tú digas, papá.

Josué sabía que cuando ella lo llamaba "Papá" y no "Papi", significaba que estaba molesta y cerrada.

— Ooojalá, ojalá fuese siempre lo que yo diga. ¡Ojalá! Ya estarías en el primer avión rumbo a Suiza.

Canela viró los ojos y Nereida abrió la boca:

— ¿Suiza? ¿Por qué Suiza?

Josué se acomodó más en la silla y pasó las manos por el pelo:

— Tu hija...— remarcó la frase, respondiéndole las preguntas —está inscrita en un curso en Suiza...

— ¿Un curso? — Su mujer entrecerró los ojos. —Cursos y más cursos. ¿Cuándo va a comenzar una carrera decente? ¿Por qué la quieres enviar a otro curso?

Canela subió la mirada a su madre por la forma en que había hecho la pregunta. Tenía puesta toda su atención en los dos comensales.

— No... no creo que ella sepa todavía lo que quiere estudiar— respondió el padre. Canela reviró los ojos con fastidio y rabia, echando los cubiertos sobre el plato con altanería. — ¡No me miren así! Yo solo quiero que mi hija descubra lo que quiere ser cuando...

— ¿Cuando sea mayor? ¿Qué te pasa, papá? — se levantó de la mesa. — ¿Por qué quieres enviarme lejos, otra vez?

— Es por tu bien...

— Nada de bien. ¡Ya no quiero ese bien! No quiero, Papá. ¿No lo entiendes? Así como dices tú, ¿por qué te cuesta tanto comprenderlo? — preguntó juntando y moviendo los dedos.

Nereida no quitaba la mirada de su esposo:

— ¿Por qué la quieres enviar fuera, Josué? — dijo la pregunta en un susurro ronco. Nereida entonces, vio miedo en esos ojos negruzcos. Sus hombros cayeron pero sin abandonar la tensión sobre ellos. Bajó los párpados con pesar. —Canela. Déjanos solos un momento, por favor.

Casi zapateando, porque eso fue exactamente lo que hizo con sus pies, Canela se dirigió a su habitación, dándoles el gusto de escuchar un tremendo portazo.

— Ahora, me vas a explicar qué está pasando— dijo la mujer, al ver que su hija los había dejado solos.

Mercedes, la secretaria de Carlos y Romer, estaba sentada en la oficina de Josué de espaldas a la puerta, con varias carpetas en la mano mientras Carlos revisaba otros documentos:

— ¿Dónde se supone que está? — preguntó el hombre.

— Te juro que Josué necesitará que Karlina se instale aquí. En serio, no puedo creer lo desordenado que es.

— Eso se firmó en...

— En Juulio— le dijo Mercedes a Carlos con fastidio, explicándole con ese tono que ya se lo había repetido varias veces. —Carlos, tú eres tan desordenado como tu tío.

— Olvidadizo, querrás decir— dijo levantando un dedo.

— Sí, olvidadizo. Igual, no me explico cómo le haces para recordar todas esas historias que lees.

Carlos torció los labios:

— Yo tampoco lo sé, Muñeca. ¡Hey! — gritó exaltando a la mujer. — ¿Este no es el documento?

— A ver... Eeeese mesjmo es— dijo con voz cómica, queriendo imitar la voz del candidato presidencial del momento.

Carlos se echó a reír con fuerza al escucharla hablar así. La secretaria bajó la cabeza por la pena y por lo que le causó aquella risa. Le encantaba cuando Carlos reía de esa manera.

— ¡Lo haces igualito! — le dijo Carlos entre carcajadas, hablando de la forma en que Mercedes dijo aquello.

Pero ella sin querer prestarle atención, siguió en sus tareas:

— Hay que sacarle copia a ese papel— dijo Mercedes para despistar.

En ese momento, entró Romer como un ventarrón en la oficina:

— Te necesito abajo, ¡ya mismo! — dijo Aragón dirigiéndose a Carlos, con voz de urgencia. Este último se puso serio de golpe, al igual que Mercedes y salió de inmediato siguiendo a su compañero de trabajo.

— ¿Qué pasa? — preguntó el encargado de los contratos siguiendo el rápido paso de Aragón. — ¡¿Qué pasa?! — repitió, bajando a trote las escaleras metálicas.

— ¡Eso quiero saber yo, coño!

Carlos escuchó bulla en la parte trasera del galpón:

— ¡¿Qué mierda...?! —

Al bajar y llegar al garaje donde guardaban los camiones que llevaban la mercancía por toda Venezuela, se encontraban los trabajadores arremolinados alrededor de un camión 350.

— ¡Hey, hey, hey! — exclamó Aragón con fuerza para que todos lo escucharan. El ruido en el sitio era casi ensordecedor.

— ¡Jefe...! — se acercó uno de los trabajadores, quien se encontraba en franelilla. — Nos atracaron en el cruce hacia *Santa Rita*³⁶.

Aragón miró a su empleado con los ojos entrecerrados y luego, volteó la mirada al camión, el cual ya estaba siendo revisado por Carlos.

— Wow, wow, wow... — exclamó Carlos. — ¡Este camión tiene impactos de bala! ¡¡Mercedes!!!

— ¡Acá estoy, señor!

— ¡Llama a la policía!

— Con permiso... — respondió la secretaria emprendiendo la carrera hacia la oficinita de descanso.

Aragón intentó subirse al camión para revisarlo.

— No te subas. La policía debe verlo primero — dijo el sobrino Mendoza.

Aragón regresó hasta donde se encontraba el obrero:

— ¿Estabas manejando tú?

— Sí, jefe.

— ¿Dónde está tu compañero?

El interrogado bajó un poco la cabeza.

— ¿Qué pasó? ¡¿Dónde está?! — preguntó Romer, impaciente.

— En el hospital, jefe.

Aragón ensanchó los ojos y movió la mandíbula:

— ¡¿Cómo es posible que antes de llegar aquí, no nos hayan avisado?!

— Jefe, disculpe. Tuve que llevar a mi compañero de una vez para el hospital. Estaba mal herido...

Romer se puso las manos en el pelo.

— Ya llamé a tío — informó Carlos. — ¿Qué pasó con *La Regional*³⁷? ¡Mercedes!

— ¡Ya, ya! ¡Ya vienen en camino! — respondió ella con premura, llegando nuevamente hacia ellos y hablando sobre la policía del estado.

— ¿Cómo fue? — preguntó Aragón de nuevo al empleado.

— ¡Bueno señores, nada se detiene! ¡¡¡Todo el mundo a trabajar!!! — gritó Carlos dando órdenes y palmadas al aire.

— Mercedes... — dijo Romer. — Llama a Karlina. Que abandone esa

reunión si crear alarma y que se venga de una vez.

La secretaria asintió corriendo hasta su cubículo. El administrador de la empresa, quien hacía las veces de director cuando Josué no se encontraba, se dirigió hasta el camión para observarlo. Sin tocarlo o revisarlo, divisó los impactos de bala en el lado del copiloto. Un mal presentimiento se ancló en su pecho. Caminó de nuevo hasta el estático trabajador:

— Gutiérrez, ¿Verdad?

— Sí, jefe. Ese mismo soy.

— Venga conmigo, por favor.

El mencionado, Carlos y Romer subieron hasta la oficina del director.

— ¿Cómo fue? — preguntó el joven administrador, ya en la oficina.

El chofer de la unidad, quien era un hombre moreno de mediana edad, seguía nervioso por lo acontecido:

— Salimos a las 4:30 de la mañana para que nos diera tiempo desayunar, antes de salir de Maracaibo. A las 5:00 pasamos el puente y en el mismo puente, se nos pegó atrás una camioneta de color blanca con los vidrios tintados.

— ¿Los persiguió cruzando el puente? — preguntó Carlos con voz alarmada.

El señor Gutiérrez asintió pasándose las manos por el cabello:

— Estaban como locos. Nos dio miedo seguir derecho para no agarrar la carretera ancha. Entonces, crucé pa' *Santa Rita*.

— ¿Los interceptaron? — preguntó Romer.

— Casi casi. Nos pusimos en la vía rápida y fue cuando la camioneta nos pegó los tres pepazos. Si me hubiese quedado del lado lento, me habrían dado a mí— dijo con pesar, pensando en su compañero.

— ¿Te detuviste? — siguió Aragón.

— ¡Claro! Cuando vi el sangrero de Molina, me tuve que parar. Me entró el nervio.

— ¿Y la camioneta blanca? — preguntó Carlos, asombrado.

— Los tipos se fugaron. Yo pensé que nos iban a atracar de verdad.

— Pero habías dicho que los atracaron— recordó el administrador.

— Eso fue lo que se me vino a la cabeza, jefe. Disculpe. No fue atraco propiamente. Yo había pensado que sí, pero aquí estoy sin nada robado.

En ese momento entró Mercedes avisando que la policía había llegado, y

casi al mismo tiempo, Josué con su secretaria; Karlina. Luego, todos regresaron al galpón para contarles a los oficiales, lo que había sucedido.

— ¡Me quieren joder! ¡¿Qué más va a ser?! — dijo casi al grito, el dueño de la empresa cuando se encontraban en la sala de reuniones.

Un grupo policial revisaba la camioneta. Otros dos de mayor rango, acompañaban a los representantes de *Lácteos del Lago* en la sala donde se efectuaban las reuniones con los proveedores.

— Cállese, señor— dijo un oficial alto y algo macizo. —Esto puede pasar en cualquier momento. Pudieron haber sido unos borrachos queriendo dejar huella.

— Borrachos o no, siempre me han querido joder. Ya existe un historial por intento de secuestro. Amenazas, perseguidera loca...

Aragón movió las manos con las palmas hacia abajo y le hizo señas a su jefe de que le bajara dos grados a su intensa perorata y se calmara de una vez.

— Oficial, es normal que el señor Mendoza tenga miedo— dijo Romer señalando a Josué. —Lo han intentado secuestrar varias veces y han amenazado a su familia con hacerles daño.

— Nosotros estamos enterados— dijo el mismo policía señalando su propio pecho. —Pero las cosas andan locas. Viene *La Feria de La Chinita*³⁸ y en diciembre son las elecciones.

— ¡Quiero seguridad para mí y los míos! — exigió Josué.

— Tío...— advirtió Carlos para que dejara hablar al uniformado.

— Karlina, ¿averiguaste cómo se encuentra Molina? — preguntó Josué con un tono de voz más calmada. —Pobre hombre, ¡pobre hombre! Tanto que lucha todos los días por llevarle el pan a la mujer...

— Sí, señor. Lo están atendiendo en el Universitario— respondió la secretaria.

— Señor Mendoza...— mencionó el otro oficial algo más bajo que el primero y de pelo canoso. — ¿Lo han amenazado últimamente?

Josué se detuvo en seco y miró a los dos jóvenes que tenía por empleados súbditos de su cargo. Intentó no decir mucho al respecto antes. Ahora, era otra cosa:

— Sí— confesó.

Aragón cerró los ojos y maldijo mentalmente, para no ser demasiado grosero. En cambio, Carlos lo hizo en voz alta:

— ¡¡¡Vergación³⁹, Tío!!! — mencionó la palabra más alegórica del pueblo marabino, la cual suele usarse para todo momento. Sea en desahogo o queja. ¡Cualquier cosa! "Vergación". La palabra era perfecta para liberarse. Luego de soltarla, recibió una llamada. Era su padre. Se disculpó para atenderla.

— Pásame al loco ese, que no se venga de Mérida, por Dios— pidió Josué exigiendo con la mano que le pasaran el teléfono, al enterarse de que era su hermano quien llamaba.

Aragón aprovechó que el Director se había alejado, para hablar con más calma con la autoridad presente:

— Señores, ¿Cómo hacemos para tener vigilancia las 24 horas del día? — preguntó Romer.

— Nosotros podemos rondar la casa del señor Mendoza y el galpón— dijo el oficial más alto. —Pero tienen que contarnos todo sobre las amenazas, con las pruebas. Para que en la comisaría se hagan efectivos los turnos.

A Romer no le gustó lo que escuchó:

— ¿La denuncia la emiten de una vez por acá? ¿O tenemos que ir a la comisaría con ustedes?

— Por acá— afirmó uno de los oficiales.

— Ok— dijo Romer, arrugando los labios para no demostrar más desconfianza de la que tenía. —Hablabamos con el señor Mendoza para que haga lo que piden.

Los oficiales asintieron y desplegaron algunas planillas que debían ser firmadas. Al cabo de unos minutos y de Josué firmarlas todas, se despidió con nerviosismo, rabia y fastidio de los policías y aquellos, salieron del recinto.

— ¡Llama a Canela y me la sacas del país hoy mismo! — gritó Josué. — ¡¡¡Karlina!!!

Carlos y Romer se miraron:

— Hey Tío, ¡cálmate! Creo que lo primero que tienes que hacer es buscar un cuerpo de seguridad privado.

Gracias a Dios para Aragón, Carlos pensaba igual que él. Aunque la mención de Canela le hizo trastabillar mentalmente.

— ¡Qué seguridad privada ni que nada, chico! — le dijo a su sobrino. — ¿No te das cuenta de que saben lo que tenemos? Me van a quitar cobres secuestrándome a mí o a mi hija. Y Canela es muy rebelde, no la puedo controlar.

— Si le pones una seguridad para ella sola, no habrá problema— Carlos explicó y alzando la voz, repitió: — ¡Si le pones una seguridad para ella sola,

NO!

Romer estaba atento a la discusión con el corazón acelerado. De pronto, sintió una especie de nervios al pensar en Canela.

— Yo sabía que esta vaina pasaría— dijo Josué un poco, solo un poco más calmado. — Esa malaya gente quiere acabar con mi vida. ¡Quieren plata! ¡Siempre quieren plata! Los secuestros aumentaron en Maracaibo. ¡Y esos tipos saben lo que tengo fuera del estado! Toda esta vaina es mía, mi patrimonio, ¡mi empresa! Y es todo lo que tengo. Esta empresa y mi familia. Nereida y Canela son lo que más quiero y a veces me culpo por pensar que quiero más a *LDL* que a mi propia familia. ¡¿Ya me entienden?! Me muero Carlucho...— le dijo con lágrimas en los ojos y desesperado. —Me muero si algo le pasa a mi morenita y a mi hermosa piernona— Carlos puso cara de tristeza. —Y a ustedes, también. Incluso a ti— señaló a Romer. —Ustedes son cómo unos hijos para mí.

Aragón tragó grueso. No estaba muy acostumbrado a tener una figura paterna. Pero si de tenerla se trataba, Josué sería una perfecta. El corazón ahora estaba levemente encogido.

— Te entiendo tío, de verdad. Canela es lo máspreciado para mí, la quiero muchísimo.

Aragón sintió la tensión caer sobre sus hombros, y la verdad es que no entendía muy bien porqué.

— Pero así como tú no quieres mudarte del país...— continuó el sobrino —porque están todas las cosas que más amas, y toda la gente a quien amas también, para Canela significa lo mismo. Ella ya estuvo fuera un año entero, sola— Carlos se mordió el labio inferior. —Ella no quiere estar más sola, tío.

Josué lo miraba respirando profundo:

— ¿Qué me quieres decir? ¿Algo le pasó a mi Canelita en Nueva York?

Romer se movió un poco sin notarlo. Carlos tenía el rostro serio. Algo pálido, tal vez. Y el administrador fue el único que lo notó.

— No, no... Le fue bien, la verdad— respondió el menor de los Mendoza.

Josué asintió un poco más tranquilo con esa respuesta y se alejó de su sobrino, para sentarse. Romer miraba a Carlos. Lo estudiaba. Sospechaba que algo estaba ocultando. Lo conocía demasiado.

— Entonces, si Canela no sale del país, hay que ocultarla o algo por el estilo, no sé...— dijo Josué golpeando ligeramente la mesa central, con una palma.

Carlos sintió la mirada de su amigo, al cual empezó a corresponder. Negó

una vez más:

— No creo que sea necesario, por ahora.

Josué iba a repicarle, cuando la voz de Aragón interrumpió la conversa:

— Esperen un momento...— se acercó hasta ellos. —Los policías tienen razón en algo. Pudo haber sido simple vandalismo. Lo que pasó sucedió en la madrugada. Gutiérrez dice que los tipos andaban como locos. Si en verdad quisieran hacer algo contundente, no actuarían como desalmados.

— Eso lo hacen para despistar, Romer— dijo su jefe. — Algo me dice que es una advertencia. La delincuencia está desatada y yo soy un blanco fácil. Y con esto de las elecciones, la cosa se ha desordenado.

— Puede ser— dijo Romer moviendo la cabeza. —Pero no puedes removerle la vida a Nereida y a tu hija de golpe. No quieres ponerlas nerviosas, ¿no es así?

— ¡Yo no quiero estar nervioso! — enfatizó el dueño de la empresa. Carlos seguía mirando a su amigo. «¿Qué está haciendo?» se preguntó.

— Eso también es verdad— dijo Aragón. —Es más, todos estamos nerviosos con esto. Aún no nos dan noticias de la condición de Molina. Eso es otro cantar con el que debemos lidiar. Se viene un nuevo presidente y con eso, los distribuidores empiezan a firmar contratos. Josué...— dijo Romer arrimando una silla para sentarse frente a él. —Tienes que contratar a un personal de seguridad. Es lo que debes hacer de inmediato— comenzó a medir sus palabras y hablar más pausadamente. —La policía no te ayudará. Date la posibilidad de que tengas a tu familia contigo, mientras este problema se resuelve.

Josué no quería abandonar la tensión de saber que Aragón y su sobrino, podrían tener razón con la idea de contratar personal nuevo. Carlos en cambio, no le hacía falta estar pendiente de si los hombros se le rompían. Los dos jóvenes sabían que en un principio, la idea de colocar seguridad privada era la mejor. Pero la realidad había cambiado. Le parecía extraño que Romer no considerara la posibilidad de alejar a Canela. Entre ocultar algunos secretos y estar atento al plan de su compañero, se volvería loco o más de lo que ya estaba.

— Carlos dijo algo cierto...— continuó el Administrador. —Tu hija no se quiso ir. Y no se va a querer ir. Estuvo sola, ¿la vas a dejar sola nuevamente? ¿No está mejor con los suyos, siendo protegida por ti?

Josué cavilaba considerando aquellas palabras. Carlos carraspeó la garganta:

— Opino que Canela no quiere estar sola— dijo el sobrino. —Pero no descarto la posibilidad de que se vaya—. El joven se estaba confundiendo hasta con sus mismas opiniones.

Aragón lo miró por un segundo para luego, regresar la mirada hacia su jefe:

— Hazlo así. Nosotros te vamos a apoyar— continuó Aragón. —Si tenemos que ayudarte a hablar con Nereida y Canela, pues, lo hacemos. No hay problema, Josué. Quiero que te sientas apoyado en todo momento. Pero lo primordial es estar seguros.

El teléfono de Carlos comenzó a repicar y contestó:

— Aló...— Luego de unos segundos, cerró los ojos y sonrió de lado. —Cani.

Aragón se levantó mientras que Josué se hundió más en la silla.

— ¡Qué bien! — siguió Carlos. —Pero, ¿estás todavía en la universidad? — los otros dos hombres prestaron atención. —Cani, escúchame. Ya... está bien, pero escúchame. Debo hablar contigo ahora más tarde, ¿sí?... No pasa nada, no te preocupes. Toma un taxi de la línea de la universidad y espérame en tu casa— trancó el teléfono.

— ¡Mi corazón no aguantará con lo que vas a decirme! — dijo Josué con una voz melodramática.

Carlos arrugó la cara y abrió los ojos con la rareza expuesta en él. No era un momento para reírse, pero cuando su tío exageraba, nadie alrededor podía evitarlo. Sin embargo, apartó la risa inicial con un suspiro:

— Tío, Canela está en la Universidad. Al parecer se inscribió en una carrera.

— Ok, me la hizo. ¡Esa carajita me la hizo!

Carlos no aguantó y carraspeó con la garganta para no reírse:

— Tío, tiene que estudiar...— dijo riendo por fin.

Aragón sonreía nada más. En ese momento, Karlina entró a la sala de juntas:

— El señor Molina salió de peligro. Las heridas no son graves.

Todos pudieron respirar un poco en paz. Ninguno había descartado la posibilidad de un fallecimiento.

— Gracias por informar, Karlina— dijo Josué. —Quiero irme a casa. Romer, encárgate.

— Te llevaría, pero aún no me puedo ir— informó Carlos. —Dile a José que te lleve él. No manejes así— le sugirió, hablándole del vigilante de la garita, quien era de entera confianza.

— Lo haré— dijo el tío, levantándose como si hubiese envejecido diez años de sopetón.

Cuando el jefe mayor salió de la sala, Romer haría lo mismo, pero Carlos lo detuvo:

— ¿Por qué tanto interés en no dejar que mi prima se vaya?

Romer levantó las cejas, y se giró hacia él para mirarlo mejor. Sin decir nada, asintió con obvedad y se dispuso a responderle...

Capítulo 8

Dina se puso sus botas de pana negra, las que combinaban con su jean más desgastado. Pasó las manos sobre su franela blanca arrugada intentando plancharla con ellas. Sin mucho éxito, se hizo un nudo a un costado de su ombligo. Se maquilló un poco, tomó su bolso de tela, colocándolo de lado y se dirigió a la puerta de su apartamento con llave en mano.

Antes de cruzar el umbral, recordó el reloj de su muñeca. Miró la hora y se lo quitó. Eran las 9:00 de la mañana. Iba bien de tiempo; no estaba tan apurada, la verdad. Arrugó un poco sus labios, refunfuñando por tener que quitárselo. A donde se dirigía, era mejor no cargarlo puesto. Lo guardó en su mochila y salió del piso.

Al cabo de una hora, abría una reja de color verde agua con la pintura desconchada. El chillido de las bisagras le molestó, aunque estaba un poco acostumbrada. A esa hora, hacía un sol inclemente y el calor azotaba. Agradeció el corte de su cabello por no tener que hacerse un moño todo el tiempo, como en el pasado. Desde que se mudó a Maracaibo junto a Aragón, Dina sufría de calores. Le costó habituarse al clima terrible de la ciudad en la cual sabía que estaría viviendo por años.

La puerta de la casa estaba abierta como era habitual y de inmediato, el olor a acetona y gasolina invadió sus fosas nasales. Le encantaba ese olor. Sus pupilas se dilataron y el aroma la empujó más al interior de aquel lugar.

En la cocina había ruido. Saludó con un simple "¡Eh!" a la anciana que trajinaba cómo podía con unas pequeñas ollas de café, mientras sostenía un cigarrillo en la boca. Pasó de largo por el pasillo y llegó a la habitación del fondo. De lado derecho, una puerta de madera agujereada esperaba por ser abierta. Y con un sonido particular: tres toques rápidos y dos lentos, alguien le indicó que podía pasar.

Dina tuvo que entrecerrar los ojos para poder ver a través del humo:

— Pitoquín... — llamó la mujer.

— ¡Váyalo! Si es "Dina, la vivita". ¡Estoy ocupado!

— ¡Ay, no seas así! Solo pasaba a saludarte, ¿no puedo?

— ¿Qué quieres a estas horas?

— ¿Qué horas? ¡Es tempranísimo! — Por reflejo, miró su muñeca y respiró con fastidio. Obvio, no había reloj. Así que solo pudo encerrar su piel despojada de joyas, con su palma.

— ¿Qué quiere la nena? — preguntó el hombre. — ¿Me trajiste la plata?

— Claro, mi Pitoquín. Como te lo prometí. Soy una mujer de palabras.

El hombre de edad media y bastante alto, el cual se encontraba sin camisa y mostraba unas cicatrices atroces en un costado y parte de la espalda, se quitó unos lentes negros y mostró su mirada enrojecida ante la fina cara de la chica. El tipo se encontraba parado frente a una mesa gigante y de madera extra pesada, puesta en todo el medio de la habitación. Sobre ella, había cientos de poncheras de bebé llenas de sustancias y paquetes. Algunas, tenían herramientas y Dina pudo notar una pistola. Regados con un desorden característico, unas bolsas apretadas guardaban el mayor de los tesoros del hampa organizada. Panelas distractoras de la razón femenina que había llegado aquella mañana, a la casa de Pitoquín. Alrededor de las paredes del recinto y en el suelo, estaban dispuestos unos colchones viejos, sucios y descubiertos y sobre ellos, unas sábanas recién usadas.

— Te vas a morir un día por no usar máscara para esas cosas— dijo Dina.

— Tú sabes que yo no las fabrico— le recordó el hombre con un dialecto autóctono, uno que solía usar dentro del mundo en el cual se bandeaba. —Yo solo las corto y las vendo. ¿Qué te crees? ¿Que soy bobo o qué?

Dina se rio bajito como una niña pequeña e inocente. Al hombre, aquel sonido le pareció algo risueño. Para ella fue reír así, y pensar: «Un bobo vivo» refiriéndose al tal Pitoquín.

— Tuviste fiesta anoche, pillín— dijo la chica, agarrando una botella vacía de Cacique⁴⁰ puesta en el suelo. La revisó y la devolvió a su sitio.

Pitoquín sonrió de lado:

— ¡Eah! Hubieses visto a la Viviana, como se menequeaba como una gata en celo. Por cierto, preguntó por ti, Dinita. Te estuve llamando para avisarte, pero nunca me respondes ese teléfono. Siempre es difícil contactarte. A ver si te compras un celular.

Dina intentó recordar algún repique de su teléfono fijo la noche anterior. No dio con el recuerdo y siguió caminando hasta llegar al baño de la estancia.

Al entrar, arrugó la cara del asco. El olor era repugnante. Jaló la manilla del inodoro, pero no había agua en el tanque. Habló en voz alta para que

aquel, la escuchara. Había dejado la puerta abierta pero aun así, las paredes eran gruesas:

— ¡¡¡A ver si algún día limpias esta porquería, Pitoquín!!! — gritó. Luego susurró para sí misma: — Pitoquín de Mierda.

— Ve tú y busca agua en el tanque de afuera si tanto asco le da la poceta, a la princesita.

Dina se bajó el pantalón y las pantaletas. Sin sentarse en el despropósito de inodoro para no agarrar una infección, orinó todo lo que pudo. Luego, dio unos salticos para escurrir el líquido, ya que no había papel. Lo hizo por unos segundos hasta asegurarse que no quedaba orine y se volvió a colocar bien la ropa. Salió despavorida de ahí:

— Ajá Pitoquín. ¿Me vas a dar las bolsitas o no?

— ¡Hey! — Pitoquín no le prestó demasiada atención. —El jefecito del amigo tuyo es un aguerrido. Le puso vigilancia al negocito ese— enfatizó la última frase, arrugando los labios hacia adelante, como en beso de pato; remarcando lo dicho con una navaja en la mano. Con la misma que cortaba la mercancía.

Dina se tensó por completo. Esperaba que en ninguna parte de la visita, el odioso del jíbaro le mencionara nada acerca de Aragón y su trabajo:

— ¿Vigilancia? Pero ¿qué? ¿Policías? — preguntó ella fingiendo sorpresa. Y la verdad, era que no sabía nada de aquello. Le costaría sacarle información a Romer después de lo ocurrido con él.

— Pues sí, miya. No... quiero decir, los *pacos*⁴¹ siempre están ahí. Tú sabes cómo es todo— aseguró el hombre. —Pero nada que ver con eso. ¡El viejo puso vigilantes! Carajos vestidos de negro. Vigilancia pri.va.da. ¿Qué te parece? ¡Es *arrecho*!⁴² Bastante *arrecho* entrarle a ese hombre. Y tanto que me hace falta la plata, vale— terminó de decir, con un chasquido de lengua. — Pero bueno, ya no importa mucho.

Dina se paró en seco, controlando los latidos acelerados de su corazón. Uno que se disfrazaba de gris plomo cada vez que visitaba esa casa. Gracias a aquello, no escuchó bien lo último que el hombre dijo.

— ¡Qué extraño! — volvió a decir la mujer. —De pana que no sé nada de eso, Pitoquín. Y ¿por qué habrá buscado vigilancia el viejo ese? — preguntó refiriéndose a Josué Mendoza, el dueño de la empresa de *Lácteos del Lago*. La que Pitoquín y otros tipejos querían conocer mejor.

— Bueno, porque el idiota del Merideño con una borrachera gigantesca, como que un bicho le picó y quería salir a joder al viejo. Querían que yo lo

acompañara. ¿Habéis visto? ¿Yo metido en un rollo de esos? ¡Yo no estoy para esas estupideces! Y borrachos cómo estábamos, no íbamos a joder a nadie. ¡Las cosas no se hacen así! — Dina escuchaba con una sonrisa en los labios, fingiendo que le gustaba todo lo que estaba oyendo. —Pero, en fin... ¿Cómo hacía yo pa' detenerlos? Tú sabes que el Merideño se sabe todos los horarios de esos tipos. Entonces, convenció al *Caracas* y ese bobo lo acompañó.

— ¿Entonces fue el Caraqueño con él? ¿Y qué pasó? ¿Lograron algo?

— ¡No, qué va! Estuvieron a puntico de llevarse un 350... pero nada. No lograron un carajo. Una resaca mayor, eso fue lo que lograron.

Pitoquín se echó a reír enseñando su deprimente dentadura, mientras Dina asentía con incomodidad. Pensando en todo lo que sus "amigos" habían planeado hacer, sin éxito. Y sin que ella lo supiera antes de ejecutar.

— Diablo, Pitoquín ¿Pero los muchachos están bien? Ve que esos son unos locos— fingir preocupación era fácil.

— Esos están bien... a ellos no los joden así de fácil. Sin importar la mega rasca que tenían encima— siguió riendo el hombre, mientras amarraba las bolsitas que había ido a comprar la muchacha. — Por cierto, ¿cuántas son? Tres bolsas, ¿no?

Ella asintió.

— Ajá, ¿y harán algo después? — preguntó ella. —Ni modo que el viejo ese se deje secuestrar con tanto jaleo.

— ¿Secuestrar? ¿Quién quiere secuestrar? Ni que fuéramos bobos, Dina. ¡Tampoco así! El Merideño lo que está es picao' porque el viejo ese lo botó y no se le realizó la vaina cuando trabajaba allí. ¡Eso es todo! — rio con una voz pastosa. —Tampoco es pa armar un drama, tipo... tipo culebrón venezolano.

— Bueno, bueno Pitoquín. Tú sabes cómo es. Yo los ayudo en lo que sea. Pero con tal que no me toquen a mis dos morenazos, todo está bien.

El hombre la miró con los ojos bien abiertos y arrugó la cara, conteniendo la risa sin éxito aparente. Ya que luego de escuchar las palabras de la bella mujer, rompió en carcajadas.

— ¡Eso estuvo buenísimo! — dijo el tipo. —"Mis morenazos" Pfff... Es que... ¡es buenísimo! ¿Te escuchaste decir eso, Dina?

Ella arrugó los labios y se echó a reír con él. Solo que mucho más ligera era su risa que la del famoso Pitoquín.

— No te burles...

— ¿Pero te has escuchado? ¡Eres terrible, carajita! ¿A caso el "amor de tu

vida" no era el...?

— Ya, ya... déjalo así. ¡Dame mis bolsas! — interrumpió ella, extendiendo una mano y moviendo un pie con impaciencia.

El hombre la miró secándose las lágrimas de risa y extendió una mano llena de cicatrices:

— Toma tu vaina, pues...

Dina suspiró con fastidio y mostrando que se encontraba algo apurada. Agarró las bolsas de cocaína y colocó dinero en la mano de donde las había tomado.

— Gracias— dijo ella.

— Gracias nada. Tu sabes cómo es todo— ella viró los ojos repitiendo esa frase completa una y otra vez, burlándose mentalmente de Pitoquín. —Más bien, vente pa la *party* de mañana. Ya tienes tiempo dejando embarcado a uno. El Caraqueño me está volviendo loco. Que si no le contestas, que si tiene tiempo sin verte...— dijo riendo de nuevo. —No seas mala, Dina. A los hombres no se les puede dejar así como así...

Ella se volteó con la boca abierta queriendo decirle algo, pero desistió y salió de allí a toda prisa. Caminó por el barrio con los pensamientos golpeando su cabeza. Tomó el autobús rápido, huyendo del peligro de la zona y se dirigió de nuevo a su edificio.

En el camino, ya embarcada en el colectivo, Dina se mordía las uñas con impaciencia. «Esta banda de los cojones están todos locos. Me piden ayuda pero no me ayudan a mí en nada» pensó la mujer. Sin embargo, se sintió tranquila porque ni con Carlos o con Romer se meterían. Lo único que ellos querían era fastidiar al viejo Josué.

— Sí... ¡Que se joda! — susurró para sí misma. Luego sonrió un poco y se concentró en el deprimente paisaje que la rodeaba.

Capítulo 9

Gran parte de la casa de los Mendoza se encontraba en silencio. Nereida había salido para encontrarse con su cuñada Carmen, en alguna parte del centro de la ciudad. Josué, aprovechó la tensión que ganó tras el incidente en el galpón, para tomar una siesta y desconectar por unas horas. Pero el pequeño porcentaje de la casa que se encontraba activo, era protagonizado por dos jóvenes que discutían en el jardín del frente. Lugar que casi nunca se usaba, ya que la parte trasera de la casa era la única vía para entrar y salir. Las únicas puertas que se usaban eran las traseras, porque allí se ubicaba el gran garaje y éste, daba paso a la cocina; la cocina al bar y el bar colindaba con la sala. Todo ese recorrido, proporcionaba comodidad y generaba alguna especie de mezcla familiar. La casa de los padres de Canela no estaba diseñada para ser hogareña, pero quienes la ocupaban, se encargaron bien de transmitir esas mezcolanzas. En la medida de lo posible.

A esa hora de la tarde, donde todos en sus casas preferían descansar para luego, incorporarse de nuevo a sus actividades, se encontraba Carlos como lo había prometido. El joven se dirigió a la casa de su prima para específicamente, hablar con ella. De ese modo, había llegado hace unas horas de la empresa, dispuesto a conversar con Canela sobre lo que pasaría con su familia en los próximos días. El primo Carlos iba determinado a pautar con la muchacha cosas sencillas y simples de manejar. Como por ejemplo, el acatar de forma tranquila las ordenes de su padre. También quería informarla de la incorporación de los escoltas en la casa y en lugares externos a ella. Todo aquello con la fe en alto de que Canela entendiera a la perfección el peso de lo que sucedía. Carlos era optimista. Confiaba en su inteligencia para negociar cualquier cosa posible. Aun así, conocía bien a la chica y sobre todo, su ímpetu. El cual era difícil de manejar.

Tras todo el discurso que Carlos tenía preparado, se encontraba la posibilidad remota de que Canela saliera nuevamente del país. Con este pensamiento, respiró profundo una ansiedad creciente, que terminó en

discusión con su adorada prima. Él comenzó tratándola como si fuese una alumna de tercer grado de escuela básica. ¡Error garrafal! Porque Canela era buena en las palabras, y las usó para defenderse. Recordándole a su primo unas cuantas cosas puntuales que lo hicieron removerse en su silla y apretar ligeramente la mandíbula.

Luego del intercambio de palabras y de enfatizar su descontento con respecto a los escoltas y por supuesto, a salir de Venezuela, Canela se levantó. Carlos la siguió con la mirada y observó cómo ella entraba a la casa. Él hizo lo mismo y pudo ver el momento en el que Canela se acercó al equipo de sonido, ubicado en el bar. Ella trasteó entre los cassettes de música llanera y gaita, y optó por éste último género para llenar el silencio que se había fabricado entre los dos.

— Extrañaba esta música— susurró Canela para sí misma, pero Carlos la escuchó muy bien. Sin embargo, no dijo nada. Cayó y la contempló tarareando la melodía, sonriendo un poco sin poder evitarlo.

La verdad era que esa recién nombrada mujer, generaba un efecto interesante en él. Pero sin dejarse engatusar, siguió con su perorata:

— Ya me escuchaste Canela Sofía— afirmó. —Tu padre fue atacado hoy. ¿Qué más necesitas para comprenderlo?

— Mi padre no fue atacado. Fue a dos de sus empleados— dijo muy calmada.

— No voy a discutir algo tan bobo, Canela. ¡Es lo mismo! No hace falta que te lo diga y te lo repita....

— Déjame escuchar música, por favor...— Ella subió sus hombros con exageración y los dejó caer de golpe, para luego voltearse hacia el rostro de su primo: —Carlos... No me voy— respondió con mucha tranquilidad.

Él se mordió los labios:

— Ok, está bien. Entonces llénate de escoltas.

Canela resopló. No quería darle importancia a nada, o demostrar demasiada tensión por lo que su primo le decía. Ella era feliz en su casa. Aunque sabía que si no actuaba de inmediato, estaría prácticamente en una prisión, siendo vigilada las 24 horas del día.

— Mírame Carlucho— él obedeció con expectación. — ¿Me ves ahora? ¿Estás viendo bien mi cara? ¡Estoy en casa! Pensaba que no volvería de aquella jodida ciudad. Y ahora que puedes mirarme mejor, sabrás recordar muy bien cómo la estaba pasando en los Estados Unidos.

Sus palabras eran directas, pero debían ser susurradas por si su padre se

levantaba o su madre llegaba del centro. Carlos entendió entonces, porque Canela había puesto música.

Asintió con la cabeza entendiendo el punto:

— Entonces, Canelita... ayúdame a cuidarte.

Ella arrugó los labios con un gesto de ternura y comprensión, y bajó un poco la cabeza. Sonrió, para luego quedarse mirando los ojos cafés oscuros de su primo, tan parecidos a los de ella. Los de Carlos eran un poco más claros, denotando la descendencia de su tía Carmen en ellos. Entonces, ella se movió un tanto para alcanzar su cara y la tocó apenas con las yemas, sintiendo las mejillas varoniles y suspiró hondo. Carlos era hermoso, tenía los ojos expresivos y cuando se reía, se le hacía una especie de hoyuelo. Pero cuando estaba serio, denotaba inteligencia y una madurez que rivalizaba con esa misma hermosura. En el momento en que Canela fue a tocarle los labios, Carlos se apartó:

— No, prima— tragó grueso. —Ya lo hablamos aquella vez.

Canela apretó la boca mordiéndose un carrillo. Retrocedió física y mentalmente. Entonces, Carlos recibió una llamada:

— Aló... Ajá... ¿Te los dio Mercedes? ¡Bien! Bueno, estoy a que tío. Tráemelo de una vez. Eso tiene que estar firmado hoy mismo. ¿Estás cerca? Si puedes, ven y lo firmamos en el despacho de tío.

Canela se acercó de nuevo al bar mientras Carlos atendía la llamada. Siguió revisando los acetatos y cintas de su padre. ¡Eran una maravilla! Tantos artistas de épocas muy antiguas, le recordaban a una infancia feliz, tranquila. Muy distinta a lo que estaba viviendo ahora y lo que había experimentado estando tan lejos...

— ¿En qué carrera te inscribiste? — le preguntó Carlos sorprendiéndola, unos segundos después de haber colgado.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. Pensó muy bien lo que diría:

— En Administración de Empresas.

Carlos hizo silencio con cara de desconcierto. Pero no aguantó por mucho tiempo y estalló en risas con un carraspeo odioso:

— ¡No me jodas!

Ella se mantuvo seria, pero tampoco aguantó por mucho tiempo y le siguió, guiñándole un ojo:

— Guárdame el secreto por unos días.

— Canela... — dijo Carlos con voz de advertencia. — ¿Qué tengo que guardar exactamente?

En ese momento, escucharon una bocina en el patio:

— Ya llegó— informó su primo. Carla curveó los labios hacia abajo, viendo a Carlos mirar su reloj: —Y en tiempo record.

Ella no sabía de quién se trataba. Pero tampoco le importó demasiado, así que se quedó en el pequeño bar, cambiando cassettes y eligiendo temas musicales, sin saber muy bien qué escuchar. Cada vez que Canela entraba en el mundo de la música de su padre, se transportaba de inmediato a un lugar único, amado. Un lugar donde solo cabía ella.

Al cabo de un minuto, escuchó un murmullo...

— Tengo que buscar el sello para salir de eso de una vez...— decía Carlos mientras caminaba dirigiéndose junto a la persona que lo acompañaba, hacia al pequeño pasillo, antesala de la oficina de Josué. —Por cierto, ¿Qué sabes de Molina?

— Está estable, su familia está...— aquel que respondía, se detuvo en seco. Vio a Canela de pie frente a un gran estante de madera y de inmediato, perdió el hilo de la conversación. — ¡Hola, Canela!

Ella se volteó para mirar. Pero no hubiese podido hacerlo, si no fuera por la fuerza del estallido que hizo su estómago, al ver a Romer parado frente a la sala de estar.

Carlos siguió de largo sin haber prestado mucha atención, apurado por buscar un sello en la oficina de Josué para estamparlo en unos documentos, y al darse cuenta de que su compañero no estaba detrás de él, se devolvió para buscarlo. Antes de llegar de nuevo a la sala, Carlos también se detuvo. Una pared tapaba su cuerpo y solo tenía en su campo de visión a Romer, quien se cruzaba de brazos y entraba en el habitáculo donde se encontraba Canela.

El pequeño pasillo que comunicaba al despacho, tenía una especie de eco que al estar la casa en silencio, permitía escucharlo todo muy bien. A menos que entrara en la oficina; aquel búnker no dejaba entrar ni salir sonido alguno. Y como en ese momento no había música en la estancia, gracias a la indecisión de su prima al elegir tema musical, se quedó quieto. Prestando atención a la conversa...

— ¿Cómo has estado? Supe que te inscribiste en la universidad.

Canela no sabía cómo responder. Se le había olvidado cómo hacerlo:

— Ajá...— fue lo único que pudo decir. Se volteó de la pena por ser tan torpe e intentó seguir maniobrando la música de su padre.

Aragón se quedó contemplándola. Tenía el cabello suelto y con la ropa de

casa, se veía mucho más delgada que con el suéter que cargaba puesto la última vez que la vio. Se fijó que iba descalza, y tragó grueso. Sus pies eran delicados. Pies de doncella, casi. El pantalón holgado que ella cargaba, dejaba ver un poco el color de sus piernas y el trasero... ¿Eso que se veía a través de la tela, era la ropa interior? Volvió a tragar. Mientras la miraba de arriba abajo, se fue acercando a ella sin casi darse cuenta. Comenzó a escuchar música de repente y cada vez, la escuchaba con más fuerza. Divisó el estilo musical y sonrió con las cejas arrugadas:

— ¿Te gusta la gaita? — le preguntó.

Tarareando la canción para evadir todo el nervio que sentía, ella asintió y dijo que le encantaba. De repente, vio una sombra acercarse a su cara, seguida de un olor a perfume y un brazo pasar frente a sus ojos. Romer tomó una de las cajetillas de cassette para revisarlo y ver, que se trataba de una cinta original.

Canela cerró los ojos al sentirlo tan cerca, rozándola levemente, mientras el brazo se movía para alcanzar la caja.

— Es raro que a una chica de tu edad le guste la gaita.

Esa voz gruesa y algo carrasposa, con un acento andino que se mezclaba con el de su ciudad, la volvía loca. ¡Le desordenaba el mundo! Ese pequeño mundo al cual estaba segura que pertenecía solo ella, pero que empezaba a abrir puertas a los recién llegados:

— Sí, supongo que así es— afirmó la chica.

Romer retiró el brazo con la caja en la mano pero no miró el objeto vacío. Sus ojos no se apartaban de la espalda de Canela. Él estaba serio, porque quería voltearla y colarse sobre sus ojos color café. Debía serenarse. Acababa de llegar y solo habían cruzado cuatro palabrillas. ¿Qué le pasaba? De seguro era el olor dulzón que salía del pelo de Canela. Un cabello que por arte de magia, chocaba con su nariz. Y de repente, quiso acercarse más...

— ¿Compraste tú esta cinta? — siguió preguntando, queriendo perpetuar una conversa que lo mantuviese más tiempo en esa posición.

— No. Mi padre las compra siempre. Pero...— ella volteó y su respiración se detuvo dejando sin aire el corto espacio que había entre los dos rostros. — Pero ese es mi favorito— susurró con una leve y apretada exhalación.

Romer entonces, pudo mirar mejor sus ojos. Él tenía los labios entreabiertos casi al igual que los de Canela. Y ella, tenía la mirada brillante. El hombre se preguntó, cuál era la causa de aquel brillo.

— ¿Sabías que tío Manuel fue gaitero cuando joven?

Canela también quería mantenerse en ese lugar por más rato; estaban

demasiado cerca. Romer asintió lentamente, en respuesta. Y mirando con más detalle, comenzó a ver a través de la mirada de Canela, algo que no le gustó. O más bien, gracias a esas profundas tazas de café que lo miraban, sintió una desconcertante sensación de apego. ¡Una atracción que jamás había sentido!

Tuvo que pestañear para separarse y romper el momento. Aquella joven de donde sea que hubiese aparecido, le provocaba demasiadas cosas juntas, y no se lo podía creer del todo. No parecía lógico para él. Ni siquiera por lo hermosa que era. Se alejó como si se quemara, nada más allá de la realidad que ninguno podía ver todavía...

— Aragón— escucharon un gruñido. —Ven conmigo al despacho de tío.

Romer lo miró y arrugó el ceño por la forma en que le habló. Dirigió luego su mirada a Canela, quien bajó los párpados con gesto de cansancio y algo de resignación. Decidió que era suficiente. ¡Tenía que saber el verdadero porqué de la actitud de su amigo! Cuando se trataba de su prima, Carlos parecía que quería degollarlo. Ya lo había notado antes y sin saber si era por incomodidad o alguna otra cosa, ¡debía saberlo ya mismo!

— ¡¿Qué se supone que estás haciendo?! — preguntó Carlos justo después de entrar al despacho.

— ¡No...! — atacó Aragón. No le gustaba absolutamente nada la forma en que Carlos le hablaba. —Dime más bien tú, ¿quién o qué diablos estás pensando que soy yo?

Carlos frunció el ceño:

— ¡No me jodas, Romer! Si desde que conociste a Canela, no paras de mirarla de forma muy obvia, y la saludas así como...— suspiró para calmarse. —Y ahorita ahí afuera, ¿qué? ¿Qué pasó ahí?

— ¿Qué pasó de qué? — Romer fastidiado, decidió mantener la serenidad en todo momento y se sentó en uno de los sillones que bordeaban el despacho. Carlos gruñó de nuevo, soltó sonidos quejumbrosos que en otras circunstancias, hubiesen hecho reír a cualquiera. Se mostraba molesto por la tranquilidad que transmitía su amigo en cuanto al tema.

Ambos se quedaron en silencio. Romer intentaba no bostezar en broma para no tener que molestar a Carlos con su humor negro, y éste último quería gritar las cuatrocientas para desahogar lo que su más profundo corazón guardaba. Al final, Carlos desistió y se sentó en la silla de su tío; detrás del escritorio. Se dejó caer de un plumazo y colocó el sello que había ido a buscar sobre la

madera enchapada, y sobre algunos papeles desperdigados en ella. Con una seña, le pidió el documento a Romer y tras sellarlo, suspiró de nuevo.

Ambos eran grandes amigos. No existiría rencor ni tampoco, una rencilla molesta. Pero el ambiente en esa oficina debía sentirse un tanto... interesante. Carlos no quería desahogar lo que sentía. ¡No podía! Por más que sintiera confianza, no soltaría jamás lo que sabía. El silencio reinaba y solo el zumbido del aire acondicionado, era lo que llenaba el vacío sonoro. De pronto desde afuera, se escucharon las notas de una canción llanera. Una muy hermosa y enternecedora melodía comenzaba a llenar más espacios de silencio.

Aragón miró al suelo con los brazos todavía cruzados, y sonrió levemente; tan solo, un movimiento de sus labios. Pero aquello simplemente, era para no molestar el momento. Porque Romer conocía la canción, como la mayoría de los venezolanos. Quiso salir y escuchar aquella composición de *Simón Díaz*⁴³ más de cerca. La recordaba bien por el nombre: *Sabana*⁴⁴. Una canción que su madre siempre cantaba. En ese instante... Sí. Definitivamente quería salir y escucharla mejor. En ocasiones, es difícil tener tantas ganas de algo y no poder complacerse. Aragón pensó en eso porque lo sabía.

De repente, su corazón comenzó a latir con fuerza y tragó grueso para no demostrar nada de lo que estaba sintiendo. Quería llamar a su madre y colocar la bocina cerca del equipo de sonido. Y sobre todo y casi sin buscarle explicación, quería compartir ese gusto por aquella música... con Canela.

— Romer... — Aragón apretó los ojos por la interrupción. — Canela es...

Romer exhaló aire pesado:

— ¿Qué pasa con Canela, Carlos? — tenía la nariz un tanto arrugada. — ¿Por qué te pones como si yo fuese lo peor con lo que puede toparse?

El primo de la chica apretó los labios. Su cabeza estaba debatiéndose entre decirlo o no. En divulgar otra parte del asunto, o no hacerlo.

— Cuéntamelo — agregó Aragón. — Porque puedo entender la protección que le das. Que sus padres y tú le pueden dar. Pero te conozco, sé que no la estás protegiendo solamente...

— Sí la estoy protegiendo — cortó Carlos.

— No — insistió su amigo.

— Es... es mi prima. ¿Qué quieres que te diga?

— Algo que no sepa, por ejemplo.

Carlos siguió mirándolo:

— Ella no es una persona fácil de controlar, Romer. Es rebelde, altanera.

Le gusta esconderse, quedarse en lugares o escaparse y de repente... no la vemos. Su actitud es como una locura, Aragón. No sé si me explico.

— ¿Es una persona peligrosa? — preguntó con un deje de ironía.

— ¡Es una niña! — respondió con obviedad.

Romer se rio y con mucha espontaneidad:

— ¿Es en serio? ¿Una niña? ¡Estás de joda!

Carlos se pasó la mano por la cara, desesperado:

— Quiero... quisiera que no te acercaras mucho a ella. Hace unos minutos, me dijo que estudiaría Administración.

Romer se quedó mirándolo con los ojos abiertos, esperando algo más.

— ¿No lo entiendes? — continuó Carlucho. — ¡Qué va a estar estudiando Canela Administración! Ella no está hecha para esa carrera, Romer. Me mintió. Y después la muy descarada se echó a reír y me pidió que le guardara el secreto.

Romer comenzó a reírse más ligeramente:

— ¿Qué problema hay con eso? Creo que te estás desviando mucho de lo que no quieres decir— dijo transformando su cara.

Otro silencio. Otras miradas desafiantes y con esperanzas de llegar al punto clave que quizás, daría paso a la justa explicación. En ocasiones, los hombres prefieren ocultarse. Pero Carlos era buen orador, a pesar de no estarlo demostrando.

Esperó un par de segundos para dejarse ver ante su amigo:

— No quiero que Canela conozca tu vida, Aragón.

Carlos soltó aquello haciendo que Romer echara su cabeza en retroceso, como si descubriese lo obvio. Se quedó estático, mirándolo, clavando aquellos pozos negros en los de Carlos y luego, pasó la lengua por los dientes y entrecerró los ojos. Movié las cejas y asintió muy lento. Después, se levantó y caminó unos pasos dentro del despacho:

— Siempre he sido demasiado claro contigo y con tu familia. Siempre me he mostrado tal cual soy...

— La única persona que te conoce de verdad, soy Yo— afirmó el sobrino de Josué luego de escuchar aquello. —Ni siquiera Dina.

Aragón tragó muy pesado. Ya no había gracia en el recinto. Estaban saliendo los trapos al sol. Carlos continuó:

— Canela es muy chica, pero demasiado inteligente. Y en Nueva York pasaron cosas que... No hace falta que las diga. Simplemente, no quiero verla envuelta en un círculo de porquería.

— ¿Cómo? — susurró Romer sin podérselo creer. Sintió un golpe en el pecho nada literal, pero igual de profundo. Comenzaba a respirar aceleradamente. Movía la boca y la lengua con los labios cerrados. Entonces decidió que dejaría que Carlos se desahogara. Porque luego, ya sabría él cómo desquitársela.

— Lo tienes todo...— dijo Carlos. —pero no cambias lo que más te destruye. A Canela le gustas, es muy obvio. Y a ella le encanta planear. Es muy curiosa y no te quiero cerca de ella— Carlos dio una palmada y sobó sus manos una sola vez, afirmando. — ¡Listo! Ya lo dije.

Romer sentía rabia y un deje de tristeza. Carlos tenía algo de razón, quizás toda la razón. Pero no había sentido jamás el peso de sus palabras. Ni siquiera sabía que su amigo, ese que lo ha acompañado en ese "círculo de porquería" del que hablaba, pensara de esa manera. Entonces, confirmó lo que temía. Que Carlos pensaba que él, era lo peor con lo que Canela podía toparse.

«Cabrón» pensó.

«Mil veces cabrón» siguió pensando. Y lo calibraba mentalmente con ganas de borrar la certeza de su discurso. Carlos era un cabrón para Romer por intentar ser lo más sincero posible. Aun así, aquello lo convertía el mejor amigo que había tenido en la vida.

Se detuvo y lo miró fijamente, afincando los pies en el suelo:

— Ahora en la noche...— dijo Aragón —te invitaré unas cervezas en el apartamento. Y hablaremos sobre el tema—. Se acercó al escritorio y puso sus manos en la madera, acercando su cara a la de Carlos. —Quizás yo también tenga algunas cosas que sacar. Pero recuerda que no soy muy bueno con las palabras.

Después de aquello, Romer salió del despacho. Y justo al caminar unos pasos luego de cerrar la puerta, chocó con la persona que menos quería encontrarse en ese momento. Su tensión aumentó al escuchar de ella, el susto que provocó el choque. Pero al mirarla, su cuerpo fue relajándose un tanto, siquiera.

— ¡Disculpa! Solo quería saber si querían café.

Romer se quedó viendo a Canela con cara de molestia. Ella arrugó las cejas al intuir que algo había pasado. De esa forma, el administrador no dijo nada. Solo pasó de largo y salió al garaje para irse de allí.

Varias horas después, ya en la noche, Romer estaba sentado frente a Carlos

en los muebles de la sala de su apartamento, demostrándole que efectivamente no era bueno con las palabras; en cambio, era muy bueno con los actos. Esos que vapuleaban aquel discurso casi humillante en el despacho de Josué.

— ¿Te gusta lo que ves? — le preguntaba a su amigo, mientras Dina repartía sustancias diversas sobre la madera baja.

— ¿Te gusta cómo te lo hace Dina? — preguntó nuevamente unos minutos después, mientras la mencionada se desvivía en atenciones hacia las partes más íntimas del Mendoza presente. Carlos gemía mientras era observado por Romer; quien lo había retado mostrándole que su discurso era certero. Pero que al igual que él, el adorado primo de Canela tampoco tenía moral para exigir absolutamente nada. Algo fácil de entender con solo ver las circunstancias.

Romer tomaba su cerveza para calmar la sed que le provocaban aquellas sustancias, mientras con una sonrisa, seguía escuchando jadear a Carlos.

«Círculo de Porquería» pensó Romer. Afirmando con rabia y dolor que más bien, quien debería alejarse de Canela, era su primo.

Capítulo 10

Canela sujetaba contra su pecho el teléfono fijo de su casa. Sus ojos estaba puestos en la pintura blanco-perla del techo, pero su mente no se encontraba allí. Acostada sobre su cama desordenada y luego de no volver a intentar acomodarse en las almohadas, dejó que las dos llamadas que habían cruzado la línea hace una hora, se asentaran y calmasen los latidos de su corazón.

Se había inscrito en Administración de Empresas por su padre, para que no fuera molestada por él ni por nadie. Carlos estaba enterado, a medias. Porque aún, con la confianza y el amor que le tenía, no le había contado ni una palabra de sus planes.

Lo único cierto era que, dentro de esos planes, no estaba el salir del país. ¡Jamás! Por nada del mundo volvería abandonar suelo venezolano. Aunque en los Estados Unidos existiera una fuerza mayor que la animara a devolverse, no lo haría. Y cada vez que pensaba en ello, dejaba de lado la edad y la inexperiencia, para dar paso al ahogo y el dolor.

Canela Mendoza era una joven dolida y la razón de aquel sentimiento triste, solo la conocía una persona. Quizás podrían ser dos, si sumaba a su querido primo. Pero era mejor no hacerlo, dadas las circunstancias. Y ¿cuáles eran? Que Carlos creía saberlo todo de ella, y ella... no espantaría la nebulosa.

A esa hora de la tarde, un día después de la visita de Carlos a su casa (de la visita de Carlos y Aragón, mejor dicho), sintió la necesidad de comunicarse con la única persona que la había apoyado en Nueva York. Tenía las imperiosas y casi horrendas ganas de poder estar a su lado, sentadas una al lado de la otra en el mueble de aquel pequeño apartamento, hablando de cualquier cosa y compartiendo idiomas y libros románticos. Las películas también entraban en el paquete, pero siempre era más divertido comer hasta casi sentir que morían, hablando de las novelas del momento y practicando el inglés.

Alma. Quien la apoyó en aquel año de estudio, se llamaba Alma. Era una mexicana rubia y muy hermosa, de 27 años que se convirtió en su confidente.

Y de forma juguetona para Canela, ella era su "Amiga del Alma", como enfatizaba cada vez que se veían, y ahora, cada vez que se llamaban. Pero *Alma* se había quedado en los Estados Unidos, y Canela se había ido muy lejos de allí.

Al contestar la llamada de larga distancia, su amiga le había saludado con tanto fervor, que a Canela le costó mucho evitar las lágrimas. No quería demostrarse débil ante aquella persona que estaba tan lejos, quien no podría hacer absolutamente nada para calmarla. Aunque la llamada precisamente era para eso. Canela pensó que la distancia a veces, no era tan malvada después de todo.

— ¿Cómo se encuentra el trabajo?

Alma se rio de forma sarcástica por la pregunta de Canela:

— *Querrás decir, cómo me encuentro yo. ¡No el trabajo!* — continuó riendo.

Canela la siguió:

— Alma de mi alma, sabes a lo que me refiero. Acabo de llegar a Venezuela y ya me siento vieja de tanto esperar el momento en que te llamaré y me dirás, que ya no trabajas allí.

— *No seas tan boba, Canela. Siempre te digo lo mismo. La realidad, es la realidad. No caben dudas al respecto.*

Canela negaba con la cabeza por el juego de palabras de su amiga:

— No cambias. Y eso me gusta.

Alma hizo una pequeña pausa:

— *Me llamaste para algo en concreto, Canela. ¡Suelta!*

Canela frunció los labios medio sonriendo, porque adoraba la intuición de Alma para todo. Aquella habilidad le ahorraba muchísimos minutos de llamada, ya que era muy fluida una conversación con aquella mujer.

Luego de un corto espacio de silencio, Canela habló:

— Mi padre y Carlos quieren que me mude para Suiza.

— *¿Quieren que te vayas del país otra vez?*

— Acertaste.

— *¿Y eso por qué? ¿Pasó algo?*

Canela negaba como si Alma pudiese verla. Tampoco era para tanto, pensó. Así que decidió mejor continuar la charla, que hacer gestos en vano:

— *¿Qué te puedo decir? Ahora la familia anda siendo atacada por la delincuencia, como si eso fuese nuevo. Y mi padre anda histérico con el tema...*

— *No lo olvides, es tu padre*— interrumpió la amiga de Canela. —*Siempre estará histérico con ese tipo de temas si se trata de ti.*

— No es eso, Alma. Es que yo sé que el problema es grave. Pero siempre lo quieren solucionar sacándome del país. Y no quiero... no me quiero ir.

La voz de Canela se convirtió en una mezcla de tonos tristes y rendidos. Alma suspiró:

— *Eras demasiado joven para vivir sola, Canela. Eso... se te pasará.*

Canela se levantó de la cama y caminó alrededor del cuarto:

— *¿Cómo puedes decir eso? El hecho de estar sola a los 17 años en un país desconocido, no tiene nada que ver con lo que viví allá. ¡Tú lo sabes!*

— *Canela, cálmate. No te alteres, no es la idea. Sé que me llamaste para desahogarte y quizás, para que te alegrara el día*—. Aquello último llenaba de felicidad el corazón de Alma, a la vez que lo entristecía. —*No quiero recordarte cosas, pero sabes lo que opiné de tus padres cuando por fin me contaste tu edad. Y cuando me comentaste que ellos te habían enviado a estudiar inglés a un país tan lejos, sola y siendo menor de edad. Eso no estuvo bien, Canela. Tienes que admitirlo ¡ya!*

— No exageres. Papi no es un ogro o algo por el estilo.

— *¿Exagerar?*

La rubia Alma estaba desconcertada con su amiga. Pensó que al parecer en ocasiones, a pesar de que Canela era muy madura para la edad que tenía, aún sacaba la vena juvenil que la marcaba.

Alma volvió a respirar hondo:

— *Siéntate, porque sé que debes estar deambulando como pollo sin cabeza.*

Canela rio de sorpresa, haciendo carraspear la garganta. Obedeció a su ex compañera de piso y trabajo, y no solo sentándose. Acomodó como pudo las almohadas y la escuchó atentamente:

— *Amiga...—* dijo Alma. —*Vas a tener en tu cabeza por mucho tiempo, muchas de las cosas que pasaron aquí. Pero te pido por favor, que las tomes como experiencia de vida. Ya regresaste a tu hogar, estás con tu familia. Y sé que puedes llegar a un acuerdo con ellos para que no te presionen. Debes conversar con ellos. A pesar de todo o de lo que yo opine, ellos son tus padres. ¡Son tu familia! Recuerda todo lo que los extrañaste estando aquí. Aférrate a eso y vive, Canela. Para mí, fuiste demasiado valiente y fuerte y... ¡Dios!* — Canela notó que Alma lloraba y su corazón se removió como pañuelo arrugado. —*Yo también guardaré recuerdos. Y por más que algunos*

sean feos, molestos y engorrosos, jamás voy a olvidar que te conocí, y lo increíble que te comportaste conmigo. Eres... eres una criatura de Dios, Canela. ¡Tenlo en cuenta! No vayas a armar un drama con tu familia, intenta dialogar con ellos. Vive, mi niña bella...

Canela estaba llorando igual o tanto que su interlocutora. Su respiración estaba entrecortada y le era doloroso tragar:

— ¡Te quiero tanto, Alma! ¡No sé qué hubiese hecho sin ti allá!

Alma se rio un poco para relajar los ánimos:

— *No hay forma de que tú y yo no nos hubiéramos conocido. Eso va en contra de las leyes de las ciencias sociales.*

Canela se rio fuerte por el comentario:

— De las leyes de la física. Y estoy segura de que ésta, tampoco cabe ahí — dijo riendo, secándose las lágrimas.

La rubia al otro lado del teléfono acompañó con grandes carcajadas, como eran de costumbre, y siguió hablando un poco más:

— *Si la delincuencia en tu país está desatada, quiero que te cuides mucho, Cani...*

— Papi y Carlos me contratarán un escolta— interrumpió la joven.

— *Oh... entonces... ¿Serás cómo esas chicas famosas de la televisión y las revistas?*

— Mmmm, nup. Seré como algunas protagonistas de libros.

Alma sonrió. Nadie podría saberlo pero Canela intuía la expresión.

— *¡Increíble! Entonces, tienes que enamorarte de forma obligada de uno de esos machotes*— dijo la mexicana, riendo más fuerte.

Canela inmediatamente cayó por el comentario. Se hizo un silencio en la línea.

— *¿Qué?* — preguntó la mujer que se encontraba en los Estados Unidos.

— *¿Cómo haces para notar alguna cosa sin mirarme, y sin tan siquiera escuchar algo de mí?*

— *Porque después del comentario de los escoltas, te hubieses reído tanto como yo y habrías hecho alguna broma obscena.*

Canela cerró los ojos:

— Bueeeeno...— La venezolana se mordió un poco sus uñas. —Carlos tiene un amigo... No, mejor dicho. El administrador de la empresa de papi...

— *¡¿Qué?!* — interrumpió la mexicana casi gritando. Canela respiró profundo. — *¿Un amigo de tu primo y que es empleado de la empresa de tu familia?* — Alma hizo Silencio. Canela se preparaba para lo que venía. —

*¿Qué edad tiene? ¿Desde cuándo es el Administrador que tú no lo conocías?
¿Qué aspecto tiene? ¿Ya se besaron?*

— Heeeeey, que lo voy conociendo. ¿Qué te pasa?

— *¡No me jodas, Canelita! Tiene que gustarte mucho. Es que lo noto desde aquí, por Dios, y... tiene que tener algo especial. No sé si bueno o malo, para que no me lo quisieras contar de buenas a primeras. Espero que sea algo bueno.*

Canela moría de risa:

— Te cuento...— carraspeó su garganta, preparándose. —Es el administrador de Lácteos del Lago. Es casi que el mejor amigo de Carlos. Mis padres le tienen mucha confianza y... está de muy buen ver— dijo esto último, con la boca chiquita.

Alma estaba totalmente extrañada:

— *¿De muy buen ver? Vamos, que no es bonito.*

Canela volvió a reír con ese carraspeo de garganta sorprendente:

— Ya va... Creo que mejor te lo digo y ya tú juzgarás a tu loca conveniencia— Canela hizo una pausa antes de continuar. —Se llama Romer Aragón. Parece que no es de Maracaibo, no lo sé bien. Tiene un acento en su voz... muy particular. Es alto, por lo menos, más alto que yo. Y no solo es de buen ver, sino que es muy sexy, Alma. ¡Demasiado sexy! Es joven, debe tener casi la misma edad de Carlos. Aunque mi primo siempre se ve mayor, tú sabes. Pero su voz, es la de un tipo... adulto. Se ve que es muy profesional, sino papi no confiara tanto en él. Y eso me agrada mucho de ese chico. Porque es como si lo demostrara la mayor parte del tiempo...

— *Aja. Es el adonis perfecto. Pero...*— Alma intuía algo, una vez más.

Canela suspiró. Apretó los labios y negó con la cabeza lentamente, mientras completaba ese "Pero".

— No lo sé. Cuando estamos en el mismo lugar, y juro que han sido como tres veces nada más; siento algo de él, no lo sé. No es algo malo, por lo menos. Pero, es algo que me asusta.

Alma se puso en alerta con esas palabras:

— *¿Qué sientes cuándo estás en el mismo lugar?*

— Solo te puedo decir que me pone nerviosa. Pero no como Carlos me ponía después de... tú sabes—. Canela hizo una corta pausa. —Aragón es un tipo serio, pero a la vez se muestra divertido. Es chévere con mi familia pero cuando conversa conmigo, simplemente cambia. Como si... como si quisiera quedarse solo conmigo por mucho rato. ¿Me entiendes?

— *Entiendo...Es decir, que le gustas.*

— Con Carlos tiene mucha camaradería— siguió Canela sin prestarle mucha atención a lo que acababa de decir Alma. — ¡Me encanta verlos juntos! Pero es una mezcla entre confianza y profesionalismo. Es... rarísimo.

— *Creo que mejor me quedo con la parte de que te gusta y es guapo.*

Canela sonrió soltando aire por la nariz:

— No te he dicho que me gusta precisamente, pero sí. ¡Cómo me sacas las palabras, ¡Ah?!

— *Cani, necesito entrar a trabajar. ¡Ya sabes cómo es esto! Pero por favor, ten mucho cuidado. Y no solo con lo que pasa con tu familia o en tu país. También con ese tal Aragón. Cuida tu corazón de cristal, my darling.*

— Ok, pero ¡hey! No te he contado lo que haré en los próximos días.

— *Lo siento baby, no podré escucharte ahora. Pero llámame en la noche y lo hablamos. ¿Va?*

— ¡Va!

— *Te amo, Primor.*

Canela rio por el ridículo piropo:

— *Y yo te idolatro, Mi Reina.*

Alma rio más si aún se podía. Se despidió y colgó la llamada. Amaba a su amiga, tanto como el maravilloso significado de su nombre. Pero sus palabras siempre profundas, no lo fueron menos en aquella tarde. Así que se dejó ir, derrumbando un pedazo de su estabilidad emocional. Canela comenzó a llorar pero odiaba sentirse tan vulnerable. Sin embargo, había descubierto que llorar era uno de los mejores desahogos a los que se puede recurrir. Total, no solía llorar casi nunca delante de nadie. No era habitual. Solo con algunas personas ella se podía dejar llevar. Y por supuesto, sola. En la soledad, Canela lloró con fuerza. Los recuerdos estaban frescos... los olores...

Al rato de ya estar más calmada, se secó la cara con las manos y miró el teléfono. Cerró los ojos y volvió a marcar otro número. Al cabo de unos segundos, una voz masculina un tanto antigua, se presentó:

— *Bienvenidos a la posada "Luna De Margarita", donde la gente se pone y no se quita... ¿Con quién tengo el gusto de hablar?*

Canela había puesto una cara desconcertante y no pudo aguantar mucho la risa. Supo quién había contestado. El retintín y el saludo casi ridículo, le dieron la información. La cara se le hinchó por aguantar la risa, pero luego de un carraspeo de comedia y algo de burla, soltó la risotada con todas sus fuerzas.

— *Señorita... "Señorita al otro lado de la línea esté donde esté". No se puede reír usted así de mí...*

Canela no paraba. Después de llorar, aquello la había calmado por completo. Le extrañaba que aquel no la reconociera todavía. Sin embargo luego de pensar en eso, el susodicho le confirmó lo que esperaba:

— *¿Señorita Canela? ¿Es usted?*

— ¡Claro! — ella continuaba riendo. — *¿Quién más se va a reír de ti, Macario? Sabes que mi educación a veces está por el suelo.*

De repente, tuvo que alejarse del auricular porque el grito de Macario no fue normal:

— *Luuuuu... ¡¡¡Es la señorita Canelaaaaa!!! Aquíiiii. Al teléeeefono...*

— *¡Silencio, Macario! ¿No te da pena con los huéspedes?* — dijo una voz algo lejana, al otro lado del aparato.

— ¡Macario, deja de gritar! Me vas a dejar sorda— pidió Canela riendo por la exagerada personalidad de aquel hombre.

— *Disculpe usted, señorita Canela. Es que me encanta que nos llame. Y la señora Lu me dio órdenes que de si volvía a llamar, le pegara un grito. ¡Y ahora ella se queja porque le estoy gritando!*

Canela se imaginaba a Macario, con su cuerpo algo viejo y delgado, poniendo una mano en la cintura mientras hablaba.

— Macario, ¿qué cosas dices? Un grito es metafórico. Ella lo que quería es que le avisaras, nada más. ¿Y hasta cuándo me vas a llamar Señorita? Soy Ca.ne.la. Por favor, Macario. Que te conozco desde niña.

El señor hizo una queja inocente y le pidió disculpas nuevamente. La llamó por su nombre y casi como un ventarrón, otra persona se puso al teléfono:

— *Mi lunita de canela, ¡qué sorpresa!*

— Tía...— Canela sintió su corazón rebotando de alegría. —Bendición...

— *Dios me la bendiga. ¿Y eso que nos llamas?*

Canela soltó un suspiro:

— Tía Lu... ¿Qué posibilidad hay de que me vaya unos días a tu casa?

La mujer al otro lado del teléfono se quedó en silencio. Sopesando la pregunta de Canela. Después de un suspiro, la señora Lu preguntó:

— *¿Por qué quieres venir otra vez?*

La pregunta sonaba entre advertencia curiosa y regaño anticipado. Canela arrugó los labios con una inocencia fingida. No importaba que su tía no pudiera verle el gesto:

— Solo quiero ayudarte en la posada. Permíteme reunir dinero para

comenzar unos estudios aquí.

— *¿Quieres que te de trabajo?*

— Exacto.

— *Mmmm*— a la mujer no le gustó mucho esa petición. —*Tu padre puede pagarte cualquier cosa, Canela*— La ternura en la voz mayor, se había disipado.

— No pienses en cosas como que soy rebelde o algo por el estilo, tía Lu. Solo quiero pagar yo misma todos mis gastos. Eso no es muy complicado. ¿O sí?

— *A tu padre no le va a gustar...*

— Prometo... prometo que no te meterás en problemas.

— *No quiero ser tu alcahueta.*

Canela apretó los labios:

— No lo serás. En nada.

Lu suspiró largo y pesado. Luego de un breve silencio, pronunció:

— *Está bien. La verdad, me viene de lujo. Hay plan vacacional y necesitaré ayuda...*

— ¡Ay! Yo puedo unirme al Staff del plan vacacional— interrumpió Canela.

— *No hace falta. Ya eso está cubierto. Más bien, necesito ayuda en la posada como tal. ¿Cuándo te vendrías?*

— Saldré de aquí lo más pronto posible.

— *¿Estás segura de que no pasa nada malo? No vaya a ser que me entere mil días después de algo... y tenga que irme corriendo a Maracaibo...*

— No, no, no, no. Nada de eso. En serio. No pasa nada malo— Canela estaba mintiendo un poco, era consciente de eso. Pero imaginaba que las cosas con su padre en la empresa se solucionarían de inmediato. Que su papá estaba exagerando, como siempre.

— *Entonces, avísame unos días antes de venir y dile a tu papá para dónde irás. Y...*—Canela supo lo que su tía diría a continuación. —*Salúdame a Nereida*— terminó diciendo Lu, con un deje de tristeza.

Canela ladeó los labios cerrados con gesto comprensivo:

— Ok, con gusto. Te quiero.

— *Yo también a ti. Muchísimo*— y colgó.

Canela seguía mirando el techo con el teléfono en sus brazos, aferrándose a los cambios, los deseos y las expectativas de futuros cercanos. Mientras sus lágrimas se apaciguaban mejorando su ánimo, no podía imaginar siquiera lo

que se avecinaba. Ella no pudo pensar que quizás, estaría dando un paso importante en su vida.

— Quiero de ese color marrón...— Nereida chasqueaba los dedos para recordarse de esa forma lo que necesitaba traer a colación. —Ese color marrón... ¡Carmen! Espabílate, Mujer. Ayúdame aquí.

La madre de Carlos, Carmen, se encontraba sentada en una butaca muy cómoda por fin, después de tanta caminata en el centro de Maracaibo. Quería seguirle el ritmo a su cuñada, pero era imposible. Nereida siempre vivía apurada, atolondrada y algo despistada. Y todo eso aumentaba cuando hacía sus diligencias.

— Déjame descansar, Nereida. Que ya no aguanto las piernas. Mira...— se levantó el pantalón de vestir color cobre, que cargaba puesto. —Las várices se me empiezan a notar. ¡Y duelen! Espérate un momentico, hija de mi vida.

Nereida reviró los ojos. Se giró de nuevo hacia la vendedora para seguir con la faena de encontrar el color de tela específico que buscaba. Al cabo de un rato, luego de tomarse un jugo de panela con limón que se habían comprado en un puesto frente a la concurrida tienda, se dirigieron al estacionamiento cerrado, donde habían estacionado el carro de Nereida.

El centro de Maracaibo era una zona estrepitosa y a veces, odiada por muchos. Llena de bazares, buhoneros y tiendas antiguas, las cuales nadie se preocupaba porque tuviesen mejor aspecto. El casco central de la capital zuliana, era un cúmulo de desorden autóctono. Y eso, aunado al calor de la ciudad, hacía que los olores que allí se percibían fuesen más fuertes y en ocasiones, hasta desagradables. Pero el marabino sabía que en aquel lugar, se podían encontrar todas las cosas que en ningún otro sitio se conseguían. Y lo más importante, a buen precio; en la mayoría de los casos. Por eso, las personas que acudían al centro para hacer sus compras, debían ir con dinero en efectivo. Las tarjetas podían usarse en las tiendas más grandes, o en los centros comerciales que se conglomeraban en toda la redonda. Pero los comercios en su mayoría eran ambulantes, por lo que era muy difícil conseguir

algún punto de venta en uno de esos extraños toldos.

Ambas mujeres caminaron con sus bolsas en cada mano, y con las carteras delante, por seguridad. Como era lo normal, existían rateros que de forma apresurada, arrebatában las carteras de sus víctimas y de inmediato, huían y casi nunca se les podía atrapar. Eran como unos profesionales del hurto.

Entraron en un terreno que alguna vez en la Maracaibo antigua, había sido una casa. Pero ya tal edificación no existía. Ahora era solo un estacionamiento cerrado, y a veces era utilizado por los asistentes del *Teatro Baralt*⁴⁵ cuando el recinto cultural, el cual quedaba justo al lado, se llenaba en medio de sus espectáculos.

Eran las tres de la tarde. Quizás a esas horas, las urbanizaciones no tenían demasiada actividad humana, como era de costumbre. Pero el Centro no descansaba nunca, y parecía que a esas horas, el bullicio junto a música en alto volumen y los gritos de los vendedores, había crecido un tanto su decibel.

— ¿Al fin, Josué hará la fiesta de Feria este año?

— No lo sé, Carmen. Josué anda estresado con lo que pasó en LDL— explicaba Nereida, mientras metía las bolsas en el maletero y las acomodaba. —Ayer me contó lo que le pasó a ese pobre hombre que trabaja para él. Casi muere, Carmen y te puedes imaginar cómo anda mi marido. Pero de seguro Manuel lo convencerá de hacer la fiesta, ¿verdad? — Nereida movió la cabeza para cerrar la maleta del carro. — ¿Carmen?

Lo que vio Nereida al cerrar el maletero, le heló la sangre. Pero no le dio mucho tiempo de pensar en nada más. Porque ya se encontraba en los brazos de un desconocido.

— Se me queda quietecita y me abre las maletas otra vez.

Carme miraba fijamente los ojos de su mejor amiga y cuñada, mientras era apuntada con un arma en la cabeza, y abrazada por su verdugo. Nereida se encontraba casi en la misma situación. Pero apartó la mirada rápidamente para fijarla en el tipejo que sostenía a la madre de Carlos.

— ¡No miren pal' frente! — dijo el hombre que tenía sujeta a Carmen.

— ¡No nos hagan nada, por favor! La llave está pegada en la maleta...— exclamaba Nereida.

— ¡Abre el maletero ya, te dije!

— Ok, ok...— respondió la madre de Canela. —No nos hagan nada. En la guantera hay plata...

Carmen no parpadeó en ningún momento. Tenía el rostro agachado para obedecer a los tipos. Pero de reojo, miraba a Nereida y al mismo tiempo, al

hombre que abracaba a su amiga. Ese rostro masculino le pareció conocido, pero sin tiempo de pensar en aquello, articuló con la boca hacia su cuñada: "*Abre la maleta*".

El hombre que sostenía a Nereida por el cuello con su brazo, la empujó contra el carro para darle a entender que debía abrir lo más pronto posible. Ella puso las manos sobre la caliente carrocería y temblando, giró la llave y abrió. El otro individuo se movió con Carmen en brazos hacia el maletero, mirando en su interior. La madre de Carlos se asustó por el arrastre y lanzó un pequeño grito...

— ¡Cierra la boca! — dijo el que sostenía a Carmen.

— ¡Tome! — demandó el otro individuo. Le dio la llave del vehículo a su compañero. — Revise el carro—. Ambas mujeres fruncieron el ceño al escuchar el dialecto del tipo que ahora, se encargaba de vigilarlas, mientras el otro sacaba todo lo que encontraba en el interior del vehículo.

— Miren para abajo, ¡las dos! — dijo el que había soltado a Carmen.

Las mujeres obedecieron de inmediato. Los tres: el tipo que sostenía a Nereida y las dos mujeres, quedaron detrás del auto mientras eran apuntadas por el malhechor.

— Aquí 'ta la plata. Vámonos— informó el que revisaba.

— Llévase todo, no deje nada— mandó el otro.

— ¡Que se queden quietas ya, viejas de mierda! — exigió con la voz y los dientes apretados, el hombre que sostenía el dinero.

— Llévense el carro, si quieren. No nos hagan nada, por favor— dijo Nereida.

— Shhh, Nereida, haz silencio— susurró Carmen como advertencia.

El individuo que las apuntaba se acercó a Nereida y la tomó del pelo, con fuerza:

— ¡¿El lechero no le ha enseñado cuando tiene que callarse la boca?!

Nereida abrió los ojos al extremo al escuchar lo que aquel hombre había dicho. Quiso verle la cara, pero el hombre se movió de prisa para evitarlo y las lágrimas salieron al entender que las conocían. El terror que se apoderó de ella fue volcado sobre su cuerpo y se ancló en cada una de las extremidades de la mujer. Carmen también lo escuchó. Y tembló más si era posible, al entender también las groserías y la forma despectiva con la que aquel hombre desastroso habló. El miedo era profundo, podía oler el cañón del arma mientras escuchaba el dolor su amiga, producto de los agarrones de pelo.

— Por favor...— suplicó Carmen con voz temblorosa —Llévense lo que

quiera.

— ¡Cállese o le quiebro la frente aquí mismo! — dijo el que desvalijaba el carro, alzando la mano con la pistola, amenazándolas con asestarles un golpe.

Nereida se encogió y gritó por lo bajo, empezando a llorar a mares. Carmen comenzaba a marearse. El mismo sujeto enseñó los bolsos de las víctimas a su compañero, mientras se guardaba el arma en la espalda y se escondía la paca de billetes que sacó de la guantera del carro, debajo de su camiseta. De repente, se acercó un vehículo con los vidrios ahumados y se posicionó frente al estacionamiento. El de los billetes se alejó para montarse. El otro, se quedó un segundo más...

— ¡Vámonos!

— No las revisé— dijo el que se quedó, con la voz exaltada.

— ¡Por favor, señor! Déjenos tranquilas. Ya se están llevando todo...

Una cachetada cayó sobre la mejilla de Nereida, encorvándola casi hasta tocar el suelo. Carmen gritó y se abalanzó sobre su amiga para que no cayera de bruces contra la arena del improvisado estacionamiento.

— ¡¿Qué mierda estás haciendo, huevón?! Déjalas quietas, ya— dijo el otro tipo con dialecto caraqueño y la voz apretada.

El golpeador quedó asombrado por su propio arrebató y se alejó corriendo al carro, se montó junto a su compañero, y el vehículo salió casi derrapando del sitio.

— ¿Estáis bien, Nereida? ¡Mírame, coño! — Carmen la sostuvo ya en el suelo sin importarle si se ensuciaban o no. Le alzó la cabeza y le quitó el cabello de la cara para verla mejor. Nereida lloraba sin parar.

— ¡Ese hijo de puta me dio durísimo! — Nereida se agarraba de los brazos de su amiga. — ¡Carmen! ¡Carmen! ¡Casi nos matan!

— Ya, ya, ya, ya. Tranquila. Hay que...— Carmen comenzó a hiperventilar. — Ay qué... ¡Mierda! No me puedo parar.

— ¡¡¡Auxilio!!! ¿Y el maldito vigilante? ¡¿Dónde está?! — exclamó Nereida.

— Ese de seguro...— a Carmen le temblaba la voz. —está de parte de ellos.

— ¡Alguien que nos ayude aquí! — gritaba Nereida, intentando ponerse de pie. —Carmencita, párate hija.

— ¡Nereida, que no me puedo mover! Estoy... estoy...

— Nooo, no te vayas a desmayar, mujer— Nereida se paró y miró alrededor. Le sorprendió sobremanera que nadie se hubiese asomado con tanta

gritería. — ¡En esta verga nadie nos va a ayudar! ¡Tenemos que irnos de aquí!

— Llama a Manuel. ¡Llama a Manuel! No me puedo poner de pie— Carmen se recostó al carro para no desfallecer.

Nereida se puso a corretear por el lugar para ver si encontraba a alguien que las ayudara. No le quedó más remedio que dejar sola unos segundos a su cuñada, y se dirigió hacia el teatro y aporreó como pudo, la puerta de las oficinas.

Al cabo de unos pocos minutos, los encargados del *Baralt* les ayudaban a levantarse, hacer llamadas telefónicas y les ofrecían agua en el interior del recinto.

El teléfono sonó despertando a Canela. Luego de todo ese lloriqueo y nostalgia, se había quedado dormida en la misma posición en la que hizo las llamadas. Arrugó la cara para divisar la tecla de *Talk* y a los segundos, el sueño se disipó:

— Mami... ¡Cálmate! ¿Qué ha pasado?

— Llama a tu padre y a tu tío Manuel... ¡Nos atracaron! Estamos en el Teatro Baralt.

Canela se levantó de un salto con el inalámbrico en la mano y corrió a la habitación de sus padres. Josué no se encontraba acostado. Bajó las escaleras, buscó por todas partes. Su papá había salido. Con los nervios afilados, subió de nuevo a su habitación y tomó el celular. Marcó el número de Josué el cual no era atendido. Bajó de nuevo y escuchó el sonar del aparato de su padre, desde la puerta entreabierta del despacho. Corrió hasta el lugar, pero no había nadie.

— ¡Mierda!, papá siempre olvidando el celular— pronunció en voz alta. Se sentó en la orilla de uno de los muebles en la sala. —Mami, ¿estás allí todavía? — el tono del teléfono le indicó que la respuesta era negativa. Chasqueó con la lengua y marcó uno de los números telefónicos del galpón.

Romer se encontraba revisando unos contratos que Carlos había dejado sobre el escritorio de Josué, cuando sonó el teléfono con línea directa. Frunció las cejas:

— Lácteos del Lago, a sus órdenes— Aragón escuchó un jadeo y se puso en alerta máxima. — ¿Quién habla allí?

— *¿Está mi papá?*

— *¿Canela?*

— *Señor Romer...*

Aragón gruñó al escuchar el "señor". Pero la voz exaltada de Canela lo distrajo:

— *¿Qué pasó?*

— *Papá, ¿está contigo?*

Romer se preocupó...

— *¿No estaba en tu casa?*

— *Aquí no está, lo he buscado por todos lados y vi que dejó el celular.*

Necesito hablar con él urgente.

— *¿Qué pasó, Canela?*

La joven tragó el nudo en la garganta:

— *A mami y a tía Carmen las atracaron en el centro.*

El hombre se puso una mano en el pelo:

— *¿Estás llamando desde tu casa?*

— *Sí... — Canela intentaba controlarse. —Ellas están en el centro todavía...Creo.*

— *Josué debió de salir para acá. ¿Hace cuánto llamaron?*

— *¡Ahoritica! — dijo con vos temblorosa. —Hay que irlas a buscar, por favor... ayúdame.*

Aquello para Romer fue un claro y alto mensaje de emergencia, como ningún otro. Apretó el teléfono con fuerza:

— *¡Voy para tu casa! ¡No te muevas de allí!*

Romer trancó el teléfono y le dio órdenes a Mercedes de que si llegaba Josué, le llamara inmediatamente. De la forma más rápida que encontró, montó en su camioneta y salió picando caucho de allí. Llegó en tiempo record a casa de su jefe, apretando varias veces la bocina. Canela abrió rápido el portón del garaje.

— *¡Vente conmigo! ¡Vamos a buscarlas!*

— *¿Y papá?*

— *Mercedes le va a decir que me llame cuando llegue a la oficina, ¡Apúrate!*

Canela saltó al interior de la casa, se colocó unas zapatillas, tomó su bolso, cerró las puertas y se montó en la camioneta de Romer:

— *Mami me dijo que están en el Teatro Baralt. Pero colgó y no ha vuelto a llamar.*

Aragón la miró y colocó una mano en la rodilla de ella:

— Tranquila, de seguro estaba hablando por un teléfono prestado— retiró la mano y asintió con el ceño fruncido. Su concentración estaba justamente dedicada a manejar lo más ágil posible para llegar de prisa al sitio.

En el camino, vio como Canela intentaba ocultar una lágrima y sintió una punzada en su estómago, que se mezclaba con los nervios y la sensación adrenalínica que circulaba por su cuerpo. Al llegar a un semáforo ya no muy lejos del casco central, miró a Canela y ella, sintió el poder de esa mirada.

— ¿Te contaron cómo fue? — La joven negó con la cabeza en respuesta. Quería contestarle con palabras, pero todo era demasiado y no logró hacerlo. —Ya vamos a llegar, tranquila.

Y Canela de nuevo sin frases que emitir, asintió. Cinco minutos después, Romer estacionaba la camioneta frente al teatro y ambos se bajaron corriendo hacia la puerta principal.

— ¡Aquí estamos!

Canela escuchó la voz de su madre saliendo de las oficinas, en el costado izquierdo del Baralt, y corrió hacia ella:

— ¡Oh, por Dios! Mamá, mírate la cara.

Canela iba a abrazarla pero Nereida resopló:

— ¿Le dijiste a tu padre?

— Señora Nereida...— Romer se hizo presente con su gruesa voz, la cual dejaba ver el enfado de lo que había sucedido. — ¿Se encuentra bien?

La madre de Canela lo miró y luego a su hija:

— ¡Gracias por ayudarnos, muchacho! Carmen está saliendo del shock. Me golpearon a mí, y ella es la que sufrió más ese golpe.

— Ya estoy mejor— dijo Carmen acercándose a ellos. — ¡Vámonos de una vez!

Canela se abalanzó al cuerpo tembloroso de su tía y abrazándola, miró su cara fijamente buscándole alguna lesión.

— ¿Le dijeron a Manuel? ¿Y a Carlucho? — preguntó Carmen.

— Nadie más sabe— respondió Aragón. —Estoy esperando que Mercedes me llame.

Canela miró a Aragón cuando se dispuso a ayudarlas a subir en el vehículo.

— ¿Qué vamos a hacer con mi carro? — preguntó Nereida señalando al estacionamiento donde había ocurrido todo.

— No se preocupe, yo me encargo que de lo busquen— respondió el empleado de Josué.

Ya montadas y luego de agradecer la ayuda a los encargados del teatro, salieron del centro comentando lo que había sucedido con palabras atropelladas. El único que no hablaba casi, era Aragón. Solo preguntaba cosas puntuales. ¿Cómo había sido? ¿Vieron bien a los sujetos? ¿Se fijaron si las llaves las arrojaron cerca del carro? Las preguntas que normalmente se harían, intentando entender la explicación que Carmen les daba de forma muy autóctona, mientras Canela observaba la cara de su madre e intentaba calmarla.

Tas unos momentos, el celular de Romer sonó y comenzó otro círculo de llanto y desesperación, cuando Josué al otro lado de la línea, exigió hablar con su mujer. Luego, llamó Carlos para preguntar dónde se encontraban, ya enterado de todo. Después, se puso al teléfono Manuel con la esperada conversación con su esposa Carmen. Un total desastre en toda regla que no dejaba margen de tranquilidad, entre lo sucedido con los trabajadores de la empresa, y este lamentable atraco. Todos agradecían que se encontraban bien, vivas y con salud; salvo algún valor elevado por los nervios y la tensión. Luego de aquello, se hizo el silencio mientras se dirigían a la casa de los Mendoza, como si el cansancio estuviese haciendo mella en cada uno de los presentes.

Canela iba delante junto a Romer y suspiró hondo, recostándose en el asiento. Miró de reojo al hombre que la había ayudado, y fue entonces cuando pudo verlo mejor. Estaba con una camisa de cuadros y un jean con correa. La camisa se ceñía a su cuerpo y pensó que debajo de ella, debía de mostrarse muy agradable a la vista. Se preguntó cómo podía ella pensar en eso, en medio de tanto aparataje. Pero era imposible no hacerlo. Aragón, con su semblante serio, concentrado en la carretera ayudándola a ella y a su familia, era como un Dios de otra tierra.

Canela mordió sus labios ladeándolos un poco para disipar sus pensamientos. Recordó el día anterior, donde Romer le había acercado el brazo para tomar la caja del cassette. Se había acercado tanto... Y también pudo rememorar el cigarrillo que ambos habían compartido en el patio de la casa. Aquello era aún más íntimo y sin embargo, la cercanía de la sala, por alguna razón pesaba más que la anterior. Quizás, se debía a la música, pensó Canela. «La música siempre envolviéndolo todo» se dijo mentalmente.

— Me voy de aquí— dijo de pronto, Nereida. Interrumpiendo el silencio.

Canela volteó para verla:

— ¿Qué?

Nereida estaba erguida en su asiento y miraba fijamente al frente, como una señora de la muy estirada alta sociedad:

— Que me voy de aquí. De Venezuela. No aguanto más...

— ¿Cómo dices? — preguntó Carmen.

— ¿No recuerdas lo que dijo ese tipo, Carmen? — la miró justo a los ojos mientras se daba cuenta de que llegaban a la casa.

Todos se bajaron y se inició una avalancha de abrazos, preguntas y tensión nuevamente. Agradecimientos por parte de Josué hacia Romer. Carlos también agradeció y unos minutos después, lo hizo Manuel, luego de apapuchar a su querida esposa. Pero tras todas esas emociones, Nereida seguía intentando llamar la atención de los presentes:

— Que no, que no se hable más. Me voy del país, ¡porque sí! Y ya está. Canela, si te quieres ir conmigo, pues nos vamos.

— ¡¿Cómo que si me quiero ir contigo?! ¡¿A caso no vas a regresar?!
Romer y Carlos se miraron.

— ¡Yo sabía que ibas a decir eso! — exclamó Josué señalando a su mujer. — Cuando Romer me dijo lo que había pasado, pensé de una vez en eso. Que te ibas a querer ir— miró a Manuel. Y luego, a ella: — Nereida, ¡yo no me puedo ir del país!

— ¡Yo sé que no! — le dijo ella a su marido. — Aunque te lo ruegue, jamás te irás. Pero yo sí que me puedo ir. Me voy y punto.

— ¡¿Me estás dejando?!
Canela y Carmen se pusieron las manos en la boca. Manuel bajó la cabeza y Romer junto a Carlos, se apartaron un poco del sitio.

— No te estoy dejando, Josué. Solo me voy.

— ¡¿Y eso no es lo mismo?! Te vas del país, y ¿dónde quedo yo?

— Mamá, por favor. Estás nerviosa...

— No Canela. Tu padre te lo había dicho. Que tenías que irte del país. ¿Y si te hubiese pasado a ti? — arrugó el gesto. — Esos tipos son peligrosos y violentos. ¡Mírame la cara! — se señaló el golpe.

— Mamá... Tú no querías que papá insistiera en sacarme de aquí.

— ¡Pero no sabía que era tan grave!

— No estoy entendiendo. ¿Por qué lo dices? — preguntó Manuel.

— ¿Qué por qué lo digo? Esto no fue un simple atraco. ¡Esos tipos nos conocían! Te mencionaron...— dijo Nereida, apuntando directamente a su marido.

Josué abrió los ojos y sintió que las piernas desfallecían. De inmediato,

todos se acercaron hasta él para ayudarlo a sentarse.

— ¿Qué dijeron? — preguntó Josué ya sentado en el mueble.

— ¡¡¡El lechero!!! — gritó. —El tipo que me cacheteó, preguntó si el "lechero" no me había enseñado cuando debía callarme la boca.

— ¡No lo repitas! — exigió Carmen.

Romer puso las manos en la cabeza, Carlos abrió la boca. Manuel se acercó a su mujer. Canela no salía de su asombro. Y Josué apretó la mandíbula a punto de partírsela.

— Maldita sea— susurró con rabia, el esposo de Nereida.

— ¡Me voy a los Estados Unidos!

Todos hicieron silencio. Josué miró a su mujer totalmente resignado:

— Vamos al cuarto, Nereida— dijo intentando que su voz sonara apagada. Estaba fúrico.

Ella arrugó los labios y subió las escaleras, seguida por su esposo. Canela esperó unos segundos, y se fue tras ellos.

— ¡Espera! — pidió Carmen.

— Deja que suba, Carmen— dijo Manuel.

Carlos y Romer se miraron nuevamente y los dos coincidieron en sus pensamientos.

— Yo me tengo que ir. Necesito hacer algo muy importante— dijo Carlos. —Quédate aquí un rato más con mamá y papá— le pidió a Romer, sobándose los párpados y la frente al tiempo que exhalaba.

Su amigo entendió el mensaje y asintió. Vio como Carlos salía de la casa y se sentó junto a Manuel y Carmen para comentar lo sucedido. Escucharon las voces fuertes de los esposos en la planta de arriba. Puertas que se abrían y se cerraban con fuerza, exclamaciones desesperadas y algún que otro silencio intermitente.

Canela se colocó frente a la puerta para escuchar la terrible conversación que se desarrollaba en la habitación principal, llorando por todo lo que pasaba. Se sentó en el suelo y recostó la espalda en la pared, agarrándose las piernas. Sus padres discutían como casi nunca lo hicieron en el pasado. Nereida estaba más que determinada a dejarlos en Venezuela, e irse a Nueva York lo más pronto posible. Y Canela sabía que su madre no cambiaría de parecer. Lloró por el abandono, a pesar de entenderlo como una escapada que quizás no duraría para siempre. Pero se sintió abandonada de nuevo. Y todo

por culpa de factores ajenos a ellos, y por una situación que era la vida que muchos venezolanos vivían. Pensó en las ganas de miles de personas en irse del territorio por traumas, vivencias o escenarios dramáticos, y en la nula posibilidad para muchos de conseguirlo. Un atraco era ley de vida en ese territorio. Incluso, el de las mejores ciudades. Pero el apodo que le colocaron a su padre aquellos delincuentes, era más que suficiente para entender lo que pasaba.

Luego de un tiempo incalculable para la dolida Canela, no escuchó nada más. Imaginó que ambos habían llegado a una tregua amorosa, o a una despedida digna de dos esposos que sabían que la separación era inevitable. Se levantó y puso sus manos sobre los párpados para restregarlos. Bajó de prisa las escaleras y salió al patio de la casa.

Romer alzó la cabeza y la vio salir apurada. Pero quedó asombrado por el rostro tan devastado de la joven. Corrió detrás de ella, necesitaba verla mejor. Carmen vio la escena mientras salía del baño. Dio unos pasos con curiosidad, pero quitó sus intenciones de averiguar. En vez de darle largas a su intuición primaria, se dirigió a la oficina de Josué para unirse a su esposo.

Romer la encontró en el patio al lado de uno de los carros, llorando en silencio. Se quedó de piedra. Odió verla así y en ese instante, no importaba si ella era alguien por decirlo, intocable. Porque sería todo lo contrario lo que haría a continuación. Se acercó a ella, se colocó de frente y la atrajo a su pecho. Y sin demasiada sorpresa, Canela rodeó la cintura con sus delicados brazos y apretó fuerte. Se aferró a Romer como a un salvavidas y lloró con más fuerza, contra aquella camisa de cuadros que le quedaba tan bien...

Aragón sintió el temblor de su cuerpo. Su corazón, también descifraba la quiebra de las venas, el bombeo de la sangre, el dolor de una chiquilla hecha mujer, a quien estaban a punto de abandonarla. Y sin él saberlo, por segunda vez.

La abrazó como a nadie y le sobó el cabello con mucha ternura. Sobó su espalda de la misma forma, calmándola. Apoyó sus labios en la frente y apretó la boca sosteniendo el beso. Estancó sus finos labios sin quererlos mover de allí. Canela se dejó cubrir sin importarles nada más. Alrededor, sus padres y sus tíos, hasta la misma casa habían desaparecido, para dar paso al olor del perfume de aquel hombre que la sostenía. Nunca, ningún hombre antes la había abrazado con esa ternura y deseos de protección. La única persona que lo

había hecho en los momentos más duros, se llamaba Alma y vivía muy lejos de allí. La hija de Josué, la hija del jefe de Romer, se dejó consolar por el empleado; pudiendo respirar al término del llanto. Las lágrimas seguirían allí surcando su rostro. Entonces, necesitó mirarle... Esnifó un poco y separó su cara de la camisa mojada. Subió la cabeza y no fue solo una mirada lo que aquellos se regalaron.

Aragón miró la boca de Canela y tragó grueso. Vio que tenía los labios mojados y la cara roja. Tocó sus mejillas y disfrutó de la reacción en Canela por aquel toque:

— Mírame— susurró él.

Canela había cerrado los ojos luego de sentir los pulgares de Romer haciendo un mapa por su cara. Al escucharlo, obedeció lentamente.

— Eres preciosa...

Canela abrió los labios un poco más por el asombro de sus palabras. ¡Le encantó que la llamara así!

— No llores más, por favor. No... No lo hagas más.

Canela no apartó los ojos de él. Sintió sus labios arder como jamás lo había sentido. Y en ese momento lo supo. En medio de aquel espantoso día, y envuelta en los brazos de Aragón, supo que anhelaba besarlo.

Romer acercó sus labios a los de ella y sobó su boca contra la suya. Poco a poco. Apenitas un roce de un lado para el otro. ¡Dios, cómo quería besarla! Pero no así, no de esa manera y menos en aquel lugar. Respiró profundo y dejó caer su frente contra la de ella. Exhaló y se separó lentamente. Canela bajó la cabeza y extrañó de inmediato ese abrazo, y sobre todo ese beso que nunca se dio. Se secó la cara mientras Romer no dejaba de mirarla.

— Gracias por ayudarme hoy. Fue muy amable de tu parte— dijo Canela. Romer había cambiado su expresión; y ésta, era muy difícil de descifrar. — Eres un buen tipo.

Aragón carraspeó la garganta, irguiéndose un poco:

— No me agradezcas, Canela. Eres una chica muy fuerte. Podrás superarlo.

Y así como dijo eso, entró nuevamente en la casa dejándola en medio del patio, como si fuese una estatua milagrosa, a la que personas acuden con rezos de sanación. Solo que había sido al revés; el visitante fue hasta la estatua para consolarla, y no consolarse él mismo.

La joven bufó a modo de suspiro y subió a su habitación. Esperando que el día acabase pronto, comenzó a hacer la maleta. El viaje planeado debía adelantarse.

Capítulo 11

Dina escuchaba atentamente la conversación de sus "amigos", dentro de aquel cuartucho derruido. Pero era una gran actriz, lo había aprendido a lo largo de su vida. Siempre aparentando emociones que no sentía. Recurso que utilizaba mayormente con el tenebroso Pitoquín y su equipo de trabajo.

Escuchaba atentamente fingiendo que así no era, la hazaña ridícula que habían cometido hace unas horas en el centro de la ciudad. Y mientras aquellos individuos conversaban, también revisaban algunas pertenencias ajenas. Todos los presentes a esa hora en aquella casa, sabían de sobra que nada regresaría a las manos de sus propietarias.

Dina escuchó atentamente. Sí, señor... sobre todo, prestó atención al estudio de una fotografía. Una en particular: la de una jovencita risueña, bella, impecable, idílica. Dina giró su cabeza con una sonrisa en su cara, que ocultaba la enorme curiosidad. Escuchó como el hombre con acento andino, mencionaba que aquella joven debía tratarse de la hija de Nereida, la esposa del "viejo Josué". Dina, manteniendo su rostro lavado con jabón del bueno, le quitó de las manos el papelito *Kodak* y miró la imagen fotografiada:

— ¿La hija de Josué? — preguntó ella.

— Así mismo le estoy diciendo— le respondió el Merideño.

Dina arrugó la cara con extrañeza, sin dejar de enseñar su sonrisa eterna:

— No sabía que tenía una hija. Es muy jovencita, ¿no?

Los tres hombres se rieron. Sabían lo que Dina estaba pensando.

— Esa foto es vieja, hija— dijo Pitoquín. —Esa carajita tiene dieciocho años. ¿Tú qué te crees? ¿Qué nosotros somos qué?

Dina echó unas risas:

— ¡Están pensando en plata, malayos! Ya sé lo que quieren. Pero si necesitan a la nenita, ¿Para qué joden a la madre y a la tía?

Los tres hombres volvieron a reír, mientras se pasaban algunos dudosos cigarrillos de mano en mano.

— Eso fue casi que... casualidad— dijo el andino. —En serio. No me

mires así, mujer.

Dina había arrugado el rostro para indicar que no creía eso de la casualidad:

— Están jodidos. Hacen y hacen cosas, pero no han podido hacerle nada al padre. Déjenlo quieto, ya. ¡Va pues! Ni que tuviera una fortuna.

Las risas se volvieron a pasear por el recinto. Pero el Merideño se la quedó mirando, fijamente. Aprovechó la distracción de los otros dos y se acercó a ella, quienes sentados sobre una de las colchonetas que cubría el mugriento suelo, se tuvo que arrastrar entre las escasas sábanas:

— Dígame una cosa...— Dina se echó un poco para atrás sintiéndose incómoda, al tenerlo tan cerca a un costado. — ¿Usted tiene algún problema con el encargo?

— ¿Qué? ¿Qué encargo? ¿De qué hablas?

— ¿Cómo crees que *Caracas*, Pitoquín y yo montamos todo esto? — dijo, señalando a su alrededor. —Usted sabe todo lo que hicimos para conseguir esa plata. ¿O no se acuerda?— él se echó a reír. —Usted se metió en esto hasta el fondo.

— No, un momento. Eso fue hace tiempo, ya. Y no hice prácticamente nada. Tampoco recibí dinero, por cierto— ella hizo una corta pausa, mirando justo a los ojos del Merideño. —Yo hablo es de ahora. Hoy, solo soy amiga del administrador de la empresa...

— Y de su amiguito, el sobrinito del dueño. Nada más y nada menos— el hombre chasqueó con la lengua. —Cuénteme una cosita, Dina. ¿De dónde conoces al españolete ese?

Dina quiso evitar que sus ojos no se agrandaran demasiado por la sorpresa, sin éxito alguno. ¿Cómo era posible que llamaran así a Romer? Tragó:

— ¡¿Qué dices?! Él es de aquí— explicó Dina. —Él es tan maracucho como noso...

El Merideño se acercó súbitamente al costado de la mujer y la apuntó con un arma filosa en la costilla. Los nervios de Dina se dispararon. Cualquier estupefaciente que se acumulaba en su cerebro, se disipó casi por completo.

— ¿Qué es eso, *Mérida*? Aleja ese cuchillo de mí.

El hombre acercó su rostro al oído derecho de la chica, para hablarle en total confidencia:

— Mire, *pelo bonito*. Yo siempre he estado intrigado en cómo fue que llegó a conocer a ese muchacho. ¿A caso se lo tira? Si se lo está tirando, *Caracas* se puede molestar.

Dina sentía la boca seca por la presión y el susto, que comenzaba a crecer poco a poco. Miró a su alrededor buscando a los demás. ¿Dónde estaba el Caraqueño? ¿Dónde estaba Pitoquín?!

— Él es solo un amigo de la infancia.

— Ahh, qué interesante. Porque, yo tengo amigos de infancia. Son como mi familia y a ellos no me gusta joderlos. ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

De repente, Dina sintió un silencio molesto cubrir las paredes del recinto:

— Así cómo has confiado siempre en mí. Igualito, de la misma forma. Sabes lo que te quiero decir, *Mérida*— intentó explicar la fémina. —A ese tipo lo conozco desde toda la vida, pero me va y me viene.

— ¿Entonces por qué se puso nerviosa cuando vio la foto de la carajita?

— ¡No me puse nerviosa un coño, chico! Solo me extrañó que quisieran meterse con una menor...

— ¿Y cuál es el problema que nos metamos con una menor de edad? Además, ¿No le dijimos que la carajita tiene dieciocho años?

Dina tragó pesado:

— Bueno, *Mérida*. Eso fue antes de saberlo. ¡Quita ese cuchillo, chico! Me vas a hacer daño...

El hombre la sujetó del cabello abracando su cuello y apuntando con más determinación el costado de la mujer, haciendo aparecer un leve dolor en ella.

— Me estás haciendo daño...

El hombre se detuvo un momento. Por un instante, suspiró saboreando el perfume acumulado en el cuello de Dina. Luego, bajó una mano a su blusa y le descubrió el estómago. Sin pensarlo dos veces, arañó su piel con la punta de su navaja. Dina abrió los ojos al sentir el ardor y luego, el dolor. Se miró la zona de inmediato colocando las manos alrededor de la herida:

— ¿Qué me hiciste? ¿Qué te pasa, hijo de puta?! ¡Estoy sangrando!

— No sea exagerada, no fue nada— el sujeto se reía. —Eso es un rasguño. Ni siquiera estás sangrando mucho.

Dina apretó ambas manos sobre la fina herida y vio cómo fue cambiando de color, hinchándose, emanando poco a poco un vestigio de sangre y tuvo que respirar profundo para soportar el ardor que aquello le producía. Solo se limitó a arrugar la cara, apretarse en la zona y sisear.

— Yo siempre he sido bueno con usted. Le he dado todo lo que me ha pedido desde que llegó a esta jodida ciudad— dijo el hombre. —Y cuando me enteré de lo que se tenía tan calladito, no le hice nada por ocultármelo— el

hombre señaló hacia la puerta y hacia ellos dos. —Usted me ayudó mucho cuando me mudé también. ¡Se lo agradezco! Pero a veces se hace la tonta. ¿No entiende todavía cómo funciona esto? ¿O se lo tengo que explicar otra vez? No tengo problemas con explicárselo en su idioma de sifrina. Quizás así me entienda. Entonces, ¿se lo explico?

Dina permanecía con un rostro extremadamente serio, queriendo demostrar dureza. Pero sus ojos delataban mucha debilidad.

— Ese viejo lechero tiene más cobres que un político— continuó diciendo el maleante. — Es más, estoy convencido. Creo que ni su Señora sabe cuánta plata tiene ese señor en la cuenta bancaria. Usted lo sabe, Dina. Yo mismo manejé esa plata. Usted no es nueva en el paquete. Así que óigame bien. No le voy a permitir jamás que se vuelva a quejar, ¿oyó? Aquí Pitoquín le da mercancía gratis. *Caracas...*— el hombre se echó a reír. —El caraqueño le da placer, gratis. ¿Qué más quiere? Al final, la mezcla de gratitud llega a tener un valor, ¿No es así?

Dina no sintió la lágrima rodando por su mejilla.

— Así que me va a averiguar todo sobre la carajita. Usted me ocultó que conocía al españolete ese. Entonces, haga algo por nosotros. Yo sé que le gusta muuucho la plata. Me va a ayudar, ¿verdad?

El Merideño le dio un beso sonoro a Dina en la mejilla y se levantó de tajo, lanzando el cuchillo en una de las poncheras que usualmente, se encontraban en medio de la pesada mesa:

— Deje el miedo en la calle, *pelo bonito*— le dijo cambiando el tono, como si nunca hubiese existido amenaza alguna. —Salga, pasee. ¡Está muy blanca, le hace falta sol!

El sujeto salió hacia el patio trasero de la casa, echando unas risas con los demás. Dina tomó su bolso y sobándose la herida con mucho cuidado, salió corriendo de allí.

Carlos entraba en el apartamento de Dina, buscándola casi en desesperación:

— ¡Dina! — la llamaba mientras atravesaba la sala, para dirigirse al pasillo de habitaciones. — ¡¿Dónde estás?!

— Mierda...— susurró la mujer. Escondió el agua oxigenada, la gasa, y botó los algodones que ya había usado para limpiarse la herida.

— ¡Hey...! — Carlos se detuvo en seco al verla de frente al espejo del baño. —Te estaba llamando. ¡¿Estás sorda?!

— ¿Qué quieres, Carlos? — dijo con un tono fingiendo fastidio.

Él se acercó a su espalda, lentamente. Recostó su cuerpo al de ella, e inhaló profundo sin tocarla mucho:

— Desestresarme— dijo en respuesta.

Ella puso los ojos en blanco:

— No tengo ganas. Me duele la cabeza.

Él se echó a reír:

— Qué cliché sonó eso— se acercó aún más, e intentó rodearla con sus brazos, pero el respingo de Dina lo detuvo.

— ¿Qué pasa? — preguntó Carlucho.

Ella se apartó rápidamente y salió del tocador.

— Hey, Dina. ¿Qué te pasa?

— Ya te dije que me duele la cabeza. Me quiero acostar un rato.

— Pero si apenas son las seis de la tarde— miró su reloj para comprobarlo. La siguió hasta la cama y a ella no le dio tiempo de prepararse. Porque Carlos cayó encima de su cuerpo, haciéndole gritar de dolor.

El joven se apartó de forma brusca y con los ojos bien abiertos, se echó a un lado. Pero ya Dina no podía ocultarse por más tiempo. Sus manos tocaron el lugar de la herida en tan solo segundos.

— ¿Qué tienes? ¿Por qué te tapas allí?

— ¡No! Carlos, déjame.

El amigo le subió la franela que la cubría y abrió la boca sin darse cuenta:

— Dina... ¿Qué te pasó?

Ella le arrancó el trozo de tela de donde la tenía sujeta y se bajó la franela rápidamente. Luego, se levantó de la cama y se regresó al baño para seguirse curando. ¡Qué más podía hacer! Ya Carlos la había visto.

— ¿Qué te pasó allí, Dina?

El hombre la había seguido nuevamente, y se acomodaba de tal forma, que pudiera verle el raspón contundente y casi abierto de la muchacha. Se trataba de un roto largo, el cual se veía reciente y de mal aspecto.

— Me corté, eso es todo.

— ¿En el abdomen? — A Carlos no le gustaba nada el lugar del corte, ni el mismo corte, ni siquiera la actitud de ella.

— Mi alma, Carlos. Es pequeñita. No es nada del otro mundo.

— ¿Pequeña...? — bufó. — Bueno, ¿por lo menos me dejas ayudarte?

Dina lo pensó por un momento antes de pasarle el algodón mojado de agua oxigenada. Carlos se agachó un poco para ponerse a la altura de la herida y antes de aplicarle el líquido, la observó con detenimiento. Miró hacia su cara y luego, se concentró en limpiársela:

— ¿Con qué te cortaste?

— Con un cuchillo— dijo luego de un brevísimo silencio.

Carlos asintió con el ceño fruncido. Existía mucha tensión en el aire y debía acabar con eso de inmediato:

— Parece un corte pirata— dijo con jocosidad, haciendo reír un poco a Dina. — ¿Crees que con esto es suficiente?

— Sí. No te preocupes. Me pongo la gasa por hoy y mañana ya está cicatrizado.

— Bien— dijo Carlos con una sonrisa tensa.

La acompañó a la cama de vuelta, esta vez con más cuidado. Se recostó a su lado y la abrazó por un momento. Aún quería desestresarse, pero al verle semejante corte en la piel, solo quiso gastarle bromas sutiles:

— ¿Estás segura que te duele la cabeza?

Dina rio por la forma en que se lo dijo, con aquel mohín coqueto que usaba con ella, de vez en cuando. Asintió sobándole el cabello, haciendo que cerrara los ojos de placer.

— Voy a descansar un rato para ver si se me pasa— le susurró a Carlos.

— Ok. Iré al apartamento un rato a darme una ducha...

Ella volvió a asentir.

— A mamá y a tía Nereida las atracaron hoy en la tarde. En el centro.

Dina abrió la boca en asombro:

— Dios mío santo— negó con la cabeza. — ¡Deben cuidarse muchísimo! La delincuencia está desatada.

Carlos se encogió de hombros:

— Como siempre.

Luego de eso, la dejó sola en su habitación y salió del apartamento, rumbo al que compartía con Aragón. Un piso más arriba. Al llegar y antes de bañarse, se sentó en la sala y marcó un número.

— *Aló...*

— Dina tiene una herida.

Se hizo un silencio en la línea:

— ¡*Maldita sea!* — Romer se detuvo un momento antes de hablar. — ¿Es muy grave?

— No. Pero está fea— Carlos escuchó un suspiro. — *¿Estás todavía en casa de tío?*

— *No. Estoy en la oficina...*

— Bien. Entonces, hablamos cuando llegues.

— *Crees que... ¿deba ir a verla?*

Carlos arrugó la comisura de su labio. Ahí estaba el verdadero Aragón. No el que había visto hace días en el despacho de Josué.

— ¿Qué te puedo decir, Romer? Siempre pienso que no deberías verla Pero ajá... es Dina.

Otro silencio se produjo en las líneas y Carlos pudo escuchar una tercera voz lejana, interrumpirlos.

— *Llegó Mercedes. Hago esto rápido y voy a su apartamento.*

Carlos rio por la nariz. Pronunció un Ok y se despidió. Dejó el teléfono a un lado y se estiró. Se metió en la habitación y comenzó su rutina de aseo, sin dejar de pensar en Romer y en Dina.

Capítulo 12

«Dafi.

Dafi, querida, es una noche en blanco, no tiene sentido insistir.

Sólo lograrás acabar llorando otra vez, niña.

Te conozco,

te he oído lloriquear bajo la manta. Sólo cuando tratas intensamente de conciliar el sueño, es que te enervan esas cosas:

el débil ronquido de mamá o de papá, el ruido de un auto de la calle,

el viento que hace golpear el postigo del baño.

Ya es más de medianoche.

Pensaste que te escaparías, gordita, pero esta noche es una noche sin sueño.

No hay alternativa.

Basta,

deja de dar vuelta a la almohada y de empujarla de lado a lado, haciéndote la muerta.

Basta de tonterías ¿a quién tratas de embaucar?

Abre los ojos, por favor, junta fuerzas, siéntate y enciende la luz

y traza un plan para matar el tiempo que queda entre ahora y la mañana...»

Canela no requería de mucha compañía. Solo podía recordar a muy pocas personas de quienes les gustaría sentirse acompañada. Pero en ese momento, con el cuerpo relajado en la tumbona de una gran terraza, su único acompañante era el libro de un autor israelí llamado A.B. Yehoshua⁴⁶. *Ha Mehaev, El amante*⁴⁷, era el nombre del libro que leía. Mientras la joven sopesaba los párrafos que describían la zozobra de la protagonista, pensaba si era posible que una joven madre, bien casada y establecida, pudiera tener un

amante y estar obsesionada con él de maneras incalculables. Aún no había descubierto por completo los secretos que guardaban los personajes, pero podía sentirse identificada con la búsqueda del amante perdido y misterioso, del cual tanto hablaban en las pocas páginas que había leído.

Suspiró profundo. No era de madrugada, como decía en el extracto que acababa de leer. Pero la noche se sentía agotadora y pastosa. Lo sentía después de una semana de haber llegado a Margarita.

Canela leía, tomaba jugo de piña y pensaba en su queja interna. Quiso corromper su primer agobio; el pelito público de no ser trasladada a ningún sitio. Tenía que reconocer que poseía una libertad a medias y que gracias a ese viaje, su palabra de no salir del país fue cumplida. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Cuál era el norte? Se trasladó hasta la posada de su tía Lucía, en la ciudad de *Pampatar*⁴⁸, buscando trabajo. De forma obvia, dejó abandonada la matrícula en administración. Jamás cursaría esa carrera. Solo lo había hecho por su padre. Pensaba en eso y arrugaba el rostro, chasqueaba con la lengua y tomaba otro sorbo de juguito. ¡Delicioso! Pero, no. Debía seguir pensando qué hacer. Calibraba varias posibilidades. Vio en un anuncio un curso de fotografía. Interesada, planeó tomar el dinero para inscribirse. Le había quedado una buena cámara en el fatídico viaje a Nueva York y quería aprender a usarla mejor. Pensaba en eso y sentía algo de pereza, pero luego miró alrededor. La terraza amplia con sus mesas bien colocadas. La playa de frente, el hermoso y cálido hotel. ¡Claro! Ahí estaba. Aquel lugar daba vista a las exuberantes orillas de *Playa Varadero*⁴⁹. Aquel oleaje que venía disfrutando de hace una semana... ahora no solo eran muy disfrutables. Sino que también le proporcionaría un ingreso.

Canela dejó aflorar una sonrisa. Le fascinaba el trabajo de hotelería. A pesar de que "Luna de Margarita" era una posada que a duras penas tenía una piscina, dos plantas, un lobby-sala, comedor, cocina y los baños, las ocho habitaciones merecían un premio a la mejor cabaña de la avenida *Aldonza Manrique*⁵⁰. Aquel recinto hotelero era la casa de su tía. La describía mentalmente, mientras adelantaba el capítulo del libro y se terminaba la bebida, relajando las piernas en la larga silla de playa. Al sentir cansancio, acomodó el libro en su regazo y cerró los ojos. Y como si la brisa fuese la voz de una persona, sus labios recordaron aquella cercanía inesperada que había vivido con el administrador de la empresa de su padre.

Pasó la lengua por la boca, como para no dejar escapar aquel beso que el destino disipó. Un beso de Aragón. Dios, como lo deseaba, como quería que

en verdad sucediera. Ella sabía que ambos podían congeniar perfectamente. Pero notaba en él un freno muy contundente, y presentía que no solo se trataba de un respeto hacia su jefe.

— Mierda. ¿Qué coño hago viniéndome hasta acá, cuando bien podría verlo todos los días? — se preguntó a sí misma. — Sí, claro. ¿Para qué? — se reprendió.

Canela no sabía muy bien qué quería para su futuro, pero solo dos cosas eran las seguras en su vida y una de ellas era el poder tocar por lo menos en una ocasión, y de forma muy íntima, a Romer. ¡Sí! Romer, Romer. Aquel nombre bailaba en su cabeza desde hace una semana. «Necesito más trabajo para despejar la mente» claudicó su cerebro.

De pronto, sintió algo en la frente que la hizo fruncir el ceño. Luego, otro toque en la mejilla, otro en un brazo. Lluvia. ¡Noviembre al fin y al cabo! La tía Lu y el señor Macario habían mantenido una discusión por el clima. Lu decía que en Margarita siempre llueve en Noviembre. Y Macario sostenía que No. Así que Canela pensó mientras recogía los cojines de la tumbona, el vaso y el libro, en la supersticiosa razón que daría el viejo ayudante de su tía, para justificar cualquier precipitación. A trompicones y muy apurada, Canela logró meterse en la casa riendo por todos sus pensamientos. Y gracias a Dios que no le había dado tiempo de llegar a los más perturbadores.

— Ya decía yo que iba a llover. Ahora quien aguantará mañana a Macario. Ay diosito de mi vida.

Canela giró su cabeza riendo por las palabras de Lu, quien atravesaba el salón y subía las escaleras.

— Cierra bien las puertas corredizas. Tienen una maña— dijo la tía. — Como a las 8:00am le diré a Macario que busque al técnico. ¡Se nos va a volver la sala un chiquero!

— Ok, tía. Yo me aseguro de que queden bien...— decía Canela intentando ajustar las puertas. — ¡cerradas! — dijo con la mandíbula apretada por el esfuerzo.

Con varios empujones, golpes con los pies, jalones, intentaba cerrar las puertas de vidrio que dividían el lobby-sala de la terraza. Canela se mojaba con el aguacero, que ya había empezado a azotar en la ciudad de Pampatar. Hasta que por fin, logró cuadrar las corrediza, casi que dando saltos silenciosos de algarabía por haberlo conseguido. En ese momento, agradeció el silencio y disfrutó del repique de las gotas en el vidrio. Caminó y se sentó en uno de los muebles. Ya la tía Lu se encontraba en su habitación cuando de

pronto, unos fuertes golpes retumbaron en la puerta principal. Quien sea que estuviese allá afuera, golpeaba la puerta duro y de forma repetida.

— ¡Qué susto, por Dios! ¡¡¡Ya va!!! ¡Espere un momento! — caminó unos pasos. — ¿Quién viene a esta hora y con este clima?

Los toques no se detenían. Quien fuera, estaba bastante apurado por entrar, y era lógico, viendo las circunstancias. Y aquello era un lugar para pernoctar. Se apresuró entonces a asomarse por el cristal de una ventana lateral a la puerta. Entrecerró los ojos intentando ver algo, pero solo divisaba una chaqueta azul marino. Respiró hondo y abrió.

Una voz quebrada por el cansancio y el frío del agua, la dejó sin palabras:

— ¡Hey! Pensé que no abriría nadie.

El corazón de canela se había detenido. Es decir... detenido por completo. Así, sin más. Toda la perorata anterior desapareció, incluso el sabor a piña se difuminó como la visión de las letras del libro que leía hace unos instantes; derramándose, haciendo dibujos abstractos dentro de su cabeza. Luchó por entender lo que estaba viendo. ¡A quien estaba viendo! Sintió como si nunca se hubiese ido de la terraza y se dejaba mojar y azotar por el viento. ¡No podía ser cierto!

— ¿Me dejas pasar? El agua está fría— decía la persona, soplándose las manos.

Ella solo pudo asentir y apartarse a un lado. Cerró la puerta lentamente, dándole la espalda al individuo que acababa de entrar a las diez de la noche, en la posada de su tía. Tenía miedo de voltear y corroborar que se tratara de un fantasma o un efecto de la lluvia... o quizás, el azúcar del jugo tenía sustancias dudosas. Quizás Macario tenía razón, y todo era una locura: el aguacero, ese hombre allí...

— Disculpa que haya llegado a esta hora y sin avisar. Pero fue de improviso. Llegué a Porlamar, luego el viaje hasta aquí. La lluvia casi no me dejaba ver. Y el viaje en avión con turbulencia. ¡Te puedes imaginar! Y luego tu padre llamándome para indicarme la dirección...

Canela se volteó y escuchaba toda la esa explicación mirándolo de frente, observando cómo se quitaba la chaqueta y caminaba de aquí para allá, dejando la maleta a un lado de la encimera del lobby, sacudiéndose el cabello el cual casi siempre estaba bien cuidado y ahora era todo un caos. ¿Y qué no era un caos en esa noche?

— Hey, ¿me escuchaste?

«Ok. ¿Qué está pasando aquí?» pensó ella.

— Eh... sí. Eh... ¿Qué, es decir... qué haces aquí?

Romer sonrió de medio lado:

— Tu padre— respondió con una voz serena. —Creo que está empeñado en que tú y yo coincidamos.

Canela no lo podía creer. De verdad:

— ¿Cómo? — preguntó con un hilo de voz.

Romer se acercó a ella. Había dejado de tiritar por frío. Por fin había llegado y verla tan asombrada como no imaginó que sucedería, le llenaba de confort y simplemente, quiso acercarse más y tenerla cerca. Pero ambos fueron interrumpidos por la efusividad de la dueña del sitio:

— ¿Qué pasa, Canelita? ¿Nuevo huésped?

La mencionada parpadeó logrando quitar la mirada del recién llegado. Miró a su tía y ésta, pudo ver un cúmulo de expresiones suprimidas, todas queriendo salir de la cara roja que se formaba en su rostro. Lucía alzó las cejas y sonrió, entendiendo lo que pasaba.

— Sí— respondió la sobrina.

Y en contra ataque, la tía Lu sonrió aún más. Una mano fue extendida hacia la señora que los miraba esperando por algo más de información:

— Mucho gusto, Romer Aragón.

Lu accedió al saludo y pudo ver mejor lo guapo que era. También lanzó una miradita de reojo sobre la joven.

— ¿Viene llegando, joven? Afuera está diluviando. ¿Cómo pudo ver el aviso?

Romer sonrió sinceramente:

— Vine expresamente a esta posada. Con muy buenas recomendaciones, por cierto.

«Ya va... ¿Está coqueteando con mi tía?» pensó Canela.

— Cani, lleva las maletas del joven a la habitación Número 8— Lu miró a Romer y le habló en un medio susurro. —Esa es la más grande— y le guiñó un ojo, provocando risas en ambos.

Canela reviró los ojos y subió las escaleras con la única maleta que había en el suelo. Entró en la habitación y recostó su cuerpo a la pared. Exhaló largo y tendido, o por lo menos, eso quería. Se encontraba alterada. Puso sus manos al frente, y vio que temblaban. Se tocó la clavícula para comprobar los fuertes latidos de su corazón. Arrugó el rostro en desespero, controlando sus ganas de brincar, saltar, llorar de alegría. Tragó varias veces tocándose el cuello. Canela estaba asombrada en un nivel muy extraño. Aquello se mezclaba con la

normal excitación que sentiría una mujer al ver aquel pedazo de hombre, y en esas circunstancias. ¡Hasta su tía lo certificaba!

Pero tenía que serenarse. Cubrió su cara con las manos e hizo algunos ejercicios de respiración. Muy bien, inhala, exhala. Lo estaba logrando...

— ¿Qué tienes?

— ¡¡¡Ah!!!

«¡Coño!»

Canela saltó literalmente del susto y pudo ver a Romer quitando su cara de preocupación para ocultar una risa. Aunque luego él no lo pudo evitar; el respingo de Canela fue muy cómico.

— ¡Me asustaste! — reclamó ella, pero luego también se unió a las risas, relajándose visiblemente.

Al terminar de reír, se miraron por unos segundos. Ella sonreía todavía cuando Romer cambió su expresión a una más seria. Acercó una mano al cabello de ella, lentamente. Tomó un mechón y lo echó hacia atrás. Canela quedó estática y pudo oler el perfume que salía de su brazo. Sus labios se secaron inmediatamente, al contrario de otras partes de su anatomía.

— También estás mojada.

— ¿Cómo?

«¿Qué dijo?»

— La lluvia... también te mojaste en la lluvia.

Un rojo casi escarlata se asomó por las mejillas de Canela:

— Sí. Por culpa de la puerta de la terraza. Está dañada y tuve que luchar con ella para ajustarla.

Él asintió y sin poder evitarlo, se acercó un poco más:

— Pues, te ves hermosa así... mojada.

Ella tuvo que humedecer sus labios, y no supo en ese instante la reacción que generó aquel gesto en él.

— Tu tía es muy chévere— mencionó Romer para controlarse.

«Sí, cambio de tema. Muy inteligente, señor administrador» pensó ella.

— Sí. Ella es todo un personaje.

Silencio. Esa mirada cargaba peso. Entonces, él carraspeó y se separó del todo:

— Y bueno, cuéntame. Esta es mi habitación. ¿Hay algo que debas indicarme?

Aquello la hizo volver a la realidad:

— Eh... básicamente, no—. Arrastró la maleta al pie de la cama. —El

desayuno es a las 8:00 y si deseas almorzar y cenar aquí, debes avisar con tiempo— se giró para encararlo: —Lo siento pero, debo preguntarte una cosa.

— Dime.

— ¿Cómo es que estás aquí?

«Margarita es el reino de los hoteles 5 estrellas y papá es un pijo. ¿Cómo es que estás aquí?» se preguntó mentalmente.

— Buena pregunta, en vista de que ya tenía otra reserva— dijo moviendo las cejas y torciendo la boca en resignación.

Efectivamente, ella lo imaginaba en un hotel de lujo y no en una humilde posada como esa. Bueno, no imaginó nada porque no pensó jamás que Romer Aragón estaría en Margarita.

— ¿Y entonces, cómo es que llegaste aquí?

— Tu padre me estuvo llamando pero no había podido comunicarse conmigo, hasta que pisé tierra. Llamó para decirme que estabas en la isla y que sería bueno que me hospedara en el mismo hotel que tú. Que de paso, es de la familia.

Canela cerró los ojos por un instante. Su padre queriendo vigilarla, ¡Qué cosa tan rara! La ironía de sus pensamientos casi llegaba a los oídos de Romer.

— Ok, está bien. Eres bienvenido.

El joven pudo ver claramente la molestia de la chica:

— ¿Qué problema hay, Canela?

— Ninguno. No te preocupes. La llave de la regadera del lado izquierdo, es la del agua caliente. Por favor, siéntete cómodo y descansa.

Así como dijo eso, se marchó dejándolo con el ceño fruncido. Si ella se había molestado por verlo allí y por la decisión de Josué, tenía que ser lógico. Canela ya no era una niña, y eso era aún más lógico para un hombre como Aragón y mucho más evidente. Romer se dejó caer sentado en la cama. Suspiró moviendo su espalda para estirla. Luego, sonrió. Asombrada, asustada, risueña, seria, molesta... ¡Es perfecta!, pensó. Se dejó caer del todo sobre el colchón:

— ¿Qué coño hago aquí? — pasó las manos por su rostro. — ¡Estoy jodido!

Capítulo 13

Carlos se encontraba en el apartamento que compartía con su amigo Romer. Tomaba una larga ducha, mientras pensaba en Dina y en la herida que se había hecho hace días. En ocasiones pensaba que alguno de los golpes que ella traía consigo, eran provocados por alguien más. Pero era muy difícil enfatizar en aquello, viendo su comportamiento más volátil y sabiendo sobre el miedo que tenía hacia el exterior. Siempre se preguntó cuándo de repente, Dina comenzó a encerrarse. Y cómo era posible que Aragón no se diera cuenta de la gravedad del asunto. De esa forma, era más creíble que ella misma se provocara las heridas.

Carlos tomó agua de la ducha y la escupió, intentando no darle demasiada importancia. De alguna forma, siempre intentaba no tomarse tan a pecho la situación de esa mujer. Sin embargo, Dina para él era alguien muy importante. Suponía, tal cual una niña adulta, necesitada de atención. Una hermana menor a quien debía tener vigilada. Con Faustina no tenía que gastar mayor cuidado que con la propia Dina. Y muy en el fondo, a él, un joven meramente coherente de sus actos, le encantaban los desahogos que vivían juntos.

Salió de la ducha. Envolvía su cintura con una toalla, cuando escuchó el timbre. Viró los ojos pensando en quien podría ser. Esperaba que no. Tenía que dirigirse a la oficina y no quería tardar más de lo que siempre tardaba. Se acercó a la puerta seguro de que era ella, y sin mirar, la abrió.

La cara de la mujer desde el pasillo, era para fotografiar. Carlos frunció el ceño muy extrañado por verla parada allí, y a esas horas de la mañana.

— ¿Mercedes? — Miró su muñeca por costumbre. No cargaba ningún reloj puesto. Chasqueó con la lengua — ¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es?

La secretaria tenía la necesidad de hablar. Pero le era muy difícil. Solo podía mirar el torso desnudo de Carlos. Y un poco más abajo...

— Eh... Vengo porque... — Carraspeó la garganta. — El señor Mendoza necesita con urgencia que hagamos la inspección de los galpones de *San*

*Francisco*⁵¹. Me envió para acá. Para irnos juntos, desde aquí...

— ¡Mierda! Tío es demasiado insistente. Pasa, pasa. Disculpa la facha, estaba bañándome.

— Sí, ya puedo verlo— dijo ella alzando las cejas con pena.

Él miró la toalla que cargaba puesta y luego el sonrojo en las mejillas de la mujer:

— Ya vengo. Estás en tu casa. Sírvete lo que quieras.

Cuando Carlos se alejó a su habitación, Mercedes se limitó a mirar un poco el apartamento. Pudo observar la carencia de objetos. Solo unas cortinas en las ventanas, los muebles estaban bien, a su parecer. Pero la mesa baja del centro, se encontraba llena de muchas cosas. Como latas de refresco, ceniceros, cajetillas de cigarros, libros... Colocó su cartera sobre los cojines y se sentó al lado, en el mueble de tres plazas. El olor a licor y cigarros era penetrante, pero a la vez, le gustó. Definitivamente, se encontraba en un apartamento de solteros. Y no de unos típicos. Quienes vivían allí, eran sus jefes. Quienes además, eran jóvenes y demasiado guapos. De repente, se vio rememorando sus años de universidad. Pero nunca había estado en un apartamento cargado de una viva masculinidad. Miró de nuevo la mesa y observó un objeto pequeño, de madera oscura y con una liga alrededor de su pequeñísimo mástil. Mercedes lo tomó con sus manos, intrigada. Abrió los ojos al darse cuenta de lo que era. ¡Una pipa! La acercó a su nariz y olió el deje de cenizas que aún podía verse al fondo del agujero. No lo podía creer. ¿Quiénes eran estos hombres? ¿Unos niños de escuela? Como si nada, dejaban una pipa entre sus cosas sin importar quien la viera. La liga parecía que intentaba pegar la boquilla rota. Mercedes rio asombrada y negó con la cabeza.

— ¡Tú no has visto nada!

Mercedes lanzó la pipa a la mesita y sacudió sus manos con el pantalón que cargaba, al escuchar la voz de Carlos. Lo vio parado a un lado del mueble con una expresión extraña. Parecía relajado, pero sus ojos y los labios convertidos en una fina línea, decían otra cosa.

— ¿Eso es una...? — preguntó ella.

— Sí. No es mía, por cierto— mintió.

Ella asintió:

— Sí. Por supuesto— apretó los labios.

— ¿Estás lista?

— Sí. ¿Tienes tu celular a mano? Debemos llamar a Aragón para

informarle de la reunión. Recuerda que los dueños de los galpones de San Francisco son los mismos dueños de los contratistas margariteños.

Carlos tomaba sus cosas, se revisaba los bolsillos mientras se dirigía a la puerta:

— ¿Romer está en la oficina?

— No, claro que no. Viajó a Margarita— informó con voz obvia.

Carlos se detuvo en seco, dándole la espalda a Mercedes. Luego se giró lentamente con los ojos entrecerrados:

— ¿Viajó a dónde?

— A Margarita. La expansión de productos tenía que darse ante de las elecciones, sabes que el señor Josué quería...

Para Carlos, las palabras de Mercedes eran tan solo un murmullo. Sacudió la cabeza apretando un poco los párpados:

— Espera, ya va, ya va... ¿Cuándo se fue?

Mercedes estaba extrañada:

— Ayer. El vuelo salió tarde pero ya se encuentra en Pampatar.

Los brazos de Carlos, los cuales estaban suspendidos a cada lado de su cuerpo, se posicionaron en su cintura y sin poder evitarlo, se pasó una mano por la cara.

— ¿Qué ocurre? Dejé una misiva en tu escritorio ayer antes de que salieras del galpón. ¿No la viste? — dijo Mercedes.

Él movió su cabeza en negativa.

— Me fui... me quedé...— Carlos aclaró su garganta. —Me fui un poco temprano. No la vi— caminó unos pasos y luego se giró hacia ella: — ¡Tenías que haberme avisado por teléfono, Mercedes! Si yo no estoy en la oficina y debo leer misivas, debes llamarme. ¿Cuántas veces te lo he dicho?

— Pensaba que estabas en el galpón. Disculpa, Carlos. Pero, ¿para un viaje de negocios que tú no harás?

— Eres la secretaria de los dos y somos un equipo. ¡Yo debo enterarme de los viajes que hace Aragón!

La extrañeza de Mercedes aumentaba poco a poco:

— Carlos, discúlpame nuevamente. Pero hemos estado cuadrando el viaje a Margarita desde hace bastante tiempo. Casi desde principio de año. Tú mismo concretaste las llamadas con esos contratistas...

— Aragón es quien tiene ese trabajo.

— Precisamente por eso, Carlos. Lo siento si cometí algún error. Pero, tú sabías de ese viaje. La misiva fue para confirmártelo...

— ¿Y viajó solo? — él la cortó. Se veía molesto.

— Sí— dijo arrastrando la palabra. —Espera...— Mercedes abrió su cartera para sacar su agenda. — ¿Tú tenías que irte con él? El señor Mendoza quería que tú y yo nos encargáramos de los galpones del Sur. No tengo ningún viaje preparado para ti en mi agenda, fuera del estado...

— Ya, ya. Ya. Déjalo así. No hay problema— él puso sus dedos en la frente como para aliviar un dolor que no tenía. —No me acordaba del viaje a Margarita. Vámonos ya.

Ella asintió sin entender absolutamente nada. Pero notó en el resto del viaje, que Carlos se había ido para otro lado. Entonces se preguntó ¿por qué se había puesto así por algo que ya sabía?

— *Aló.*

— *Macario. ¿Cómo estás? ¿Me pasas a Canela, por favor?*

— *¡Niño Carlos! ¡Qué sorpresa! ¡Déjeme que su tía le salude!*

— *¡No! Macario... ¿Macario?*

— *¡¡¡Mi sobrino querido!!! Pero, qué alegría. ¿Y eso que llamas?*

— *Bendición, tía Lu. ¿Cómo estás? Sí, llamo para hablar con Canela.*

— *Dios me lo bendiga. Ella está en la terraza... ¿Cómo está Carmen? Tengo años que no la veo. Ella es tan buena. Debes cuidarla mucho. Y a tu papá también.*

— *Claro, claro. Yo les envío tus saludos. Ahora, puedes pasarme a Cani, ¿por favor?*

— *¡¡¡Canelaaaa!!! ¡¡¡Te llama tu primo!!!*

— *Tía Lu, no grites...*

— *Ay es que, está haciendo un viento aquí, mijo. Y anoche cayó un palo de agua y me desordenó la terraza y de paso, contesté en el cuarto...*

— *Ah, ok. Está bien. Bueno, yo espero.*

— *Dale hijo mío. Ay tan bello, tú Carlos. Como siempre, igual a tu madre. Ella es una hermosura de mujer, debes cuidarla mucho. Y a tu hermana también. Ella debe estar grande, ¿verdad?*

— Sí, tía. Faustina está grandísima. ¿Ya viene Canela?

— ¡CANELITAAA! ¡APÚRATE NIÑA, QUE CARLOS NO ES MILLONARIO!

— Dios mío...

— *Allá viene. Parece camello. ¡Canela, te vas a dar un golpe con las escaleras!*

— ¿Quién es?

— Carlos.

— ¿Sí? ¡Qué raro!

— ¿Canela?

— *Nooo, soy tu tía Lu. Bueno mijo... Dios me lo...*

— ¿Bendición?

— *...bendiga y me lo favorezca. La playa está re buena. Deberías venir a bañarte aquí. Debes estar blanco como el talco. Ay Dios, debes tener la piel igualita a tu madre. Saludos a Manuel. Y si ves a tu tío Josué... envíale un abrazo.*

— Dale tía, Lu. ¿Y a tía Nereida también le envío un abrazo de tu parte?

— *Sí, dale. Ok. Besitos.*

— Por Dios del cielo.

— ¿Carlos?

— ¡Canela! Canela. Dios mío, Cani... ¿Cómo aguantas a Tía Lu?

— *¿Por qué lo dices? Si ella es un encanto...*

— Ajá...

— ¿Carlos? ¿Me escuchas?

— Síiii, te escucho. ¿Cómo estás?

— *Bien.*

— ¿Descansando mucho?

— *Si supieras que no. La lluvia dejó la terraza vuelta un chiquero. Y la estoy acomodando. Porque ahora viene un Plan Vacacional para almorzar aquí y también hay huéspedes que cenarán y eso...*

— ¿Sí? ¿Mucha gente quedándose en la posada?

— *No mucha, la verdad.*

(Silencio)

— ¿Carlos?

— ¿Alguien que yo conozca?

— *Bffff, sí. Aquí se hospeda el administrador de papi.*

(Otro silencio)

— *¿Carlos?*

— *Se llama Romer Aragón, Canela. ¿Él está allí?*

— *No. Dijo que en la mañana se iría a trabajar.*

(Más silencio)

— *Dijo que tenía que reunirse no sé con quién, la verdad. ¿Estabas llamando para hablar con él?*

— *No...*

— *Ah... Bueno, sí. Llegó anoche. ¿No lo sabías?*

— *No... Bueno, sí. Obvio que lo sabía.*

— *Mmmm, ok. Bueno, normal.*

— *Claro... Muy normal.*

(Silencio)

— *¿Canela?*

— *¿Siiii?*

— *¿Te dijo Romer cuánto tiempo se quedará en Pampatar?*

— *Firmó para tres semanas.*

— *Ya... Sí, ya lo sabía.*

— *Entonces, ¿por qué me lo preguntas si ya lo sabías?*

— *Para saber si él te lo dijo.*

— *Él no me lo dijo. Lo vi en la ficha de huéspedes.*

— *¿Revisaste la ficha de huéspedes solo para ver cuánto tiempo se quedará?*

— *¿Qué?! No. Trabajo aquí, ¿Lo olvidaste?*

(Otro silencio)

— *¿Pasa algo malo, Carlos?*

— *¿Y por qué él no se quedó en un hotel?*

— *No sé. ¿Qué voy a saber yo? Él me dijo que papi le recomendó este lugar y le pidió que se quedara aquí.*

— *¿Qué tío...? Ya va. ¿Tío le dijo eso a Romer?*

— *Sí.*

— *Mmmm.*

— *¿Mmmm, qué?*

— *Nada.*

— *Carlos...*

— *No me gusta.*

(Más silencio)

(Ningún ruido)

— *¿Qué pasa Primo?*

(Suspiro)

— Me tengo que ir a una reunión. Debo llamar a Romer para informarle de que iremos a esa reunión, porque es prácticamente la misma gente con la que él se reúne, en este momento.

— *Ah, ya. Entiendo... ¿Le dejo un recado?*

— No.

— *Ok... ¿Carlos?*

— *¿Qué?*

— *¿Para qué me llamaste, concretamente?*

— Para saludarte.

— *Ya. "Hola Canela. ¿Cómo te ha ido? ¿Te gusta estar trabajando allí? Ah, me alegro mucho. ¿Empezaste a estudiar? ¿Ya comiste? ¿Duermes bien?"*.

— Canela...

— *¿Qué es lo que no te gusta? ¿No te gusta la idea de que tu amigo se quede aquí? ¿Conmigo? ¿En la misma posada?*

(Silencio)

— *¿Te comió la lengua los ratones?*

— Me tengo que ir, prima.

— *Sí, ve a trabajar. ¡Que te vaya bien!*

— Pórtate bien, Canela.

— *Siempre lo hago.*

— Sí, como no...

— *Chao, pesado.*

— Chao, bella.

Aragón escuchó la melodía de la canción *Respect*⁵² de *Aretha Franklin*⁵³ a través de la puerta de la habitación de Canela. La señora Lucía le había pedido que la llamara para que fuese ella, quien le ayudara a servir la cena. Llamó varias veces, pero la chica no contestó. Revisó el picaporte dándose

cuenta de que estaba sin tranca. Así que, entró.

Canela no se encontraba por ninguna parte. Mientras sonreía y movía la cabeza al son de la canción, escuchó entre las notas, el agua caer de la ducha. Poco a poco se fue acercando hasta la puerta del tocador y puso la oreja en la madera blanca. Canela se estaba bañando. Sonrió nuevamente. Colocó un codo sobre el otro brazo y cubrió su boca con la mano pensando en la situación. Tarareó la canción la cual le encantaba y escuchó a Canela cantarla desde la ducha. Se rio más abiertamente. Se quedó de pie sin hacer el menor ruido, aunque confiaba en que la chica no pudiera escuchar nada con las tonadas tan altas. Así que decidió quedarse cantando con solo mover la boca, recostado a la pared.

Cuando la canción terminó, aprovechó para tocar la puerta pero, otra melodía comenzó a sonar. La canción de *I Never Loved a Man the Way I Love You*⁵⁴ de la misma Aretha Franklin, sonaba por los parlantes. Tocó otra vez más, pero ella no respondió. Él arrugó las cejas y se mordió los labios, mirando la cerradura.

— ¿Canela?

Romer abrió la puerta y asomó la cabeza, divisando la silueta de la joven a través de la cortina celeste del baño. Olía a jabón y hacía calor. Parecía que la chica se estaba duchando con agua caliente. Pero no había tanto vapor como debería. Así que, sus ojos muy bien podían verlo todo.

— *My Friends Keep telling me, that you ain't no good...*

Romer escuchó el canto de Canela nuevamente y ahora más cerca. Cantaba bonito y lo hizo mantener la sonrisa. No quería interrumpirla. Era obvio que ni siquiera debía estar allí. Pero no pudo evitar quedarse un rato mirando aquella silueta moviéndose al compás de la canción, y parecía que ella se estaba aclarando el jabón. Sus brazos la recorrían dándole a entender aquello. Tenía que salir de allí antes de que se diera cuenta. Pero al momento de retirarse, la puerta hizo un chirrido...

— ¡Mierda! — susurró.

— ¿Quién está allí? ¿Tía?

Los ojos de Romer se abrieron desmesurados y se quedó congelado en el umbral de la puerta:

— Este... no.

Rápidamente, la chica se arrinconó a un lado de la pared y agarró con fuerza la cortina, asomando la cabeza:

— ¡Pero bueno...!

— Disculpa, de verdad— Aragón enseñó las palmas en señal de espera. — En serio, no quise molestarte. La señora Lucía me mandó a llamarte para que la ayudaras con la cena, y pensé que estabas en tu cuarto y como escuché la música...

— ¡¿Qué coño haces aquí?! ¿No sabes que si escuchas el agua en un baño, es porque alguien se está bañando? Este es un baño ocupado. ¡Baño ocupado!

Romer bajó la cabeza pero la miraba de reojo mientras le hablaba:

— Lo siento, solo me quedé escuchando la música— parecería de verdad afligido si no fuese por risa pícara.

— Sí, sí. Es un CD que tiene muy buenas canciones, etc. Si quieres, te lo presto más tarde pero... ¡¡¡¿Te puedes ir ya?!!!

Romer subió la mirada hasta el rostro de Canela. Vio el cabello mojado, goteando sin parar y quiso ver más. Solo un poquito más:

— Tranquila. Tu tía está abajo esperándote.

— Dile que ya bajo.

Canela se quedó estática esperando ver cómo Romer se alejaba. Debía asegurarse que saliera del baño antes de seguir quitándose el jabón.

El suspiro de Romer no llegó a oídos de Canela. Quien, luego de que éste saliera, quedó asombrada y muy extrañada por la invasión de su privacidad. Por un momento, no le gustó absolutamente nada aquello. Murmuró algunas palabras como: Pasado, loco, ¡depravado! Pero no quiso pensar mucho en eso. Ya le había arruinado el momento de paz que tenía en la ducha...

Al cabo de veinte minutos, bajó molesta hasta la cocina para encontrarse con una escena aún más extraña.

— Niña, tú si te tardas bañándote. El agua es oro, ya te lo he dicho— dijo Lucía.

— Hola Canela— saludó Romer con una sonrisita odiosa.

— El muchacho es todo un cocinero. Nos ayudó a hacer las arepas— dijo Macario.

Canela estaba tiesa como una roca antigua.

— Pero quita esa cara, mi niña— dijo su tía. —Ayúdame a preparar la mesa.

Canela miraba a Romer rellenar las arepas con carne mechada y queso, asombrada como nunca de verlo en esa tesitura. Sonrió desconcertada, y accedió a moverse para colocar los tapetes, cubiertos y vasos en la mesa de la terraza.

— Mmm, están demasiado buenas...— dijo Lu, opinando sobre las succulentas arepas que se devoraban todos en la terraza de la posada — ¿Verdad, sobrina?

— Sí. La verdad es que sí— dijo moviendo las cejas, afirmándolo.

Romer sonreía, mirándola.

— ¿Quién te enseñó a prepararlas? — preguntó Lu.

— Mi madre. Solía cocinar con ella cuando vivíamos juntos.

— ¿Sí? ¿Y ella ya no vive contigo?

Él negó con la cabeza y se limpió la boca con una servilleta de tela:

— No. Ella vive en Mérida.

— Wow. Mérida. ¡Qué bello! Tengo años que no voy por allá— dijo la tía de Canela.

— Sí, es bastante hermoso— agregó él.

— ¿Eres de allá? — preguntó Lu.

— No. Soy de Maracaibo. Y mamá es de San Cristóbal.

— ¿Ah, sí? Yo tengo familia allí— dijo el viejo Macario.

Romer sonrió.

— Voy por más jugo— informó Canela, levantándose un poco extrañada por todo.

— Niña, trae un vinito tinto de la neverita, por favor— pidió Lu.

— Ok, tía.

Romer la siguió con la mirada mientras entraba a la posada. Canela quería relajarse, pero no podía. La situación en el baño, aunado al simple hecho de tener a ese hombre sentado en la mesa, compartiendo con su tía y el ayudante, no era algo que la hiciera sentir demasiado agradable. Pero ella sabía que no debían existir inconvenientes de ningún tipo. Cualquier cosa negativa que pasara con Aragón, ella podría notificárselo a Lucía sin problemas, o quizás, en algún caso extremo, hablaría con su padre. Sintió deseos de protegerse, pero ¿Qué podría hacerle Aragón? Se disculpó con ella cuando entró al cuarto. Pero claro, aquello tenía que aclararse pronto.

— Bueno, yo me retiro. Quedé full— dijo Macario, levantándose con dificultad.

— Estás viejo ya, Macario. Déjame ayudarte— propuso Lu.

— ¡Que no! Yo puedo solo.

Ambas mujeres pusieron los ojos en blanco por la terquedad del hombre.

— Ya es hora de que te jubiles— dijo Lucía.

Romer reía por la situación.

— ¿Jubilación? ¡Claro que no, mujer! Yo estoy como una copa de cristal.

— Sí, pero a punto de romperse— afirmó la tía de Canela, haciendo reír a los jóvenes. —Ya te ayudo yo a subir las escaleras. ¡Vamos!

— Que yo puedo solo...

Romer negó con la cabeza, sonriendo mientras los veía retirarse y los escuchaba pelearse a lo lejos. Cuando volteó para mirar a Canela, ésta lo observaba con los ojos entrecerrados y muy serios.

— ¿Qué sucede? — preguntó él.

— ¡¿Qué sucede?! ¿Qué hacías en mi cuarto y en mi baño?

Él suspiró y recostó su espalda a la silla:

— Lo siento, Canela. No quise importunar.

— ¡Jm! Como sea, no me gusta que penetren mi privacidad.

Aragón alzó una ceja. Sonrió después de regodearse con las palabras de la chica. Canela suspiró cansada y comenzó a llevar los trastos a la cocina. Romer la ayudó, siguiéndola en silencio de la terraza hacia el interior, y viceversa. Cuando ya todo estaba recogido, ella procedió a quitar los cojines de las sillas y de las tumbonas.

— Espera, Canela.

La chica sintió un cosquilleo recorrerle todo el brazo cuando Aragón se lo tocó.

— Déjame disculparme, por favor. No suelo penetrar la privacidad de nadie, a menos que me lo pidan, claro está.

Romer enfatizó la frase, y se acercó un poco más a ella, sin retirar su mano. Canela alzó la mirada, encontrándose con los ojos negros y penetrantes del muchacho. Quedó lívida. Por un momento, sintió la necesidad de mirarle los labios, la frente, las pestañas... Él era hermoso, muy apuesto. Y en ese instante, lo tenía tan cerca:

— Dime la verdad... ¿Qué viniste a hacer a la posada de mi tía? ¿Es verdad que papá te lo ordenó?

Él suspiró, contemplándola. Tenía muchas ganas de besarla, como no lo había sentido nunca. Tragó grueso.

— Sabes que sí. Ya te lo dije. Tú me quieres preguntar es otra cosa, y puedo responderte con la mayor sinceridad que necesites.

Los latidos del corazón de Canela se aceleraron un poco:

— ¿Por qué entraste a mi ducha?

Él hizo una pequeña pausa y poco a poco, jaló un poco a Canela para sí

mismo:

— No pude evitar mirarte mientras te bañabas.

Ahora quien tragaba grueso, era ella.

— Estoy segura de que no viste mucho.

— Lamentablemente.

Ella negó con la cabeza cerrando sus ojos. Al abrirlos, tenía los de él mucho más cerca que antes, y esa boca allí, a un solo paso de la suya:

— Eso no está bien, Romer.

— Lo sé. Pero no lo pude evitar.

Ella mordió su labio inferior y negó. Romer sin controlarse, tomó ese labio tierno con sus dedos para regresarlo a su sitio y disfrutó verlo rebotar.

— No quise molestarte— dijo él. —La verdad, es que nunca quiero molestarte— hizo una pausa. —Solo... déjame...

— ¿Qué?

Él acercó sus labios a los de ella:

— Solo quiero...

— Tienes rojo el ojo izquierdo.

— ¿Ah?

A punto de que sus labios se tocaran, Canela notó algo en la esquina del ojo izquierdo de Romer.

— Tienes irritado el ojo. ¿Te cayó champú?

Ella procedió a tocarle la comisura del párpado. Él pestañó alejándose un poco y restregándose la zona.

— No es nada.

— Debes echarte algo en ese ojo. El viento de aquí te lo puede empeorar.

Ella se alejó para buscar dentro de la posada, algunas gotas o algún ungüento de los que se usan para la conjuntivitis. Romer dejó caer los brazos y se alejó hasta la baranda de la terraza, posicionando su cuerpo en contra de los tubos. Suspiró y estiró su cuerpo sosteniéndose con las manos. Lamentó que el maldito ojo estuviese rojo. Pero, claro. ¿Cómo no iba a estar rojo después de lo que había hecho en el baño de su habitación antes de la cena? Maldijo por lo bajo.

— Aquí tengo unas gotas que te ayudarán a aclarar ese rojo. Déjame echártelas.

— No. Yo lo hago— Aragón parecía molesto.

Canela se encogió de hombros y le pasó las gotas.

— Ya está. Gracias— dijo él, luego de aplicarse el medicamento.

— Quédatelas. Quizás tengas que echártelas por la mañana. ¿Qué pensarán las personas de tu trabajo cuando te vean con ese ojo rojo? Van a pensar que estabas bebiendo o algo por el estilo— dijo riendo.

Aragón se quedó estático, sin ninguna expresión descifrable. Y mirándola fijamente. Solo podía hablar:

— Voy a acostarme. Gracias por la cena.

— Gracias a ti— le dijo ella. —Tú la estás pagando. Además, tú cocinaste.

Él asintió rápidamente y de la misma forma, se metió en la posada. Subió las escaleras y entró en su habitación. Luego de cerrar la puerta, quedó de pie y miró hacia el baño, muy serio. Entró apurado y se quedó nuevamente de pie frente al espejo. Miró la encimera de cerámica y vio alguna de sus cosas regadas allí. Pasó la lengua por sus labios con ansias de darse unos cuantos toques más. Esos responsables del maldito enrojecimiento de su ojo, lo que le impidió que Canela y él, pudieran besarse.

Cerró los ojos y los apretó fuertemente. Metió la mano en su bolsillo y sacó el frasquito de plástico que le había dado ella. Agarró su ojo y se echó otra gota. Orinó, se lavó las manos y salió de allí despavorido, huyendo de los utensilios que guardaban aquello que tanto le gustaba, pero que le alejaron de los labios más hermosos que había visto antes.

Maldijo. Sabía que no lograría dormir tan fácilmente producto del pase que se había dado antes de la cena. ¡No importaba! Quizás recordar lo que no había logrado esa noche, le haría conciliar el sueño. Mientras sentía en su nariz el olor del jabón, escuchaba la melodía de Aretha Franklin en su cabeza y sus ojos dibujaban la silueta de aquella jovencita con piel de canela, mojándose bajo la ducha.

De esa manera calmó sus ansiedades, y logró dormir.

Capítulo 14

Aragón se concentró los siguientes días en el trabajo y Canela hacía lo mismo en la posada. Habían llegado otros huéspedes. Una pareja con dos niños pequeños, uno de cinco años y otro de seis, a quienes su tía Lu y ella misma, debían atender todas las tardes.

Mientras que Romer llegaba en las noches y se iba a la cama a dormir, Canela solo conseguía entablar algunos saludos corteses con él y verlo comer de prisa. Incluso, muchas veces él anunciaba que ya había cenado con otras personas y las cenas que de alguna forma ella esperaba que sucedieran, no se dieron. En alguna oportunidad, Macario y Lu la descubrían mirándolo de reojo. Eso a ellos les divertía, porque era obvio para ambos, que aquellos dos se gustaban.

El final de noviembre había llegado. La pareja huésped de la posada, se bañaba en la playa con sus hijos y Lu había salido con Macario para realizar unas diligencias. Canela se quedó arreglando las cortinas y quitando el polvo. A ella le encantaba colaborar en todo, entretenerse era más divertido que la acción en sí misma. Ocupar su cabeza en los quehaceres resultaba beneficioso. Se sentía útil y la serenidad de aquel lugar completaba el cuadro perfecto para sonreír mientras trabajaba.

Canela recordaba a esas horas del día, el dinero que su tía le pagó por adelantado pensando que lo destinaría a la inscripción de la universidad. Ya lo había decidido. Estudiaría Hotelería y Turismo y se graduaría en tan solo, dos años. Y si sacaba buenas notas, estaba segura de que en menos tiempo ya tendría todas sus materias pasadas y la graduación estaría más cerca de lo posible. Canela sentía que su vida tomaba un rumbo mucho más certero.

Yendo de habitación en habitación, pensaba en su madre y las conversaciones que tenían por larga distancia y algunas noches también, con su gran amiga Alma. Al mismo tiempo, no podía dejar de lado la tristeza en la voz de su padre cuando hablaba con él. Ella sabía que Josué estaba sufriendo por Nereida. Pero Canela no quería meterse en medio de aquella situación. Su

madre como siempre había exagerado, a pesar del atraco. Pero su tía Carmen no tomó aquellas medidas tan drásticas. Así que era muy fácil pensar que aquello fue una excusa que tomó su progenitora, para separarse. Un año en los Estados Unidos ayudaron a que Canela se perdiera muchos detalles de su familia. Intentó sacarle algo a Carlos sobre la relación de sus padres. Pero el primo se desvivía en sacarle información acerca de Romer y ella. «Qué idiota» pensaba Canela. «Si él supiera lo mucho que quiero que pase algo... Y nada pasa» se lamentaba.

Entre tanto movimiento, buscó una escalera pequeña que sacó del closet ubicado al pie de la escalera, y procedió a sacudir la parte superior de las cortinas de otra habitación. Las ventanas, las paredes... todo debía estar extremadamente limpio. Se acercaban las fechas decembrinas y aquellos cuartos se llenarían de huéspedes de varias partes de Venezuela. La posada *Luna de Margarita* era muy humilde, pero muy conocida en Playa Varadero. Así que el asueto arrancararía con buen pie. O eso esperaban los encargados del lugar.

Con la escalera y utensilios de limpieza en mano, se detuvo frente a la habitación número 8 y al cabo de unos segundos, entró. Observó lo que había y dio un vistazo a las cosas de Romer. Automáticamente, suspiró pensando en él. Sacudió la cabeza para despistar aquello que su cabeza estaba maquinando, y procedió a sacudir las cortinas, montada en la escalerita.

Aragón se estacionó frente a la posada con su carro de alquiler y subió directamente a la otra planta, al no ver a nadie en la sala de estar. Cuando entró a su habitación, no esperó ver a Canela concentrada en la limpieza y menos, verla así vestida como estaba y muchísimo menos, cantando por lo bajo lo que parecía ser una gaita zuliana. Observó cómo le quedaba aquel short rosado ajustado alrededor de sus esbeltas piernas doradas, y cómo le cubría ese trasero paradito, uno de corazón que se bamboleaba al son de la canción que ella misma entonaba. Para más colmo, llevaba puesta una blusa de mangas cortas que llegaba apenas, al límite del short. ¿Cómo era que Lu la dejaba trabajar en esas fachas? Hermosas fachas, pensaba él. Entonces, sonrió. No lo pudo evitar:

— ¿Qué canción estás cantando?

— ¡¡Ah!!!

¡Susto! Su cuerpo comenzó a tambalear y un pie traicionero se salió del peldaño. Canela se resbaló...

— ¡¡¡Cuidado!!!

Canela soltó el cepillo y con ambas manos, se arreguindó a las cortinas para evitar caer a esa altura. Romer corrió para sostenerla, pero la fina tela de la cortina no aguantaría por mucho tiempo. Se hizo una brecha...

— ¡Ay, mierda! — exclamó ella.

La cortina se rasgó por completo y ambos fueron a parar al suelo, junto con el telar cayendo lentamente alrededor de los dos.

— ¡¡¡Shit!!! — gritó ella.

Cuando la caída se detuvo, la tela siguió cayendo, cubriéndolos. Aragón solo pudo abrazarla hasta lograr estabilidad sobre su espalda. Canela había caído justo encima de él y con sus brazos, intentaba retirar el montón de tela y entre más se movía, más se enredaba. Él procedió a ayudar, pero alguno de los dos debía detenerse o sino quedarían atrapados...

— ¡Quédate quieta, yo lo hago!

— Pero es que... ¡esta jodida tela es imposible!

— ¡¡¡Quédate quieta!!!

Como artista de circo, Romer logró descubrirse la cara y vio cómo ella intentaba mirar hacia todos lados, a través de la cortina. El carraspeo de garganta para evitar reírse, alertó a Canela.

— ¿Te estás riendo? ¡¡¡Ayúdame!!!

La risa se le escapó al joven sin poderla contener por más tiempo.

— ¡Es que, te vez demasiado cómica!

— ¡Esto es ridículo! No encuentro el borde de la tela...

— Aquí está, aquí está— le descubrió la cara. — ¿Estás bien? Ya puedes respirar.

Él siguió riendo mientras ella tomaba una gran bocanada de aire. Aquello, la hizo estornudar. Romer volvió a reírse a carcajadas.

— ¡Y de paso, aún tienen polvo! — exclamó Canela con la cara roja de la vergüenza. — ¡No te burles! Es decir... me caí. Eso le pasa a cualquiera.

Romer dejó caer su cabeza en el suelo temblando de la risa, hasta que Canela se unió dejándose llevar. Entre el meollo en el que estaba metida, la caída y Romer riendo, solo quería que la tragara la tierra.

— No te rías— gimió cómo pudo entre carcajadas penosas.

— Es que te asustaste...— él no paraba de reír. —Y luego te enredaste con la cortina...

— ¡Tú también te enredaste! — dijo, dándole un ligero golpe en el pecho.

— ¡Auch! — se encogió fingiendo dolor, haciendo reír aún más a la chica.

Él intentó calmarse. Colocó casi por inercia, sus brazos alrededor de la

cintura de Canela. Pestañó para ponerse serio y carraspeó con la garganta:

— ¿Estás bien? ¿Te hiciste daño? — la pregunta vino acompañada de un ligera sobada por la espalda y los brazos.

— No. Pero...— ella giró su cabeza hacia el techo. —La cortina se rompió. ¡Mierda! Tía va a matarme.

Entonces, Canela arrugó sus labios y cubriéndose la cara, comenzó a reírse nuevamente. Romer la acompañó, mientras tocaba los hombros de Cani y deslizaba las manos por la espalda. Ella dejó caer su frente en el pecho masculino y negó con énfasis.

— No te preocupes. Le diré a la señora Lucía que fui yo.

Ella lo miró rápidamente:

— ¿Harías eso? ¿Por qué?

— Porque vi un animalito montado en la cortina y quise matarlo. Y cuando intenté hacerlo, me rodé con la tela y caí de bruces.

Ella se quedó muy quieta y poco a poco, fue regalándole una sonrisa muy genuina:

— ¿Un animalito?

— Sí. Y de seguro el señor Macario se moriría de risa con ese chiste.

Canela puso las palmas en el suelo. Una a cada lado del torso de Aragón, y miró sus ojos:

— Debemos levantarnos— dijo ella.

— ¿Por qué?

— Creo que debemos preparar el chiste en tierra firme.

Él sonrió y negó con la cabeza:

— Nunca había estado tan en tierra firme, como ahora.

Canela absorbió sus palabras dejando de sonreír. Sus ojos tomaron un brillo particular. Las manos se arrastraron por el suelo acercándose más a él, y sintió como Romer colocaba las suyas alrededor de su cara.

— Eres hermosa, Canela. Demasiado bella— él tocó sus mejillas, haciendo que ella cerrara los ojos. —Has crecido, eres toda una mujer.

Ella tragó grueso antes de hablar:

— Romer... Tú eres...

— Sí, yo sé. Trabajo para tu padre— él logró apartarla y erguirse un poco.

— No... es decir, sí. Bueno, es que... Solo te conozco desde hace muy poco tiempo.

Él relajó su cuerpo con un suspiro y la ayudó a levantarse del todo. Ambos miraron las cortinas, pero las risas pletóricas ya no se encontraban por ningún

lado. Sin embargo, Canela arrugó los labios en una mueca de alegría, pero no podía imitar jamás la sonrisa de medio lado de Aragón.

— Debo arreglar todo esto. Buscaré otra cortina para que en la noche no te entre tanta luz.

— No te preocupes por eso. Siempre duermo con algo de claridad.

Ella asintió. Se hizo un silencio incómodo.

— ¿Sabes qué? — él se acercó a ella. —Déjame invitarte a salir. Así te despejas. Comemos fuera y al mismo tiempo, me enseñas la ciudad.

Ella frunció las cejas y los labios, pero estaba contenta:

— ¿Seguro? Tampoco es que conozca mucho Pampatar.

— Más que yo, sí. Estoy seguro. Igual, podemos conocerla juntos.

Ella se lo quedó mirando por un momento con la comisura de sus labios arrugados a un lado de la cara. Se mordió un carrillo, lo pensó detenidamente. ¡Qué va! Estaba loca por decir que sí. Chasqueó con la lengua:

— Está bien. Vamos. ¿Te parece bien a las seis?

Él sonrió pletórico:

— A las seis te espero abajo.

Romer y Canela se dirigieron a un restaurante de comida rápida, que quedaba entre la Avenida Aldonza Manrique y la Avenida Bolívar. Ambos estaban hambrientos y se pusieron de acuerdo en no querer esperar demasiado por un plato de comida. Así que, ubicaron una mesa al fondo del restaurant, y comenzaron a engullir unas succulentas hamburguesas de carne, con papas fritas y refresco.

Canela le contó sobre sus deseos de estudiar Hotelería y Turismo en la isla. Gracias a los contactos de su tía, se inscribiría en enero y sin exámenes previos, lograría empezar las clases lo más pronto posible. Aragón le contó cómo comenzó a trabajar con Josué Mendoza. Canela estaba asombrada por la sencillez que él demostraba. Escuchando las historias de Mérida cuando vendía fresas para el jefe de su madre... le era imposible imaginarlo en ese trabajo. Ella había visto muy poco de él. Pero sabía que poseía bienes, que le

gustaban las cosas buenas y que daba la talla siendo el administrador de Lácteos del Lago. Ahora, mirándolo mientras le contaba retazos de su vida, entendía que Romer no era un adulto arrogante o demasiado señorial. Sino que se trataba de un joven igual que ella, con sueños y aspiraciones como cualquier muchacho de su edad:

— ¿Y eres solo tu mamá y tú? — preguntó ella.

— Básicamente. También tengo una medio hermana.

— ¿Sí? ¿De parte de madre o de padre?

Él sonrió:

— De ninguno de los dos— tomó un poco de refresco. —Ella se crió conmigo.

Canela masticó un trozo de hamburguesa y tragó rápidamente:

— Y ¿cómo fue eso?

— Bueno...— Aragón suspiró. —Ella llegó siendo una niña...bueno, no tan demasiado niña, a la hacienda donde vivíamos. Y desde ese entonces, se quedó con nosotros.

— ¿En serio? Pero, ¿y sus padres?

— Nunca supimos de ellos. Mi madre siempre sospechó de una señora en Mérida. Que quizás podría ser su mamá. Pero, no importaba. Por lo menos a mi madre no le importaba. Dina necesitaba que la cuidaran, y terminamos adaptándonos.

Canela asintió bien atenta, absorbiendo refresco por su pitillo:

— Dina. ¿Así se llama? Es un lindo nombre.

Él se encogió de hombros:

— Normal. Tampoco es para tanto.

Romer bajó la cabeza para engullir algunas papas. Canela lo observó con los ojos entrecerrados:

— Ella no te gusta.

— ¿Cómo?

— Quiero decir... que ella no te cae bien.

Romer la miró. Su engranaje funcionaba pero no sabía muy bien qué decir.

— ¿La quieres?

— ¿Qué?

— A ella. A Dina. ¿La quieres?

Él esperó para contestar:

— Sí. Bueno, ha estado conmigo casi toda mi vida.

— ¿Aún vive con tu mamá?

Él negó con la cabeza. Canela entendió que por algún motivo, él no quería seguir hablando de eso. Sin embargo, él agregó:

— Vive en mi mismo edificio.

Ella alzó las cejas comprendiendo, y asintió.

— Cuéntame de Nueva York— dijo él para cambiar de tema.

Canela rio de forma irónica:

— No hay mucho que contar. Fui a estudiar inglés allí y conocí a mi mejor amiga.

— Cuéntame...

Canela se puso seria.

— De tu amiga— completó Aragón.

Ella suspiró con una sonrisa en los labios:

— Pues, Alma es increíble. Es mayor que yo. Creo que tiene tu edad, o algo así... ¡No! No, ella es mayor que tú.

— Oye, no soy tan mayor.

— No, es verdad— ella se rio. —La verdad es que no lo eres, cierto— siguió sonriendo.

— ¿Es nativa, de los Estados Unidos?

— Nop. Es mexicana— respondió Canela. —Es una rubia despampanante con un temperamento increíble.

Ambos se rieron.

— De seguro debe ser una excelente persona si se hizo tu mejor amiga.

Canela lo miró con una sonrisa y su cara tomó un color rojizo:

— Gracias por pensar así.

— ¿Y no la extrañas? Como no quieres volver más a Nueva York...

Canela cambió la sonrisa por seriedad:

— Bueno... hay lugares de los que uno se cansa.

Él asintió lentamente y dejó el tema como estaba. Sintió su teléfono vibrar y vio que se trataba de Carlos.

— Es tu primo. Debo contestar, de seguro es algo del trabajo. Permiso...

— Claro.

Cuando Romer se levantó de su asiento, Canela puso cara de circunstancias. Imaginó la cara de Carlos cuando se enterara de que estaban juntos, cenando, en algún lugar de la ciudad, solos. Así que sonrió para luego reír intermitentemente. Le fascinaría verle la cara a su primo. Esperó que Aragón terminara la llamada mientras seguía acabando su comida y bebiendo de su refresco. Viendo la gente entrar y salir del lugar, y dándose cuenta de que

su plato estaba ya vacío y casi no quedaban siquiera hielos en el vaso, Canela se extrañó de lo larga que estaba resultando ser la llamada.

— ¿Estás listas? Ya pagué la cuenta.

Ella alzó la cara para mirarlo, sorprendida.

— Sí, ya podemos irnos— respondió.

Se levantó y salieron rumbo a la posada. En el camino, Romer iba callado. Demasiado para el gusto de Canela.

— ¿Pasó algo malo en el trabajo?

Él negó con la cabeza, haciendo una mueca con la boca para que no le diera importancia.

— No. Es que Carlos a veces se pone algo pesado.

— Totalmente cierto— Canela se dejó caer en el asiento. —Demasiado pesado.

Él carraspeó con la garganta:

— Canela, ¿Carlos viajó en una oportunidad a Nueva York para visitarte?

Ella ladeó la cabeza con sorpresa y poder mirarlo mientras él manejaba:

— Sí. Claro. En sus vacaciones pasadas.

Romer asintió lentamente con el ceño fruncido. Cuando llegaron a la posada, ella le pidió que estacionara por el lado de la playa. Él accedió, aún con la llamada de Carlos en su cabeza. No se había dado cuenta de las intenciones de Canela.

— Quiero nadar un poco. La piscina está en mantenimiento y me provoca darme un chapuzón.

— ¿Cómo? ¿Qué?

— ¡Nave en la tierra llamando a Aragón, Nave en la tierra llamando...! Has estado súper distraído en todo el camino. De verdad, dime. ¿Pasó algo malo con Carlos?

— No, hey... Disculpa. No me siento muy bien. Voy a recostarme un rato, ¿no hay problema?

Él apagó el carro y ella se quedó quieta, mirándolo:

— Sí. Es decir, no hay problema. Yo iré a bañarme un rato, como te había dicho.

Él asintió:

— Me encantó comer contigo, Canela. Eres muy agradable.

Ella intentó no demostrar la decepción en su cara de que la noche se terminara tan deprisa. Le agradeció por la invitación mientras se bajaban del vehículo. De esa forma, él subió hasta su habitación, y Canela se quedó en la

terraza, sentada bufando en una tumbona, aburrida y pensando en lo extraño que resultó el final de la cita. De pronto, vio como Macario atravesaba la sala:

— Macario... ¿Crees que es bueno que me bañe ahorita en la playa?

— ¿Qué? Canelita, estás loca si crees que puedes bañarte ahorita en esas aguas. Están picadas y es final de mes. ¡Es de mala suerte!

Ella arrugó la cara:

— ¡¿Qué dices?!

— Que sí, que te lo digo yo. Un día me bañé en la noche al final de un mes y terminé en un hospital con una neumonía de los mil demonios.

Canela rio. Macario estaba logrando despejar todas sus dudas y aburrimiento:

— ¿No será que te resfriaste por haberte bañado en la noche, Macario?

— Ya empiezas con tu humor carente de misticismo. Que estas aguas son poderosas. ¡Que no te enteras de nada! Ni tú y tu tía tampoco. Además, la piscina ya está lista.

— ¿Ya? Ahhh, pero yo pensaba que no.

— Pues, sí. Vete a dar unos nados en la piscinita. Te hará bien. Las luces de abajo están prendidas y el agua está tibiecita.

Canela dio unas palmadas de alegría y se dirigió corriendo al patio. Un rincón que para acceder a él, había que atravesar una puerta de vidrio que colindaba con la puerta de entrada y el lobby. Vio que era todo cierto. ¡La piscina estaba lista! Y la adoraba...

— ¡Perfecto! — dijo dando un saltico y corriendo escaleras arriba.

Romer estaba celoso. Y estaba seguro, demasiado seguro de que Carlos y Canela habían tenido algo en Nueva York. La forma en la que le habló en esa absurda llamada, exigiéndole que la dejara tranquila..."Yo sé de lo que hablo. Ella no la pasó bien en USA y ahora, no la pasará mal otra vez por tu culpa. Yo mismo lo vi cuando la fui a visitar".

Romer apretó los dientes, muy molesto. «Es su prima, por Dios del cielo» pensaba. Y de su cabeza comenzaban a surgir una serie de interrogantes que lo

desequilibraban. Para más inri, Carlos estaba decidido arruinarle la noche hablándole de Dina y sus locuras. Era preferible que le contara alguna mala noticia sobre el galpón, que traer a colación todos los males de su vida, en ese preciso momento. Y menos, estando muy bien acompañado.

Mientras se dirigía al baño para lograr despejar la mente, escuchó a través de la ventanita, un chapuzón de lo que parecía ser una alberca. Ciertamente, esta posada tiene una y le extrañó que estuviese abierta. La pequeña ventana estaba muy alta, casi pegada al techo. Se subió en el inodoro para asomarse y de reojo pudo ver a alguien nadando en ella. Acomodándose para divisar mejor, vio un vestido conocido arrojado encima de una tumbona. Entrecerró los ojos y separó los labios con una especie de sonrisa. Se bajó de allí y salió del baño.

Era Canela.

Romer caminó hasta al patio y pudo verla nadando de un extremo a otro en la piscina. Parecía que cargaba un traje de baño rojo, y se veía que nadaba muy bien. Parecía toda una experta dando brazadas y moviendo sus pies y su trasero... cambiando los estilos de nado. Él miró alrededor. No conocía esa parte de la posada. Vio que el lugar estaba un poco descuidado, pero permanecía limpio. Algunas paredes estaban cubiertas por plantas enredaderas y la iluminación era tenue y perfecta, para no molestar demasiado. Miró su reloj, eran las 8:00pm y le extrañó que ni Lucía y tampoco Macario, estuviesen dando guerra en la cocina. Los otros huéspedes tampoco se divisaban por allí; así que el silencio regalaba un momento de paz a aquellas horas. Recostó su cuerpo a una pared con los brazos cruzados, esperando que ella se diera cuenta que tenía compañía. No tardó mucho para que eso sucediera.

— ¡Mira! ¡La piscina está arreglada!— dijo ella, al sacar su cabeza del agua.

Él sonrió:

— Sí, ya me doy cuenta.

— ¿Te sientes mejor? — preguntó, acercándose a la orilla y colocando sus brazos sobre el borde de la pileta.

— Sí. Mucho mejor.

— ¿Quieres nadar?

El frunció sus labios:

— Más tarde.

Ella sonrió y se zambulló de nuevo en el agua. El hombre tomó la tela que

estaba sobre la tumbona, dándose cuenta de que no se trababa del vestido que cargaba puesto hace un rato. El color, el cual era exactamente igual, le había confundido. Rojo. Rojo borgoña, rojo intenso. Un color que podría o no pegar con la joven, pensó. Lo colocó en otra tumbona y se sentó. Buscó la toalla y la puso en su regazo, esperando que saliera para secarse.

— Uff, el agua está riquísima. Está tibia...— dijo con un gemido de satisfacción. —Deberías aprovecharla.

Él negó. Ella volvía a apoyarse en la orilla de la alberca.

—Bueno, conste que lo intenté. Ya he dado unas cuantas brazadas, ¿Qué hora es?

— 8:30.

Canela nadó hasta la escalera y se propuso a salir del agua.

La boca de Aragón se secó de inmediato. ¡Dios santísimo de todo el sacramento! Efectivamente, Canela cargaba puesto un bikini rojo, rojo, rojo... Le quedaba a la perfección y dejaba que la piel dorada se le viera traslúcida. Y la bendita iluminación le daba un aura de sirena peligrosa. Joven, bella, hermosa y peligrosa. Algunas bocanadas de aire se le escaparon de su boca, y tuvo que acomodarse los pantalones de inmediato.

— ¿Me pasas la toalla? — pidió ella.

Las uñas de los pies de Canela estaban pintadas de un rosado muy claro. Los tobillos eran gruesos y los muslos fuertes y delicados. Se percató de lo pequeño que era el bikini, bordeando su abdomen plano con un ombligo apetecible, cubierto de gotas por doquier. Subió más la mirada y contempló el tamaño de sus senos. No eran tan pequeños. Se veían pesados y rellenos. Apretó los dientes por el pensamiento que se le vino a la cabeza. Si tuviese algún poder, sería el mental. Definitivamente...

— Romer... la toalla.

Él se levantó y en vez de dársela, se posicionó detrás de ella y la cubrió con la tela:

— Debes tener frío— dijo él.

La joven comenzó a secarse y se apartó un poco, para buscar el pareo:

— No mucho. Esta zona está construida para mantenerse cálida. A menos que llueva, claro.

Cuando ella se agachó para tomar la tela, Aragón abrió la boca y decidió que definitivamente, esa noche no se bañaría en aguas tibias, sino frías. Canela se sentó en la tumbona donde estaba su ropa y procedió a secarse las piernas y el cabello. Él se colocó frente a ella en otra larga silla, con las piernas

abiertas y los codos en las rodillas. Así era mejor, más cómodo. ¡Sí señor! Necesitaba despejar su cuerpo y mente.

— Canela...

— ¿Mmm?

Él se inclinó hacia adelante:

— ¿Qué pasó en Nueva York?

Ella detuvo todo movimiento y se puso seria. Entrecerró los ojos y luego, inició de nuevo el proceso de secado:

— Carlos y tú son muy amigos, ¿verdad? — preguntó ella.

— Sí.

Ella se mordió los labios:

— ¿Qué te contó?

Romer negó con la cabeza lentamente, mirándola; comiéndosela con la mirada:

— Nada, en verdad... solo que fue de visita. Lo mismo que tú me contaste. Pero, me dijo que la pasaste mal allá. ¿Qué pasó?

Canela dejó todo lo que estaba haciendo y cambió la expresión:

— Estuve sola un año en una ciudad desconocida. Siempre estaba nerviosa y...— ella bajó la cara. —No tengo por qué decirte nada, la verdad. Dile a Carlos que te cuente, si son tan amigos.

Él analizó las palabras:

— ¿Te hicieron daño?

— Aragón, no quiero hablar de eso.

Él colocó sus manos hacia atrás sosteniéndose con la tumbona. Suspiró, se estiró y se resignó:

— Está bien. Pero puedes confiar en mí. Espero que lo hagas, ya que Carlos no me cuenta nada.

— La verdad...— ella exhaló. —Mira, él no va a contarte nada porque, primero: no tiene por qué hacerlo. Segundo, él cree saberlo todo y no sabe nada. Y tercero, es mi vida privada. Cosa que agradezco que tanto él como tú, dejen quieta.

Romer estaba sorprendido de ver cómo protegía tanto un secreto, de aquella forma tan celosa y bien cuidada. Algo malo había pasado, otra cosa que aseguraba. Y le rogaba a Dios que Carlos no tuviese nada que ver:

— No te molestaré con ese asunto. Te respeto y para mí eres alguien muy importante...

— Solo soy la hija del jefe, Romer— interrumpió.

— No solo eso Canela. Más allá de eso... tú me gustas.

Canela lo miró. Le sorprendió lo directo que fue aquella frase. Clavó su mirada en sus ojos y se dio cuenta que nadaba en aguas oscuras: aquellos pozos que tenía Aragón en su rostro. Y lo que sintió después, fue temerosamente divino. ¡No! Era mejor que no... Apartó la mirada:

— Debo acostarme, Romer. Estoy cansada.

Él asintió con un suspiro:

— Te acompaño.

Ambos caminaron uno al lado del otro, siguiéndose, mientras cerraban las puertas de vidrio y apagaban las luces de la piscina; mientras subían las escaleras y se posicionaban frente a la habitación de Canela.

— Bueno...— ella suspiró. —Gracias por traerme a casa, caballero.

Él sonrió con los labios pegados:

— De nada, señorita— le ofreció la mano. —Tregua. No quiero que existan molestias entre nosotros—. Ella tomó su mano, apretándola. —Por lo que veo, ambos tenemos cosas de las que preferimos hablar poco. Creo que eso es normal.

Ella asintió:

— Exactamente— pudo decir.

Romer no soltó su mano. En cambio, la acercó un poco hacia él. Muy lentamente:

— Duerme bien, Canela— apretó los labios en una línea fina.

— Igualmente, Romer— dijo, acercándose un poco más.

Él inclinó su rostro al de ella, a tan solo un respiro de su boca:

— Descansa Canela.

Ella tragó grueso para calmar su respiración:

— Duerme bien, Aragón.

Él miró sus labios, estaban allí, cercanos. Sus brazos se fueron solos, hasta rodearla:

— Canela...

Ella abrió la boca para tomar aire pero de forma súbita, los labios de Aragón chocaron con los de ella. Y el aire que tomaría se convirtió en explosión. Romer la sostuvo fuerte, acariciándola, saboreando su lengua, sus tiernos labios carnosos. ¡Un beso que comía y devoraba! Beso... Romer la estaba matando con aquel beso. Y Romer disfrutaba cada movimiento. El trasero firme y apetitoso, se mezcló con el deseo de aquellas manos varoniles que querían poseerlo. Ellos se besaron abiertamente, sin detenimientos, sin

interrupciones. Adiós todo el prejuicio insípido de quienes eran. La tela del pareo y la toalla que la cubrían, cayeron al suelo bordeando sus pies para cederle el trabajo a él de cubrirla con su fuerte, alto y cálido cuerpo. Se separaron por un instante para tomar aire y se miraron; con los ojos bien abiertos para no perderse nada. Y sin pensarlo dos veces, volvieron a besarse dejando correr todas las ganas que venían acumulando desde Maracaibo. El beso tomó fuerza y Romer la llevó hasta la madera de la puerta. Levantó una de sus piernas arrastrando la palma por toda su longitud, y Canela se sostuvo con el otro pie y una mano sobre el picaporte. El cual se giró.

El beso se rompió por un momento al escuchar el click de la cerradura. Sus respiraciones eran la constancia del nivel de deseo que les rodeaba:

— ¿Quieres que entre? — preguntó él con la voz acelerada.

Ella mordió sus labios y en respuesta, dijo:

— Sí.

Capítulo 15

Entraron aparatosamente, entre besos y caricias, si encender las luces. La claridad de las finas cortinas regalaba la suficiente luz que necesitaban. Él la giró nuevamente hasta cerrar la puerta y colocarla en contra de ella, para seguir saboreándola:

— ¿Estás segura, Canela?

Ella bajó los brazos y los cruzó detrás de su espalda. Como pudo, desató el nudo de la parte superior del bañador, respondiéndole. Procedió a sacárselo por la cabeza, contemplando la mirada alerta de Aragón. Y aquellos pechos hermosos y ligeros, emergieron como la luna cuando no la miras. De esa manera, Aragón se volvió loco, impaciente; colocando sus labios sobre aquellos pezones tan delicados, pero dispuestos a recibir placer. Ohhh, qué placer. Placer, placer, placer. Eso sentía él succionando como experto aquellos senos y eso sentía ella dejándose llevar. La dureza de la erección se restregaba queriendo mover el bikini por sí sola. De un salto, Romer la levantó haciendo que ella rodeara la cintura con sus piernas, llevándola a la cama.

¡Por fin!, una cama para descansar, para dormir, para hacer el amor....

Capítulo 16

Saciados... Sobre la cama, Canela se giró para mirarlo. Un rayo de luz se colaba por la ventana y dejaban ver la profundidad de los ojos de Aragón. Los brazos fuertes de él la cercaban mientras ondeaba su erección nuevamente despierta, contra las partes íntimas de ella, irritadas por lo que acababan de experimentar. Él la miró de vuelta y sobó sus mejillas sonrojadas por el éxtasis. Una sonrisa que mostraba su adoración por aquel sonrojo:

— Eres... demasiado hermosa. Lo que acabamos de hacer...— exhaló con placer. —Quiero que siempre estés segura, Canela.

— ¿Hablas de protección?

Él se rio por un instante porque obviamente, no hablaba de eso. Pero de inmediato, se puso serio y abrió los ojos de par en par:

— Mierda...

Ahora la que reía, era ella:

— Tranquilo, me cuido— se puso encima de él y movió sus caderas seductoramente. —De todas formas, en algún lugar de mi bolso debe haber un condón.

El asintió. Chica precavida, a pesar de que acaban de tener sexo sin pensar en eso. En parte le gustó que ella se cuidara. Pero por otra parte, recordó la conversación que había tenido con Carlos hace unas horas al teléfono. No importaba. Y menos sintiendo los besos de ella sobre su abdomen. Canela subió la cara y sonrió pletórica, transformando esa sonrisa en una mueca juguetona. Entonces, ella bajó de la cama y totalmente desnuda, caminó en dirección al closet. Romer se sentó pensando en la pregunta que haría, mirando su esbelto y hermosísimo cuerpo moviéndose como una tela suave al viento. No aguantó, así que se puso de pie y se acercó para rodearla con los brazos, besándole un hombro... inhalando el aroma a cloro de la pileta.

Canela buscaba algo y al cabo de unos segundos, lo encontró. Sacó un disco de música y lo colocó en el equipo de sonido. Romer sonrió por el saltito de alegría que ella dio. Se asomó por encima del hombro para leer las

palabras *Yordano*⁵⁵ estampadas en la cajetilla vacía. Canela amaba la música y aún más, el momento. Y tuvo miedo de que fuese inapropiada la canción. Quería transmitirle lo que sentía por estar allí con él. Agradecerle por haberle dado tanto placer, con tanto anhelo y cuidado... No había nada más que hacer, que ser sincera. Se giró para enfrentarlo:

— Romer yo...

— Shhh. No hables— Ella asintió, pero quería hacerlo.

— Gracias.

— ¿Por qué? — preguntó él, intrigado.

— Por lo que me has dado... y lo que me darás.

El corazón de Aragón rebotó y muy alto. Una sonrisa llena de buenas expectativas cruzó su rostro.

— Quería preguntarte... si puedo colocar una canción— preguntó ella apenada, bajando la cabeza.

Romer levantó su barbilla con un dedo:

— Mírame— Ella obedeció. —Coloca todas las canciones que quieras.

Ella sonrió mordiéndose la comisura de sus labios, haciendo que la erección de Aragón aumentara más, si eso era posible. Así que, se giró nuevamente y colocó el CD de Yordano, hasta ubicar la canción que quería escuchar. Y como si la noche no fuese más perfecta, *Aquel lugar secreto*⁵⁶ del cantante venezolano, comenzó a sonar a un volumen que los dos pudieran oír. Y para Romer aquella canción le hinchó las venas de vida; todos sus poros se abrieron y no pudo evitar besarla, lenta y profundamente, enterrando los dedos en su cabello mojado, apretando su cuerpo contra el suyo, y pasando las manos por todo el terreno de piel que encontraba.

Canela gimió de placer y dejó caer la cabeza hacia atrás, cuando ambos sin darse cuenta, se acercaban más a la cama. Romer arrastraba sus labios sobre la piel ardiente de Canela. Los Dioses tenían que estar de acuerdo con él... Canela era una creación perfecta de la naturaleza. Aquel monte de venus tan sutil, tenía que ser una deidad para un hombre. Y al saborearla con su lengua y oler la esencia de lo que estaba hecha, juró que podría quedarse allí para siempre. Divina, plena y solo para él. ¡Divina y hermosa! Sin perder tiempo, se irguió un poco y la penetró. Sus gemidos y siseos se mezclaron. Amasó sus senos mientras ella enterraba sus uñas en las cerdas de cabello de Aragón, uniendo las calientes palmas detrás de su nuca, presionando con cada embiste de su boca y de su cuerpo.

Sobre el colchón, Romer la besó. La cubrió de besos por todos lados. Bajó

hasta besar sus labios más íntimos, abriéndolos como una flor, como *la más hermosa flor*. Subió con los labios brillantes de placer y deseo y volvió a empujar dentro, muy dentro. Una y otra vez. Deteniéndose para calmarse, y luego dejando llevar su ímpetu hasta donde alcanzara. Canela cercó la cintura de Romer con sus piernas y el vaivén de las penetraciones, elevaron sus ganas arrastrándola a la gloria.

La noche, la luz tenue, el deseo con que él la poseía, los roncós gemidos de un hombre verdaderamente entregado, fueron el detonante que ella necesitaba para ver la luna, sentir el calor de los vientos, viajar por lo mejor que la vida podía darle. El amor, el sexo...

Romer la giraba, movía su miembro atravesándola con lujuria. El sudor barría por donde no existía espacio alguno, mojando la cama, dejando huella de lo que sentían. Ambos gemían cada vez más fuerte, mezclándose con la voz del cantante que se repetía sin detenerse.

Romer con fuerza, la llevó hasta sentarla mientras Canela se movía sobre su cuerpo, bamboleando las caderas al compás de las caricias y el agarre de los musculosos brazos. El ritmo aumentaba, desaceleraba. Mordiscos, lamidas, pinceladas de éxtasis... aumentaron las ganas cada vez más, con penetraciones más certeras.

Romer agarró con una mano un mechón de cabello sin presionar demasiado y mordió sus labios, arrastrando la boca por la barbilla y el cuello...

— Tan hermosa, tan bella... — se movía, ¡se movía mucho! —Déjate ir, Canela. Y llévame contigo...

Aquella petición la hizo curvarse hacia atrás con la boca abierta y su cuerpo comenzó a temblar. El orgasmo estaba siendo poderoso, enérgico. Y más enérgicas aún las embestidas de Aragón buscando su propio placer.

— Sí... Ssssss.... Ahhh...

El choque de los cuerpos era delicioso. Una, una y otra vez y otra vez... De pronto, las estrellas, ¡deliciosas! ¡Extremadamente deliciosas! Romer impulsó con su último aliento todo su cuerpo hasta colocarse encima de ella y ralentizar el ritmo, llegando.

Canela sonrió de satisfacción, con el cabello desparramado sobre el colchón y pegado en gran parte de su cara. Romer se quedó quieto, abrazándola, con la nariz enterrada en su cuello. Luego, giró un poco para no hacerle daño con el peso y salió de su cavidad. Secó el sudor de su propia frente con el dorso de la mano y la jaló hacia su pecho, hasta quedar entrelazados.

Quietud.

Serenidad.

El piano de la canción culminaba atravesando la estancia. Atravesándolos a ellos, quienes muertos de placer, se quedaron dormidos.

Romer abrazaba a Canela, uniéndola todo lo posible a él. El olor que ella despedía, servía de calmante, más allá de la propia segregación sexual. Orgasmos era todo lo que le había dado, pero sabía que le podría dar mucho más que eso. Estaba más que seguro que esta noche se repetiría, por lo menos mientras estuviese en la isla. Entonces, recordó el tiempo que le quedaba en Pampatar:

— ¿Estás despierta?

— Mmm... sí— gimió abrazándose a su torso.

Él suspiró, sobándole la cabeza y acariciándole un brazo:

— Debo irme en dos semanas a Maracaibo.

Ella se removió, mordiéndose el labio inferior:

— Lo sé. Tu ficha de huésped lo dice.

Él asintió:

— Al fin, ¿te inscribirás en la universidad de aquí?

— Sí.

Él cayó antes de hablar:

— ¿Por qué no te vienes conmigo?

Ella se movió, colocando la cabeza en una palma para mirarlo:

— ¿A Maracaibo?

— Sí, claro. Podrías acompañarme y... visitar a tu papá. Si quieres, antes de que empieces las clases.

Ella deslizó la yema de un dedo sobre el pecho de su amante:

— Romer, sabes que estoy trabajando aquí.

— Lo sé. Solo decía. Pero, me gustaría que me acompañaras.

Ella lo miró fijamente, mordiéndose la comisura de los labios. De pronto, se puso seria:

— Dime una cosa, Romer. ¿Papá te mandó a buscarme?

— ¿Qué? — él levantó más la cabeza. — No... — él tocó los labios de Canela, enderezándoselos. — ¿Sabes? Me encanta cuando haces esa mueca. Me fascina.

Ella sonrió:

— Estás despistándome— hizo una pausa. — ¿Cuál mueca? ¿Ésta? — frunció más los labios hacia un lado.

— Esa misma— respondió riendo. Luego se colocó de lado, entrelazando más las piernas para mirarla mejor. — Pensé que solo habías venido temporalmente.

— Eso es lo que piensa mi familia. La verdad es que había planeado regresarme en diciembre para pasar las navidades con ellos. Pero solo por esas fechas. Espero que tía este año me acompañe. No se lleva bien con mami desde hace años. Y como mamá se fue, entonces... posiblemente la convenza.

Romer arrugó las cejas:

— ¿No se hablan?

— Ah-ah— dijo de forma cantarina, negando con la cabeza.

— Qué raro, ¿no?

Ella se encogió de hombros:

— Cosas entre ellos.

— ¿Y tu mamá no vuelve en diciembre?

— No lo sé— se tumbó de espaldas en la cama y miró el techo.

— Siento mucho lo de tu madre, Canela. Debe ser duro que ella se vaya, así nada más.

Ella arrugó los labios y movió las cejas, resignada:

— Es duro. Es triste. Pero algo me dice que mami quería separarse.

Él hizo lo mismo. Miró el techo pero tomó sus dedos para acariciarlos:

— No conocí a mi padre. Solo me dejó el apellido. Pero él también se fue. Mi madre ya no estaba con él y para ella, nunca fue un problema el tenerme sola. Siempre fuimos mi madre y yo ¿sabes? Y no sé qué sentiría si ella también me hubiese dejado.

Canela tragó grueso:

— Si mamá quiere hacer su vida lejos del país, pues, tendrá sus razones. Yo las respeto. Igual es duro. Por ejemplo, tú y tu madre siempre se ven.

— Sí, es diferente, lo sé.

— Me encantaría conocerla. Debe ser una gran madre.

— Lo es— él sonrió con nostalgia. — Diciembre llegará rápido. Lo más

seguro es que la conozcas pronto. Suele viajar a Maracaibo. Es más, Josué la conoce.

Ella asintió con una sonrisa. Se hizo un silencio algo largo, mientras ambos se sumergían en sus pensamientos.

— Canela... ¿Puedo preguntarte algo?

— Lo que quieras.

— ¿Cómo fue tu primera vez?

Canela suspiró. Esperaba cualquier pregunta menos esa:

— ¿Es tan importante saberlo?

— Si no me lo quieres contar, está bien— dijo de la boca para afuera.

Canela evitó un bufido:

— Fue... fue bueno. Me dolió, normal. Pero estuvo bien.

Él asintió apretando los labios. Otro silencio se hizo en el habitáculo:

— ¿Fue con Carlos?

Ella abrió la boca por la sorpresa. Demasiada directa la pregunta. Así que se sentó haciendo que las sábanas destaparan sus senos, y se colocó frente a él:

— Sí. Fue con Carlos.

Romer se quedó estático. Esa información le provocaba náuseas:

— Pero ustedes son primos— susurró.

— ¿Y eso qué tiene? No íbamos a tener hijos o algo por el estilo. Además, en esa época era mejor que pasara con alguien de confianza, que con... otras personas no deseadas.

Romer subió sus manos hasta los pechos de Canela. Los agarró y amasó con lentitud. Pensando que el hijo de puta de Carlos también los había tocado. Apretó la mandíbula...

— Me habría encantado ser yo— dijo con los dientes apretados.

Ella notó la presión de Romer en sus palabras y en el toque. Estaba molesto. Y quería poderlo entender.

— Olvida que te lo dije— pidió ella plantando palabra, acostándose nuevamente.

Él se rio con ironía colocándose encima de ella:

— No creo que eso pase.

— ¿Por qué? Eso fue hace un año, Aragón. Ya pasó.

La miró con mucha más molestia por la información, sin gustarle ni un poco la forma en que dijo aquello. Bruscamente, le separó las piernas con las suyas y apretó su miembro en su estómago:

— Mírame, Canela— gruñó, presionando su cara con ambas manos. —No voy a permitir que Carlos me joda la vida con sus celos ridículos...

— Él no está celoso, Romer— interrumpió. —En cambio, al parecer tú sí lo estás.

Romer aplastó su boca con la suya y se separó:

— No me importa si te das cuenta de lo que Carlos está haciendo, o no. Pero hoy me llamó para darme el sermón del año, uno que ni siquiera tú padre me daría. Ni siquiera contándole que estamos juntos.

Ella abrió los ojos de par en par, al escuchar aquello.

— ¡Me revienta la actitud de Carlos contigo!— continuó Aragón. Movié más sus rodillas para abrirle más las piernas. Posicionándose. —Debes hacerle entender que tú ya eres mayor de edad y que estarás conmigo. ¿Me oíste?

— Desde que yo era una niña, él siempre me protegió de esa manera— Canela gimió al sentir la dura penetración de Romer. —Él no quiere nada...

— Te recuerdo— siguió penetrándola. —...que me acabas de contar que con él perdiste la virginidad— se clavó en ella al decir aquello.

— En Nueva York...— volvió a empujar

— Sí...— respondió ella, casi gruñendo.

— ¿A caso no eras una niña cuando eso pasó? — preguntó al mismo tiempo que se movía dentro de ella.

— Eras una niña pero te convirtió en mujer, ¿no es así?! Siente...

Comenzó a moverse más rápido:

— Una mujer de la cintura para abajo, Canela. Pero siente bien...

Giraba las caderas armoniosamente:

— ¿Pasaba por tu mente lo mismo que ahora? — le comió los labios con un beso, acallando los gemidos.

— ¿Gemiste igual con tu primo? — dijo de forma golpeada.

— ¿El corazón te iba a estallar al igual que ahora?

Buscó con su boca el seno izquierdo, remarcando la zona, alternando con el derecho; haciéndola gemir.

— Romer...

— Vivo con tu primo querido, Canela— enfatizó la frase penetrándola con mayor contundencia. —Y créeme... Él no te estaba protegiendo ese día, preciosa. Te estaba follando.

— Ahhh, Romer... Más...

— ¿Más qué?

— ¡Más fuerte!

— Ahh ¿Lo quieres? ¡Lo tienes!

La volteó dejándola arriba para que ella misma buscara su placer, y vaya que supo cómo hacerlo. Ella giraba sus caderas y saltaba al compás de algunas nalgadas juguetonas, cortesía del hombre que la poseía. Él sostenía con una mano su cadera y con la otra, la acercaba a su cara para devorarle los labios y morderlos, si era preciso. ¡Maldito Carlos de mierda!, pensaba él en medio de las embestidas. Romer hubiese querido saber todo para prepararse y no sentir aquel arrebató de territorialismo que dejó ver ante Canela.

«¡Maldito Carlos! Te la follaste y ni me lo contaste, ¡cabrón!»

Sus estocadas eran duras. Se colocó sobre ella girándola súbitamente y acomodando las piernas de Canela sobre sus hombros. El acceso que aquello le dio era tan divino, que sobrepasaba cualquier sonido morboso que cruzara la habitación.

Penetrarla, marcarla, atravesarla; una, dos, tres mil veces haciéndola gritar.

— ¿Él te cogió así?

Ella lo miró con furia y placer. Clavó sus uñas en los antebrazos. Romer se rio por la reacción causada:

— ¡Jamás podrá hacértelo de nuevo!

Canela se mordía los labios fuertemente. El marco de su cara simulaba el dolor más poderoso que existía: El del placer. La garganta se le había secado hace rato, todo lo contrario a su entrepierna.

— Romer. Voy a acabar...

— Ahh... ahhh... ¡claro que sí! — él empujó fuerte, duro, rápido y profundo mordiéndose los labios hasta hacerla temblar. Y con unas estocadas más, arrastrando a ambos hasta la orilla de la cama, sacó su miembro y se dejó ir sobre el abdomen de la chica. De inmediato, tomó la mano de ella para que se tocara untando toda su simiente sobre el cuerpo. A él, los ojos le brillaron al ver cómo se regaba el líquido... No supo por qué lo hizo. ¡Pero lo hizo! Y fue una prueba de su liberación; el cenit de las marcas. Una huella que Canela jamás pensó que le gustaría. Ser libre bajo el cuerpo de un hombre, se llamaba aquello; sin importar el discurso de posesión.

Mientras él se dejaba caer sobre ella, Canela cerró los ojos tosiendo un poco por la molestia en la garganta. Acababa de aprender algo nuevo: Algunas veces las verdades en la cama, son beneficiosas para el cuerpo.

Unos minutos antes...

La tía Lu salía de la habitación para asegurarse de que la posada estuviese bien cerrada. Canela se encargaba de aquella tarea, pero como había salido a cenar con Romer, Lucía debía asegurarse de todo. Antes de bajar por las escaleras, vio unas telas tiradas y enrolladas frente a la habitación de su sobrina. Maldiciendo por lo bajito el descuido de Canela, se acercó hasta la zona y se agachó para recogerlas. Cuando de repente, escuchó un ruido detrás de la puerta. Lu arrugó la cara, extrañada. No era tan tarde, entonces supuso que la dueña del cuarto se encontraba en casa. Iba a retirarse cuando escuchó un grito que le hizo abrir los ojos como platos:

— Dios santísimo... ¡Virgen del Valle!

Las retinas de Lucía casi salen de sus órbitas. Si no se le había olvidado cómo era, adivinaba de qué se trataba aquel grito. De pronto, un quejido masculino se lo confirmó:

— ¡Ay no! Ay no... ¡Yo me voy!

La pobre tía de Canela, tapándose los oídos, se fue corriendo de allí con cara de circunstancias:

— Demasiada información para esta noche.

Llevándose la toalla y el pareo, y olvidando la tarea a realizar... se metió de nuevo en su cuarto para taparse con la cobija y no pensar que en su casa, una pareja de jóvenes desfogados, hacían el amor.

Capítulo 17

Una cama cómoda era lo que más amaba Lucía. Ella había pasado por mucho. Y sabía que lo invaluable para el ser humano, es poder estar feliz bajo un techo y tener donde dormir. Por eso, consideraba su habitación un paraíso y también, su espacio más íntimo, donde podía pensarlo todo, sin barreras.

Lu tenía una vida tranquila. Pero ella sabía que la tranquilidad llama a los recuerdos. Porque a través de las horas quietas, hay tiempo de sobra para recordar. Su sobrina canela era tan parecida a ella, que se estremecía de solo pensarlo. Nadie lo decía, nadie se percataba de eso. Pero los genes de ese lado de la familia, eran femeninos. Y ahora luego del suceso de la toalla, el parecido traspasaba las barreras de lo invisible: hechos que se repetían a través de los años. «Mañana habrá tiempo para seguir recordando» pensó, moviéndose de un lado al otro en la cama. Pero claro, no todas las noches eran tan solitarias. Lo supo al exaltarse con el repique del teléfono:

— Aló.

— *Mmm. Quisiera hablar con mi hija, por favor.*

Lucía se sentó y encendió la luz de una lámpara. Miró la hora y eran las 11:00 de la noche.

— ¡¿Josué?!

— ¿Lu?

— Ay Josué... No me asustes con estas llamadas tuyas a estas horas. Dime que todo está bien.

— *Hola querida Lu. Solo quiero hablar con Canela.*

Lucía puso cara de circunstancias y se rascó la cabeza:

— Estemm... No creo que puedas hablar con ella en este momento.

Se escuchó un silencio muy corto. Parecía que Josué se movía:

— *No había visto la hora*— dijo él, suspirando.

— Es algo tarde, Josué. Y tu hija trabaja mucho...— expandió los ojos por decir aquello. —Sí, trabaja mucho y creo que deberías llamarla mañana.

— *¿Le va bien allí? Bueno, obvio que le va bien allí. Está en Luna de*

Margarita. A cualquiera le va bien en Luna de Margarita.

Lucía analizó sus palabras:

— Mmmm, ¿estás bebiendo?

Josué carraspeó su garganta y luego, se echó a reír un poco:

— Sí.

Ella suspiró y se puso una mano en la frente:

— ¿Te sientes bien, Josué?

— *See.*

— Pero, estás bebiendo y quieres hablar con tu hija a estas horas de la noche. Y supuestamente no pasa nada malo.

— *La verdad es que... tienes razón. Creo que llamaré en otro momento.*

Lucía no quiso decir mucho más y esperó que su cuñado se despidiera. Pero no lo hizo:

— ¿Josué?

— *¿Por qué te quedaste en Margarita?*

La normalizada respiración de Lucía, se detuvo. ¡Qué de años! Años que no escuchaba esa pregunta:

— ¿Por qué me preguntas eso hora?

— *Porque todos se van, Lu. Mi hija, mi mujer... Hasta mis empleados. Todos se van.*

— Tu hija se va porque... — chasqueó con la lengua. — No quiero ser cruel pero, tu hija se empezó a ir de casa cuando tú mismo la enviaste fuera.

— *A Nereida no le dije que se fuera.*

— La delincuencia es muy dura en Venezuela, Josué. Y no todos la viven de la misma manera.

— *¿Por qué crees que saqué a Canela de mi casa?*

Los poros de Lucía se erizaron. La voz de Josué sonó demasiado sombría.

— *Estoy jodido, Lu. Pero a mi mujer, no la boté.*

— No hables así, Josué. Tú no has botado a nadie. Tampoco lo hiciste con Canela.

— *¿Y a ti, sí?*

Se hizo un silencio corto.

— *Jm... a ti sí*— aseguró, riendo un poco.

— Yo...

— *Lucía... Tú no has hecho nada malo. No tienes por qué pagar todas mis mierdas*— interrumpió el hombre. — *Los que menos hacen, se van; te abandonan. Eso siempre pasa. Por lo menos, a mí siempre me pasa.*

Hizo una pausa...

— *Los que están vulnerables, los alejamos para protegerlos, ¿verdad?* — continuó. — *Y cuando eso pasa, la maldad llena ese espacio. Y oh, querida Lu. La maldad viene con garras.*

La mujer comenzó a ponerse nerviosa. Tenía años que no escuchaba a hablar así a su cuñado:

— ¿Qué estás queriendo decir, Josué?

— *Que estoy jodido Lu.*

— ¿Podrías contarme, por favor?

— *Mmmm, no. No vale la pena. Después de toda la mierda que cargo encima, sobre todo esta, que es muy cara...*— se escuchó el choque de unos hielos en lo que parecía ser un vaso. — *¿Voy a preocuparte a ti, también?*

— Pues, ya estoy preocupada.

— *Estoy rodeado de escoltas, Lu. Porque unos jodidos hijos de puta quieren joderme. ¡Pero es culpa mía! Me dejé joder, y ahora se les metió entre ceja y ceja que soy multimillonario*— dijo riendo.

— ¡¿Estás en peligro?! — el corazón de la mujer se aceleró.

— *Desde hace años, Lu*— susurró en confidencia — *¿Y sabes qué es lo peor? Que estoy seguro que dentro de mi propio negocio, hubo alguien o existe alguien implicado dando información a diestra y siniestra...*

Se escuchó un vaso de vidrio romperse y una risa carrasposa.

— ¡¿Estás bien?! ¡¿Qué pasó?! —

Josué seguía riendo:

— *Se me cayó el vaso*— él reía. — *Se me botó todo el maldito whisky.*

Lucía cerraba los ojos y deseó poder llamar a Canela para que hablara con él:

— *Cálmate Josué. No vayas a tocar esos vidrios. Vete a acostar y yo mañana te llamo y hablamos mejor.*

— *No... ¡No! No me da la gana, Lucía...*— suspiró largo y tendido. — *Lucía, Lucía, Lucía. La más hermosa de las dos*— reía a carcajadas llorosas. — *Tú también me abandonaste.*

Ella mantuvo los ojos cerrados con un viejo nudo en la garganta:

— *Debes irte a la cama*— demandó con la voz algo quebrada. — *Date una ducha y vete a dormir. Canela se pondrá furiosa si se entera de cómo estás ahora. Tú no sueles beber así. Eso te puede hacer daño.*

Se hizo otro silencio.

— ¿Sigues ahí? — preguntó la mujer.

— *Sí...*— susurró. —*Cuida bien a Canela. No dejes que le pase nada malo.*

— Sabes que ella es como si fuese hija mía. La cuidaré.

— *Ah... Dile a Romer que no se enamore de ella*— Josué comenzó a reír a carcajadas más fuertes. — *¿Sabes qué me dijo hoy Carlucho?*

— ¿Qué te dijo? — preguntó ella como queriendo decir, *¿Ahora qué?*

— *Que Romer gusta de Canelita*— seguía y seguía riendo. —*Se puso bravo conmigo, MÍ sobrino cuando le dije: ¿Y yo que sé? Eso es asunto de Aragón*— volvió a reír. —*Creo que quien está enamorado de Canela, es él.*

Lucía negó con la cabeza:

— No les prestes atención. Más bien, cuídate. Date una ducha y vete a descansar.

— *Aja. Sí... Eso haré, sí.*

Lucía respiró de alivio. Aunque no podía confiar demasiado:

— ¿Me prometes que te acostarás y te irás a dormir?

— *Ja... ¿A ti? Te prometo la vida.*

Ella frunció los labios, negando...

— *Como hice una vez hace tiempo alláaaaaa en Luna de Margarita*— dijo de forma cantarina, sin abandonar las risas.

— Buenas noches, Josué.

Él suspiró. Su voz salió con la boca torcida:

— *Buenas noches, cuñada.*

Y él colgó la llamada.

«Es preciso, señor inspector, ser justo. Yo comprendo que vos sois justo, señor inspector. De hecho, todo es muy sencillo; un hombre que juega a echar un poco de nieve en la espalda de una mujer, esto hace reír a los oficiales, que tienen ganas de broma, y allí estamos nosotras que solo servimos para que estos señores se diviertan...»

"Los Miserables de Víctor Hugo".

Dina rondaba la silla donde se encontraba Carlos, prácticamente acostado con un gordo libro entre las manos. Manteniendo el ceño fruncido, observaba celosa la concentración de su amigo en aquel tomo. Dina nunca leía. Eran las pocas veces que recordaba, haber acariciado tan siquiera las páginas de un manuscrito. Siempre quiso desarrollar un hábito artístico, entre sus debilidades; las cuales eran muchas. Pero sin lograrlo, se concentraba en observar la ejecución de ocios por otras personas. Recordó cuando alguien hace unos años le dijo que parecía más artista, que ejecutiva...

— ¿Podrías dejar de mirarme como una gata hambrienta?

Ella se echó a reír por las palabras de su acompañante:

— El único que está devorando algo aquí, eres tú.

Carlos bajó el libro. Suspiró mirándola:

— Deberías salir, Dina. Ver el cielo, caminar...

— Lo hago.

— ¿Cuándo? ¿En qué momento sales? Porque yo nunca puedo ver ese... espectáculo.

— Cuando voy a comprar tus vicios, mi querido.

Él frunció el ceño:

— Si ponerte frente a la verja de entrada lo llamas "salir", ya comprendo muchas cosas, Dina.

Ella seguía caminando de un lado al otro:

— Ustedes no son las únicas personas que conozco en esta ciudad. Tengo otros amigos a los que visitar.

— Sí, claro— dijo Carlos, acomodándose para seguir leyendo. —Los que te vende la mercancía.

— Esa que después de saborear tú, colocas bajo mi lengua.

Carlos ignoró aquello, intentando continuar su lectura sin éxito alguno:

— ¿Qué quieres Dina?

Lentamente, se colocó entre las piernas de Carlos y entró en aquel triángulo:

— Quiero que dejes de leer por un momento— procedió a retirarle el libro. —Cuando lo haces, me pones nerviosa— levantó su barbilla con un dedo. — Sé que algo te sucede. ¿Qué es?

Carlos resopló:

— Estoy tranquilo en mi apartamento, descansando del trabajo, leyendo un buen libro...

Dina se sentó a horcajadas sobre Carlos, callándolo con aquella forma parsimoniosa de moverse:

— No me mientas— arrastró su nariz sobre una oreja. —Te preocupas por Aragón. Lo extrañas, y deseas estar donde él está. ¿Es o no es eso cierto?

Carlos apretó la mandíbula queriendo huir un poco de aquella mujer.

— Lo cierto es comprender, qué coño haces tú aquí— dijo él.

Dina se echó para atrás:

— Este es mi lugar, querido.

— No. No lo es. Tu lugar está allá abajo.

— ¿A sí? — movió sus caderas. —Tu entrepierna me lo confirma, entonces.

Carlos atrapó con ambas manos, los antebrazos de Dina:

— Quédate quieta. No hablaba de eso.

Ella lo miró con el ceño fruncido:

— ¿Me vas a rechazar? Últimamente, ustedes... se la mantienen rechazándome.

— Si dejaras de ser tan entrometida, vaga y desastrosa... quizás el rechazo disminuiría.

— ¡Qué galante! ¡Qué palabras tan rebuscadas! Siempre me ha encantado cómo hablas.

— Cállate ya, Dina— dijo él, soltándola y empujándola fuera de la silla.

— No sé qué está pasando. Pero desde que te la mantienes en casa de tu tío, tanto tú como Romer no me paran bola, no me prestan atención y me rechazan como si yo fuese...

— ¡Habla bien, Dina! Quizás seas de un pueblo, pero recibiste educación. Si quieres te recuerdo quien te las pagó.

La mujer abrió los ojos y arrugó la boca con desprecio:

— Ya...— dijo ella. —Es obvio lo que pasa. Todo esto se trata de una mujer, ¿verdad? ¿A caso se trata de alguien a quien no te has podido tirar?

Carlos la miró fijamente, sin decir una sola palabra.

— ¡No puede ser! — dijo ella dando una palmada con una sonrisa de asombro. — ¿Es eso? ¿Una mujer que Romer tiene y tú quieres tener? — Dina comenzaba a reírse en desconcierto. — ¡Es fabuloso! Los dos amigos celosos por una tipa...

— ¡Silencio, Dina! — Carlos intentó no prestarle mucha atención, yendo a la cocina por agua.

Dina lo siguió:

— ¿Dónde está Aragón ahora?

— ¿Te puedes callar ya?

— ¿De quién se trata? ¿Dónde la conocieron?

— Dina... Deja quieto lo que está quieto. Te lo he dicho muchas veces.
¡Obedece!

Ella estalló en carcajadas y luego, se recostó en la encimera de la cocina, lanzándole una mirada suspicaz. Tras un silencio mientras Carlos bebía agua, decidió hablar nuevamente:

— ¿Se trata de tu prima?

Carlos se detuvo en seco y giró todo su cuerpo hacia la mujer:

— ¿Cómo sabes tú eso?

Dina alzó las cejas y cantó *Bingo*, mentalmente. Ella negó con el dedo índice:

— No importa. Pero, Carlos... ¿Es en serio? ¿Tú te la quieres...?

— Cállate...— Carlos arrastró el paso y le sostuvo la barbilla, haciendo que esta diera un respingo.

— ¡Suéltame! — lo empujó sonriendo. — No lo puedo creer. ¿No se supone que se trata de tu prima? ¿Cuál es el grave problema? Deja que Aragón la zarandee un poco...

— No se trata de eso.

— ¿Ah no? No me vas a decir que estás celosito de una prima tuya, Carlos Mendoza.

— ¿Sabes qué? ¡Me obstinas! — dijo muy cerca de su rostro.

— Eso no es nuevo— susurró, irguiendo su postura y saliendo de la cocina. Carlos la siguió:

— ¿Te vas ya?

— No.

Carlos resopló:

— ¿Qué quieres saber?

— Es tu prima...— ella alzó las cejas y arrugó los labios hacia abajo. —
¡Eso sí que es nuevo!

Carlos colocó sus manos en la cintura y en un suspiro, relajó los hombros:

— Es la hija de tío Josué— dijo rendido.

Dina lo instó a que siguiera...

— Y a Romer le gusta— continuó él.

Dina cambió su expresión de interrogante, a una de fastidio y seriedad.

— Es... es solo una niña. Ese es mi problema— agregó.

La mujer se quedó mirándolo y muy lentamente, entrecerró los ojos:

— ¿Qué tan niña?

— Es mayor de edad. Pero cumplió los dieciocho este año.

Para Dina significaba satisfacción plena ver como Carlos soltaba todo lo que ella quería. Pero muy en el fondo sintió estupor al saber más sobre aquella chica. Tragó grueso evitando delatarse con el más mínimo cambio de humor.

— Mmm, no creo que Aragón esté detrás de una niña.

Carlos la miró:

— ¿Por qué lo dices?

Dina se acercó sigilosamente, meneando sus caderas al compás de su ruta y de la misma manera, encerró el cuello del hombre entre sus brazos, haciendo que sus cuerpos se pegaran todo lo necesario. Entonces, susurró en su oído:

— Romer Aragón es demasiada mala junta, y eso es lo que más claro tiene en la vida. ¿Tú crees que él será capaz de malograr la tranquila adolescencia de una chica, y más aun siendo la hija de su jefe? Él no es tan idiota. Y si todo esto no fuese una idiotez... Romer no se dejaría llevar por una falda tan nueva.

Ahora quien tragaba grueso era Carlos. Luego, se removió al sentir los labios de la fémica sobre los suyos. Cerró los ojos con la tensión a flor de piel.

— Quédate tranquilo— dijo Dina en un susurro muy bajo. —Romer no hará nada con ella. Cuando regrese a Maracaibo, le enseñaré lo que más le gusta. Y verás que nunca será un peligro para tu querida prima.

Carlos asintió para no discutir y tampoco, seguir dando más información. Entonces, decidió dejarse llevar por un beso que se convirtió en salvaje; para luego transformarse en desesperación.

Lo que había sido el comienzo de una despedida, con aquellas frases futuristas que contaban un pronto regreso a la rutina, se convirtió en el inicio de viajes. Y los viajes en ocasiones, son trascendentes.

Al parecer, desde aquella noche en esa cama, se trazó un plan consecuente para Canela y Aragón. Él sentía la imperiosa necesidad de estar con Canela de

una forma tan fantástica, que sus ansias rutinarias fueron sustituidas casi sin él darse cuenta. Y ella deseaba cada día, sobre todo en las fechas que Romer regresaba a Maracaibo... tenerlo cerca, percibir su quietud, inteligencia, sencillez, su excelente humor de las mañanas y hasta sus buenos modales.

Canela logró matricularse en Hotelería y Turismo, apoyada económicamente con la paga que recibía del trabajo en la posada *Luna de Margarita*. Los contactos de la tía Lu funcionaron y a mediados de enero del año siguiente, comenzaría sus estudios. Sin embargo, tuvo que prepararse para un examen de ingreso, el cual aprobó sin dificultad, a pesar de sus nervios. Los cuales fueron calmados por la visita de Romer esa mañana a la facultad.

Los inconvenientes en la empresa de su padre, habían disminuido. Aragón le informaba a Canela todo lo concerniente a la empresa. Podría decirse que de alguna forma, ambos disfrutaban conversando sobre *Lácteos del Lago*, como un patrimonio que compartían. Y Canela agradecía cada día por él y su puesto de trabajo. Sin embargo, ella seguía recibiendo llamadas de Carlos constantemente, y en su mayoría, intentaba no contarle demasiado a su novio sobre el contenido de esas llamadas.

El mes de diciembre llegó y abrió sus puertas junto a un alterado clima. Y no meteorológicamente hablando; los cambios políticos aterrizaron con fuerza. Josué fue convidado por la Red de Empresarios del Zulia y la Cámara de Comercio, a unirse a proyectos ligados con el nuevo gobierno a punto de ser juramentado. Proyectos económicos los cuales, Manuel Mendoza e hijo intentaron cuestionar. De igual forma, varios contratistas zulianos se aliaron con la empresa familiar para crear un grupo corporativo que sirviera de sindicato ante cualquier decisión que el gobierno tomara. Quizás podría tratarse de desconfianza. Pero tanto Josué como otros dueños de empresas, tenían la idea de cumplir con las obligaciones gubernamentales de distribución. Sin embargo, la idea no era ceder el mayor porcentaje de la producción a los intereses del estado. A esas alturas políticas, a pesar de ser tempranas para los cambios, *LDL* ya era apuntada y fichada a voz y canto, como empresa pública cuando no lo era. Y aquello llegaba con fuerza en vista del crecimiento que había tenido en los últimos meses, recuperando las pocas pérdidas que causó la delincuencia en aquel fatídico incidente en el mes de noviembre, al otro lado del puente. Por lo tanto, era muy fácil extrañar. Sobre todo para una pareja nueva y joven. Quienes no admitían que la distancia era un problema. Así que Aragón viajó en varias ocasiones a la isla. Cuando el último mes del año llegó, el trabajo se había intensificado haciendo imposible

que pudiera salir del estado Zulia. Por eso, esperaba que para las fechas navideñas, fuese Canela quien volara de regreso.

Y ese era el plan original. Ella quería ver a su padre. A pesar de no querer corroborar la idea de que Nereida posiblemente no pasara las navidades en Venezuela, Canela no podía dejar a su padre solo en estas fechas. Y menos sabiendo lo que Carlos le había contado. Algo que Aragón omitió y de lo que no había tenido oportunidad de conversar con este último.

La mañana siguiente a la llamada de su primo, Canela se enfrascó en la decoración decembrina de la posada junto a Macario, para no tener que pensar demasiado. Lucía se encontraba desde hace días con un ligero malestar, así que las tareas se intensificaban. Durante la colocación de las luces externas, ambos escuchan el teléfono fijo:

— Yo voy— anunció Canela antes de que Macario fuese a contestar. — Posada *Luna de Margarita*, le habla Canela Mendoza. ¿En qué puedo servirle? — Al otro lado de la línea, Canela escuchó un resoplido muy corto. Parecido a la contención de una risa. —Aló— repitió.

— Buenos días. Quisiera poder comunicarme con el señor Romer Aragón, si es tan amable, por favor.

Canela movió las cejas y arrugó los labios en una especie de sonrisa amarga. Era una mujer:

— Déjeme revisar la ficha de hospedaje. Espere un momento, por favor... — Canela colocó música de espera y rio silenciosamente. Al cabo de unos segundos, regresó y carraspeó la garganta: —El señor Aragón ya no se encuentra hospedado con nosotros, pero es un huésped frecuente. ¿Quiere que le deje un recado?

— No. No es necesario. Dígale que llamó Dina.

A Canela se le congeló la sonrisa:

— ¿Es usted su hermana?

Para la mencionada, aquello surtió el mismo efecto:

— ¿Si?

Canela suspiró:

— No lo puedo creer. ¡Él me ha hablado de ti! Claro, sé que no eres su hermana de sangre, que solo se han criado juntos...

— Disculpa. No escuché tu nombre al principio. ¿Cómo es que dices llamarte?

— Canela. Mucho gusto.

Una sonrisa de satisfacción se formó en la cara de la chica emisora:

— ¡Ah! Claro. Canelita. La hija del señor Josué Mendoza. El jefe de Romer. ¿Cómo estás, chiquilla?

Canela arrugó la cara en total desconcierto mirando la bocina y luego, regresándola a su oreja:

— Eh... bien. Estoy bien. Mira, creo que estás un poco confundida...

— ¿Ah sí? ¿Por qué? — Dina interrumpió.

Canela apretó ligeramente la mandíbula. Ella no tenía autorizado informar sobre su noviazgo a nadie de la familia de Romer, sin que éste lo supiera. Pero por alguna razón, quizás por sentirse un poco ofendida gracias a la forma tan ridícula en la que Dina le estaba hablando, sintió la necesidad rugosa, molesta e imperiosa de contarle. Con los labios un poco apretados pero intentando sonreír, explicó:

— Pues, no sé qué sabes de mí. Pero sé que Aragón y yo tenemos una relación y... No sé por qué pero creo que pensaste que yo era una niña o algo así. ¿Quizás te confundiste con mi prima? ¿Faustina, la hermana de Carlos? Ella también es una Mendoza...

— No. No me confundí— interrumpió Dina. —Sé quién eres. ¿Qué edad tienes?

— Dieciocho— respondió chocando los dientes.

Dina emitió una ligera risa:

— ¿Y estás segura de que Romer es tu... pareja o algo así? — siguió riendo. —Es que... disculpa. De verdad, disculpa. Pero es que a él no le gustan las niñas...

— ¿Qué deseas Dina?! ¿Lo llamaste a él o me llamaste a mí?

— Calma, no pasa nada. ¡Te estoy jugando una broma, chica! Ya me conocerás; siempre estoy bromeando. Para que te tranquilices, me alegra mucho que por fin mi hermanito consiguiera una novia. Y tú pareces ser muy linda— dijo con voz tierna. —Me gustaría que nos conociéramos.

Canela sintió un profundo escalofrío y no entendió exactamente por qué.

— ¿Sigues allí? — preguntó Dina.

— Sí— suspiró para relajarse. Apretó los párpados para evadir toda piel de gallina. —Mucho gusto, Dina. Disculpa todo lo malo. Quizás... viaje a Maracaibo y antes del 31 podamos conocernos.

La otra mujer sonrió mordiéndose los labios:

— ¡Excelente! Ya cuadraremos. Y ¡hey!, a ver si llegas a invitarme a Margarita, nena. Me hace falta una playa... Bueno, tengo que despedirme. ¡Hasta luego, Canela!

Canela arrugó la cara y jugó con su lengua de forma exagerada. Quería colgarle de inmediato pero no hizo falta. La llamada dio su tono final.

De vuelta a su labor, inmediatamente después de que Canela pisara la cerámica de la terraza, Macario y ella escucharon un fuerte ruido proveniente de la planta de arriba. Ambos se miraron unos segundos antes de echar a correr.

— ¿Tía Lu? — dijo Canela casi gritando. — ¡Tía Lu, ¿pasó algo?!

Cuando llegaron al tope de las escaleras, Canela vio lo que posiblemente ya venía pensando. Y pudo sentir como la sangre bullía en su interior:

— ¡¡¡Tía Lu!!!

Capítulo 18

Romer y Mercedes estaban reunidos en la oficina, revisando documentos previos a las próximas reuniones que tendría la empresa en otros estados del país. No trabajaban únicamente con los archivos computarizados. Desde hace varios días, y desde que Aragón notó irregularidades con el administrador anterior, estaba acostumbrado a trabajar de las dos formas. Él mandó a su secretaria a ubicar los libros de contabilidad de la empresa, en orden de revisar los números y catalogarlos en diagramas de flujos, con los cuales Aragón y su asistente venían trabajando arduamente. Al querer cerrar diciembre con todos los documentos en regla, Romer se dio cuenta que la serie de números expuestos en las hojas más antiguas, no tenían congruencia con los contratos firmados en algunas épocas. Específicamente, los del año 1993.

Durante la tarde y sin importar las horas, ambos trabajadores revisaron cada contrato, comparándolos con las inversiones y ganancias generadas en aquel viejo año. Algo no se veía bien.

— Por favor, Mercedes. Necesito entrar a las planillas bancarias de la empresa. Transacciones realizadas en este año...

— ¿93?

— Exactamente. Por favor...

— Debo usar la computadora.

— No hay problema.

Romer le cedió el puesto a la hermosa secretaria, quien inmediatamente pudo entrar a los archivos bancarios de *Lácteos del Lago*.

— Aquí están. ¿Qué buscas exactamente?

— Solo quiero ver una cosa— dijo él en voz baja.

Aragón vio lo que suponía y era lógico de constatar. Para la fecha, la empresa solo trabajaba con compradores y contratistas del estado Zulia y Mérida. Fue en el año 1995 cuando las cosas cambiaron, gracias al manejo de *LDL* que ejecutó Romer junto a Carlos y el resto de los Mendoza. Es decir, cuando él llegó.

Revisando, Aragón vio entradas y salidas de dinero acordes a los contratos, inversión en la construcción, compra y remodelación de los galpones del Sur del Lago y los pagos de acreedores... todo conforme a las planillas notariadas y debidamente firmadas por el administrador anterior, y por Josué Mendoza. Incluyendo a Manuel, el padre de Carlos. Datos referentes al período 93-94. Pero algo no cuadraba.

— ¿Qué es esto? — Romer susurró.

Una situación sencilla y notable hasta para el trabajador con el menor conocimiento en contabilidad. Romer vio en los datos computarizados una irregularidad que tal vez, no tendría una explicación inmediata. Viendo y pensando, viendo y pensando. Colocándose las manos alrededor de la boca... «En el 93 estos datos no estaban sistematizados» pensó, en primer lugar:

— Mercedes, ¿Tú incorporaste todos los datos de esos libros al sistema?

— señaló la computadora.

— Sí, por supuesto.

— ¿Las transacciones bancarias, también?

Mercedes frunció el ceño:

— Por supuesto. Tú mismo lo hiciste conmigo.

— No creo que hayamos sistematizado todo. ¿Por qué yo no había notado esto?

Romer le indicó a Mercedes que se acercara para que pudiera ver la pantalla. Ella se agachó y tras unos largos segundos, su cara se transformó en extrañeza:

— Hay una transferencia desde la cuenta de la empresa... espera— hizo una pausa y observó mejor. —Desde la cuenta del jefe...

— Exactamente— interrumpió Romer. —Y es gigante— dijo en un medio susurro.

Mercedes se sentó de nuevo y comenzó a revisar algunos libros que estaban al fondo de las cajas:

— No creo que se trate de un préstamo o una deuda de la empresa— dijo ella. —Aquí están todos los números de cuentas de los acreedores, contratistas y de incluso, de cada uno de los trabajadores y de los dueños de *LDL*, mira...— ella le mostró una especie de agenda algo antigua. —Están, hasta los números de teléfonos de los seguros— ella se interrumpió abruptamente. — ¡No puede ser! ¡¿Cómo no vimos esto antes?!

— Muéstrame...— Aragón revisó bien la agenda. —Esta agenda pertenece al merideño.

— ¿El merideño?

— El anterior administrador, Mercedes— dijo a modo de regaño.

Ella asintió:

— Recuerda que yo no lo conocí— ella se defendió.

— Disculpa... pero es que algo no me cuadra. Aquí hay un movimiento millonario que por alguna razón Josué depositó en la cuenta de la empresa. Pero luego, este monto fue transferido a esta otra cuenta bancaria.

— Romer... en estos libros no está por ningún lado el nombre del titular de la cuenta que recibió el dinero. Solo el número. Y no pertenece a ningún acreedor.

Él asintió. No le gustó nada aquella información. Se preguntó varias veces por qué ese dinero había tocado las cuentas de la empresa. Por qué Josué había hecho eso. Aquello era lo más extraño.

— Creo que debes llamar al banco— propuso ella.

Él volvió a asentir, mirando fijamente la pantalla del computador. Anotó el extraño número de cuenta y todos los datos que necesitaba.

— ¿Josué tampoco vino hoy? — preguntó Romer.

— No. No se apareció todo el día por acá.

Romer pasó la lengua por los dientes. Se levantó, tomó sus cosas y se dirigió a la puerta:

— Mercedes... has hecho un buen trabajo. Vete a casa y descansa. Y por favor, no le cuentes estas irregularidades a nadie.

Ella asintió y comenzó a acomodar todas las cajas para dejar cada cosa en buena forma, antes de salir de la oficina.

Romer caminaba lentamente por los pasillos de la casa de Josué, mirando para todos lados y llamando en voz alta el nombre de su jefe, amigo... y suegro. Sin respuesta alguna, se atrevió a buscar en lugares de la casa un poco más privados, sin importarle mucho lo que aquella invasión de la intimidad pudiera significar. La casa estaba en total silencio. Y existía un olor rancio que cubría cada espacio por donde se caminaba. Aragón sintió algo extraño. No le

gustaba nada tanta quietud y la preocupación iba en aumento a medida que avanzaba.

— ¡Josué! Soy Romer. ¡¿Estás aquí?!

Resopló cansado de llamar a la nada y se dirigió al despacho. Y al segundo de abrir la puerta, un terrible olor a vómito y licor le hicieron retroceder. De inmediato, barrió su mirada por el espacio hasta ver detrás del escritorio, una especie de silueta sentada en el piso alfombrado:

— ¡Josué!

Al acercarse, observó a un Mendoza derrotado, con la ropa arrugada y una botella vacía en la mano derecha.

— ¡Levántate! — dijo Aragón ayudándolo.

— ¿Mmm?

— Josué, mírame. Suelta eso...— alejó la botella y tomó su rostro, posicionándose en la línea de su mirada perdida. —Te voy a levantar y te llevaré a tu cuarto. Pero tienes que ayudarme.

— No creo que... sí yo creyera que...

Aragón levantó con fuerza a un alcoholizado Josué y en medio de las incoherencias que éste decía, logró empezar a caminar con él hasta la puerta. En ese momento, el teléfono fijo comenzó a sonar, pero era imposible contestarlo.

— El teléfono está sonando— susurró Mendoza.

— Ya volverán a llamar. Camina por acá. Estás pesado, ¿eh?

Josué se rio:

— Eso es seguro... — respondió.

Con dificultad, Aragón pudo subir las escaleras con aquel costal de carne y huesos malolientes, intentando no volver a entrar en contacto con su aliento y con un poco más de fuerza, logró meterlo en el baño.

— Lávate la cara.

Josué volvió a reír:

— Quién lo diría. Que estarías aquí malográndome. Si me descuido, pronto tendrás que cambiarme los pañales.

Serio, Romer abrió el grifo del lavamanos y acercó a su amigo hasta el chorro:

— Lávate la boca, también— le dijo Romer. —Y bebe un poco de agua mientras te traigo una pastilla. No te desmayes mientras hago eso. Desvístete y métete en la ducha de lleno.

Mendoza solo resoplaba y reía. Pero antes de que Romer saliera del baño,

pudo decirle:

— Parece que sabes mucho sobre cuidar borrachos— dijo, soltando la risa.

Romer lo miró por unos segundos antes de salir del habitáculo. Caminó rumbo a la cocina para ubicar una aspirina, calibrando la rabia que sentía por el estado en el que había encontrado a su jefe y por lo que había descubierto en la oficina, una hora antes de llegar allí. Agarró la caja de pastillas y se tomó una, para aplacar el dolor de cabeza que él también sentía.

Eran varias las cosas que le preocupaban: Una de ellas era que Josué no pudiera salir de aquello. Desde hace meses, observaba desde otro plano la forma destructiva en la que se abandonaba. Pero ya no podía seguir en un mundo paralelo. Algo debía hacer y pronto. Otra de sus preocupaciones era Canela. Sería una debacle que su hija viera a Mendoza en esas condiciones. Y un total desastre si algo le pasara a ella, en vistas de... Sacudió la cabeza para no perder tiempo en especulaciones. Era lógico que la causa del abandono de Josué, proviniera de la empresa. Aquello le causaba escalofrío. ¿Qué estaba pasando?

Subió de nuevo y encontró a Josué sentado en la cama.

— ¿Cuándo llegaste? — preguntó el jefe.

— ¿No te acuerdas que te subí hasta aquí? — preguntó Romer.

Josué negó, masajeadose las sienes. Aragón le pasó un vaso de agua y la aspirina. Luego, tomó una silla que por cosas raras estaba en el baño, y se sentó frente a Mendoza. Se inclinó hacia delante y colocó sus antebrazos en los muslos, entrelazando las manos... mirando fijamente el rostro compungido de Josué:

— ¿Qué le estás haciendo a tu hija con esta actitud? — preguntó aquello con una voz muy baja y directa.

Josué lo miró. Aragón se pasó una mano por la cara y suspiró:

— ¿Cómo te sientes? — agregó.

Josué batucó lentamente las manos indicando que la respuesta era regular.

— Josué. Voy a preguntarte esto con la mayor confianza que te tengo.

El mencionado entrecerró los ojos. Su dolor de cabeza era fuerte, pero la curiosidad comenzaba a disiparlo.

— Vi unas grandes cantidades de plata que entraron a la cuenta de la empresa y fueron depositadas el mismo día, a otra cuenta.

Josué arrugó la cara sin entender muy bien de qué cifras hablaba. O eso le pareció ver a Romer.

— El número de cuenta del depositante, es el tuyo. Pero el número de cuenta de quien recibió el dinero, no está anotado en los archivos físicos. Es un depósito desconocido. Por lo menos, para el historial de *LDL*. ¿Por qué?

— No sé de qué me hablas— respondió Josué, escuetamente.

Aragón inhaló y exhaló:

— No sé en qué negocio te metiste hace cinco años— dijo el joven. — Tampoco sé cómo no lo noté antes, si yo mismo junto a Mercedes sistematizamos todo, y es que... ¡No entiendo cómo no lo vi antes, de verdad! Porque los números están claritos. Pero lo que menos entiendo, es el porqué, si estabas en un negocio fuera de la empresa, ese dinero tocó la cuenta de *Lácteos del Lago*. ¿Me puedes explicar?

El dolor de cabeza de Josué ya se había disipado del todo:

— Si te diste cuenta de lo que sea, pudiste ver que la empresa iba Viento en Popa. Es normal que se moviera mucho dinero— trató de explicar el jefe.

— Quienes recibían dinero, eran cuentas acreditadas— dijo Romer. — ¿A quién pertenece esa? ¿A quién le pagaste tanta plata? Porque el dinero no se generó del trabajo, sino que parece ser una paga personal. Además, no tenemos registrado ese número de cuenta, ni anotada, ni siquiera sin sistematizar. Revisé los libros de contabilidad, los físicos. Y hasta me encontré con una libreta que pertenecía al Merideño. Esa gran cantidad de dinero, con la que muy fácilmente alguien podía comprar un entero centro comercial o un edificio, ¿por qué tocó la cuenta de la empresa para la que yo trabajo?

— Es mi empresa y yo muevo el dinero a mi antojo.

— Muy bien— Romer alzó las manos. Luego, palmeó sus piernas y se levantó de la silla. — Si no me lo quieres decir, te voy a explicar lo que yo creo.

El joven contaba con los dedos, y caminaba de un lado al otro mientras era medianamente observado por Josué:

— Ese tipo de movimientos bancarios solo tienen un sentido. Por lo que la lógica explica, se trata de un negocio alterno. Es obvio que no hubo inversión para tal ganancia. Lo que significa que fue un préstamo— sonrió de forma fingida y luego, regresó a su eterna expresión seria. — De ser así, ¿dónde están los pagos y los intereses por esos pagos? ¿Dónde están las firmas del fiador? Tampoco se trata de una deuda, por lo menos no las que conocemos. Ni siquiera con el tratado que más inversión te tocó emplear, pudiste recaudar esa cantidad en aquella fecha. Y menos gastarla. ¡No había visto tal cosa en tus

libros! Lo volveré a revisar, claro está. Pero por alguna razón, algo hiciste que te hizo pagar una gran cantidad de plata. A una persona u organización le pediste cobros prestados, que luego tuviste que duplicar la cifra en el pago. Si la tenías o no en tu cuenta anterior a eso, sabes que lo puedo averiguar rapidito. Todo eso está muy bien...— volvió a sonreír para luego ponerse serio. —Pero lo interesante de todo, fue el sentido del que estaba hablando anteriormente. La razón de toda esta mierda. Imagino que antes era muy fácil hacer cosas como esas, sin que el administrador dijera una sola cosa. Por supuesto, ese comportamiento tiene otras razones y otros por qué. Pero ahora soy yo quien administra y hace las veces de contador. Esa plata, Josué Mendoza, tocó las planillas que Yo manejo. Esa cifra tocó Mi trabajo. Entonces, me di cuenta. ¡Lo vi! Pero, ¿por qué un hombre haría tal cosa?! — Hizo un chasquido con la boca en una media sonrisa, algo irónica, acompañada con una indicación de sus dedos. —Te voy a explicar lo que ya sabes.

Josué se tocó el cabello, molesto. Resopló y apretó un poco las mandíbulas, sintiendo un poco de dolor. Decidió callar y seguir escuchando.

— En aquellos años, el banco para que el que trabajaba la empresa, era muy riguroso. Debías justificar la transacción sin llamar demasiado la atención. Por lo que necesitaste que la cantidad tocara la cuenta de la empresa, para que el banco no te llamara...— Romer se detuvo antes de continuar. — ¿Te contactaron? Los del banco, ¿te contactaron? Supongo que a ti no, por lo menos, no a ti directamente— sonrió. —Ahh... claro. Todo retiro indiscriminado o irregular, todo depósito indiscriminado o irregular que lleva a cabo la empresa, lo atiende el administrador— Romer alzó las manos de forma obvia. — ¿Quién era el administrador en ese entonces? ¡Yo no!

Romer bajó las manos hasta colocarlas en jarras, y luego se sentó frente a Josué, nuevamente. Su expresión aún más dura:

— No me interesa en qué tipo de negocios te metiste o hiciste o colaboraste... lo que sea. No me parece regular, no me parece que fue algo benevolente. No me quiero meter en esa vaina. A menos que me cuentes lo contrario, te digo de una vez como amigo y como casi padre que eres para mí: ¡yo no me mezclaré en asuntos corruptos! No quiero tener nada que ver con cualquier chanchullo que hayas hecho. Total, yo no era el administrador y menos, el vicepresidente de la empresa en aquel entonces. Algo me dice que todas las amenazas que recibiste tienen que ver con esa plata.

Romer lo miró a los ojos. Inyectó adrenalina en las venas de Josué por el

discurso. Mendoza intentaba tragar, su debilidad estaba muy por debajo de un chico de 25 años. Pero el viejo padre de Canela a esas alturas no diría mayor cosa.

— ¿Robaste a alguien? — Preguntó Aragón directamente. — ¿Mmm? ¿Hipotecaste la empresa? ¿Le pediste plata prestada a la mafia o a unos malandros, o algo así? ¿Tienes apadrinada la empresa? ¿Vacunada? — se echó a reír. — ¡No me interesa! ¡¡¡Esa mierda no me importa!!! Aquí quien puede salir de verdad perjudicada es alguien que tú muy bien conoces. Que yo muy bien conozco...

Josué frunció el ceño.

— Lo único que te digo es que si a Canela le sucede algo por culpa tuya... yo te lanzo a los lobos— aseguró Aragón. —Ella era el objetivo de gente mala, eso sí nos lo contaste. Que te amenazaban con secuestrarla, que por eso la enviaste a Nueva York, que creíste que ahora estaban volviendo a las andanzas... ¿Puedo pensar entonces que así de grave será el problema, que te estás volviendo loco destruyendo tu vida? ¿Qué te volviste loco queriendo enviarla de nuevo al exterior? ¿Ah? ¿Lo puedo pensar?

Se hizo un silencio en la habitación. Aragón tenía las venas marcadas y la piel de gallina, por corroborar con cada cosa que decía, que no se equivocaba. Sintió miedo:

— No puedo creerlo...— susurró Romer. Exhaló una vez, acertando. — Imagino que debes estar feliz de que ahora se encuentre en la isla.

Romer se movió en la silla mirando para todas partes, calibrando lo que diría, ordenando sus pensamientos... sintiendo ansiedad:

— El fregado siempre fuiste tú y tu patrimonio— agregó el joven en voz baja. — Ella es la más débil, la carne fresca en medio de la maldad y tus juegos sucios. Si algo le pasa, si la más mínima cosa le sucede, yo te jodo. Sin importar esta confianza que me hayas dado, o ésta camaradería que hayamos construido a través de los años. Sin importar lo joven que yo sea... Yo. Te. Jodo.

Hizo una nueva pausa. Josué respiraba aceleradamente, sintiéndose fatigado.

— ¿Tienes plata que pagar? Ahora tienes como hacerlo. ¿Con cuánto te están amenazando? No, no. No me importa. Yo no me voy a meter en eso. Solo te pido que no toques la plata de la empresa. Paga esa mierda y cierra todo ese verguero que armaste. Si es que te dejan.

Al decir aquello, Romer se levantó y caminó un poco por el espacio, con

una mano en la cintura:

— Coño de la madre...— exhaló con una sonrisa incrédula y molesta. — ¡Es tu hija! — susurró sin mirarlo.

En ese momento, a Romer se le prendió una bombilla. Quería hacer sufrir un poco a Josué por la magnitud de la cagada. Se sentó de nuevo en la silla y se acomodó de forma que Mendoza pudiera verlo entero aún mejor:

— Mírame bien...— Josué obedeció. —Cuando todo esté listo con esa gente, cuando todo termine, que pagues esa vaina completa y todos estemos a salvo, intentaré traer a mi novia de vuelta para que estemos todos juntos. Pero que no le pase nada, Josué. ¡Nada! ¡Nadita!

Josué se irguió un poco:

— ¿Qué tiene que ver tu novia...? — la expresión de su rostro fue cambiando de la extrañeza, a la certeza. Abrió la boca casi mostrando los dientes: — ¿Mi hija y tú son novios? — dijo, tragando la rabia.

Romer decidió cambiar su seriedad por una sonrisa lenta. Y él sí mostró los dientes:

— Sí. Efectivamente. Queríamos decírtelo pronto. Bueno...— se echó a reír. —Eso no es tan así. Yo quería decírtelo pronto. Obviamente Canela no... — arrugó los labios, apretándolos. —Ella, no.

Josué notó la sequedad de su garganta, al intentar tragar. Respiraba fuerte y pestañaba para calmarse. Nunca subestimó a Aragón con el trabajo que desempeñaba en la empresa. Sabía que tarde o temprano, ese jovencito se daría cuenta de lo más mínimo y que también, eso podría salvarlo de una inminente caída. Tanto monetaria, como física. Pero lo de Canela...

— Canela y yo estamos juntos, Josué. ¿Escuchaste?

— Me di cuenta que la llamaste "novia"— dijo entre dientes.

Unos segundos de silencio le siguieron a esa confesión. Unos segundos que parecieron eternos.

— Buena manera de quitarme la resaca— gruñó Mendoza.

— No creo que la resaca se te quite. A menos que le cuente a tu hija todo lo que has hecho en los últimos meses y... en todo este tiempo.

— ¿Me estás amenazando?

Romer se echó a reír y se restregó los párpados con sus dedos. Luego, suspiró profundo:

— Vístete y sé un padre. Ponte las pilas y regresa a la empresa. ¿Debo decirle a mi suegro cómo debe comportarse?

Josué clavó la mirada en él. Quizás por resaca o por la misma rabia y la

engorrosa situación, Mendoza mostraba su vista irritada:

— Hice un préstamo...

Romer alzó la cara. Por alguna razón, Josué comenzaba a hablar. Pero debía ser cuidadoso para que no se detuviera y para detectar qué era mentira, y qué no:

— ¿Hipotecaste la empresa? — le preguntó al padre de Canela.

— Estaba en quiebra.

— Eso no era así del todo. Estabas lejos de quedar en números rojos.

— Estuve a punto de quedarme en números rojos. Sabes que despedí gente.

— ¿Qué más pasó? — le interrumpió Aragón.

— No pagué a tiempo.

Romer asintió arrugando los labios y alzando las cejas. Josué apretó los párpados y se pasó la mano por la cara:

— ¿Te amenazaron con hacerle daño a Canela? ¿Por eso la sacaste del país?

Josué tragó el nudo de su garganta. Exhaló y miró fijamente al novio de su hija:

— Por lo menos evité su secuestro— respondió el viejo.

Romer no movió ni un músculo antes de preguntar:

— ¿Ahora qué estás evitando?

— Un robo... o varios robos— Josué masajeó sus sienes. El dolor de cabeza había vuelto.

Romer bufó con fastidio y algo de náuseas por todo aquello:

— Ese malestar se te va a quitar— aseguró Aragón.

Josué prestó atención.

— Luego...— el joven continuó. —quizás tus manos tiemblen un poco y sientas la boca seca. Cualquier cosa te olerá a whisky y casi no tendrás apetito. Tendrás que refugiarte en aspirinas para poder calmarte. Y quizás...— sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo de su camisa. —volverás a fumar como antes.

Josué lo miraba fijamente, deseando uno de esos cigarrillos.

— Eso se llama Ansiedad— siguió Aragón. —La conozco muy bien, Josué. Y es una mierda. Estás cayendo en la bebida...— hizo una pausa, pensando en mil cosas a la vez; todas mezcladas con sus propios malestares. Su cara se arrugó parecida a la expresión de algún dolor. —Jm, no te culpo— susurró finalmente.

Josué casi no pestañaba. Quería hacer preguntas, pero no sabía exactamente

cómo hacerlas. Así que carraspeó la garganta antes de hablar:

— ¿Has sido alcohólico?

Romer levantó la cara y se dio cuenta de que la estaba cagando. Tragó aliviando su propia sequedad:

— En la universidad tuve un impase. Solo eso— explicó Aragón.

Josué asintió, comprendiendo.

— Despediste a los escoltas, ¿por qué? — continuó Romer, cambiando un poco el tema. No los necesitabas si no salías de casa, ¿cierto?

Josué arrugó los labios. Romer sabía que lo estaba maldiciendo mentalmente.

— En cierto punto ningún movimiento de tu plata personal o los que hagas, son asunto mío— dijo el joven. —En caso de que algo malo pase con tu empresa, yo declaro a mi favor y renuncio. Debo decírtelo así, Josué. Pero he creado un vínculo aún mayor que tiene nombre, Canela Sofía. Grábate esto: Si a ella le pasa algo, entonces todo sí que será asunto mío. Todo a partir de ella, es asunto mío.

— ¿Desde cuándo están saliendo?

— Desde noviembre— respondió sin pensarlo dos veces.

Josué abrió los ojos y empuñó las manos, intentando levantarse. Sin éxito, comenzó a reclamar la desventaja en la que se encontraba y el aprovechamiento de Romer gracias a ello.

— Tranquilízate, Josué— se levantó un poco, colocando las manos en sus hombros para sentarlo nuevamente.

— Apenas es una niña. Y tú no eres un santo.

Romer soltó una risa amarga:

— Lo sé. Pero ella me gusta. ¡Me gusta mucho Canela! Y quiero que tú lo sepas de mi boca. A demás por lo que veo, ella está mejor conmigo que sola, ¿no es así?

— Carlos me dijo que estabas saliendo con una chica. Bueno, no me lo dijo así. Me dijo “acostándote con una chica”. Pero por Dios, no quiero decirlo así, lo juro. ¡Y menos ahora! — se quejó, mordiéndose los nudillos de los dedos empuñados.

Romer apretó los dientes y cerró los ojos. Respiró y exhaló para calmarse. Luego, maldijo a Carlos:

— Solo tengo una novia. ¡Una! Y se llama Canela Sofía Mendoza. Vive en Margarita y ¡me desvivo por ir a verla siempre!

— Yo solo estaba repitiendo las palabras de mi sobrino. ¿No crees que sea

lógico que te lo diga? ¡Claro! Por eso le echaste bola a los contratos en la isla...

— Esos contratos los cerró Carlos desde aquí. Yo solo asistí a las reuniones— dijo Romer, levantando las manos a modo de excusa.

— Esto es una locura. Canela es una niña. ¡No lo voy a permitir!

Romer se echó a reír abiertamente. ¡No lo podía creer!

— Es que...— se reía. —No vas a poder hacer nada para evitarlo— seguía y seguía riendo.

— ¡¿Cómo te atreves?!

— ¡Porque tú me la confiaste! — explicó alzando un poco la voz entre las risas. —Tú fuiste el que me pidió que la cuidara. Me pediste que me quedara en *Luna de Margarita* aquella noche y lo hice. Me pediste que la vigilara, y también lo hice. Y con tus actos de mierda, hiciste que sucediera algo entre nosotros.

— ¡No me eches la culpa ahora de nada! Te pedí que la cuidaras, no que te metieras en su cabeza.

— ¡¿En dónde?! — Romer se rio para luego, ponerse serio. — Sucedió al contrario, Josué. Fue ella quien se metió en la mía— dijo señalando la cabeza. —Mucho antes de que me encomendaras cualquier misión con respecto a Canela. Aquí. ¡Se me metió aquí! — remarcó lo dicho de la misma forma que sus dedos apuntaban sus sienas.

Josué respiraba rápido, desesperado y al mismo tiempo, tratando de combatir el malestar que cargaba. Miró a Romer fijamente pensando en lo dicho. Quería decir mil cosas más pero por alguna razón, aquellas frases surtieron un efecto no esperado.

— ¿Con quién mejor cuidada estará tu hija que conmigo?

— Eres un arrogante.

— No. Solo estoy interpretando tus propios pensamientos.

Josué cerró los ojos y dejó caer su torso encorvado, como si se rindiera más al malestar que a otra cosa. Exhaló fuerte:

— No lo vi venir— dijo el padre de Canela.

— ¿Hablas de tu hija conmigo, o de la empresa?

— De mi hija con... contigo— respondió, con los dientes apretados.

— Entonces, créeme que yo tampoco.

Josué lo miró de nuevo, con una pregunta en mente. Pero la formuló tras unos segundos de silencio:

— ¿La quieres?

Romer esperaba esa pregunta. Tragó grueso. Quería decir alguna cosa que sobrepasara la verdad. Pero se limitó a la contestación más simple:

— Sí. Mucho.

Mendoza asintió y negó a la vez, pasándose las manos por el rostro y masajeando la frente, resoplando y suspirando, todo a la vez. Volvió a sonar el teléfono fijo. Romer se levantó y le alcanzó el inalámbrico a su jefe. De esa forma, pudo observar el cambio corporal de esa mañana. Y las palabras que dijo Josué lo pusieron nervioso y en alerta. Justo al colgar, Romer preguntó qué pasaba.

— Era Canela— respondió su padre con su rostro compungido.

— ¡¿Qué pasa con ella?!

Josué hizo un silencio lamentoso:

— Lucía está en el hospital.

Capítulo 19

Canela se encontraba sentada junto a un nervioso Macario, en una de las frías sillas del hospital donde ingresaron a su tía. La joven se mordía las mangas de su suéter para calmarse. El doctor de turno ya les había indicado el estado de Lu. Pero debía permanecer hospitalizada para hacerle unos exámenes al día siguiente.

— Deberías irte, Macario. Tú no estás para estos trotes.

— Ni loco me voy.

Canela sonrió dulcemente:

— Te voy a necesitar mañana con todas las pilas recargadas. Y créeme, ahorita las tienes todas sin energía— decía burlándose de forma inocente.

Macario resopló y levantó su envejecido y delgado cuerpo. Canela se puso de pie y lo despidió con un beso en la mejilla.

— ¿Estarás bien? Te vas a quedar solita.

Ella sonrió con los labios juntos:

— Eso no es problema para mí.

Macario asintió con la cabeza y caminó lentamente por el pasillo. La chica dejó caer la cabeza en la cerámica de la pared y relajó su cuerpo. Lo cubrió con los brazos para calentarse y cerró los ojos, con las piernas estiradas. De esa manera, con todo su cuerpo relajado en medio de tanto concreto y temperaturas artificiales, se dejó ir.

Sin saber exactamente cuánto tiempo había pasado, se removió al sentir una sensación cálida contra su nariz, y se desperezó lentamente al divisar un mechón de pelo moviéndose tras su oreja. Abrió sus ojos y empañados por el sueño, miró justo al frente. Abrió la boca en un sorpresivo y corto acto de incredulidad.

— Te ves cansada.

Escuchó el grueso susurro muy cerca, pero solo tenía sentidos para esos ojos oscuros:

— ¿Cuándo llegaste? — pudo preguntar.

— Acabo de llegar.

Como un ventarrón, Canela se lanzó a los brazos de Romer, abrazándolo con fuerza y respirando en su cuello. Sin importarle nada ni nadie y menos el lugar donde se encontraban, él la colocó en su regazo para anclarse en ella. La apretó duro y sobó su espalda repetidamente. Canela se separó un momento y comenzó a sobar su rostro afeitado, justo debajo de sus ojos. Aragón cerró los párpados:

— Me encanta cuando haces eso.

Ella sonrió ampliamente al escucharle:

— A mí me encantas tú— lo besó profundamente, mezclando su lengua con la de él. Romer pasó sus manos por toda la espalda femenina.

— ¿Cómo te enteraste? Yo no pude llamarte.

— Me contó tu padre.

Canela pegó su frente con la de Romer y suspiró sin dejarlo de abrazar:

— Tenemos que hablar— dijo ella.

— ¿Es serio lo de la señora Lucía? — preguntó sin prestar demasiada atención.

— Son los riñones. Mañana le harán unos exámenes.

— Wow. Eso parece grave. ¿Siente mucho dolor?

— Se desmayó. Te podrás imaginar.

Aragón asintió, abrazándola fuerte:

— Lo siento. Siento no haber estado contigo en ese momento. No imagino lo difícil que fue para ustedes moverla, trasladarla hasta acá...

Ella negaba enfáticamente:

— Tía estará bien. No te preocupes. Y...— se interrumpió bajándose del regazo de su novio. —no es eso de lo que debemos hablar.

Romer miró fijo en sus ojos, buscando en ellos el tema en cuestión. Tragó grueso imaginando cosas:

— ¿Qué pasó?

Ella hizo una breve pausa antes de hablar:

— ¿Por qué no me contaste que papá estaba bebiendo todos los días?

Aragón cerró los ojos por unos segundos, mentalmente aliviado por la razón que ella le dio.

— Se supone que es una racha. No quería que te preocuparas solamente por una etapa.

— Romer...— le sostuvo la cara. —Es mi papá. Todas las etapas de su vida, todas sus rachas para mí son importantes.

Él volteó su cara para enfrentar la suya, sintiendo un rebote en el pecho, orgulloso de ella:

— Él está bien, Canela. ¿Quién te lo dijo?

— Carlos.

Romer apretó los dientes y asintió apenas un poco, sin decir nada.

— Tengo otra cosa que decirte— dijo ella. —Pero después. Mañana cuando estemos en la posada, mejor.

Aragón la miró con los ojos entrecerrados y mordió su labio inferior, asintiendo.

— Deberías irte a Luna de Margarita. Yo me quedo aquí.

— Ni loca me voy.

Se acomodó mejor en su regazo, en una posición que no fuese comprometedor para el lugar en el que se encontraban, se apretó duro a él y cerró los ojos.

— Ya estás aquí conmigo. Todo va a estar bien— dijo ella con una sonrisa y acomodándose cada vez mejor.

Romer se echó a reír y dejó caer la cabeza en la pared, acariciando el cabello de su hermosa novia, y respirando profundo por aquellas palabras:

— Todo va a estar bien— repitió él, más para sí mismo.

Lucía parloteaba en medio del malestar. Regañando a todo el mundo por el excesivo cuidado y batuqueando las manos a quien le demostrara preocupación. Rabiosa, risueña, jocosa. La tía Lu se sentía morir, pero jamás lo demostraría.

Macario, Canela y Romer se encargaron de acomodarla en su cuarto y proveerle de todas las comodidades. La posada tenía las habitaciones llenas. Pero Canela contrató a tres personas quienes siempre le colaboraban a Lucía en las temporadas altas. Por lo que el trabajo estaba cubierto, mientras Macario se desvivía por atender y a la vez, fastidiar a la dueña del recinto.

Romer no tenía ninguna reunión que atender. Solo había planeado visitar a unas amistades recientemente conocidas, y esperaba que las aguas se calmaran

para ir acompañado de Canela. Quería disfrutar con ella de una buena vez. Estaba cansado de los viajes y la distancia. Quería sacarla a bailar, bañarse con ella en la playa nuevamente, conocer la isla y comer fuera. Pero lo que más deseaba, era que todo aquello sustituyera la terrible ansiedad que sentía. La boca seca, el perenne dolor de cabeza, el picor en las manos; las maléficas ganas de consumir. Y esconder aquello, figuraba un arduo trabajo.

Dos noches siguientes, Canela se encontraba recostada en la baranda frontal de la terraza, mirando el mar; el oscuro y provocador panorama. Romer se acercó a ella por detrás rodeándola con sus brazos y colocando su barbilla entre el cuello y el hombro de la joven mujer. Un ronroneo de felicidad llegó a sus oídos, haciendo que su corazón se manifestara.

— Hoy se fueron los brasileños. Ya solo quedan cuatro habitaciones llenas y esos huéspedes no pasarán el 24 aquí— informó Canela.

— Solo falta una semana para navidad. ¿Te irás a Maracaibo?

Ella negó con un gesto:

— No creo. Tía está delicada. No debería.

— Canela... — Romer se quejó. En cierto punto, sabía que era mejor tenerla lejos. Pero no soportaba la distancia.

Ella se giró para enfrentarlo:

— Es mi trabajo. Y es mi tía— volvió a su posición original, de espaldas a él.

— Vente a Maracaibo conmigo— susurró acercándose más a ella. Besándole el cuello para convencerla. —Conmigo no te pasará nada— dijo sin intención de que ella escuchara, sin éxito.

— ¿Qué podría pasarme? — dijo con la cara arrugada. Giró su cuerpo nuevamente. — ¿Me vas a presentar a Dina?

Como un frenazo en medio de la carretera, Aragón se apartó para mirarla mejor. Sus ojos eran un poema de desconcierto absoluto:

— ¿Por qué me preguntas eso?

Canela lo observó muy seria:

— Dina te llamó. Quería hablar contigo. Y al final, terminamos conversando.

Romer apretó los dientes. No lo podía creer:

— ¿Qué te dijo? ¿Qué quería?

— ¿Por qué hablas tan despectivamente de ella? ¿No se supone que es tu hermana?

— No estoy hablando mal de ella— dijo, separándose un poco.

— No entiendo por qué cada vez que te hablo de Dina, cada vez que la menciono... cambias.

— Canela... No quiero discutir.

— ¿Quién está discutiendo? Tú eres quien me quiere llevar a Maracaibo. Yo no quiero ir, no puedo ir. Me quiero quedar aquí.

— ¡Allá está tu casa, Canela!

— Esta es mi casa— dijo señalando alrededor.

— Te quiero conmigo allá...

— Me tienes contigo aquí.

Romer se movió unos pasos y volvió a ponerse delante de ella, bufando con desesperación:

— ¿Qué estás diciendo, Canela? No soy de aquí; no vivo aquí. Y tú eres mi novia— dijo señalándola duramente. —Yo te quiero las 24 horas del día conmigo...

— Esto es una locura— le interrumpió. —No me puedes obligar a estar en un sitio que yo no quiero. Te pareces a mi padre.

— Esa es otra razón. Tu padre...— se masajeó la cara completa. — ¿No vas a verlo?

Ella echó la cara hacia atrás con una sola exhalación:

— No me vengas con chantajes. ¡No me vas a chantajear, Aragón! — dijo señalándolo de la misma forma que él había hecho con ella.

— ¡Baja esa mano! — tomó el dedo y se lo bajó con brusquedad. —No es un chantaje. ¡Estoy cansado! — dijo, pasándose las manos por la cabeza. —Te necesito. Y no voy a permitir que la maldita distancia sea un problema— enfatizó, espantando el aire con las manos.

Ella respiraba rápido haciendo una pausa algo prolongada:

— ¡No me puedes obligar! — dijo con la voz alterada. — ¡¡¡Ni tú ni nadie me pueden obligar a nada!!! — Salió corriendo escaleras abajo hacia la playa, y logró alejarse de él.

— ¡¡¡Canela!!!

Sin tiempo que perder, Aragón salió en su búsqueda y ambos se introdujeron en la penumbra de la noche, siguiendo el ritmo de las olas con su carrera.

— ¡Ven aquí! — Ella seguía corriendo. — ¡Canela Sofia! ¡Párate ahí, coño!

— ¡¡¡Déjame en paz!!!

Ella llegó a la orilla, se descalzó y de prisa, se metió al mar. Romer lanzó una maldición. Se quitó las botas de montaña que usaba a modo industrial y las

medias que siempre cargaba puestas, y saltó sobre la arena y el oleaje para alcanzarla.

Canela comenzó a nadar pero no pudo seguir escapando. Una ola más fuerte que las reales, la atrapó para no dejarla ir. Las manos de Aragón agarraron con fuerza su ropa y de un empujón, la arrinconó a su pecho. La joven pegaba gritos de sorpresa, por el frío, por la forma en que la tomaba. Pero Romer la hizo callar con un beso. Arrastró su boca por toda su cara, mordió sus labios, su lengua. Tomó las piernas de la mujer y se envolvió con ellas.

— ¡Sostente...!

La petición estaba de más. Canela se bajaba el pantalón por una pierna mientras con una mano, Aragón desabrochaba el suyo. Y sin esperar más tiempo, la penetró. Y de la misma forma, comenzó a moverse duro y profundo. La hizo gemir fuerte, casi al grito mientras ella se estiraba hacia atrás sintiendo el empuje de aquel hombre. Era increíble cómo los gruñidos de él se podían escuchar a través del oleaje.

— Te quiero así. ¡De esta forma! — dijo él entre gemidos. Ella no podía emitir palabras. Solo el excitante sonido sexual que emanaba de su boca. — Eres tan divina. ¡Dios! Tan divina.

— Aragón...

— Me excita cuando me nombras. Me vuelves loco.

— ¡No te detengas!

— Jamás. ¡Lo juro!

Y con esa promesa, se entregaron, se abandonaron dentro del agua como ninguno de los dos lo había hecho antes. Duro, fuerte, duro... no existían otros ritmos. Rápido, suave, veloz... no existían otras velocidades. Hasta que la aureola de agua que los cubría se tornó caliente como un sauna, y los llevó al éxtasis. Al sutil y deseado éxtasis...

Capítulo 20

El viejo Macario masticaba su acostumbrada arepa matutina mojada en café, mirando hacia la izquierda y hacia la derecha, una y otra vez. La mesa estaba en silencio literal. Pero en medio de aquel vidrio redondo, se entretejía un discurso de lo más interesante. Se trataba de un discurso emocional. El trabajador de la posada contemplaba a Romer y Canela mirarse uno al otro, como en las antiguas historias de época, donde dos personas que se gustaban, elegían callar y otorgar.

Canela sostenía con lentitud el cuchillo, lo untaba con la mantequilla y luego, sin dejar de mirar al joven, bañaba una porción de masa asada con la crema, parsimoniosamente. Romer miraba aquello con los ojos entrecerrados y una sonrisa inocente, tomando su café negro con el brazo doblado de forma que se le marcara la sensual musculatura, bajo la tela de franela azul. Canela por su parte, se mordía los labios para no reírse, y de inmediato se levantó solo unos pocos centímetros para arrimar el queso, el cual se encontraba en el lado contrario de la mesa. Cuando se inclinó, Romer pudo ver una buena porción de sus pechos. Alzó una ceja pasándose la lengua por los dientes, y se acomodó en la silla para disimular su escarpado pantalón.

Macario miraba la acción sin perderse de nada, masticando lento mientras veía como Romer detectaba fijamente, el escote de la jovencita. Canela sonrió abiertamente por pocos segundos, luego también alzó las cejas con el rostro serio, y como una princesa de cuentos extraños, abrió su arepa y con el dedo del medio, empujó el queso dejando a la vista la intención de aquello. La mandíbula de Aragón se movía como lagartijas queriendo salir a través de la piel...

— Está calientita la arepita, ¿no? ¿O acaso es el café?

Ambos miraron a Macario después de escucharles decir aquello. Luego se miraron nuevamente, y se echaron a reír.

— Coño, que por viejo no soy tonto— agregó el ayudante.

Aragón apretó los labios para no decir nada, y Canela mostraba su

dentadura con la lengua entre los dientes.

— Que si la arepita está caliente; te pregunté, niña— volvió a decir el viejo.

— Síii... Que sí, Macario. Bueno, la verdad no tanto. Solo sé que está divina.

— Ajá... ya veo que está divina— miró a Romer. — ¿Y tu café? ¿Está muy pesada la taza? Acaso, ¿te incomoda algo en la sillita?

— No, no. Para nada, señor Macario. El café está tibiecito, dulce y fuerte, como a mí me gusta.

Canela evitó una carcajada con el carraspeo de su garganta.

— Ya... Ya veo yo lo que ya veo— dijo Macario.

— ¡¿Ah?! ¡¿Qué?! — preguntaron los dos jóvenes al mismo tiempo.

Macario dejó la taza de café sobre la mesa, haciendo ruido con la acción:

— Dios mío, lo de ustedes no tiene remedio— dio una palmada. — ¿Será que les saco el violincito pa' ver si comienza la ópera?

Se hizo un silencio. Un silencio cruel. Pero si aguantar mucho más, Canela y Romer comenzaron a reír mirando la cara roja, arrugada y desconcertada del viejo ayudante. En ese momento, apareció Lucía por el umbral de la terraza:

— ¿Todo bien? — preguntó la recién llegada. — ¿De qué se ríen?

Aragón se levantó junto con Macario en cortesía, pero Lu los detuvo:

— Siéntense. No hace falta tanta galantería.

— Tía Lu...— Canela se secaba las lágrimas por la risa. — ¿Pero qué haces por aquí? ¿Te sientes bien?

— Como una pepita mi niña. Me siento como una fresa merideña.

Aragón sonrió por el comentario. Lucía los acompañó en la mesa y comenzó a desayunar:

— ¿Hiciste tú las arepas, muchacho?

— Sí, señora Lu— respondió el más joven de los hombres.

— Claro que las hizo él. Y Canela lo ayudó— dijo Macario. —Por cierto, me parece que tardaron un mundo en hacer el desayuno. Yo creía que en vez de desayunar, almorzaríamos.

Los demás rieron. Luego, Romer aprovechó la ocasión para conversar un tema de su interés:

— Señor Macario, ¿usted trabajará hoy?

— Sí, ¿por qué?

Romer miró a Lucía:

— Señora Lu, he pensado... ya que tengo poco tiempo para estar aquí y veo

que hay más ayuda... en llevarme a Canela a dar un paseo. A un lugar que quiero que ella vea. Ya que la posada se encuentra tranquila, me encantaría aprovechar este domingo con ella...

— Un momento— pidió la señora Lu. La mesa quedó en silencio. —Este café está muy bueno. ¿Lo hiciste tú, Macario?

— Ni que yo fuese loco pa' estar me metiendo en esa cocina.

Lucía se echó a reír, ya imaginaba lo que podría haber pasado. Luego, miró a los tórtolos:

— Ustedes son adultos. Te agradezco mucho Romer, el habérmelo pedido. Supongo que lo hiciste como la jefa que soy y no como la tía.

— Como las dos, señora Lu.

— Ustedes son jóvenes, bellos, llenos de vida. Tienen esta hermosa playa para disfrutar...— Lu barría con la mano todo el panorama que los rodeaba. — Váyanse a donde deseen. Pero solo les diré una cosa...

Ellos asintieron. Hasta Macario asintió, expectante:

— Tengan cuidado pero no con la delincuencia, el bravo oleaje o cualquier otro de esos peligros, no. Tengan cuidado con esto... ¿ven? — señaló su cabeza. —Las oportunidades en el amor se presentan una sola vez en la vida— Los comensales notaron un brillo en los ojos de Lucía, quien dio un sorbo al café para despistar, y luego continuó el discurso con una voz apagada: —Lo digo por experiencia propia.

Canela frunció el ceño mirándola con la cara ladeada. Pero después, curveó sus labios hacia abajo sin darle demasiada importancia. En cambio, Aragón se quedó observando a Lucía, detenidamente. Masticando las palabras dichas con mucha precisión:

— Muchas gracias por entender— dijo Romer con su habitual voz gruesa y juvenil. —Ambos regresaremos temprano, no se preocupe.

Lucía se encogió de hombros y miró hacia la playa. Macario tenía los ojos bien abiertos por todo aquello.

— Tía, ¿te sientes bien?

— Sí.

Canela asintió algo extrañada. Luego, se levantó para llevar los platos al fregadero, seguida por su novio:

— Tía está rara, ¿no?

— Está enferma, aunque ella diga que no. Quizás es eso— respondió Aragón, ya estando con Canela en la cocina.

— No sabía que íbamos a salir.

Romer se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. Plantó un beso sonoro en sus labios carnosos:

— Conocí a unas personas durante las reuniones de trabajo y me invitaron a un almuerzo en bote. ¿Te gusta la idea? — preguntaba, posando su barbilla en el cuello de la mujer. Algo que le encantaba hacer.

— Mmm, me dejas sorprendida. Es buenísima idea.

— Es un bote alquilado pero es cómodo y grande; te va a encantar.

Él sobaba su espalda, hasta llegar a su tierno trasero. La excitación de Canela volvía a acrecentarse. Aquel jueguito mañanero había arrojado sus secuelas por todo el cuerpo.

— Y... ¿se pueden hacer cosas en ese bote? — preguntó la joven con un ronroneo entre líneas.

— Mmm, ¿cosas como qué? ¿Cómo ésto? — Aragón bajó la cabeza hasta colocar sus labios sobre los senos, los cuales se tornaban duros bajo la blusa. Al mismo tiempo, metió una mano por la pretina del corto pantalón que la joven cargaba puesto.

Canela reprimió un gemido:

— Qué poca vergüenza tienes— ella ronroneó acariciando los hombros de su amante. — Quieres que los demás nos vean.

— ¿Te gustaría ser observada? — introdujo un dedo dentro de la mojada cavidad de su novia.

— Oh Dios... No lo sé...

— Estás demasiado... demasiado endemoniadamente buena esta mañana.

Canela sonrió, bajando una mano hasta la entrepierna de Romer:

— Y tú estás muy despierto aquí abajo.

Romer siseó en desparpajo:

— Mírame— ella obedeció. —Desde anoche estoy así. Culpa tuya...

Ella emitió una risita, mordiéndose un carrillo. Aquello hizo gruñir al hombre:

— Supongo que tienes que ir a cambiarte de ropa— preguntó él.

— Ajá...

— Te acompaño.

Y la llevó al piso de arriba entre griticos femeninos.

Romer manejaba hasta un muelle privado, el cual se encontraba al final de la avenida Aldonza Manrique. El día no podía ser más perfecto. El mes de diciembre aportaba a Pampatar, esa brisa dulce y emblemática que se mezclaba con una porción de nublado para el día, dejando entrever un radiante sol margariteño por las tardes.

Durante el recorrido, Canela miraba alrededor como una niña, asombrada por aquel escenario; sintiéndose plena como nunca. Sintiendo mil emociones, debatiéndose entre la esperada visita y la idea segura de que aquello, era justo lo que quería vivir desde hace más de un año.

— ¿Te gusta?

— ¡Me encanta, Romer! Esto es precioso. No conocía esta parte de la isla. Romer sonrió sinceramente y miró hacia la carretera.

— Pero falta algo...— informó la joven.

Él frunció el ceño:

— ¿Se nos olvidó algo en la posada?

— Nop. Casi casi, pero no— ella hurgó entre sus cosas hasta ubicar un CD y luego, lo batucó frente a él. — ¡Esto! Ya que el carro tiene para escucharlo, quiero que conozcas a esta banda. Es un grupo francés. No sé si te vaya a gustar... — dijo encogiendo los hombros.

— Ponlo— demandó él. Ella procedió con la orden y unas notas profundas inundaron el ambiente:

« Somewhere, deep in the jungle... »

Aragón sintió a través de su piel, la sabrosa sensación que produce cualquier melodía energética. Luego de que aquel misterioso hombre declamara, la sangre comenzó a recorrerlo, caliente, veloz... Aquella canción era poderosa. Surtió en él, un efecto no esperado. Mientras, ella tarareaba feliz la melodía, disfrutando el rostro desconcertado de Romer por el extraño estilo musical que había elegido para la ocasión. Aquello la hizo reír y al hacerlo, miró hacia el techo y lo que vio, le hizo abrir la boca:

— ¡Romer!

El muchacho pegó un respingo volviendo a la realidad:

— ¡¿Qué pasa?! Mujer... me vas a matar del susto, que voy manejando.

Ella movía las manos como si se quemara:

— ¡Esto...!— señalaba para arriba. — ¡¿Eso es un quemacoco?! —

preguntó con una voz gutural.

Él viró sus ojos al techo por no poder girar la cabeza al completo, y se rio:

— Es un techo solar, Canela.

— Un quemacoco. ¡Eso se llama quemacoco! — dijo la chica, doblando sus rodillas pisando el cojín. — ¿Por qué no lo había visto antes? — susurró.

— ¿Qué haces? Acomódate, Canela...

Ella abrió el quemacoco emitiendo un grito:

— ¡¡¡Ahhhh, Dios mío!!! ¡¡¡Esto es espectacular!!!

— Canela, bájate...

— ¡Súbele volumen!

Él juró una maldición, pero cualquier posible regaño se evaporó al ver desde esa posición, el bikini de Canela por dentro de la falda cortísima que se había puesto. Tragó grueso y susurró un “wow” que ella no logró escuchar, por andar entretenida con la brisa y la novedad de libertad que proponía aquella minúscula ventana.

Aragón tomó la carátula del CD y leyó: *Deep Forest*⁵⁷, mientras Canela entonaba la extraña melodía. Aún no entendía muy bien la tonada. Solo escuchaba algo que parecía ser asiático.

— Súbele. ¡Súbele, Aragón! — gritó con medio cuerpo fuera de la ventana.

Él obedeció y preguntó por encima del ruido:

— ¡¿Estás segura de que son franceses?! ¡¿Cómo se llama la canción?!

Ella se rio abiertamente:

— ¡*Deep Forest!*⁵⁸

— ¡La canción! ¡Que cómo se llama la canción, no el grupo! — él resopló con fastidio.

— ¡Se llama Deep Forest también, tonto! — ella rio.

Cuando el coro llegó, Canela dejó que el viento la peinara y abrió la boca para tararear la melodía electrónica y batucar las palmas en contra de la carrocería. Expandió sus brazos y cerró los ojos, con la sonrisa secándose por la velocidad de la carrera que de alguna manera, Romer no disminuyó.

Los sentidos alertas y relajados, a la vez; Canela tarareó y movió su cuerpo. Y al subir el volumen aún más, dándole más potencia, más fuerza... la respiración de Romer se aceleró, envalentonada por la sensación de adrenalina. Canela gritó, cantó, golpeó la carrocería, tuvo ganas de desnudarse y dejar que el viento fuese lo único que la tocara. La melodía siguió junto a los niveles de energía con la que fue compuesta. Y cuando las flautas dejaron vestigios de tonadas repetidas y exquisitas, Romer aprovechó un espacio

lateral en la carretera y se detuvo.

— ¡¿Qué pasó?! — preguntó ella sorprendida.

Él salió del carro y miró hacia el techo:

— ¡Bájate!

— ¿Qué?

— ¡¡¡Bájate!!!

Él, desesperado, escaló por la capota del auto hasta llegar a ella. La tomó por los brazos con fuerza y la sacó de allí. Canela se asustó porque no entendía nada. Ambos se resbalaron sobre el caliente vidrio frontal y él, luchando por no caer mal, la tomó con todo su cuerpo y la besó. Allí fue cuando Canela entendió.

La música seguía trabajando a través de los parlantes mientras las lenguas se mezclaban con todo lo demás. Romer tomó el cabello de Canela y lo empuñó con fuerza, mientras ella agarraba de la misma forma, la camiseta de Aragón. Se besaron con las quijadas a punto de desprenderse, gruñendo de emoción, sin importar el calor de la carrocería. Un beso sexual, visión de cosas no dichas, efecto de una introducción sublime, hecha letra; definición de pasión y desenfreno, de misterios develados.... Canela se graduaba de mujer con aquel beso, queriendo entender cada vez más la reacción que la música había provocado en él; quien mientras se la comía con sus manos y labios ardientes, le entregaba todos los honores para el entendimiento.

La carretera estaba sola a esas horas del mediodía. Pero al pasar unos minutos, la pareja no se percató de algunas cornetas pitando. Los conductores pasaban de largo pero antes, ralentizaban para ser testigos de aquella batalla. Alguno de ellos lanzaba frases sugerentes carcajeados por la escena. Canela sintió sus senos descubiertos. Él lo había hecho sin ninguna vergüenza, y la succión de los pezones vino después para confirmarlo. Una felicidad líquida la inundó y como si aquello tuviese propia voz, Aragón apartó el bikini y con los dedos, rozó de un lado al otro aquel punto débil con rapidez, hasta hacerla ver de cerca los rayos del sol.

Canela dejó caer la cabeza hacia atrás y se abandonó, temblando con las piernas abiertas de forma muy desordenada, sostenida en vilo por los brazos de aquel muchacho loco. Divina excitación: la muestra de que la música puede construir los mejores orgasmos...

Cuando ambos pudieron ver claramente donde se encontraban, corrieron hacia el interior del auto y siguieron su camino conversando sobre la banda europea que acababan de escuchar. Por una parte tranquilos y por otra,

jadeantes.

Desde ese momento, algo en Romer cambió. Ya Canela no era su simple novia. La joven, hermosa e inteligente Canela Sofia Mendoza pasó a ser completamente suya. Y para él no era necesario decírselo a ella.

Capítulo 21

— ¿Cómo la están pasando?

El joven estudiante militar y amigo de Aragón, quien había alquilado aquel bote junto a otras personas, se aseguraba de que sus invitados se encontraran cómodos.

— Muy bien— respondió Romer. — ¿Por qué no vienen a esta parte? — señaló el espacio.

— Nos estamos bañando allá delante. Y tampoco quiero interrumpir— el joven movió las cejas con sugerencia. —Adentro hay cervecita. Está bien fría.

— Gracias Pedro— dijo Canela.

— De nada, preciosa— respondió el anfitrión.

La pareja se encontraba sobre una tumbona en la parte trasera de la nave. Ella boca arriba y Romer entre sus piernas, exponiendo su espalda desnuda al sol.

— ¿Dónde los conociste?

— Solo conozco bien a Pedro— le respondió Romer. —A Juan, no mucho. Pedro es sobrino de uno de los dueños de la empresa con la que firmamos unos contratos en noviembre.

Canela asintió.

— Él está en el servicio militar. ¿Y sabes? Me invitó a servir.

— ¿Si? — preguntó ella.

— Ajá. Él es una buena persona. Hicimos buenas migas de inmediato.

— ¿Pero él no es de aquí, verdad?

— Los Suárez son de aquí. Pero él vive con la familia de su madre en Ciudad Bolívar.

— Ah ok... Pedro Suárez— ella miró hacia atrás, ubicando el sonido de risas y chapuzón de los demás. —Ese Pedro es guapo. Y muy alto.

— ¿Es muy qué? — la tomó ligeramente de la barbilla.

— Él.es.muy.guapo— repitió remarcando cada palabra.

— ¿Ah sí? — se acomodó mejor mientras la tomaba de las piernas. —No hagas que nos vayamos de aquí.

— ¿Y por qué nos iríamos?

— Para que no tengas que mirar a nadie más— dijo en broma y en serio, a la vez.

Ella frunció los labios y alzó las cejas detrás de los lentes de sol:

— Él es guapo, pero tú estás buenísimo.

Él levantó sus propios lentes y la miró de arriba a abajo, separándose un poco de ella. Negó con la cabeza:

— No mejor que tú. Y menos con ese mini traje de baño.

Ella se rio:

— Es un simple bikini...

— ¿Un simple bikini esos dos retazos de tela roja? Tienes una bandana en las tetas y otra en el culo.

Canela abrió la boca y se echó a reír a mandíbula abierta. Romer se rio con ella, también. Hasta que vio cómo Canela se mordió los labios de forma juguetona. Parecía que tenía un plan en mente. La chica miró hacia atrás y asegurándose de que nadie los viera, tomó con sus uñas los extremos del top y los bajó rápidamente, dejando ver sus tiernos pechos y riéndose por la travesura. Romer se lamió los labios con lascivia y se acomodó hasta bajar la cabeza y besárselos.

Uno a uno.

Un beso tierno a cada uno, para luego cubrirlos con la tela. Después, se sentó en la tumbona. Levantó las hermosas piernas morenas de Canela y las colocó en sus hombros.

Ella suspiró y se dejó acariciar. Aragón olió el aroma a protector solar de una de las extremidades, mientras repartía besos por doquier. A Canela se le ocurrió otra idea. Se estiró un poco hasta alcanzar su bolso y sacó una cámara fotográfica. Él sonreía seductoramente, enseñando sus dientes casi perfectos y casi blancos, sin dejar de masajear las piernas de su chica.

Canela tomó fotos. Capturó a Romer besándola con dulzura, cubierto de músculos quemados por el sol y el cabello mojado, echado hacia atrás. Espectacularmente guapo con una sonrisa rara, conservando aquel ceño fruncido y la seriedad a punto de quebrarse. ¡Guapo! Esa era la palabra que Canela tenía en la cabeza. Lo había visto desnudo varias veces. Pero nunca con un panorama de ensueño detrás de él.

Luego de varios disparos, guardó la cámara y siguió contemplando las

vistas, relajada como nunca lo había estado.

— ¿Por qué te pusiste brava cuando te pedí que te fueras conmigo a Maracaibo?

Aragón hizo aquella pregunta tras un silencio algo prolongado. La joven lo miró por unos segundos antes de responder:

— Ya lo sabes. Porque no me puedo ir.

Él se acomodó en la tumbona hasta sentarse mejor. Y ella hizo lo mismo en tensión:

— Creo que dejaste muy claro que la razón no es porque no puedes. Si no, porque no quieres— él hizo otro silencio. — ¿Por qué, Canela?

Ella dobló sus rodillas acercándolas a su pecho y colocó los brazos encima de sus piernas:

— No es eso, Romer... ¿En serio vamos a hablar de ese tema ahora?

— Sí.

Ella puso los ojos en blanco.

— Estoy seguro que toda tu actitud de no querer ir, tiene que ver con tu padre. ¿Qué pasa, Canela?

Ella tragó grueso y miró hacia la izquierda antes de volver su cara a él:

— No es nada del otro mundo.

— No entiendo...— dijo con voz suave y gruesa, directa a ella. — Discutiste con Josué para no irte a Suiza. Querías quedarte en tu casa. Ahora resulta que no quieres volver. ¿Qué pasa?

Romer quería probar un punto. Quería saber si su novia tenía conocimiento de las locuras de Josué. Canela notó otra cosa muy distinta. Ella no quería hablar. Entonces, él se acomodó de forma que su rostro quedara justo frente al de la joven:

— ¿Qué pasó en Nueva York? — preguntó Aragón.

Canela tragó grueso. Sabía que tarde o temprano debía contarle. Pero... ¿Ahora?

— No...

— Quiero saber— le interrumpió su negativa. — Si tú me lo cuentas, prometo responder cualquier pregunta que me hagas.

Ella entrecerró los ojos, solo que Aragón no lo notó. Pasaron unos segundos de duda. La mente y el corazón de Canela estaban a la par. Pero bien sea por amor o por necesidad, decidió hablar:

— Cuando Papá me envió a estudiar inglés a los Estados Unidos, a pesar de que no ha pasado mucho tiempo de aquello, yo era un poco...— suspiró. —

Lo que quiero decir es que yo no sabía lo que significaba eso. Iba a estar sola y viviría de los dólares que él me había dado. No era una mesada. Más bien, él dejó un dinero que se suponía que yo debía administrar— hizo un silencio.—No supe hacerlo.

Él escuchaba y preguntaba:

— ¿Te quedaste sin plata?

Ella asintió. A pesar de lo incómoda que estaba con el tema, a Canela le encantaba su forma tan directa para hablar:

— Tuve que comenzar a trabajar, Romer. Un profesor de inglés conocía a un amigo que era dueño de un bar y... me ofreció un trabajo.

— ¿De qué?

Ella tragó grueso. Y eso sí lo notó Aragón.

— De camarera.

Romer se quedó muy quieto.

— A veces atendía la barra...— continuó ella. —En unos meses, me convertí en una mesera con muchos problemas, porque por mucho tacón y faldas cortas que me colocara, yo me veía muy jovencita.

Romer estaba serio, escuchando.

— Quería irme. Pero el dueño no me dejó.

— El amigo del profesor— corroboró Aragón con los dientes un poco apretados. Ella dijo sí con la cabeza.

— Mi jefe o ex jefe, no era muy... bueno conmigo.

Aragón hizo absoluto silencio antes de hablar:

— ¿Por qué dices eso? ¿Cómo que no era bueno?

— Porque comenzó a fastidiarme.

Él la miraba fijamente, tratando de interpretar la información sin presionarla.

— Cuando supo que quería irme, comenzó a acosarme. Me trataba mal, me acorralaba en los baños. Intentaba tocarme, pero eran peores las cosas que me decía. Él tenía mis datos y amenazaba con decirle todo a mi papá, dónde me encontraba y lo que estaba haciendo, por supuesto, con exageraciones.

Romer hizo silencio clavando su mirada en ella. Canela no supo bien descifrar si estaba molesto o no. Hasta que habló:

— Tu padre nunca hubiese creído nada de lo que ese tipo le dijera— gruñó Romer.

— Pero era verdad. Yo de estúpida por evitar un regaño, preferí ganarme sola el dinero, y pensé que ser mesera era un trabajo sencillo.

Romer estaba conteniéndose. Porque sabía que ella no había terminado de hablar:

— ¿Qué más te hacía, Canela?

— No importa eso, Romer. Yo me fui de allí. Conocí a una chica que me ayudó bastante y ya está. Me vine.

— ¿Cuánto tiempo duró eso?

— Por favor, no te pongas bravo. Te lo pido...

— Canela...— dijo fingiendo paciencia. — ¿Ese tipo te tocó? — la voz salió un poco quebrada.

Ella pasó la lengua por sus labios como intentando retener su respuesta:

— Lo intentó. Pero eso no era lo feo de todo. Lo feo era él. Es un tipo asqueroso, con mal aliento, desagradable y era muy insistente...

— ¡¡¡Maldita sea!!!

Canela dio un respingo y miró alrededor. Vio como Romer se ponía de pie.

— ¡¿Y el maldito profesor?! — preguntó él.

El rostro de Canela era angustioso:

— Tuvimos una discusión y dejé las clases con él.

— Mierda...— Romer se restregó los ojos con impaciencia. —Maldita sea, Canela...

Él puso los brazos en jarras dándole la espalda a su novia. Se tocó la cara para aplacar la rabia que sentía. Canela se paró de la tumbona y lo alcanzó sintiendo con el abrazo, la tensión de sus músculos:

— Ya todo pasó, Romer. Estoy bien.

Él se volteó para mirarla:

— ¿Carlos sabía?

— ¿Qué? ¡No!

— Él dice que tú la pasaste mal. Me lo repite una y otra vez. Créeme, disfruta diciéndomelo...

— Él supo que yo me había quedado sin dinero. Se quedó un mes en Nueva York en el apartamento que compartía con Alma y me dejó unos dólares antes de irme. Cuando él llegó a Estados Unidos, ya yo no trabajaba en ese lugar.

Romer respiraba aceleradamente:

— ¿Te drogaste? — le tomó la cara con las manos. —Mírame, Canela. ¿Ese tipo te obligó a consumir alguna cosa?

Ella frunció el ceño. No supo de dónde venía esa pregunta:

— ¡No! Para nada. Nunca.

— ¿En ese tiempo fue que pasó... lo que pasó? ¿Entre tú y tu primo?

Ella asintió lentamente. Él cerró los ojos negó con la cabeza, dejándose abrazar por ella.

— Y esa amiga tuya, Alma...

— Ella es una mexicana muy especial, creo que ya te había hablado de ella. Aún trabaja en el bar— dijo con voz lamentosa.

— ¿Tiene algo con ese tipo? ¿Con el dueño?

— No. Simplemente lo sabe controlar.

— Por Dios Canela...— se apartó. — ¡Eras menor de edad! — comenzó a contar con los dedos: —Primero, no era legal que trabajaras sin un permiso de tus padres. Y segundo, ¡menos en un bar! ¿Qué pasó allí? ¿Cómo se hizo eso posible?

— Lo siento. Lo sé... Sé que fue mi error. Que fui una estúpida... Que a la primera amenaza, yo debí irme y hasta regresarme a Venezuela— decía con la voz quebrada.

Él la abrazó con fuerza:

— ¿Qué? ¿Tu culpa en qué? Ser mesera no es un pecado, es un trabajo digno. Pero todo tiene un límite, Canela— le dio un fuerte apretón. — ¿Nunca lo denunciaste?

— No hizo falta, porque me fui de allí.

— ¿Nunca te persiguió?

Ella negó y una lágrima cruzó su mejilla:

— Shhh... No llores. Me vuelve loco cuando lloras. No lo soporto.

Ella dejó que las lágrimas salieran con alivio y al secarlas, lo miró fijamente mientras lo abrazaba:

— Me hubiera encantado conocerte hace un año.

Él tragó grueso mientras besaba su pelo. Si ella lo hubiese visto hace un año... Tomó su cara suavemente para mirarla. Una lágrima quiso surcar de nuevo el rostro. Pero él lo evitó:

— No te das cuenta. Eres muy joven y no aparentas tu edad. Eres demasiado hermosa y te has convertido en toda una mujer. Ya te lo he dicho antes: miles de hombres van a querer estar contigo. Debería decirte que te cuides de ellos pero...— se irguió un poco, manteniendo su eterno ceño fruncido. —Yo seré quien lo haga porque... ya no solo eres mi pareja—. Aragón colocó sus manos sobre las mejillas de Canela, y tocaba ligeramente el cuello, haciendo pequeños círculos. —Sé que eres capaz de cuidarte sola, lo has demostrado y a los cuatro vientos. Pero ahora eres mía. Toda, completa. Y quiero ser yo quien te cuide.

Ella abrió los ojos llorosos, escuchando atenta sus palabras.

— No se trata de quitarte tu independencia. Quiero que lo sepas—
batuqueó la cara que sostenían sus manos. Tan solo un ligero movimiento,
aunque firme: —En este momento estoy muy molesto. ¡Muy! Pero más me
duele verte llorar. Y puedo imaginar que lloraste mucho hace un año.

Canela comenzó a sollozar.

— Ahora lloras pero no volverá a pasar. Te lo prometo— demandó,
secándole las lágrimas: —Mira... No soy perfecto. Tengo cosas que contarte
de mi vida, de lo que soy. ¡De cómo soy! Pero prometo decirlas todas por muy
duras que sean, y prometo representarte ante todo aquel o aquello que sea
necesario. Defenderte ante todos. Y quiero que estés dispuesta a eso.

Canela no podía creer tanta determinación:

— Sí. Estoy dispuesta Romer— unió sus labios para tragar las lágrimas,
secándolas con la lengua. —Te quiero demasiado...

Él apretó los párpados:

— Yo te adoro, bella— enfatizó, besándola y abrazándola. Sosteniéndola
con fuerza. —Me encantas. ¡Me cargas loco! Y por supuesto... me preocupo
por ti.

— Lo sé. Yo también quiero darte todo lo que soy.

Él sonrió:

— Ya me lo estás dando, en serio. Déjame mirarte...— hizo una pausa. —
Dios, me fascinas. ¡Eres increíble! Tu cuerpo es hermosísimo. El color de tu
piel... Tu rostro, tus labios... Me vuelven loco tus ojos. ¡Y eres
extremadamente inteligente! ¡Despierta! ¡Única! — siguió mirándola,
disfrutando del sonrojo de sus mejillas. Movié la cabeza, afirmando para sí
mismo todas sus palabras. —Llegarás lejos con todo lo que te propongas,
Canela. Y te puedo asegurar que no tendrás más nunca que sucumbir a nada
malo. Quiero encargarme de eso. ¿Escuchaste?

Ella hizo un gesto de asentimiento, abrumada. Aragón la abrazó
nuevamente:

— ¿Por eso estás molesta con tu padre? ¿Por haberte enviado sola a Nueva
York?

— No sé si es molestia— ella se secaba el rostro, esnifando. —Pero me
enerva su forma de ver y hacer las cosas.

Romer alzó las cejas para que le explicara.

— Es que él... es un poco...— intentaba explicar la joven.

— ¡Exagerado! — dijeron los dos al unísono, sonriendo por la ocurrente

casualidad.

Entonces hicieron silencio, dejándose llevar por el hermoso sonido del mar, junto al que hacían los demás invitados al otro lado del bote. Ambos sumergidos en sus propios pensamientos cumpliendo un buen espacio de tiempo para calibrar todo lo que habían conversado.

— Le dije a Josué que tú y yo estamos juntos.

Ella lo miró:

— ¿Qué?

— Tuve que hacerlo. No quería decirte nada, pero lo encontré con una resaca anormal. Le di una aspirina, pero se me ocurrió que contarle eso Sí le quitaría la rasca.

Canela, estática, mirándolo a los ojos por la sorpresa, fue entrecerrando su visión hasta quedarse de ese modo, mordiéndose la comisura de los labios:

— No puedo creer que lo hayas hecho— dijo ella.

Aragón la miró expectante en su reacción.

— ¿Y... que eso sí le quitaría la resaca? — continuó Canela echándose a reír. — ¡Aseguro que sí! ¿Cómo lo tomó?

— Al principio, mal. Pero funcionó. Reconoció que fue una buena forma de traerlo a la realidad.

Ambos se rieron y ella dejó que fuera envuelta en otro abrazo:

— Nunca pensé que lo nuestro se convertiría en algo serio— opinó la chica.

— Yo ni siquiera pensé que la linda y altanera hija de mi jefe, sería mi novia.

— ¿Altanera?

— Sí. Muy altanera. Y loca— dijo gruñendo a modo de juego, mientras le hacía cosas con su boca en el cuello. Cuando la mordió, ella se desaforó pegando griticos y dando ligeros golpes para defenderse, a medias. Juguetearon un tanto...

— ¿Qué cosas tienes que contarme? — cortó Canela.

¡La promesa! Él la miró asintiendo, mientras pasaba la lengua entre los dientes:

— Cosas de mi vida. Te las contaré, lo prometo. ¿Quieres saberlas ahora?

Ella estaba a punto de asentir cuando Pedro los interrumpió, anunciando la llegada del almuerzo. Estaban en un bote bajo el sol de Margarita, disfrutando del mar.

El mar da hambre. Y el hambre les hizo olvidar este último asunto....

Y llegó la noche y ésta era joven. Siguiendo un hilo despierto, Pedro dio la idea de seguir la fiesta en un sitio nocturno. No todos se emocionaron con la idea, pero aquella frase de que la vida era una quinceañera, dicha y repetida más que todo por aquellos quienes no quieren envejecer, valía la pena aprovecharla.

— ¿Y si vamos a bailar?

Eso era todo lo que había que preguntar. Canela se emocionó de inmediato cuando su propuesta gustó a los demás. ¡Adoraba la música! Así que se calzó con las sandalias de corcho que traía puestas al llegar al bote, se dejó el traje de baño bajo sus prendas y comenzó a caminar hacia delante tomada de la mano de su novio, haciendo mover sus caderas cubiertas por un diminuto vestido playero.

¡Romer adoraba una fiesta! Pero siempre asistía a los mismos lugares de confianza en Maracaibo, o intentaba desfogarse dentro de su apartamento. En ese momento, no se sentía cómodo yendo a un sitio nocturno desconocido, con Canela bajo el brazo. Y menos, sintiendo que la dureza de sus pantalones se comparaba con la tensión de sus músculos, cada vez que su chica meneaba su cuerpo aireando aquella pequeñísima tela.

Le rogó a Dios paciencia. Jamás se había preocupado por ninguna mujer. Los celos no eran su fuerte, ni siquiera sabía manejarlos bien. Odiaba que los demás tipos la miraran. Quería acabar con las sonrisas deseosas de los hombres al ver las largas y hermosísimas piernas que poseía aquella jovencita. Cada rostro masculino dentro y fuera del bar que aquel grupo eligió para divertirse, se transformaban. Ante sus ojos, eran figuras demoníacas dispuestas a atacar. En ese momento, Romer no era feliz. Un atisbo de ansiedad cruzó su mente y sintió el salivar recurrente. Miró para todos lados buscando algo, alguien que le diera una pista de que, de descontrolarse la noche, le proveería con alguna "ayuda".

Canela, inocente de todo aquello, se unió a las chicas del grupo. El sitio estaba repleto de gente, la música era alta. Salsa brava y merengue emanaban

de los parlantes y las luces tenues junto a las de colores, prometían una noche larga. Definitivamente, Romer no era feliz. Y cuando un hombre como él no era feliz, el mundo bondadoso debía echarse a un lado para no herirse.

Un popurrí de canciones hizo que las mujeres continuaran bailando entre risas y gritos de algarabía. Romer bebía de su cerveza como anclado en ella, para no desfallecer. ¡Dios! Su cara era una esponja para los dedos. Sentía la lengua hinchada y por más que bebiera, la sed no se iba. Quería consumir...

En aquellas horas, era poco lo que había conversado. Estaba concentrado en Canela pero de alguna forma, su visión era borrosa. Comprendió que había sido un error ir hasta este sitio. Sin embargo, verla reír a carcajadas le trajo recuerdos cercanos en el carro, cuando manejaba rumbo al muelle. Aquello fue un sentimiento nuevo para él. ¡La verdad es que todo era prácticamente nuevo para él! Se preguntaba, ¿cómo podía interpretar un sentir tan novedoso y potente y que al mismo tiempo, sienta otra cosa más antigua? Era posible que su cabeza estuviese acorralada por la posesión que sentía hacia Canela y por el maldito vicio. Él estaba convencido que no era posible divisar dos cosas tan fuertes a la vez. ¡Aquello era una locura! La garganta le dolía, la música comenzaba a molestarle, el corazón se aceleraba a un decibel indescifrable. Tenía que salir de allí...

Se disculpó con los demás con la excusa de ir al baño, y salió al estacionamiento. Moriría pensando en haber dejado sola a Canela. Pero si no se apartaba, podría ser peor. La noche era calurosa y en aquel largo rincón, la quietud de los carros apagados le dio la serenidad que buscaba. Sacó un cigarro de su jean e inhaló el humo, inclinando la cabeza un poco para hacerlo.

En otras circunstancias ya estuviese a esas horas bajo los efectos de la cocaína. No había comprado más desde la primera vez que se acostó con Canela. No significaba que ella ocupara ese espacio ansioso en su cerebro. Al contrario, el extrañarla le volvía loco. Pero era cierto que intentaba separarse de esos gustos por ella. Para Aragón, ella era demasiado joven y con un futuro muy prometedor como para joderla con sus paranoias.

Pero el demonio tienta a las masas de forma individual. Siempre asoma su cola cuando menos lo esperas....

— ¡Hey!

Romer miró hacia un lado y vio que Juan, uno de los hombres que los había acompañado en el bote, salía detrás de un carro estacionado y se acercaba a él. Romer cerró los ojos por un segundo al darse cuenta de quien era.

— Hey— contestó Aragón.

— ¿Qué pasó, hermano? — el otro palmeó su espalda. — Está buena la noche, ¿no? — se rio. — ¿Te pasa algo? ¿Peleaste con la chamita?

Romer frunció un poco el ceño con tensión en su cuerpo:

— No. Solo vine a fumar.

El otro asintió:

— Hey...— el hombre susurró llamando de nuevo la atención de Romer. Metió las manos en los bolsillos del short de playa y sacó un pequeño, pequeñísimo paquete transparentoso. Abrió su palma y le mostró a Aragón lo que tenía:

— Me la acaban de traer. ¿Quieres probarla?

Romer se quedó estoico. No le caía nada bien aquel sujeto, pero no pensó que le ofrecería algo parecido. Apretó la mandíbula y miró fijamente la palma del otro. Tragó grueso. Los dientes crujían como arena molida siendo aplastada. La nariz perdió sus capacidades olfativas y mojó sus labios con la lengua:

— ¿Es buena?

El joven se echó a reír con las cejas desordenadas por el triunfo. Claro, él intuía el tipo de hombre que era Aragón. El mismo Juan se lo había presentado a los demás:

— Por supuesto que sí. Toma— respondió aquella duda, colocándole la droga en el bolsillo del jean, sin permiso. —Quédatela. Está nuevecita— y tras decir eso, el tal Juan entró en el bar dejando a un desesperado Romer en el solitario estacionamiento.

«Calma. Debes calmarte» se dijo, mentalmente. También pensó en fumarse otro tabaco. Y otro... y quizás otro más. Pero su bolsillo pesaba, como si en él tuviese almacenados objetos de gran tamaño.

Aragón miró hacia los lados para asegurarse que no existieran muros en la costa. Ubicó su carro y se metió en él. Entonces, dejó caer la cabeza en el volante. Respiró profundo una y otra vez... una y otra vez. Sentía la presión del paquete contra su muslo. Miró hacia el bar; dentro, se encontraba la increíble Canela. Desde allí se escuchaba el bajo de la música, apenas, a lo lejos. Un sonido tan lejano como cercanas sus ganas de probar aquel regalo infernal.

La vida era así. El daño persigue. Y a esas alturas Romer pensaba en lo sabroso que era aquel daño. Recordando cómo se sentía aquella cosa, aquella muerte procesada... Batuqueó su cabeza y sonrió de medio lado. ¡Listo! Se movió para sacar su billetera de la parte trasera de su jean. Sacó de ella una

tarjeta de crédito y de inmediato, el paquete del bolsillo posterior. Se limpió la nariz, tacleó la bolsa con un dedo y la abrió. Granuló el polvo con el plástico de la tarjeta, tomó un poco con la esquina de la misma e inhaló.

Adentro en un agujero de su nariz. Adentro otro poco en la otra fosa nasal. Adentro otra vez, después de sobarse entre las cejas. Adentro en el siguiente agujero, nuevamente... Algo pasó. Algo lo hizo sonreír y accionar.

Satisfecho, cerró la bolsa y la guardó de nuevo en el bolsillo. Se pasó la lengua entre los dientes y limpió la tarjeta antes de guardarla. Revisó su rostro en el retrovisor para corroborar que no existiera evidencia física de lo que había hecho, y salió del carro rumbo a la fiesta. Pero algo no andaba bien. Caminando hacia la puerta del bar, pensando en Canela esperándolo... Por alguna razón las luces se veían diferentes. No era una reacción de la sustancia. Romer lo sabía y se puso alerta.

— ¿Dónde estabas? — Canela se abalanzó hacia él, cubriendo su cuello con los brazos.

Aquel recibimiento lo calmó un poco y pudo sonreír:

— Fumando— la abrazó unos segundos. —Mírame. ¿Cuántas cervezas te bebiste?

Ella se echó a reír y se acercó a su oído para susurrarle:

— Trabajé en un bar, ¿recuerdas? No te preocupes, porque borracha no me verás— se despegó de él y le guiñó un ojo.

— ¡Hey! — dijo Juan. El mismo que le había dado la cocaína. —Tu novia baila excelente. Es toda una experta— le palmeó de nuevo la espalda, y se alejó de la pareja.

De nuevo las luces se intensificaron. Aragón miró al hombre y con una sonrisa interrogadora, miró de vuelta a Canela:

— ¿Bailaste con él?

Ella se rio:

— Sí, pero solo fueron unos segundos...

Él la tomó de la cintura fuertemente y la empujó hacia él. Canela se extrañó por aquella brusca forma de tomarla y clavó su mirada en su pareja:

— ¿Qué pasa? ¿Estás celoso? — preguntó conservando una sonrisa dudosa.

— Sí— confesó seriamente, con los ojos inyectados en algo que ella no pudo descifrar.

Canela ralentizó su risa. Penetró en su mirada y como pudo, en medio de la oscurana, intentó escudriñar lo que Aragón sentía. Entender la reacción de aquellos celos. Que por mucho que parecieran ser justificados, jamás lo había

visto de esa forma. Él la apretó más fuerte como para instarla a que hablara, sin ella saber muy bien qué esperaba que dijera:

— Solo fueron unos segundos, Romer. Juan me tomó por sorpresa.

— No vuelvas a bailar con él. Y con nadie más.

Canela dejó ver una señal de extrañeza. Nunca lo había visto tan posesivo. Romer acercó su boca a la de ella y le devoró los labios, introduciendo su lengua tanto como pudo. La joven arrugó el rostro y colocó las manos en su pecho para evitar ahogarse por la presión. El beso fue desordenado y fiero. Doloroso, si bien se miraba. Canela sintió las manos de Aragón arrastrarse hasta su trasero y presionar muy fuerte. Un quejido emanó de la garganta de la chica:

— Espera...— pudo decir. Él no la escuchó. En cambio, abrió las piernas para anclarse mejor en el suelo y enredó los dedos en su cabello, presionando más sus bocas.

Canela sentía mucha presión. Las comisuras de los labios comenzaban a dolerle por el estiramiento. De repente, una pareja chocó contra ellos haciendo que se separaran. Ella aprovechó para empujarlo:

— ¡Romer!

Él la miró algo sorprendido y fue allí cuando Canela notó la acelerada respiración de su novio. Vio en él un deseo renovado, una abrumadora sensación pasional... Romer se acercó lentamente a ella, como un cazador...

— Bailarás conmigo.

— ¿Ah sí? — lo tentó ella. — ¿A caso sabes bailar? — preguntó con una voz seductora.

Él hizo un gesto en negación. Se acercó a su oído y susurró con su eterna voz gruesa:

— No solo sé bailar. También sé hacer muchas otras cosas.

En ese instante, se escuchó una algarabía en todo el lugar. La canción de la agrupación *Dimensión Latina*⁵⁹, *Llorarás*⁶⁰, hizo que las parejas que habían abandonado la pista, regresaran para disfrutar de un tema muy conocido en el país.

Romer estaba de pie totalmente quieto, y Canela aprovechó para moverse. Al compás de la melodía, restregó sus encantos femeninos sobre la ropa del hombre que la miraba con ojos brillantes. Una ligera y contenida sonrisa afloró de sus labios. Él comenzó a mover su cabeza cuando la voz del cantante venezolano atravesó el salón.

La joven mujer se fue alejando de Romer moviendo los pies y las caderas,

sin dejarlo de mirar. Ella estaba convencida de lo que pasaba sin saber lo que aquello, ocasionaría. Él la siguió lentamente, con la sonrisa un poco más expandida y se posicionó frente a ella. Canela siguió moviendo su cuerpo, mordiéndose los labios. Se meneó hacia abajo lentamente con el sonido del bajo y las trompetas, sobando las piernas de Aragón. ¡Canela no tenía idea de lo que estaba haciendo! Él cerró los ojos para maldecir mentalmente por aquella provocación. Entonces, los abrió y de forma súbita, la tomó de la mano irguiéndola, ¡dándole una espectacular vuelta salsera!

Canela abrió la boca por la sorpresa y se dejó llevar. ¡Aragón estaba bailando! Romer le daba vueltas como un experto y ella reía sintiendo la sangre correr como gacelas bajo su piel. Él movía sus piernas de una forma que jamás ella había visto...

« Por tu mal comportamiento, te vas a arrepentir, bien caro tendrás que pagar todo mi sufrimiento...»

Él la acercó fuertemente a su pecho y la besó muy profundo. Muy distinto al beso anterior. Esta vez, Aragón contempló sus labios como un ingenioso depredador. Sostuvo a Canela en sus brazos haciéndole partícipe de lo que pasaba bajo la tela de su pantalón. La única evidencia consciente de que algo de verdad, sucedía. Ella gimió al sentir la erección y las manos de su hombre sobre la parte trasera de sus muslos desnudos. Él no aguantó mucho más. Tomó a Canela del codo y la arrastró a través de la pista sin importar las especulaciones de la gente. La sacó del bar y caminó rápidamente con ella hacia el carro. La giró colocándose tras la espalda y besó su cuello. Lo saboreó mientras la tomaba del pelo con fuerza. Ellos gemían extasiados como nunca, como con ninguna otra persona jamás. Pero aun así, podían escuchar el retumbar encajonado de la música.

Él se desabrochó el pantalón de forma veloz. Inclino a canela boca abajo sobre la capota del auto. ¡La misma dónde habían hecho el amor en plena avenida! Levantó la tela del vestido, apartó las pantaletas y sin esperar más, la penetró con un golpe divino y maestro.

Ella gritó desesperada por la invasión. Romer con una mano, tapó su boca para que dejara de hacer ruido mientras comenzaba a moverse entre bajos gruñidos.

«Te lo juro que sí...»

Una y otra vez. Rápido, muy rápido adentro y afuera. Más rápido, más gruñidos. Ella se sostuvo como pudo cerrando los puños; y sintiendo su orgasmo crecer, mordió la palma de Romer para no gritar más fuerte.

«Ahora el que ríe soy yo...»

Los ojos femeninos reviraron al sentir el orgasmo. Uno muy fuerte, desde lo más profundo del centro de su cuerpo. Los movimientos eran crueles pero divinos. Certeros pero dolorosos. Se estaban follando sin pensar en testigos o miradas inoportunas. Un baile perverso se entretejía en medio de la noche.

«Llorarás, llorarás, llorarás...»

Ella sentía la fricción de la carrocería en sus piernas.

«Oye tú llorarás...»

El sonido de los cuerpos se mezclaba con la provocativa salsa que sonaba dentro del local. Como baile. Baile adentro y afuera.

«Llorarás, llorarás... Llorarás, llorarás...»

Aragón sintió que llegaría. ¡Estaba a punto! Oh señor de las alturas, él jamás olvidaría aquella sensación.

«Mi vida como yo quieero...»

Su simiente quería conocer la noche. Saldría de su cuerpo en cualquier momento. Entonces, con una grosería de sus labios y acompañada de un gemido gutural... ¡Oh, sí señor! La penetró velozmente hasta dejarse ir.

¡Oh, señor! La vapuleó fuerte hasta irse del planeta, a otra galaxia...

¡Claro que sí! La hizo sollozar de placer hasta dejar caer su figura atlética sobre el cuerpo laxo de ella.

¡Lamentablemente sí! Lamentablemente desquiciado encima de ella.

Capítulo 22

Romer tenía el rostro compungido. Un olor a aceite quemado con una mezcla de incienso socavaba su cordura. Eran dos olores muy diferentes, pero no por la diferencia de esencias. Uno de ellos parecía más real que el otro. Miró sus pies, los cuales estaban descalzos y sucios, buscó cerca las botas que siempre cargaba sin encontrarlas por ningún lado. Suspiró con frustración y miró al frente. Una gran pared de concreto gris limitaba su espacio, pero al adelantarse unos metros, observó que a su izquierda el camino seguía. No entendía muy bien donde se encontraba, pero por alguna razón, debía seguir por allí.

Caminó varias horas, parecían días caminando sin llegar a ningún lado. Cruzaba por las esquinas con la esperanza de salir, pero nada le indicaba que aquello ocurriría. De repente, escuchó una risa. Sabía quién era y significó música para sus oídos. Sonrió de forma tierna y siguió la ligera carcajada. Con los ojos bien abiertos, divisó a lo lejos una figura de mujer. Canela. Gritó varias veces su nombre pero ella huía con cada paso que él daba.

"Esta vez, no te escaparás" decía él, riendo con las locuras de su novia. Corrió un poco, ralentizó el paso después. Ella se dejaba ver, llamándolo detrás de algún muro, pero parecía difícil alcanzarla. Se detuvo cansado. Jamás pensó que lo estaría, así que se recostó en la pared para tomar aire cuando intempestivamente, sintió una caricia subir por su pierna izquierda. Miró hacia sus pies y saltó del susto al ver una serpiente negra de piel brillante, enroscarse en su rodilla. La serpiente presionaba con fuerza y el dolor en la rodilla era contundente. Gritó para alejarla, quería quedarse quieto por temor a una mordida pero el dolor se intensificaba. Batuqueó con fuerza toda la pierna hasta despegarla de su cuerpo y corrió a toda velocidad en dirección contraria. De repente, chocó con alguien...

"¿Te hizo daño?" preguntó ella. Él, sin poder emitir palabras, miró para darse cuenta que la serpiente ya no se encontraba. Al mirar de nuevo al frente, Dina se había alejado sin dejar de mirarlo, pero la escena le provocó un

desagradable escalofrío. Ella, con una seriedad inigualable, sostenía la serpiente negra y brillante en sus manos. Romer negó con la cabeza con nerviosismo. Dio unos lentos pasos en retroceso mientras Dina muy quieta, dejaba que el animal se enroscara en sus brazos.

"¡Ten cuidado, Dina! ¡Ella puede morderte!". Pero la mujer se limitó a sonreír. Aragón sintió de nuevo el escalofrío anterior y decidió que pronto, ya mismo, debía salir de aquel laberinto. Se regresó por donde venía. Pensaba en Canela perdida en algún lugar de todo aquel concreto y sintió miedo porque Dina pudiera hacerle daño con su nueva mascota. Juró que al llegar a Maracaibo, hablaría con ella para que sacara de inmediato esa serpiente del apartamento.

Aragón maldecía. Se preguntaba dónde estaba la salida...

"Por acá", le dijo alguien. Era un hombre; un hombre joven a quien conocía muy bien. "Por acá, ¿no me escuchas? Nunca me escuchas" decía la voz en cuestión, muy serena y paciente. Aragón logró ver al dueño de esa voz:

"Carlos, por favor. Dime dónde encuentro la salida".

Su amigo se encontraba sentado, recostado en la pared leyendo un libro. Lo miró antes de señalarle una esquina. Romer adelantó unos pasos cuando sintió de nuevo el olor a aceite e incienso. Éste último más fuerte. Mucho más fuerte que la primera vez. El olor estaba allí; comenzó a ver el fino humo, un hilo que brotaba de algún lugar tras las paredes...

— Romer...

El olor era real. Él juraba que era real.

— Romer... ¡Hey!

Él escuchó el divino susurro. Ella nuevamente. ¡Ella lo sacaría de ese odioso laberinto!

— Despierta...

Lentamente, abrió los ojos y la miró:

— ¿Canela?

Ella sonrió mordiéndose la comisura de sus labios:

— Creo que estabas soñando.

Él no se sentía bien. Por alguna razón, quiso devolverse al laberinto para encontrar la salida. Estaba insatisfecho y sin esperarlo, tuvo ganas de llorar. Pero obviamente, no dejaría ver ninguno de aquellos sentimientos.

— Sí. Pero ya no lo recuerdo bien— dijo él.

— Tranquilo. Esas cosas pasan.

Él arrastró las manos por la cara, suspirando profundamente. Alivio. Había

soñado algo que no quiso interpretar. Él no era un hombre preocupado por menesteres astrales, pero la curiosidad por saber dónde estaba la salida, era imperiosa. No importaba, la verdad. ¿Para qué volver a sentirse perdido entre paredes de cemento?

Vio como ella se levantó de la cama. Canela se encontraba vestida con unos jeans rotos y una camiseta con un grupo de rock estampado.

— Me tomé la libertad de lavar tu ropa. La puse junto a la mía en la lavadora; es que olían demasiado a humo y alcohol.

Él asintió con la información pero de repente, sus ojos se abrieron como platos.

«¡¡¡Mierda!!!» pensó.

— ¿Qué pasa? — preguntó ella.

Él jamás lo diría:

— Me acordé de algo. Este... — se sentó. — Debo hacer una llamada.

— Ok — dio un saltito. Al parecer, ella se encontraba de buen humor. — Acomodaré el closet y buscaré ropa que ponerme...

Aragón no escuchó nada más. Tomó la sábana para cubrir su desnudez. Se la enrolló en la cintura y tentando el terreno, salió corriendo del cuarto de Canela. Ella lo miró con cara extraña, pero no le dio mayor importancia. Se encogió de hombros e inició la tarea que había anunciado.

— Mierda, mierda, mierda, mierda... ¿Por qué coño me quedé dormido anoche?

Romer arrojó la sábana en el piso justo al entrar en su habitación. Se colocó un pantalón corto y una franela, y salió disparado a la lavandería. En el camino, se encontró con unos huéspedes. Dio los buenos días con una sonrisa falsa, y se apartó del camino. Al bajar las escaleras, se topó con Macario.

— Muchacho, pareces fantasma.

— ¿Dónde está la lavandería? — preguntó Aragón.

— Ven mijo. Yo lo llevo.

— No se preocupe, Macario. Tiene mucho lío aquí, no quiero molestar.

— No es problema.

— Está bien.

Aragón resignado y nervioso, no pudo sacarse de encima al viejo ayudante. Lo siguió. Atravesaron el área de piscina hasta llegar a unas puertas de metal pintadas de blanco.

— Aquí es...

— ¡Macario! Por favor, ven para que ayudes con las maletas de los

señores.

— Lo llama la señora Lu, Macario— informó Romer al escuchar la voz de la mujer.

— Sí, sí. Ya voy, Dios mío. Estos huéspedes no se terminan de ir.

Romer sonrió de nuevo falsamente, y entró en el rincón de lavado.

Miró las lavadoras. Eran dos. Una grande y otra más pequeña. Ambas estaban encendidas. Buscó en las cestas de ropa pero éstas, solo tenían fundas de cama, cortinas, toallas y fundas de almohadas. Maldijo bajito, su ropa no estaba por ningún lado. Se agachó hasta la puerta de vidrio de una de las lavadoras:

— Maldita sea.

Su pantalón estaba dando vueltas en la secadora. Se tocó la cabeza con ambas manos y luego las puso sobre el vidrio, intentando divisar mejor lo que había. Se levantó hasta dar con los botones del aparato, toqueteándolos todos al mismo tiempo. Juraría que la dichosa lavadora no era tan complicada como la suya. «¿Por qué tiene que pasarme esto?» pensó.

— Por cabrón— se respondió en voz alta.

Tocó los botones. Aplastó otros y dio en el clavo. La secadora se detuvo, bajó hasta la portezuela pero no abría.

— Mierda, ¡¿Por qué no abre?! Abre, abre, ¡abre!

Romer sacudía la puerta repetidas veces con obstinación y desespero. Necesitaba sacar su ropa de allí. Cuando logró abrir la redonda puerta, se hundió en la máquina, tomó el jean que usó el día anterior y revisó los bolsillos.

Una de sus manos pudo tocar un papel de plástico y al sacarlo, estaba roto. Sus ojos se expandieron de par en par. Metió las manos y los bolsillos tenían un poco de polvo regado por las esquinas. Limpio cómo pudo. Volvió a hundirse en la secadora y sacó otras prendas de ropa. El vestido de Canela y su propia franela, se encontraban entre las demás. Las observó bien, no estaban manchadas ni con evidencias de nada. Revisó de nuevo los bolsillos. ¿Cómo era que Canela no los había revisado antes de meterlos a lavar?

— Romer...

Él pegó un brinco por el susto, cayéndose espatarrado contra una pared.

— ¿Buscas esto?

Los ojos de plato se dirigieron hacia Canela. Pero luego, se transformaron en duda. Canela cargaba un celular en las manos. ¡Ah!

— ¡Lo tienes tú! Mi celular... Menos mal.

— ¿Pensabas que lo había metido a la lavadora? Lo dejaste anoche sobre la mesita de mi habitación— Romer no escondió su cara de alivio.

— Me hubieses preguntado, cariño. ¿No tenías que hacer una llamada? — preguntó ella.

Él asintió casi sin aire. Alzó la mano para recibir el teléfono.

— Estaré acomodando el closet. Y hey...— ella rio. —Pareces un fantasma, estás pálido. ¿Y no te pusiste zapatos?

Él emitió una risa quebrada, mirando sus pies descalzos; como en el sueño. Cerró los ojos, todo era demasiado extraño y abrumador. No respondió nada y esperó que Canela saliera del lavadero para dejarse caer por completo tras un suspiro. Miró el pantalón y lo puso en su regazo. Arrugó la nariz al sentir el dolor de su rodilla izquierda. Suspiró:

— Fantasma. Así quedaría si hubieses revisado los bolsillos, Canela.

Pasaron los días. Entre trabajo y tranquilidad, Romer evitó volver a encontrarse con Juan o a aceptar cualquier invitación de él. Con el único que conversaba era con Pedro. Por alguna razón, el estudiante militar y sobrino de uno de los contratistas, le generaba confianza. Y nunca, en ningún momento, Suárez le había indicado la menor sospecha de tener algún vicio. Todo lo contrario a Juan.

Este último "adulto prometedor", se trataba de uno de los dueños de la empresa que comenzaría a distribuir los productos *Lácteos del Lago* a partir de enero. Juan era un hombre agradable para los negocios, pero demasiado agradable en los momentos de relajación. Tampoco era tonto. Sabía que Canela no entraba en aquellos menesteres y que Romer le ocultaba a su propia novia, todo lo referente.

Después de lo sucedido en el bar, Romer vivía en un estrés constante. Sentía culpa por haberse drogado estando con ella. Estuvo varias veces tentado a contárselo; contarle sus secretos, todas las cosas que había hecho en su vida con respecto a ello. La forma en cómo se inició en ese mundo decadente, aprendiendo a mostrar una fachada increíblemente diferente a lo

que hacía, y disuasoria de quien era. Le había prometido contarle cosas, responder preguntas. Pero se aferró a la idea de que, mientras no llegara la oportunidad, no soltaría palabra. El ahogo no era tan gigante como para dejarse caer...

Sin embargo, todo ese sentimiento cruel se mezclaba con el hecho de querer llevarse a Canela consigo, a pesar de los problemas que podían surgir en Maracaibo. También, su madre, Fedra, había llamado para avisarle que llegaría después de navidad a su apartamento. Aragón anhelaba presentarlas y pasar estas fechas importantes con las dos.

Romer debía reconocer que aquella era una idea novedosa. Y tan novedosa como las otras ideas que quiso hacer realidad. Así que, solo tuvo que marcar unos números y usar recursos de convencimiento para lograr su cometido. Las personas con sentimientos de culpa, suelen protagonizar escenarios impensables.

El joven administrador invitó a Pedro y a su novia *Ana Luisa*⁶¹, a pasar una tarde junto a Canela, en Playa Varadero. Colocaron unas toallas, sombrillas y sillas para pasar una tarde amena. La primera acción de interés de Aragón: estar cerca de la posada y a la vez, disfrutar de una tranquila y posible manera de sentirse mejor con él mismo. Y junto a Canela; para él no existía nada mejor que eso. A demás, ella estaba preocupada por su tía a pesar de que Lu se mostraba como si nada le afectase. Romer quería darle a Canela cosas buenas. Y gracias a la terrible falla que tuvo días antes, necesitaba mostrar su parte más benevolente. Él tampoco era tonto.

A las cuatro en punto, Aragón se encontraba junto a los demás en la playa. Sentado sobre una gran toalla y con Canela entre las piernas, sobaba el cabello de su novia.

— ¿Qué tanto miras el teléfono? — preguntó Canela, notando la impaciencia de Romer.

Él arrugó los labios y negó con la cabeza. La abrazó más fuerte enterrando su cara en el cuello:

— Trabajo, nena. Estoy esperando una llamada de Mercedes.

Ella asintió:

— Mercedes...— suspiró.

— ¿Qué? — Preguntó Aragón al ser consciente de su suspiro.

— Nada.

Romer arrugó las cejas y sonrió:

— ¿Qué pasa con Mercedes?

Ella curveó sus labios hacia abajo, batucando ligeramente la cabeza:

— Nada. Que ella es...muy bella.

Romer hizo un corto silencio y movió un poco su cuello, para poder mirarla:

— Dime, Canela.

— ¿Qué cosa?

— Habla— dijo colocando una expresión de obviedad.

Ella resopló una risa:

— Nada. Que ella es hermosa, nada más. Fue un comentario.

— Mmm...— Aragón se divertía. — ¿Algo te preocupa?

Ella estiró las cejas y removi6 de nuevo su cabeza:

— No hay ningún problema.

— ¿Qué estás pensando, Canela?

Ella se mordió la comisura de los labios de forma muy exagerada. Aragón fijó su mirada en esa parte de su rostro.

— Es que, pienso que ella podría no sé... Digo yo, que alguna vez... Es decir. Yo puedo imaginar que tú y ella...

— Sí. Una vez.

Canela detuvo todas sus muecas:

— ¿Te acostaste con Mercedes?

— Ya te dije que sí.

Canela abrió la boca en una media sonrisa:

— ¿Cuándo?

— Hace tiempo. Pasó una sola vez. ¿Contenta? — dijo evitando reírse.

Ella rio falsamente, y volvió a colocarse sobre el pecho de su pareja. Pero la tensión era evidente.

— Fue hace mucho tiempo, Canela. Y no llegó a nada más. Imposible que llegara a algo serio.

— ¿Por qué lo dices?

Él se acomodó nuevamente para que lo mirara:

— Porque ella está enamorada de Carlos.

Canela abrió la boca:

— ¿Qué me estás contando?

— Lo que oyes.

Ella sonrió sorprendida:

— ¿Y a él le gusta?

— Él es hombre Canela. Y ella es hermosa... Tú misma lo dijiste.

La joven se echó a reír.

— ¿Qué crees tú? — continuó él. — De igual forma, creo que él está concentrado en... otras cosas.

Al escucharle decir aquello, Canela se sorprendió por la forma un tanto despectiva con la que hablaba de su primo. Pero aun así, en sus ojos había un brillo que no pegaba con sus palabras.

— ¿Carlos tiene novia? — preguntó ella.

En ese momento sonó el celular de Romer. Éste se disculpó y fue a atender la llamada.

Canela tampoco era tonta. Sabía que las confesiones referentes a Carlos y ella, habían molestado de alguna forma a Aragón. Que los celos pululaban en su cabeza a la par de la amistad y el nivel de profesionalismo que debía conservar ante él. Entre todas esas cosas, por un momento llegó a preguntarse si a Romer le afectaba el hecho de pertenecer a medias, dentro de aquel círculo familiar. En cualquier momento trataría ese tema con él.

— Wow...

Canela arrugó las cejas en desconcierto al escuchar el susurro de Ana Luisa. La chica se había acercado en confidencia y le había manifestado que algo cercano a ellas, era digno de admirar.

— ¿Qué... qué es?

Ana Luisa señaló con los labios hacia la posada. Canela dio la vuelta y lo que vio, hizo que el corazón diera un salto. Sin palabras... solo podía mirar el punto exacto, mientras la novia de Pedro se daba cuenta de aquella reacción:

— ¿Lo conoces? — preguntó Ana.

Ambas mujeres observaron a un hombre alto, moreno y de facciones muy atractivas, acercarse a ellas. Canela no lo podía creer. Miró a Aragón, quien tenía la vista clavada en él con un rostro cuidadosamente serio. Ella asintió:

— Sí. Ese que viene allí es mi primo Carlos.

La chica emitió una mueca de entendimiento, miró un poco más al Mendoza que se acercaba. Movié las cejas antes de regresar a los brazos de su novio, quien se encontraba bañándose.

Al cabo de unos segundos, Carlos se posicionó frente a Canela con una sonrisa cerrada:

— ¿No vas a intentar tumbarme de la alegría?

Ella se rio y le brindó un abrazo afectuoso, apretándolo ligeramente:

— ¿Qué haces aquí?

Carlos estuvo a punto de hablar, pero suspiró. La miró intensamente por dos segundos, para luego dirigir la mirada hacia Romer:

— ¡Hey! — saludó Carlos, ofreciéndole la mano.

Aragón la tomó y sin pensarlo mucho, le dio un abrazo acompañado de unas fuertes palmas en la espalda. Anclado en ese abrazo, acercó su boca a la oreja:

— ¿Viniste solo? — Carlos negó. — Entonces, dale tú la sorpresa.

Carlos se separó de su amigo, y se aclaró la garganta:

— Cani, no vine solo. Vine con tío.

Por un segundo la chica no procesó la información. Pero al tenerlo claro, su boca se abrió de par en par:

— ¿Qué dijiste?

— Él está adentro, supongo que conversando con tía Lu...— dijo Carlos, señalando a la posada.

Canela no lo podía creer. Miró a Aragón:

— ¿Fuiste tú?

Romer se encogió de hombros, apenas. No dijo nada, pero fijó sus ojos oscuros en ella, contemplando con una incómoda ansiedad, el brillo acuoso de sus ojos.

— ¿Fuiste tú, Romer? ¿Trajiste a mi padre... para que yo pasara las navidades con él? — en las últimas palabras, su voz se quebró.

— Sí.

Ella se rio dejando salir sus lágrimas y se abalanzó sobre Aragón. Él la rodeó con sus brazos mientras ella lo besaba con gran fervor. Carlos se mordió los labios y arrugó ligeramente las cejas al ver la escena, apartando un poco el rostro. Miró la playa dándose cuenta de que tenían compañía.

Canela despegó sus labios y lo miró. Aragón sonreía de lado sin quitarle la mirada de encima, sin soltarla, sin liberarla de su agarre. Ella sobó con sus dedos, la parte superior de las mejillas; justo debajo de sus ojos, haciendo que Romer bajara sus párpados y suspirara.

— No tengo palabras...— ella susurró.

— No digas nada— volvió a besarla, enroscando sus manos en los cabellos femeninos.

Inmediatamente, Canela se separó del todo y corrió hacia la posada, dejando a un Aragón con el corazón acelerado y a Carlos, saludando a Pedro y Ana Luisa. Y mientras lo hacía, no apartaba la mirada de su prima, viendo cómo Aragón la siguió luego de que ella se echara a correr.

— No lo puedo creer... ¡No lo puedo creer! — Canela gritó aquellas palabras y corrió a abrazar a su padre.

Lu y Macario sonreían al verlos unidos de esa forma.

— Hija... Estás bellísima.

Ella sonrió:

— Nunca pensé que te vería aquí de nuevo, papá. Desde que yo era una niña. ¿Recuerdas, tía Lu?

Ella tragó grueso y asintió con una sonrisa.

— Bien que eres terca, niña. Tuve que atravesar el país para verte— decía Josué, echando unas risas. —Todo fue gracias a Romer.

— ¿Tú lo sabías, tía?

Ella lo sabía, pero se hizo la desentendida.

— Te extrañé— le dijo Josué a Canela.

Ella asintió con lágrimas en los ojos:

— Papá por favor... Perdóname.

Su padre la miró unos segundos:

— Shhh no— la abrazó. —No llores. Ya estoy aquí. Y no me iré hasta el año que viene— informó riendo.

— ¡Ay, pero si el año que viene es en unos días...! — decía Macario pero Lucía lo interrumpió dándole un golpe con su codo.

En ese momento, Aragón llegó a la estancia. Josué se separó de Canela y se dirigió hasta él. Lo miró serio, luego cambió su mirada hacia ella. Alzó las cejas, negó con la cabeza y sonrió:

— ¿Qué te parece, Lucía? Mi hija ya se ha echado novio.

Todos rieron.

— Me alegra mucho verte acá, Josué— dijo Romer tendiéndole la mano, siendo esta recibida por su jefe. Quien además, se la apretó con fuerza y le dio unas palmadas en el hombro:

— No sé qué sería de mí si ti, muchacho.

Luego de aquellas palabras, Carlos entró al pequeño lobby. Su rostro demostraba su opinión con respecto a la escena.

— ¡Sobrino! — Josué se dirigió hasta él y le regaló las mismas palmadas de afecto. — ¿Ha crecido, no Lu? Ya todos son unos hombres y yo ni me di cuenta de cuándo pasó eso.

— Ay, no digas tonterías...— dijo Lu. —Que ya Carlucho tiene años trabajando para ti.

— Bueno, es cierto. No soy partidario de la explotación de menores—

dijo el padre de Canela.

— ¿Y tú? — dijo la hija dirigiéndose a su primo. — ¿Cuándo me ibas a contar que te venías con papi?

— Sí, cuéntanos— dijo Aragón. —Porque yo no sabía que también venías en camino.

Carlos le sonrió falsamente:

— Todo es parte de la sorpresa ¿no es así?

— Sí... Sorpresa para Canela, sorpresa para mí también— dijo Romer con los dientes apretados.

— Bueno, todos a comer— anunció Lucía. —Macario, llama a los amigos de Romer para que se unan a nosotros.

— Cómo usted mande, señora.

El viejo salió casi corriendo hacia la playa. Luego de aquello, Romer se acercó a Carlos mientras los demás se distraían en sus propias conversaciones:

— Tú y yo tenemos que hablar.

— ¿Ah sí? — dijo Carlos. —Eso debo decírtelo yo a ti.

Aragón asintió:

— Después de comer— aseguró el administrador.

— Cómo tú quieras.

Ambos fueron llamados nuevamente, y decidieron cambiar sus expresiones delatorias.

La noche cayó sobre el cielo de Pampatar, haciendo que los presentes se reunieran en la terraza para contemplarla. Un par de horas antes, Canela y su padre habían tenido una incómoda conversación acerca de Nereida, de quién tenían muy pocas noticias. Conversaron sobre la bebida y los excesos, con sus debidos regaños por parte de la joven. Cansados de la bruma que aquellos temas suponían para ambos, decidieron dejarlo a un lado para disfrutar del encuentro, incluyendo a todos los demás.

Aragón no estaba relajado. En cuanto podía miraba fijamente a Carlos,

molesto por el comportamiento casi burlón que éste adoptaba. Al parecer, el primo de Canela no tenía pensado conversar con Romer sobre ningún asunto; o por lo menos, no estaba demasiado apurado para hacerlo aquella noche. Aragón no lo soportaba. Le agradó la reacción de Canela por la sorpresa que organizó. Estaba satisfecho en parte con el resultado. Los quería a ambos demasiado, y sentía que parte de sus malas acciones serían olvidadas. Aunque sólo él las supiera.

Pero aquella noche fresca no calmaba sobre sus inseguridades. No surtía efecto sobre la grave ansiedad que se cernía sobre él. Las cervezas frías y el temita con Carlos lo estaban volviendo loco. Con una excusa que nadie prestó mucha atención, Aragón invitó a Carlos a que lo siguiera escaleras abajo, directo a la playa. Canela logró verlos pero no quería despegarse de su padre. Sin embargo, rogó a Dios porque no sucediera nada malo entre ellos.

— Creo que aquí estamos bien— Aragón echó un vistazo a la terraza, percatándose de que estuviesen lo suficientemente lejos.

El aire se tornaba frío, pero no para ellos. Entre aquellos dos hombres, la tensión podía ser cortada con una fina hojilla.

— Habla. ¿Qué quieres? — dijo Carlos con las manos en los bolsillos de su pantalón.

Aragón estudió aquel gesto. Se mordió y sobó enérgicamente con la lengua, su labio inferior y suspiró batucando la cabeza:

— Me sorprende que no te hayas vuelto loco con la idea de Canela y yo juntos.

Carlos clavó su mirada en los ojos del otro:

— ¿Eso es lo que vas a decir?

— No... más bien quiero aclarar algunas cosas.

— ¿Qué quieres aclararme? ¿Qué te estás follando a mi prima?

Romer se mordió más fuerte el labio:

— Es normal que te molestes. Lo que no es normal es el por qué hiciste tanto silencio.

Carlos arrugó la cara:

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Por qué te callaste lo de Nueva York?

Carlos se irguió un poco más, apretando la mandíbula:

— ¿Qué sabes de Nueva York?

Aragón se rio para luego ponerse serio:

— Todo.

Carlos tragó grueso.

— ¿Y entonces? — continuó Romer. — ¿Qué se siente haberse aprovechado de una menor de edad?

Carlos empuñó sus manos:

— ¿Qué sabes tú de nada?

— Te conozco demasiado bien, Carlos. Te aprovechaste de Canela. ¿Y hablas de que yo me la estoy tirando? — se señaló a sí mismo. — ¿Te fuiste a los Estados Unidos para ayudarla... o para seducirla?

— Ten cuidado, Aragón. Estas hablando de mi prima.

— Estamos hablando de mí novia— dijo Romer con voz gruesa.

— Exactamente... Tu novia— remarcó la frase, señalándolo. — ¿Quién carrizo te dio permiso para empatarte con ella?

Romero se rio. Bastante había tardado Carlos en decir algo al respecto:

— ¿Permiso? ¿Debo pedir permiso? Te recuerdo, que fuiste tú quien la sedujo cuando apenas era una niña.

Carlos se echó a reír. Negó con la cabeza:

— No sabes absolutamente nada. Ella estaba perdida, necesitaba ayuda...

— ¿Te atreves a tener una excusa? — hizo una pausa. — Canela necesitaba ayuda... ¿Ayuda para qué? ¡¿Ayuda para qué?! — espetó. — ¿Dónde mierda estuviste cuando ella estuvo trabajando en un bar de mala muerte, siendo acosada por un maldito asqueroso?

Carlos abrió los ojos como platos:

— ¿Qué mierda dices?

— Ella me dijo que tú no sabías nada. ¡Pero yo sé que sí! ¿No es que siempre lo sabes todo, Carlucho? — dijo con rabia. — Me reclamas ahora porque somos novios, pero antes de que siquiera alguien te lo mencionara, ya me lo estabas echando en cara...

— ¡Porque sabía que te la ibas a follar! Hijo de put...

Aragón clavó un duro golpe en la mandíbula de Carlos, girándolo casi al completo. Carlos no pensó en sorprenderse.

— Maldito— susurró Carlos arrugando la cara para aplacar el dolor, percatándose de un pequeño rastro de sangre en la comisura de sus labios. Se echó a reír: — ¿Ya te desquitaste?

— ¡No!

Aragón tomó a Carlos de la camisa y le propinó un nuevo golpe, mucho más fuerte que el anterior. Esta vez el primo de Canela se defendió, empujando a Romer hasta caer sobre él en la arena. Luego, le golpeó la cara casi tan fuerte

como él mismo lo había sentido. Con la rabia acrecentada, Romer giró a ambos hasta ponerse encima y con ambas manos, sostuvo a Carlos de la camiseta:

— ¡Jamás la palabra Follar saldrá de tu boca cuando hables de Canela! ¡Jamás! —Carlos lo miraba con ojos desorbitados. —Te aprovechaste de ella, ¡admítelo! Era demasiado coñita y te acostaste con ella. ¡Te acostaste con tu prima!

Carlucho tenía el rostro desfigurado por la rabiosa sorpresa de encontrarse en aquella situación. Su respiración era tan fuerte como el sostén de las manos de Aragón.

— ¡Canela se merece que la cuiden, no que la jodan! — exclamó Romer dando otro golpe, el cual falló terminando su puño en la arena. Lo que le permitió a Carlos girarse y alejarse del administrador.

— ¡Ya está bien! — gritó Carlos, levantándose. Aragón lo siguió con los puños formados y aún en total alerta. — ¡No hace falta que nos matemos! ¡Y menos hoy! — dijo señalando la lejana posada, tratando de mejorar su respiración. Ambos se miraban como dos panteras desafiantes.

— Admítelo— exigió Romer. — ¡Admítelo!

Carlos con sus ojos bien abiertos, sintió la sangre bullir. Sus poros se despertaron como si una ola de frío lo cubriera. Sus ojos se humedecieron y tragó el nudo que se le formó en la garganta. No pensaba encontrarse con aquel enfrentamiento:

— Yo la ayudé. Yo la hice mujer...

Aragón apretó los ojos y se puso las manos en la cabeza. La verdad de aquellas palabras y el tono en que Carlos las soltó, caló muy profundo en él. El primo de Canela notó aquello y sintió malestar...

— Tenías que verla, Romer. Era una chica desesperada por... vivir experiencias nuevas— tragó nuevamente el nudo. —Sabía que estuvo metida en algo serio. Mi prima estaba dolida por algo, y ella quería...

Aragón negaba con la cabeza, exhalando por la nariz como fiera.

— ¡Odiaba verla así! — continuó. —Me crié con ella, la vi crecer... ¡Claro que me siento mal por lo que hice! Pero yo nunca la obligué...

Romer giró su cuerpo hacia Carlos, alertado por las palabras.

— Cometí un error, lo sé— continuó Carlos. —Pero ¿qué querías que hiciera? ¿Qué saliera corriendo a los brazos de cualquiera? ¿No has notado lo decidida y terca que es? ¡Lo haría! Fácilmente se hubiese acostado con cualquiera...

— Lo admites...

Carlos tragó grueso. Una lágrima penosa resbaló por su cara. Él la quitó inmediatamente:

— Sí— cerró los ojos. —Aproveché las circunstancias para que fuese yo, y no otro... quien se acostara con ella.

Aragón no quitaba la mirada. Un sentimiento agónico, mezcla de lástima y rabia lo cubrían por completo:

— Era su virginidad...

— Lo sé... ¡Lo sé! Y sé que voy a ir al infierno por eso, ¿y qué? Tú no te salvarás tampoco.

Aragón podría muy bien refutar aquellas palabras, pero sintió que no valía la pena. Sabía que Carlos estaba a punto de soltar otra verdad aún más poderosa. Sin embargo y para sorpresa de Romer, Carlos no siguió hablando. De ese modo, el novio de Canela se dio la vuelta y caminó hacia la playa, con toda la intención de alejarse de allí lo más pronto posible.

— ¡Hey! Ahora no te irás— Carlos salió corriendo tras él.

— ¡Devuélvete a la reunión, Carlos! Quiero estar solo.

— Claro que me voy a regresar. Pero te vas conmigo. Me van a preguntar por ti...

— Di la verdad— le interrumpió Aragón, deteniéndose para mirarlo. —No quieres irte solo porque no sabrás cómo explicar el golpe en tu cara.

— ¿Y tú sabrás explicar el tuyo? — Carlos tenía ambas palmas hacia arriba explicando la obviedad del asunto.

Aragón pasó la lengua por sus dientes antes de hablar:

— ¿Vas a decirme algo?

— Ya lo sabes... Mucho más que yo, sabes lo que te voy a decir.

— ¡Entonces dilo, coño!

— ¿Le hablaste a Canela sobre Dina?

Aragón se irguió y lo miró seriamente, respirando por la nariz:

— No.

— Ni se te ocurra decirle.

— Lo sé.

Luego de responder, Aragón suspiró cansado y se alejó de Carlos para sentarse en la arena, lejos. Lo necesitaba. Pero Carlos lo siguió y se sentó a su lado.

— ¿Qué haces?

— Sentarme— respondió el primo de Canela.

— Vete a la posada.

Carlos apoyó los codos en las rodillas. Hizo un breve silencio mirando al frente, antes de hablar:

— ¿Y sobre lo otro?

Romer exhaló y en la misma posición de Carlos, apoyó la frente en las yemas de sus dedos. Las cosas se habían profundizado. Solo quedaba espacio para las aclaratorias:

— La verdad es que no quiero contarle.

Carlos asintió al escucharlo:

— Lo descubrirá de todos modos. Antes de que eso suceda...

— Lo sé. Debo hacerlo. Pero no tengo idea de cómo lo vaya a tomar.

Carlos apretó la mandíbula. Respiró profundo para calmarse:

— Debo confesarte que... me impresiona lo cambiado que estás.

Aragón lo miró:

— Y lo cambiada que está ella... en tan solo un año— Continuó. —Se nota que la quieres... ¿Cómo pasó eso? ¿En qué momento? — Romer sonrió tristemente al escucharlo. — Sé que la vas a cuidar. Pero debes contarle todo lo que has hecho. Todo lo que has estado haciendo durante estos años. Porque odiará que le mientas.

— No voy a contarle que me acostaba con Dina.

— Quizás eso no. Pero en cuanto a lo otro, tienes dos opciones: No contarle absolutamente nada y alejarte para siempre de esa vida sin que ella se entere nunca... o contarle y definitivamente alejarte de esa vida.

Romer cubrió su cara con una mano apoyada en su rodilla. Carlos lo miró y pudo entender que aquello se trataba de un tema mucho más delicado.

— Yo...— Carlos debía ser muy cuidadoso con las palabras. —te he acompañado por varios años en ese estilo de vida. Sobre todo en el que has tenido con Dina. Pero soy un observador muy bueno, modestia aparte. Por lo que sé exactamente cómo hace ella para envolver a la gente.

La mandíbula de Aragón entró en tensión.

— La gente comete errores. Pero con ella... Con Dina debes tener cuidado, Romer. Si lo de mi prima y tú es serio, es obvio que se conocerán. No arrastres a Canela en su terreno. Aléjala de mi prima. Cuéntale a Canela lo que quieras. Cuéntale lo de la cocaína, dile que has tenido un vicio por muchos años. Asegúrale que lo dejarás y cambia— hizo una pausa. —Quizás mi sentimiento protector no deja que me alegre por esa unión, pero... eres mi amigo— Romer prestó atención. —Nunca te había visto defender a nadie

cómo lo has hecho con Canela. ¡A nadie! Pienso que es el momento de cambiar las cosas, de ser sincero, pero...

— No quieres que le cuente detalles sobre Dina.

Carlos negó:

— Mantén a mi prima alejada de esa loca.

Aragón tragó un pequeño nudo. Miró el mar pensando en todo, en cada frase y en su medio hermana:

— ¿Cómo está ella?

Carlos respondió mirando al frente:

— ¿Qué te puedo decir? Cada vez más loca.

Ambos, sentados frente al mar de aquella solitaria playa, bajo el cielo nocturno de Pampatar y alejados de la posada, sintieron la necesidad de contarse muchas más cosas. Olvidaron los golpes y aquella engorrosa discusión (y por algún plan del destino), tuvieron el tiempo suficiente para actualizarse. De esa forma, Aragón pudo contarle todo. Desde sus sentimientos hacia Canela hasta sus problemas de ansiedad. Romer le confesó a su amigo el error en la discoteca y el incidente en el cuarto de lavado, cuando Canela tomó su ropa para lavarla. Romer contó su sueño en el laberinto, con todos los detalles que recordaba. Soltó en aquella playa todo lo que sentía por su hermana de crianza. Se abrió de par en par aclarando el cansancio que le suponía mantenerla, y mantener sus desvaríos a raya de todo entorno. Carlos pudo escuchar por fin, lo que él mismo observó a través de los años.

Sin que las palabras correctas fueran dichas, Carlos sabía que la influencia de Dina en Aragón, resultaba peligrosa. Alejarla del entorno laboral había sido fácil, pero nadie debía confiar demasiado. De igual forma, el primo de Canela constató que los terrenos se ampliaban. Ya no era el trabajo lo que Aragón debía cuidar. Ahora existían intereses mucho más fuertes e importantes. Ahora existía Canela.

Y con celos de familia, Carlos admitió otra cosa más: efectivamente, Aragón estaba completamente enamorado de ella. No había más nada que hacer al respecto. Con celos o no, él dejaría el agua correr.

Capítulo 23

Año 2000

La camilla era trasladada por varios paramédicos y dos residentes del *Hospital Coromoto*⁶² de Maracaibo. Cada uno gritaba instrucciones médicas y daban órdenes a otros médicos con extrema urgencia. Siguiéndolos a ellos, estaba Romer Aragón totalmente desaliñado y sudado por la presión de la carrera. Y detrás de él, Canela Mendoza con su destrozado vestido de novia. El ruido era ensordecedor. Una especie de alarma en aquel hospital se había activado para todo el personal y la policía llegaba justo a tiempo para incorporarse al cúmulo de gente.

— ¡Aragón!

Gritó Josué al tiempo que los doctores ingresaban a un área restringida, dejando a los demás rezagados en el pasillo. El mencionado se volteó hacia la voz con la respiración acelerada.

— ¡Aragón!

Romer miró el rostro de su suegro.

— ¿Qué pasa?

Josué respiraba como si anunciara un ataque cardíaco. Romer estaba estático de pie frente a él, esperando que hablara:

— Papá... ¿Qué pasa?

Josué no escuchó las palabras de su hija:

— Esa muchacha... ¿Por qué...?

Romer no se movía. Si lo intentaba, las venas se notaban bajo las mangas de su manchada camisa.

— ¿Por qué...? — Josué casi gagueaba. — ¿Quién es ella?

— Canela, cariño... — dijo Romer. — Tu padre necesita una pastilla para el dolor de cabeza. ¿Me ayudas con eso?

Canela sopesó la mala excusa. Los miró por un instante antes de entender

que no podía decir nada. Asintió y se alejó de ellos. El esposo se aseguró bien que Canela no estuviese cerca y se aferró a Josué:

— ¡¿Qué mierda hiciste?!

— ¿De dónde conoces a esa muchacha? — respondió Josué con una pregunta.

— ¿No lo sabes? ¡No te lo creo! ¿Qué mierda pasa aquí? ¡¿Ahora te jodes a ti mismo?!

— ¿Qué?

— ¡No me jodas, Mendoza! Lo que ella me contó me pareció terrible. Incluso, no se le creí. Pero tu actitud me confirma que sí, ¡que es cierto! ¡No lo puedo creer!

— No estoy entendiendo un coño...— gruñó Josué. — ¡¡¡ ¿Qué mierda hacía esa muchacha en la boda de mi hija?!!!

Romer se quedó sin respiración. El cuello se le explotaría. La furia era infinita:

— Dina Barboza es mi hermana de crianza. ¿Eso es lo que querías escuchar? ¿Lo que ya sabes?

Josué sintió un leve dolor de cabeza junto a un mareo fastidioso. Comenzó a hiperventilar:

— No puede ser...— dijo en un hilo de voz. — ¡Esa mujer...!

Romer se puso de pie. Vio que un policía se acercaba hasta ellos. Pero fue sorprendido por una estampida animal, golpeando su espalda contra los azulejos:

— ¿Qué mier...?

— ¡Tú me jodiste! ¡Tú me jodiste! — un golpe en la mandíbula. — ¡Tú y ella me jodieron! — otro golpe más fuerte. Los policías y enfermeras se acercaron al estropicio. Romer subió una rodilla y le propinó un golpe al enloquecido Jefe, logrando que se apartara.

— ¡Eres un maldito! — siguió gritando Josué, siendo agarrado por otras personas.

Romer se rio:

— ¡Por favor! Si me acabas de confirmar que la conoces— dijo Romer en tono de burla y con el rostro arrugado. — ¡La conoces! ¡Y de seguro mejor que yo!

Josué se abalanzó al muchacho pero fue detenido entre un desorden de gritos...

— Ella siempre me quiso joder. Desde aquel día en el avión... Pero jamás

pensé que tú fueras tan delincuente como ella...

— ¡¿Qué mierda dices?!

— ¡Delincuente! — gritaba Josué. — ¡Eres un delincuente! ¡Como tu hermana!

Ahora quien era detenido por una masa de gente, era Romer. ¡Estaba fúrico! Ambos lo estaban. Canela llegó para ver la escena y comenzó a dar gritos alrededor de ellos.

— ¡Aléjate Canela! — exigió Josué. — ¡Este hombre es un delincuente!

— ¿Qué pasa? — preguntó la joven, llorando.

— ¡Deja de llamarme así! — advirtió Romer señalando a su suegro. — Allá adentro está la persona que lo arreglará todo— Romer se zafó de los agarres, indicando que no haría nada malo. — Entraremos tú y yo y hablaremos con Dina de una buena vez— le dijo a Josué. — ¡Estoy harto de todo! ¡Estoy harto! — Romer gruñía las palabras empuñando las manos. — ¡Harto de tanta desazón y desconfianza! ¡Habla con ella y que sea ella quien nos explique todo!

Los oficiales se miraron y de inmediato, acordaron con los doctores una posible pronta visita. Para sorpresa de los presentes, los médicos dieron autorización de pasar sin demora.

— Yo también pasaré— anunció Canela.

Romer la miró:

— No, Canelita— dijo su padre...

— Canelita nada— le cortó. — Soy una mujer casada...— miró a Romer. — Y si mi esposo dice que Dina puede arreglarlo todo, entonces yo quiero ser testigo. Quiero saber qué es todo esto, lo que está sucediendo. ¡Y por qué carrizo no estoy disfrutando de mi luna de miel! — culminó tragándose las lágrimas.

Romer la miró muy atento sintiendo toda la tensión del mundo, percibiendo su cara hincharse por los golpes. Un policía dio luz verde y Josué se fue con ellos. En cambio, los esposos quedaron rezagados.

— ¿Qué tiene que contar Dina? — preguntó Canela en un hilo de voz.

Romer se encogió de hombros y curvó los labios hacia abajo, colocando los brazos en jarras. Parecía que analizaba una caída...

— Pasemos, entonces— dijo ella, caminando hacia el pasillo de habitaciones. Aragón la detuvo:

— Fue culpa mía, Canela. Yo la obligué a que lo hiciera. Yo la encausé en esa vaina.

Canela no respiraba:

— ¿No es cierto que Dina siempre ha tenido tendencias al suicidio?

— Señores...— la voz de una mujer policía los interrumpió.

La noche cada vez se ponía más difícil. La investigación contaba que una mucama del *Hotel Del Lago* fue encontrada por el personal de servicio, brutalmente asesinada. Los acontecimientos acaecidos durante la ceremonia, indicaban que Dina Barboza era la causante de ese asesinato. A esa hora, Carlos ya había declarado lo que vio con lujos y detalles, miedos y desesperación. Incluso, describió el tipo de arma que Dina cargaba en la mano durante aquel fatídico encuentro en la puerta principal del hotel. La mujer y protagonista de aquel desastre, se produjo heridas punzo penetrantes en una pierna.

Romer estaba anonadado, no podía creer todo lo que sucedía. Dina siempre había demostrado ser disfuncional. Pero jamás la creyó capaz de matar. Jamás la creyó tan premeditada y perversa...

Dentro de la habitación, el joven administrador se posicionó de pie al lado de la cama y observó a Dina, justo a los ojos. Ella estaba bien despierta. El silencio parecía mentira, sintiéndose en contraste con la situación:

— Me dijeron que querían hablar conmigo.

— Así es...— dijo su medio hermano.

— ¿Quieren una confesión, o algo por el estilo?

— No estamos aquí para que tus pecados sean perdonados, Dina. Para eso, te buscamos un cura. Estamos aquí por lo que ya sabes.

Ella sonrió:

— No. No creo en curas, Aragón. Está bien. Hablaré, pero solo contigo.

Él suspiró cansado:

— Negativo. Hablarás con todos nosotros. Incluso con mi esposa.

La mujer miró a la mencionada, sin poder evitar lo mucho que le afectaba su presencia. Tragó grueso:

— Está bien...— dijo, apenas.

Romer comenzó a escuchar la confesión, observándola atentamente. Dina era hermosa, altiva, despierta y muy audaz. A pesar de haber mantenido su vida en un propio cautiverio, casi sin que nadie pudiese entenderlo a conciencia, él admiraba su capacidad de ingenio... tanto para lo bueno, como para lo malo. Admiró su belleza por tantos y tantos años, que le era increíble verla en esas ruinas; tan desagradables ruinas. Pensando en aquello, ella mencionó algunas cosas que llamaron su atención. Él sintió un escalofrío

surcar su espalda:

— ¿Qué nos estás contando, Dina?

Ella dejó sus ojos abiertos sin pestañear. Aguados, mojados por la ansiedad y el dolor. Y obviando la presencia de los demás, anunció:

— Todo, Romer. Es mejor que te sientes.

Capítulo 24

Año 1999

— ¡Me estoy volviendo loca con estos exámenes! Voy a necesitar un gran favor tuyo...

— *Cani, ¡Cálmate! Respira profundo y dime.*

— ¿Hoy tienes curso de inglés?

— *Yes.*

— Muy bien. Voy a necesitar que tu chofer vaya a buscar a una amiga y a mami en el aeropuerto. Ellas están en Caracas, así que deben estar llegando... a eso de las 7:00pm.

— *Salgo a las ocho*— dijo la otra voz con fastidio.

— Mierda...— susurró Canela.

— *¿Y qué pasó con tu galán? ¿No puede ir él? ¿Y tío?*

Canela suspiró:

— Si ellos pudieran ir, ya les hubiese dicho, Faustina. Parece que pasó algo en la empresa. ¿Tu papá no te ha mencionado nada?

La prima de Canela que hablaba al otro lado de la línea telefónica, se echó a reír:

— *No, me ha dicho nada. Y ok... no hay problema. Si llegan antes de yo culminar mis clases, mando a buscarlas. Lo máximo que pueda suceder es que yo tenga que ir con el chofer. Y dime, ¿tu amiga es igual de loca que tú?*

— Por supuesto que sí— respondió Canela riendo.

— ¡Genial! Entonces, cambio y fuera— colgó la jovencita. Canela reviró los ojos por las ocurrencias de la hermana de Carlos, y salió corriendo luego del llamado de algunos compañeros.

Ella estaba muy ansiosa. Romer, enterado de aquel sentimiento, la llamaba a cada minuto para calmarla. Nereida, su madre, a quien no veía desde hace meses, llegaría en unas horas a Maracaibo junto a Alma; aquella mexicana que

tanto añoraba desde su regreso.

Aún estaba sorprendida como Nereida y ella habían hecho buenas migas en Nueva York. Dentro de un panorama triste, la mexicana había convencido a Nereida para que visitara a su única hija. Aquello ya no le afectaba a Canela. Todo el mundo estaba pendiente de la mínima aparición de molestia con respecto al tema. Pero lo cierto era que para Canela, el tiempo pasaba rápido y sabía que en cualquier momento, se verían. Su madre había tomado una decisión y nadie podía meterse en ese asunto. Canela adoraba a su progenitora. La extrañaba. Pero al mismo tiempo y con la misma intensidad, respetaba su destino.

Habían pasado seis meses desde el encuentro con Josué y Carlos en la Posada. El dueño de la empresa de lácteos le informó a su administrador que ya había pagado una supuesta deuda que tenía. Con el largo, trabajoso, duro y fastidioso convencimiento de su papá y Romer, ambos lograron convencer a Canela de que se devolviera a su tierra natal. El alivio para ese lado de la familia Mendoza era impresionante. Se manifestaba a diario, y la vida se convertía en un cúmulo de tranquilidad para todos. De ese modo, Canela hizo el traslado para un tecnológico y comenzó las clases en enero, cómo ya lo haría en Margarita, si se hubiese quedado.

A las 5:00pm, Faustina llama a Canela para informarle que la clase se extendería, gracias a unos cursos de conversación que no quería perderse. La universitaria entonces habló personalmente con el chofer de la hermana de Carlos, para darle instrucciones precisas del horario que debía aparecerse en el aeropuerto. Luego, al salir de clases, Canela corrió al estacionamiento. Debía asegurarse de que todo estuviese a la perfección. Dialogaba por teléfono con su tía Carmen sobre los preparativos de la bienvenida, cuando algo le hizo ralentizar el paso.

Recostado en la capota de su vehículo, se encontraba un sujeto bien vestido, con ropa muy parecida a la que usaban algunos estudiantes del instituto. Al parecer, escuchaba música a través de unos auriculares. Canela se fue acercando a él con cautela. Por alguna razón desconocida, sintió un escalofrío:

— Buenas...— dijo Canela. El hombre no atendió. —Hola. Disculpa, ya me voy. Si eres tan amable...

— ¡Ah! — el sujeto se quitó los audífonos. —Perdone, no la vi. Ya, ya puede irse.

Ella asintió y procedió a abrir su puerta. Algo en el tono de su voz le llamó

la atención:

— ¿No eres de aquí? — preguntó ella.

— No. Soy de Mérida— respondió el sujeto, separándose un poco del carro para darle paso a la chica.

Ella movió su cabeza entendiendo entonces de dónde era el acento. Muy parecido al que tenía Aragón, aunque su novio lo había perdido con el tiempo. El sujeto la vio abrir la puerta y decidió ayudarla un poco. Canela dio un respingo cuando él colocó la mano sobre la manilla:

— ¿Pasa algo? — preguntó ella.

— Para nada, señorita. Solo quiero ayudarla.

Ella sonrió extrañada con los ojos entrecerrados. Se sorprendió de su galantería. Entró en el auto, lo encendió y dándole las gracias, salió de allí a toda prisa.

El hombre guardó sus manos en los bolsillos del pantalón, y se quedó unos segundos en el sitio, viéndola partir.

La sala estaba preciosa, la cocina impecable. Lo mejor es que Carmen no había logrado aquello sola. Canela colaboró antes de irse a clases y ahora que la madre de Aragón viajaba constantemente a Maracaibo, ambas señoras pusieron manos a la obra en la decoración de la casa de Josué.

Canela conoció a Fedra en la posada margariteña. Su novio demostró que era un hombre de sorpresas. Y un día después de la llegada de su padre, arribó su suegra y de inmediato, enlazaron un vínculo afectivo muy agradable. Ambas pensaban que no era casualidad que sus segundos nombres fuesen igual: Sofía. Y por alguna razón, Canela se identificó con aquella hermosa mujer, sintiendo su soledad y separación con su hijo, como algo que debía ser arreglado. Así que, en agradecimiento a su novio, Canela comenzó a invitar a Fedra a su casa; incluso costeándole los pasajes para que lograra pasar fines de semana con ellos. A Romer le encantaban aquellas reuniones. Pensaba que la perfección existía. La señora Carmen y madre de Carlos, no estuvo demás en aquel vínculo. Ambas mujeres se cayeron bien desde un principio y desde entonces,

hacían buen equipo.

Canela subió las escaleras luego de ver que todo estaba en regla, dándole un beso a cada una y se enclaustró en su habitación para arreglarse. Ya dentro de la ducha, pudo pensar las cosas con tranquilidad.

Su madre... ¡Cuánto la extrañaba! Pensar en que la vería en unas poquísimas horas le causaba una serie de sentimientos muy alocados. Éxtasis, ansiedad, alegría y tristeza. Canela lloró en la ducha. También rio recordando un pasado con ella. Habló en voz alta sobre las vicisitudes de la vida, al pensar en su amiga Alma viajando junto a Nereida. El jabón sobre la piel y el champú sobre el cabello fueron aplicados lentamente, a la par con la velocidad de algunos pensamientos. Los más sorprendentes y listos para analizar.

Pensó en Aragón. Su última llamada había sido a las 3:00 de la tarde. Cerró los ojos recordando la navidad con él en la posada. Y pensó en los momentos lujuriosos vividos durante aquellos meses. Definitivamente aquello era otro motivo para extrañar. Y se sintió plena con aquel baño. Lo necesitaba. De la misma forma que se aclara la espuma, de vez en cuando es necesario despejar la mente.

Romer salió corriendo de la oficina. Maldijo al ver la hora. Un incidente en uno de los galpones en el sur de la ciudad le entretuvo quitándole la posibilidad de llamar a Canela de nuevo. Mientras se dirigía a su apartamento, pensó en todo lo que haría, en la hora que llegaría a verla, y rogando a Dios que Nereida no hiciera sufrir a su novia con sus comentarios duros y directos. Él sabía que aquella mujer no era una mansa paloma, pero desde que trabajaba con Josué, nunca tuvo problemas con ella.

Llegó, subió y con la misma rapidez, se dio un buen baño. Mientras se vestía, logró divisar los regalos que había comprado para las tres mujeres agasajadas y se regañó por olvidar envolverlos. Mientras se acomodaba la chaqueta del traje, escuchó un ruido en la cocina. Pensando que era Carlos, comenzó a caminar y hablar desde la distancia:

— ¡No envolví los regalos! No me dio tiempo. El problema con el galpón me puso verde y...

— ¿Regalos para quién? ¿Para mí?

Romer exhaló con fastidio al ver a Dina en la cocina:

— ¿Qué haces?

— Me tomo una pastilla. Se me acabaron y no he salido a comprar.

Él asintió, dio media vuelta y regresó a su habitación. No tenía tiempo para discutir.

— Pero dime... ¿Para quién son los regalos? ¿Quién cumple año?

— Nadie.

— Mmmm...— ella alcanzó las bolsas.

— ¡Dame acá! — Romer se apresuró para quitarle los objetos sin lograrlo. Bufó con rabia. —Deja quieto eso, Dina.

— Wow... Esta chaqueta debe ser demasiado costosa— ella se la midió por fuera mirándose en el espejo de la habitación. —Mmm, no me queda— opinó riendo.

— Sueña con esa chaqueta, odiosa.

Dina volvió a reír por el mote:

— Un bolso *Carolina Herrera*. Wow, Romer. Te estás destacando. ¿Ahora te metiste a turco? ¿Todos estos regalos para Canelita?

— Dina, deja de comportarte como una carajita y deja eso donde estaba, por favor.

Ella bufó:

— Has perdido el sentido del humor. Siempre te reías conmigo.

Él suspiró. No quería hacerla sentir mal, aunque ella se lo buscara. Se acercó y le susurró:

— Disculpa, Dina— tocó su hombro. —Si te comportas como alguien normal por primera vez en tu vida, te prometo que las cosas cambiarán...

— ¿Entre tú y yo?

Él se alejó molesto:

— Olvídate de eso. Tengo pareja, te lo he dicho cientos de veces.

— ¿Y cuándo la voy a conocer?

— Algún día.

Se terminó de arreglar los gemelos y le regaló una mirada dura, significativa, que hizo que ella se apartara de la puerta. Tomó las bolsas que guardaban los regalos y salió del cuarto.

— Ví que hay otro regalo en la bolsa— mencionó Dina. — ¿Qué es?

— No te interesa.

Ella respiró profundamente antes de susurrar:

— Canela Sofía te tiene muerto, Aragón.

Romer se detuvo dándole la espalda. Escuchó lo que dijo y cerró los ojos por la rabia. No le gustaban los comentarios que hacía Dina con respecto a su novia. Últimamente no le gustaba nada que viniera de su hermana de crianza. Su nivel de intolerancia era fatal, aunado a la ansiedad que lo superaba y su intento por alejarse de ella el mayor tiempo posible. Dejó las bolsas sobre la mesita de la sala, y se giró:

— No aguanto más— él se fue acercando a Dina mientras le hablaba. —No quieres servir para nada. Te he ayudado toda la vida y le sigo la corriente a mamá para dejar de lado tu grosería. No sé por qué eres así, Dina. Nunca lo he entendido pero estoy por pensar que algunas personas son así, simplemente. Porque no existe otra lógica. Pero estoy harto de tus comentarios, de tu acoso y de tu forma de creerte dueña de las cosas cuando no tienes nada. Ni siquiera sales de este edificio, solo cuando vas a buscar vicio...— Aragón giró el cuello con tensión resoplando por el enojo. —Ni siquiera te drogas con estilo. Siempre recorriendo barrios de mala muerte...

— No sabes lo que dices.

— ¡Claro que sí! Es que...— Alzó las manos. — ¿Por qué, Dina? ¡¿Por qué te comportas así?! ¿No te gustaría compartir como antes cuando éramos chamos con mamá y conmigo? Una cena normal, una salida al parque... Desde que llegó no la has querido ver ni una sola vez. ¿A caso piensas que no quiero presentarte a Canela? ¡Es mi novia! ¡Mi futuro! En una vida normal, me encantaría compartir ese futuro contigo y con todos a quienes considero mi familia. Pero ¿cómo te incluyo con tu actitud queriendo joderlo todo siempre? ¡¿Cómo?!

Las lágrimas comenzaban a salir de la hermosa y cara de Dina:

— Eres un hipócrita— movía las manos y todo su cuerpo, al hablar. —Eres uno de los pocos hombres que conozco, a quien más le han gustado los vicios. Te regodeabas todos los fines de semana como un desquiciado, drogándote y contento... ¡Sí, contento! Contentísimo porque yo te la traía de los barrios que mencionaste. Jamás te acercaste a comprarla tú solo...

— ¡Eso es mentira!

—...siempre iba yo como la burra con toda la carga encima, obediente, a buscarle la mercancía a los hombres de la casa. ¡Muy feliz yo de cumplir! ¡MUY FELIZ! Ahora resulta que soy la única viciosa aquí. Tú eres quien no

sirve para nada, ¡Carlos y tú no sirven para nada! Son igual que yo, dañados... siempre pensando en el placer de la carne. Y yo, obedeciendo órdenes. ¡Hasta me dejaba tratar como una prostituta para complacerlos! No me extrañaría que Canela fuese tan puta como yo...

Un crudo zarpazo cruzó la cara de Dina haciéndola caer.

— ¡Ahhh! — ella se arrastró en el suelo hasta hacerse un ovillo en la pared.

— Mierda... — susurró él. — Dina...

— ¡Déjame!

Romer quedó estático. El ardor de su palma se sentía lejano. La miró sobándose la cara. Jamás le había puesto una mano encima. Ni a ella, ni a ninguna otra mujer en su vida. Bajó lentamente su mirada hacia sus temblorosas manos. Una lágrima escapó de su rostro. El silencio reinó en el recinto...

— Jamás me habías pegado — susurró ella.

— Dis... discúlpame. Tengo... Tengo que salir de aquí.

Dina abrió los ojos como platos al verlo retroceder con la mirada descompuesta. Ella cayó en cuenta que él no se disculparía. ¡No podía ser posible! Tragó el grueso nudo que la atosigaba y observó cómo Romer tomó las bolsas y salió casi tambaleándose del apartamento.

Aquello le dolió mucho más que la cachetada.

Aragón salió corriendo de allí. Se montó en el carro y manejó a toda prisa hacia la casa de Canela. En vilo... solo manejaba con premura intentando obviar el fuerte dolor de cabeza y las náuseas que le destrozaban. A punto de llegar a su destino, no aguantó por mucho tiempo y detuvo el carro a un lado de la carretera para vaciar el contenido de su estómago. Se sentía realmente mal.

Se limpió la boca y se introdujo en el vehículo apoyando la frente en el volante. Recordó que en la guantera había un termo de agua que usaba para los viajes. La abrió y sacó el envase para tomar un poco del tibio líquido. Al aclararse la garganta, vio entre las cosas un pequeño bulto blanco.

Su respiración bajó de ritmo cómo en una montaña rusa. Miró aquella pequeña mercancía blanquecina con renovado odio. Lanzó la puerta de la guantera y golpeó el volante con fuerza. Acrecentado el pulso, subiendo por una noria peligrosa... la rabia lo estaba cegando. Golpeaba una y otra vez sin piedad y con desorden, descargando toda la desesperación que sentía por lo que había hecho.

Luego de la dura descarga, se cubrió la cara con las manos y lloró...

El respingo de Canela hizo que se diera un golpe con el cerrojo de la regadera:

— ¡Coño! Chico, me asustaste.

Romer se posicionó bajo el agua sin importar mojar su ropa, y tomó a Canela entre sus brazos con un fuerte y rabioso beso.

— ¿Qué pasa?

Él tomó su cara comiéndole la boca sin darle tregua a nada. Se desabrochó el pantalón, levantó las largas piernas doradas de su novia hasta anclarlas alrededor suyo, y la penetró.

Romer soltaba gruñidos. Apuró el paso masajeándola toda, arreguindado de su pelo con pasión. ¡Como si el mundo se acabara en unas horas! Ella apretó todo lo que pudo, abrumada por cada sensación excepcional y succulenta, sin tiempo a preguntar el porqué del arrebató. Romer se movía con verdadera convicción; rápido y más rápido hasta conseguir liberarse, entre gritos, sin importar que alguien los escuchara. Apretando la mandíbula, apretujado en su mundo de éxtasis. Y aquellos ruidos desquiciados enloquecieron a Canela, haciéndola temblar con agonía...

Unos segundos después, ellos se miraban:

— ¿Pasó algo?

Él intentaba aliviar la garganta. Negó con la cabeza, para luego asentir:

— El trabajo. De nuevo nos han robado.

— Dios santo... ¿Eso es lo que pasó esta tarde? — ella lo abrazó fuerte. — ¿Papá lo sabe?

— Sí— carraspeó. —Pero ya la policía se encargará de todo.

Ella lo siguió observando con detenida atención. Levantó sus manos y sobó por debajo de los ojos. Romer sonrió con tristeza cerrando los párpados, dejándose acariciar.

— Debo hablar contigo, Canela.

Ella entró en tensión, extrañada:

— ¿Es algo malo?

Clavando la mirada en la suya, Aragón respondió:

— Sí.

Canela sintió una punzada en la columna y la piel erizada al completo:

— Pero quiero que sepas que te amo— continuó.

La joven separó un poco los labios; sorprendida y asustada. Tragó la amarga sensación que le provocaron aquellas palabras y asintió.

— Se trata de mi vida. Es algo que no te he contado— informó él.

— Aún faltan dos horas para que lleguen Alma y mi madre. ¿No prefieres hablar después?

Romer la miró de la forma más directa que encontró. Sintió miedo cuando ella aplazó la conversa. Canela era inteligente. Sabía que quizás después de confesarse, las cosas cambiarían. Por supuesto que era mejor hablar después. El problema ahora radicaba en si soportaría ser un novio feliz durante la celebración. No importaba, debía soportar lo que sea. Romer tenía una de las más nobles y tremendas buenas intenciones con Canela y ahora, como siempre, muchos no obtienen lo que quieren. Así que, asintió a la propuesta:

— Vamos a secarnos— dijo, guiándola fuera de la ducha. —Tendré que decirle a Carlos que me traiga un nuevo traje.

Capítulo 25

Romer atendía a los invitados. A la casa, asistieron unas amigas de Nereida, convocadas por la madre de Carlos, quien también se encontraba entre los presentes; Josué de vez en cuando, se encerraba en su despacho con sus propios pensamientos y nervios. Su hermano Manuel, Carmen y Fedra, lo mantenían vigilado.

El administrador aparentaba sentirse cómodo ante los demás, con una sonrisa de expectación por la espera de su novia y en confidencias con los más cercanos para sacar a Josué del encierro y hacerlo sentir bien. Aragón se mostraba con aquel espectacular traje azul oscuro y su corbata color claro... un look mitad de Carlos y mitad de él.

Canela por su parte, miraba todo desde otro plano; uno muy concentrado en calmarse. Se colocó un vestido sencillo y corto color gris plomo, el cual mostraba sus largas y estilizadas piernas las cuales culminaban en unos bellos zapatos del mismo tono de su traje. Aquella prenda servía de distracción para los ojos de Aragón. Una esbelta y joven distracción para su cabeza.

La chica colocó música. De lo que más le agradaba para las reuniones familiares: Gaita. Decidió que escuchar al cantante *Fernando Rincón*⁶³ con su canción, *Tuve que amarte en silencio*⁶⁴, era muy apropiado.

— ¡Dios mío! Si te gusta esa música, niña...— dijo Carmen aplaudiendo una sola vez y colocándose las manos en la cara, de forma exagerada.

— Déjala, mi amor— dijo Manuel. —Ojalá nuestros hijos fuesen como ella. Ellos escuchan puro *punchi punchi* de esos. Puras cosas locas que ni ellos entienden...

— ¡Tío! Yo también escucho esos *punchi punchi*. Solo que... me encanta la gaita— exclamó Canela, mordiéndose los labios y abrazando el disco.

— Es la verdad— volvió a hablar Manuel. — ¡Aragón!

— Mande, señor...— respondió el mencionado, en una especie de broma.

— ¡Cuídeme esta muchacha! No hay dos como ella— dijo el hermano de

Josué, señalándola.

Los demás rieron.

— Ay, a mí me gusta esa canción— agregó Fedra y comenzó a cantar: — *Es que tuve que hacerlo y amarte en silencio, fervor de mis días, mis ilusiones...*

Romer se echó a reír con empatía.

— Usted canta como las diosas— dijo Canela, acercándose para darle un abrazo.

La escena provocó en Aragón una especie de jalón en su pecho, de empuje. Observó cómo los presentes se animaban a cantarla y bailar juntos aquella autóctona melodía. Entonces, él se unió en el sillón con Carlos y Josué, mientras los demás hacían monerías y movían sus cuerpos al compás del tema.

En definitiva, la tensión se calmó evidentemente. Romer aprovechó la ocasión para levantarse y dirigirse a la puerta de la cocina. Afuera había gente, a quienes dejó pasar a la sala-bar.

— Parece que no nos esperaron— dijo la pequeña Faustina, a un lado de la sala.

Todos detuvieron lo que hacían. Quienes estaban sentados se colocaron de pie y Fedra procedió a bajarle volumen al equipo. Se hizo un silencio absoluto. Canela dio unos pacitos al frente pero una mano la detuvo:

— Espera...— le susurró Aragón. Ella lo miró alarmada por la escena que se desarrollaba delante de ellos. Pero decidió hacer caso y esperar...

Josué miraba a Nereida de arriba abajo. Su mujer se encontraba como siempre: muy bien vestida, con el cabello arreglado, un collar de perlas impoluto, zarcillos a juego y... ningún anillo en sus dedos. Él negó con la cabeza:

— Mira lo que has tardado en quitártelo— tomó su mano izquierda, sintiéndola fría quizás por el aire acondicionado del vehículo que la llevó hasta allí. Romer tragó grueso y colocó una de sus manos en el bolsillo del pantalón. Y Canela colocó las suyas sobre la boca, intentando no llorar. Nereida retiró su mano:

— Bueno...— dijo en voz alta. — ¡Aquí estoy! — extendió los brazos hacia los demás, apartando, como si se tratase de un viento huracanado, la incómoda bienvenida de su marido.

— Mamá...

Canela se acercó a ella de forma prudente, pero Nereida la alcanzó:

— Canelita... ¡Ven aquí!

Su madre la abrazó fuerte, pegando todo su cuerpo al de ella; como no lo

hacía incluso, desde mucho tiempo antes de marcharse.

— Estás tan bonita...— decía Nereida dándole besos en la frente y en la mejilla. —Pero déjame verte. Ya eres toda una dama. ¡Hasta eres más alta que yo!

Canela reía y lloraba a la vez:

— Mami, no ha pasado demasiado tiempo desde que te fuiste. No pude haber cambiado tanto.

Pudieron ser recriminatorias. Pero Nereida no tomó esas palabras como aspectos negativos de la bienvenida. Al contrario, con ella, su hija... era con quien podría lidiar mejor esa noche.

— Me ha dicho Faustina que te echaste novio. Eso es algo grande, mi hermosa Cani. ¿Quién es? ¿Lo trajiste?

Romer se acercó firme y de la misma forma, ofreció su mano:

— Soy yo, Nereida.

La madre de Canela se sorprendió. Su corto suspiro con los labios separados, fue la confirmación. Mientras aceptaba la mano, miró a Carmen con mirada interrogante y luego a Faustina intentando enviarle mensajes de regaño, por no haberle informado antes de quien se trataba. «Ya lo conocerás, tía Nere» la mujer recordó las palabras de su sobrina, mientras venían de camino.

— Aragón...— dijo escudriñando sus ojos. —No me lo esperaba. Me alegro mucho por ustedes dos, la verdad. ¿Desde cuándo están justos?

— Bueno, bueno... ya tendrán tiempo de conocerse— interrumpió Carmen aplaudiendo para despistar las malas vibras. Le hizo seña a su hijo para que recolocara la música y le subiera volumen con toda la intención de enaltecer la fiesta.

— Señora Nereida— dijo Romer antes de que se alejaran para sentarse. — Le presento a mi madre, Fedra Sofía Ibáñez.

Ambas mujeres se miraron afectuosamente y se dieron el apretón de manos correspondiente. Luego de aquello, la tensión bajó un poco. Canela logró separarse un momento de aquel círculo para buscar como una desesperada, a la otra mujer que había llegado a la casa.

— ¡Alma!

La hermosa mexicana, quien se había quedado en un rincón observando todo, abrazó fuerte a su amiga emitiendo un pequeño grito:

— ¡Estás tan hermosa!

— Mi amiga *del Alma*— dijo sonriendo, mirándole la cara y retirándole

mechones de su pelo rubio. —Tú eres quien está hermosa, como siempre. ¡Pensé que esto nunca sería posible! Tantas noches quitándote el sueño con todas mis quejas.

Alma reía a mandíbula abierta, feliz:

— Para nada, mijita. ¡Yo nunca duermo!

Canela se unió a la algarabía. Pero mientras la abrazaba, vio cómo su padre se servía un gran vaso de Whisky. Frunció el ceño, pero tenía a su madre y a su gran amiga en casa y no permitiría que nada ni nadie arruinaran aquel encuentro.

Carlos saludó a la extranjera. La conocía de su viaje a Nueva York y luego fue presentada a cada uno por Nereida, hasta sentarse con Canela para charlar, mientras Faustina tomaba fotografías cada minuto. Romer de pie junto a Carlos, le hizo una seña a su amigo para que salieran al garaje. En ese momento, Carlos se palpó la chaqueta:

— Espera, me están llamando.

Romer se alertó. Tomó de los hombros a Carlos y lo arrastró a la cocina:

— ¿Quién es?

— Auch, ¡suelta! ¿Qué te pasa? — se quejó Carlucho por el apretón de Romer.

— ¿Quién te está llamando?

Carlos miró la pantalla de su celular. Frunció el ceño y miró a Romer:

— Dina.

Aragón apretó la mandíbula. Volvió a tomar a Carlos por los hombros y de la misma forma que lo llevó a la cocina, lo dirigió al patio:

— Contéstale— mandó Romer.

Carlos lo miró extrañado. Esperó unos segundos para contestar:

— Aló...

Romer lo observaba. Veía a Carlos suspirar de fastidio, poner los ojos en blanco. Hasta que la expresión cambió:

— ¿Qué él te hizo qué? — dijo Carlos al teléfono. —Te calmas un momento, Dina. ¡Bájale dos a tus gritos! — seguía escuchando sin dejar de mirar a Romer. —No sé nada de él...

— ¡Dile que estoy contigo, cabrón! — susurró Romer con amargura. Éste otro le hacía señas para que esperara.

— No sé si hoy me quedaré en el apartamento, Dina. Cálmate. ¡Cálmate y vete a dormir! — Trancó la llamada y se guardó el teléfono en la chaqueta. — Diablos... ¡Me obstina esa mujer! — Esperó otros segundos para preguntar.

— ¿Qué mierda pasó, Romer?

El mencionado sacó un cigarrillo y lo prendió de inmediato:

— ¿No te lo dijo?

— Quiero que tú me lo cuentes.

Aragón se alejó aún más de la casa, invitando a Carlos a seguirlo. Ahora, detrás de los vehículos, decidió hablar:

— Me pasé de la raya...

— ¡Maldito! ¡¿Cómo se te ocurre pegarle?! — Carlos gruñó por lo bajo.

— Shhh... ¡Cállate que te pueden oír!

— Aquí no nos va a escuchar ni Dios— aceptó un cigarro de Romer. — ¿Te volviste loco?

Romer negó:

— ¿Volverme loco? ¡Esa maldita mujer acabará con mi vida! Te juro que... te juro que yo no quería hacerle daño. Pero no la soporto...— simuló un ahorcamiento con sus manos. — ¡No la soporto...!

Carlos puso los ojos cómo bandejas de plata. Se colocó el cigarrillo en la boca y aplaudió fuerte:

— Dios mío... ¡Dios mío! — elevó sus manos al cielo. —Nunca es tarde para abrir los ojos, de verdad.

— ¿Qué dices? ¿Qué haces?

Carlos dio un jalón a su cigarrillo:

— Te va a parecer una locura lo que te voy a decir...

—No vas a salir ahora con tus teorías inexplicables.

— No, no, no. Espera un momento, que esto sí que me lo vas a entender clarito.

— Suéltalo.

— No es tan complicado— dio otra calada. —Te haré una pregunta. ¿Tú acaso sabes quién es tu media hermana?

Romer lo miró muy atento.

— No lo sabes. Es lógico— continuó Carlos. Se paró frente a su amigo y lo encaró: —No te lo dije cómo debí hacerlo allá en Margarita, pero ahora sí lo haré.

Romer se puso serio, mirándolo expectante.

— La historia de Dina me ha sorprendido todos estos años. La verdad, es que no entiendo cómo tu hermosa y buena madre sigue pensando que ella es como hija suya. ¡Claro! Fedra es buena.

— No te pases...

Carlos negó. Tenía una especie de sonrisa en sus labios:

— Dina es una delincuente, Romer. Y quiero que me entiendas muy bien, porque todo este asunto cansa. He sido muy vulnerable ante ella, lo confieso. Su cuerpo es espectacular, casi insultante. Ni siquiera se merece tener esa anatomía tan... explícita— él hacía movimientos con sus manos. —Tú eres muy inteligente y estás consciente de las cosas. Pero, ¿qué te ha llevado a consumir de esa forma? ¿Qué hizo que te salieras de control? ¿Por qué te empezó a gustar esa vida con ella? Es absurdo— Carlos tocó su hombro. — Ella se mete en la cabeza de la gente, y se convierte en el lado agrio de la sangre. ¿No lo ves?

Romer lo miraba...

— Haces todo lo que ella te dice. Te drogas cuando ella te compra...

— Cállate.

— Te la tiras porque te abre de piernas...

— Cuidado, Carlos...

— Creímos que casi no salía del apartamento— rio. —Habla con el conserje. Ella casi nunca está. ¿A dónde va la loca y hermosa Dina? Dime, Aragón...

— Mis decisiones en la vida no tienen nada que ver con alguna influencia — interrumpió Romer con gruñidos y los dientes apretados. —Soy consciente de que Dina está loca de remate. Que tiene problemas emocionales. Pero no es ninguna delincuente.

— Entonces, ¿cómo explicas sus heridas? ¿Los moretones que a veces ni ella misma puede cubrir?

— ¿Hay que ser delincuente para ser golpeado? ¿O para justificar unos golpes?

— Buena pregunta...

— Ya sabes que ella misma se los provoca.

— Entonces, ¿por qué nunca la intentaste llevar al médico? ¿Convencerla de ir a un psiquiatra?

— Sabes que mamá se lo ha propuesto...

— Tu madre... tu madre no ha visto ni la cuarta parte de lo que al menos, tú sí.

Romer lanzó el cigarrillo y se alejó un poco, colocando las manos en la nuca:

— Romer...—continuó —me recuerdas al sexto mandato del *Pastor de Hermas*⁶⁵. En ti, siempre han existido dos caminos, dos decisiones. Estabas

creciendo y experimentando: apareció ella. Quisiste más, probar cosas: y apareció ella. Te alejaste de tu casa, de tu madre para vivir una vida de soltero feliz: y apareció ella. Estudiaste y te graduaste: y ella siempre estuvo allí contigo, como una sombra. Como el ángel de la maldad. Encontraste el trabajo de tus sueños: Dina lo celebró contigo. ¿Y cómo lo celebró?

Romer tragó pesado.

— Ahora estás con mi prima— continuó Carlos. — ¿Nunca te preguntaste cuál sería la reacción de Dina cuando llegara este momento de tu vida? De verdad, Romer... a veces me pregunto ¿qué demonios es Dina? — Carlos negó con la cabeza. —Ella se lo buscó.

— Me fui en mierda cuando reaccioné.

— Lo imagino. Pero es una reacción mínima a la que sufrirás si no te alejas de ella. Creo que lo que pasó hoy, es más que suficiente para que te pongas las pilas y le des un stop a esa mujer— Carlos se acercó hasta él y apretó su hombro. De esa forma, entró en aquella mirada herida. —Pensé que entre tú y Cani no existiría nada serio. Me molestaba ese hecho. Me molestaba que se tratara de ti. Pero reconozco que me he equivocado. Pensaba que no había remedio y que la meterías en el mundo de Dina, pero no fue así.

Sin mover un ápice de su cuerpo, sintiendo pesada aquella mano, aquel apretón, Romer habló:

— Voy a contarle todo a Canela. Incluso, ya se lo anuncié.

Carlos se quedó congelado. Profundizó aquella mirada mientras su corazón latía desbocado. Tragó grueso antes de hablar:

— Ella te aceptará— mintió. Y Aragón se agarró de esa mentira para calmar su terrible angustia.

Capítulo 26

Canela estaba sentada entre Alma y Nereida, viendo cómo los demás se divertían, bebían y bailaban. Las risas y los chistes marabinos cubrían todo el espacio.

— Mamá— susurró la joven.

— Dime hija— Nereida se giró para mirarla.

— ¿Irás a Margarita a visitar a la Tía Lu?

Nereida hizo una pausa antes de contestar:

— Sabes que ella y yo no nos hablamos.

— Pero ella te extraña.

Nereida frunció los labios:

— ¿Te lo dijo?

— No. Pero yo lo sé.

— Jm...— la madre de Canela volvió a su posición original en el asiento.

—Me parece raro que sea a mí a quien extraña.

Canela frunció el ceño. Haría la correspondiente pregunta, pero fue interrumpida por Alma:

— Nena, ¿será que puedo salir un momento? — preguntó la mexicana.

— Claro, por supuesto. Acompáñame. Es por acá. Permiso, mamá.

La mencionada asintió. Ambas jóvenes se levantaron y se dirigieron a la cocina. En ese instante, Carlos y Romer entraban a la casa:

— ¿Está todo bien? — preguntó Aragón acercándose a su novia.

— Sí...— ella sonrió con un ápice de falsedad. —Allí tienen más pasapalos y cervezas. Yo acompañaré a Alma al patio.

— No. Ven conmigo— dijo Romer.

— Vayan, no hay problema— dijo Carlos. —Yo llevaré a tu amiga al garaje.

Canela miró a Alma y luego de corroborar que la idea le gustaba, se dejó guiar por Romer.

— Ven. Vamos a subir— dijo el hombre.

A Canela le extrañó la dirección que tomaban. Al llegar a la planta superior, él pidió que entraran a la habitación de la chica y le indicó que se sentara en la cama. Romer tomó una silla y la arrimó junto a Canela. La miró bien por unos largos segundos. Verdaderamente, ella estaba preciosa.

— Te queda muy bien ese vestido.

Ella sonrió:

— ¿Quieres quitármelo? — preguntó con voz seductora.

Él soltó una risa con los labios pegados. Acercó las manos a las rodillas de Canela y las acarició. Tanteó su piel lentamente. Pasó hacia los muslos pero se detuvo y retiró las manos. Luego, se inclinó un poco y apoyó los codos en sus propias piernas. Miró el suelo alfombrado. Lo empezaba a notar lejano. Suspiró y ese suspiro, la puso nerviosa.

— Debemos hablar.

Canela no dijo nada ante esa petición. Solo esperó los segundos largos que tomó Aragón para emitir palabras.

— Hay unas cosas que debo contarme sobre mí, que...

— Dilas— la tensión llenó el espacio.

Romer suspiró profundamente. Miró a Canela fijo a los ojos:

— Soy un adicto.

La joven movió un poco su cabeza.

— Desde hace varios años. Desde que era prácticamente un niño.

Canela se quedó sin respiración. Romer no apartaba la mirada de aquel hermoso rostro y fue testigo de toda la reacción:

— Nunca tuve mayores motivos más allá de querer probar— él continuó tragando grueso. —Solo lo hacía. Solo... lo hago.

Ella abrió la boca solo un poco, congelada. Escuchando...

— Esa era una de las cosas que tenía que decirte. La otra es... sobre Dina.

Aragón hizo una pausa revisando las expresiones de su novia. No vio nada contundente. Así que continuó:

— Ella... es mi media hermana solo porque se crió conmigo; como ya te conté. Pero, ha sido mi amante toda mi vida.

Un jadeo se escuchó en aquel frío lugar.

— Junto a ella, yo siempre he probado cosas. Pero hoy todo se salió de control.

Aragón cerró la boca y siguió mirando a Canela. El hermoso rostro congelado y casi blanco, le puso los pelos de punta.

— ¿Qué...? ¿Qué pasó? — ella pudo decir.

Romer cerró sus manos en dos puños:

— Hice algo que no está bien. Le hice daño— la voz de Aragón sonó trémula. —Dina no es una persona normal, Canela. Tienes graves problemas emocionales, los ha tenido desde niña. Mamá siempre pide que la entienda, pero quien no la entiende es ella, mi madre— hizo una pausa corta. —Yo tampoco entendía mucho de todo esto. Veía la vida como algo divertido, extravagante, sabroso. La vida para mí era sabrosa y me encantaba ocultarle al mundo lo que yo era de verdad. El problema es que... todo está pasado de tragos, Canela. Todo se me vino encima cuando te conocí.

Su novia no cerraba la boca. Sentía la sequedad en su garganta. Romer siguió:

— Yo jamás pensé ni siquiera por un momento, en lo dañino que era drogarme, Canela. Quiero que entiendas eso por muy crudo que esto suene. Cuando te conocí, juro ante Dios que quise alejarme... de ti. Primero, eras la hija de mi jefe; a quien respeto muchísimo, quien se ha convertido en mi amigo. Segundo, sentí que eras demasiado joven todavía. Te vi alocada y altanera. Me atreví a pensar que no sabías lo que querías en la vida.

Él sonrió triste:

— Me equivoqué por enésima vez— continuó. —Porque quien no sabía lo que quería, era yo. Ni siquiera sabía muy bien lo que estaba haciendo. Pero te puedo decir con toda la propiedad del mundo, con toda la poca consciencia que me he dignado a conservar, que enamorarme de ti fue algo que siempre noté. ¡Desde un principio! Eso fue rápido, Canela. Eres demasiado hermosa y fuerte. Enfrentaste a tus padres, decidiste tu futuro por encima de ellos y me confesaste tus errores, tus miedos. Yo...— Aragón tomó aire. —Canela, yo...

Romer se pasó las manos por la frente. Sus ojos se evidenciaban acuosos sin poderlo evitar:

— ¿Cómo pensar en protegerte, cuando yo nunca he podido hacerlo conmigo mismo? ¿Cómo podía darte un consejo cuando tú eras quien tenía que dármelos? Canela... ¿Cómo iba a permitir que me amaras así?

Una pesada lágrima se transformó en ligera, al atravesar la mejilla de Canela. Romer acercó una mano para secarla, pero ella retrocedió. Romer sintió terror. Su mano quedó en vilo y tragó el nudo que lo ahogaba:

— Yo lo estoy dejando, lo juro— él aún tenía la mano en el aire, con la esperanza de poder tocarla. —Quiero dejar todo eso. Quiero hacerlo por ti, porque te quiero. Te quiero demasiado, Canela Sofía.

— ¿Y por ti? — Ella pudo hablar. Por fin pudo emitir una frase. —Haces

todo por mí, pero ¿y tú? ¿Qué has hecho por ti?

Él la miró asustado con los ojos enrojecidos y la respiración acelerada. Sabía que todo lo que ella dijera por muy bueno que fuese, dolería:

— Me he permitido tenerte.

Los labios de Canela comenzaron a temblar:

— ¿Eso es lo que has hecho por ti? — preguntó en un hilo de voz.

— Es lo que he podido hacer hasta ahora.

Ella negó ligeramente. Se secó las lágrimas y carraspeó la garganta:

— ¿Y Dina? ¿Qué papel juega ella en tu vida, en este momento?

— Si lo preguntas para saber si ella y yo mantenemos intimidad, la respuesta es No.

Ella cerró los ojos y batucó la cabeza:

— No te pregunté eso— se empezaba a notar molesta. —Pero ¿cómo es posible que te hayas acostado con ella?

— No voy a responderte eso, Canela...

— Algo pasó con ella hoy, ¿verdad? — Él asintió. — ¿Qué le hiciste?

— Le hice daño— pudo decir.

— No, Romer. No. No...— Canela comenzó a llorar. — ¿La maltrataste?

Aragón dejó salir sus lágrimas, secándolas de una vez:

— ¡Me sacó de quicio! Es... es un maldito don que ella tiene— gruñó aquellas palabras.

Canela expandió sus ojos y abrió la boca, sorprendida, anonadada...

— ¿Por qué? ¿Qué...? ¿Cómo es ella? ¡Cuéntame!

— ¡No! — gruñó de nuevo. —Olvídate de Dina. Mírame, mírame a los ojos— él tomó su cara ligeramente. Canela intentaba apartarse sin lograrlo demasiado. —Si no pude protegerte antes de mí mismo, lo hago ahora alejándote de ella. Contándote lo que ella significó y mi mayor error en la vida. Aquí... hoy. ¡Porque te adoro!, y quiero conservarte toda...

Canela lloraba. Los movimientos de los hombros a la par de su angustia:

— ¡¿Te das cuenta de lo que me estas contando?! ¡Esto no es normal, Romer! Esto... ¡Esto es horrible!

— Lo sé...— él intentaba tocarla. Ella se removía para evitarlo. —Lo sé, pero mírame...

— ¡No! — Canela se levantó de la cama. Aragón hizo lo mismo de su silla. —Lo que me cuentas de tu vida... ¡Esto eres tú! — acusó con repugnancia, sus labios arrugados. —Y es algo muy fuerte, Romer.

— No, no, no. No es así. O... ¡Sí es así! Yo sé, es muy fuerte. ¡Pero estoy

cambiando, Canela! Mi vida eres tú. ¡Te lo juro! ¿No he demostrado que eres todo lo bueno que me ha pasado?

Él se acercaba intentando tocarla. Pero Canela se alejaba cada vez más, mirando todas las cosas, colocando la mirada en todo lo que tenían alrededor. Buscando en los objetos, en las paredes, una razón para sentirse bien, para sentir que aquello era un sueño. Él seguía soltando palabras amorosas, desesperado por convencerla de lo mucho que la quería. Pero Canela estaba concentrada en entender actitudes y situaciones vividas con él. De esas que le habían parecido extrañas. Secó sus lágrimas con el dorso de ambas manos y levantó la cabeza para mirarlo:

— ¿Te has drogado estando conmigo? — Romer detuvo todo movimiento. Su respiración evidenciaba la respuesta. — ¿Cuándo?

Aragón tragó grueso:

— En Margarita.

— ¡¿En qué momento?!

— En el bar... el día del paseo en el bote— mintió. No era la única vez que se encontraba bajo los efectos de algo, estando con ella.

La vez que casi se besan en la terraza, ella notó sus ojos enrojecidos. El día que la conoció, estaba bajo los efectos de la marihuana. El día que habló con Canela sobre gaitas en la sala de esa misma casa, cuando divisó sus hermosas piernas a través de la tela fina de su pantalón... ese día, al final de la tarde... con Carlos. Todos esos días, Romer consumió y Canela estaba ya metida en sus pensamientos. El rostro de Aragón se transformó en pesar y retrocedió unos pasos, enterrando sus manos en el pelo para castigarse.

La joven entendió entonces que había mentido. No fue esa única vez, ¡fueron muchas más! Cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos.

— Canela...

— Sal de aquí.

Romer se congeló:

— Es normal que estés así, que quieras que me vaya. Pero quiero que entiendas que te amo...

— Sal de aquí. Vete.

Él se acercó a ella y la abrazó fuertemente. Pero Canela lo empujó aún más fuerte que ese abrazo:

— ¡Sal de mi cuarto!

Romer no respiraba:

— Insúltame. Pégame, has algo. ¡Lo que quieras! Pero no termines

conmigo, Cani... Cani...

— ¿Pegarte? — ella negó sorprendida, batucando las manos para que no la tocara. —No, Romer. Yo no soy tú.

Aquellas palabras fueron como dosis de ácido a su estómago:

— No sabes lo que dices, Canela...

— Tú eres quien no sabe nada— se dirigió a la puerta y la abrió: —Te vas ya de mi casa. No vuelvas, no me llames. No me busques.

Romer no se movía. Quiso gritar. Sintió férreas ganas de someterla, lanzarla a la cama y transformar su cólera en deseo puro; para hacerle entender cuánto la quería. Pero ella estaba determinada. ¿A caso él no esperaba que aquello sucediera? Carlos se lo había dicho en una mentira disfrazada de consuelo.

— ¿Se acabó? — él preguntó.

Ella lo miró intentando no soltar de nuevo el llanto:

— Se acabó.

Romer miró el suelo. Lo vio lejano, como si cobrara vida y se alejara de sus pies. Un leve mareo desconcertante lo cubrió por completo y sintió renovadas náuseas. Levantó la cara hacia ella y asintió.

Luego, salió de allí cerrando la puerta.

Capítulo 27

Alma sostenía a Canela entre sus brazos. Estaban las dos solas en la habitación, y la mexicana intentaba consolar a una destrozada joven.

— Shhh... todo estará bien.

— Es el amor de mi vida, Alma— Canela se separó de ella y secó sus lágrimas. —Te lo juro, no me voy a arrepentir jamás de decirlo. Él es el amor de mi vida.

Alma estaba consciente de la juventud de su amiga. Pero sabía que ella lo decía con mucha convicción. Por muy enamorada que estuviese, Alma entendía las precisas palabras de Canela. Entonces, pudo asegurar que sí, era verdad. Aragón sería desde ese momento el amor de su vida.

— Todavía no sabes lo que te depara el futuro...

— ¡Yo si lo sé! La droga es una mierda, Alma. Tú y yo lo sabemos. Es una mierda que dura por años. Por toda la vida. ¿Cómo me pudo ocultar algo así?

— Esas cosas son difíciles de contar, mi linda.

Canela recostó su cabeza en las piernas de la mujer y se dejó acariciar. La recién llegada, posaba sus femeninas y arregladas manos sobre el cabello de su amiga, muy tiernamente. Sin decir una palabra, esperó que se calmara. Ayudó a que se acostara mejor sobre el colchón, ayudándola también a que se quitara el vestido y los zapatos. Luego, la arropó:

— Mira, traje tu disco. ¿Te habías dado cuenta que lo dejaste en mi apartamento?

Canela esnifó y miró la carátula. Sonrió tristemente y respondió negando con la cabeza. Alma entonces, se acercó al equipito de sonido y colocó la canción que sabía que a Canela le encantaba. Las notas de *Dark Horse*⁶⁶ de la cantante *Amanda Marshall*⁶⁷ sonaron suaves, como bálsamo para el corazón. Luego, Alma se acercó a Canela por la espalda, se acostó y la abrazó. Dándole besos en los hombros y sobándole el cabello, decidió bañarse con la melodía de la canción:

— Es duro salir de la adicción— dijo Alma. —Lo primero que debe suceder es que el adicto acepte que tiene un problema. Desde allí, comienza una batalla extrema. Algunos lo logran, otros no. Algunos tienen apoyo familiar, otros no...

— Él no parece ser un adicto. ¿Cómo es posible que lo controle tan bien?

— Mi vida, ¿tú crees que él lo tiene controlado? Si así fuese, él no sintiera la necesidad de decírtelo.

— Me dijo que agredió a... a esa mujer.

— ¿Tú la conoces, Canela?

— No.

Alma suspiró:

— No lo justifico. Pero lo que me cuentas de ella, es desagradable. La forma en cómo te habló por teléfono cuando estabas en Margarita. No creo que ella sea de fiar. De seguro pasó algo que lo hizo rebasar los límites— Alma la besó en la cabeza. —Él te ama ¿Lo sabes?

Canela sollozaba en silencio. No era necesario afirmarlo.

— No te aconsejo que le des una oportunidad— continuó. —Eso está en tu decisión. Pero creo que él hoy te pidió ayuda. Y creo que es lindo que él se apoye en ti en estos momentos.

Canela esnifó y se giró sobre el colchón para mirarla:

— ¿Qué haría yo sin ti?

Alma sonrió, tocándole el cabello. No respondió a esa pregunta.

— Él habló conmigo.

Canela abrió los ojos un poco más:

— ¿Cuándo?

— Cuando salía de la casa.

— ¿Qué te dijo?

— Todo. Habló conmigo y con Carlos. Él está destrozado, Canela.

La joven no dijo nada. Calló por un instante antes de hablar:

— ¿Mis padres han preguntado por mí?

— Cuando subí, ya ellos no estaban en la sala.

— ¿Y los demás?

— Carlos me dijo que ya se iban.

Canela se mordió los labios:

— ¿Y Romer?

Alma movió sus labios con pesar:

— Se fue.

En la mañana siguiente, Canela se despierta con las sábanas pegadas a la cara y vio a Alma dormida a su lado. Tocó ligeramente su rostro y sonrió enternecida. Sin querer despertarla, ya que sabía que lo hacía tarde y debía estar cansada por el vuelo, se dirigió al baño, se dio una ducha y lavó sus dientes. Se vistió con un jean y una camiseta, guardó alguna de sus cosas en una pequeña cartera bandolera, y salió de la habitación casi en puntillas.

Al bajar, vio a Fedra desayunando en la mesa, sola.

— Buenos días, ¿te sientes bien? — preguntó la madre de Romer.

Ella asintió lentamente:

— ¿Mis padres?

— Josué está en el despacho. Creo que Nereida está con él. Pero siéntate y desayuna algo, linda.

Canela obedeció y tomó apenas un poco de jugo:

— Señora Fedra...

— No, no, no, no. Nada de señora. Dime solo Fedra. Ya te lo he dicho.

Canela sonrió:

— Quiero preguntarle acerca de Dina— Fedra la miró, atenta — ¿Cómo es ella?

La madre de Aragón pasó la lengua por sus dientes, tal cual como lo hacía su hijo, y paró de desayunar. Suspiró:

— ¿Todavía no la conoces? — Canela negó. —Es una buena muchacha. Tiene un carácter difícil. Pero en el fondo, ella no es lo que siempre ha aparentado ser.

— ¿Qué aparenta?

Fedra se rio:

— Ser la dueña de todo— siguió sonriendo. Canela notó una mirada nostálgica en aquella buena mujer. —Puedo decir que yo la crié pero no, no es así. Simplemente, estuve al pendiente de que no se descarrilara demasiado. Dina Barboza siempre ha sido extravagante y muy mandona. Siempre me ha sorprendido que se llevara bien con mi hijo— Fedra se detuvo por unos

segundos y luego, continuó:

» Cuando Romer tenía quince años, le salvó la vida a esa muchacha. Ella tan solo era una niña, no mucho menor que él. Pero ya provocaba en los chicos de la cuadra ciertos... estímulos. Y pues, un día... ella se fue a casa de una amiguita de la escuela a quien nunca llegó a visitar. Romer esa mañana sintió un presentimiento. Te cuento lo que él nos dijo. En fin...— exhaló un largo suspiro. —Él sintió algo muy extraño y salió a buscarla. A unos metros de la casa de su amiguita, encontró a Dina a punto de ser violada. ¡Pobre muchachita! Romer se agarró a golpes con aquellos dos carajitos. Logró que ella corriera, pero él resultó herido en la rodilla izquierda.

Canela sopesó la información:

— ¿Por eso a veces le duele? ¿La pierna?

— ¿Todavía le duele? ¡Ese muchacho no me cuenta nada! Pero si se trata de su pierna izquierda, sí. ¡Casi se la fracturan! Tuvimos que correr como locos al hospital. Fue una mañana muy fea.

Canela asintió sorprendida por la historia. Sintió lástima por Dina y por Romer tratando de salvarla. Y entendió las molestias de las que Aragón se quejaba algunas veces.

— ¿Cuándo dices "tuvimos", quiénes fueron? ¿El padre de Romer?

— No. Su papá ya se había marchado a España. Cuando hablo en plural es porque tuvimos que correr mi jefe y yo. Mi jefe, el dueño de la finca donde trabajo y donde aún estoy viviendo.

La joven se mordió la comisura de los labios asintiendo y entendiendo todo:

— Bueno Fedra. Gracias por ser sincera conmigo y hablarme de esto.

— Espera... no has probado nada. ¿Están bien las cosas entre tú y mi hijo?

Canela suspiró:

— No te preocupes por nosotros— se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Luego, se dirigió al despacho de su padre.

A punto de empujar la puerta entreabierta de la oficina, escuchó la voz de Josué:

— ¿Ya estás contenta? — dijo el hombre sirviéndose otro vaso de *Whisky*.
— Podrás vivir aquí, pero no conmigo.

Canela cerró los ojos, pero no se apartó del lugar.

— No puedo creer que te hayas ido a Margarita a verla. ¡Es que es

increíble! Ayer te liberaste de mí, pero hoy no me apetece. Vas a tener que responderme.

La joven escuchó un ruido, como pisadas. Luego el movimiento de una botella:

— ¡Ya deja de beber! Son las nueve de la mañana...

— Déjame tranquilo, Nereida. Es solo un trago. Lo necesito para poder aguantarte.

— ¿Por qué te fuiste a verla? Yo tardé en quitarme el anillo. Pero tú no tardaste nada en ir tras ella.

Canela se alarmó por lo que escuchaba.

— Ve y busca a Canela. Dale amor. Abrázala, eso es lo importante.

— ¡Te fuiste a buscar a Lucía! ¡Es que no lo puedo creer! Esa mujer lo logró por fin...

— Ya deja de decir tonterías. Fui a buscar a mi hija. ¿Qué culpa tengo yo de que Canela viviera allí? Pensándolo bien, tú tienes la culpa. Si no te hubieses ido...

— Eres... eres terrible. ¿¿Tanto te gusta esa mujer?! Después de tantos años, ¿todavía la buscas? ¿Te acostaste con ella?

— No sea estúpida, Nereida. ¿Qué haces aquí? ¿Tu querido y eterno amante te dejó?

— Ten cuidado con lo que dices, Mendoza...

Las risas de Josué atravesaron los oídos de Canela.

— Eres un caso perdido, Nereida. Lo único que lamento es que Canela te necesita.

— Me necesita...— repitió las palabras de su ex marido. — ¿Cómo es eso de que esté empatada con Aragón?

— Es lo mejor que pudo haber pasado.

— No me lo creo. Ese muchacho es demasiado para Canela. Siempre se le notaban ¡a leguas! las mil faldas que tenía alrededor.

— Tú no sabes nada de él.

— Pero Carmen si sabe porque él es amigo de su hijo.

Canela escuchó un silencio. Sus manos cubrían toda la boca.

— Mira Nereida... Romer podrá ser lo que tú o Carmen quieran. Pero ama a nuestra hija, es responsable con el trabajo, tiene un futuro asegurado en este país y la cuida. Está pendiente de ella, la protege y si algún día llegan a comprometerse, ¡yo les daré mi bendición!

— Estás loco...

— ¡Ya es hora de que alguien haga las cosas bien! Ni si quiera yo... ¡Ni siquiera yo las he hecho bien! — se echó a reír con amargura. —Yo pensé que mis acciones eran buenas cuando decidí casarme contigo. Por un momento llegué a quererte, respetarte y te di una vida idílica. Pero a veces las cosas que parecen buenas, no son la mejor opción. Deja que esos muchachos se quieran. No lo jodas más con tus locuras y dale amor a Canela, vívela como la madre que eres de una buena vez. Si es que no te irás corriendo de nuevo con la primera cosa mala que suceda.

— ¡No me hables así...!

Canela no pudo escuchar más. Petrificada, se alejó de la puerta y ante los ojos alarmados de Fedra, corrió al garaje para salir de esa casa lo más pronto posible.

Capítulo 28

No valía la pena llorar. Ni siquiera por el tamaño de información que estaba procesando. «La tía Lu y papá... No lo puedo creer» pensaba una y otra vez, la joven Canela. Manejó rápido hasta el edificio donde vivía Aragón con su primo. Aparcó el vehículo y le dijo al conserje a dónde se dirigía. Sin problemas, logró subir las escaleras. No quiso esperar por los ascensores.

Nunca había estado allí. En ningún momento desde que Romer y ella volvieron a Maracaibo. Ese dato rondaba la cabeza de la joven, anotando mentalmente cada cosa que Aragón había evitado hacer junto a ella. Apartaría todo pensamiento. Necesitaba verlo urgente.

Al momento de faltar solo un piso para llegar, chocó con alguien...

— Lo siento— dijo la otra persona.

Canela miró al frente y se detuvo. Una brisa gélida atravesó su cuerpo. La otra persona entrecerró los ojos por unos segundos, para luego transformar sus facciones en una felicidad apremiante:

— ¿Canela? — Esa dulce y terrorífica voz. —Wow... ¡Qué bueno verte aquí! Un poco más y no nos topamos. Me agarras de salida.

Canela hizo un silencio para procesar lo que veía. Observó bien aquel físico:

— ¿Eres Dina? — susurró.

La mencionada sonrió de medio lado y pasó la lengua por sus labios:

— Canela Sofia. Es un placer conocerte— ella tendió su mano. Canela lo dudó por un instante, pero la tomó. La palma de Dina estaba congelada, como si acabara de agarrar un vaso muy frío. —Vivo aquí— Dina señaló una puerta. — ¿Quieres pasar? No te veo bien. ¿Te pasa algo? Te haría bien tomarte algo.

— No, gracias. Voy al apartamento de Romer.

— Ah... Claro. Se me olvidaba. Pero, creo que él no está.

Canela tragó la molestia que le causó escuchar eso:

— Bueno, quiero comprobarlo por mí misma.

— No hace falta. De seguro Carlos te podrá decir dónde está.

— Ok, bien. Con permiso.

Canela hizo amago de subir, pero Dina la tomó del brazo. Sonrió un poco:

— Querida, Carlos no está arriba. Está aquí...— señaló de nuevo la puerta anterior. —En mi apartamento.

Una amarga sensación cayó en el estómago de Canela. Por consiguiente, se dejó guiar por ella hasta la sala del recinto.

— Ponte cómoda. ¿Qué deseas tomar? — dijo Dina, cerrando la puerta tras ella.

— Nada— casi gruñó. — ¿Dónde está Carlos?

Dina muy sonriente se perdió en el pasillo, para luego regresar tras un breve lapso de tiempo.

— Awww... pensé que todavía se encontraba en mi habitación— dijo riéndose. —Disculpa, él no está aquí.

Dina en ese momento, tomó un celular y marcó algunas cosas.

— Ok, Dina. Mucho gusto en conocerte, pero debo subir al apartamento de Romer.

— Ay pero ¿ya te vas? ¿Tan rápido? Si no fuese por casualidad, jamás nos hubiésemos conocido, ¿no te parece? Eres la novia de mi hermano. Quiero conocerte mejor.

— Vamos, Dina...— Canela se fue acercando a la puerta. No se sentía absolutamente nada cómoda en aquel lugar. —Seamos claras. Tú no eres la hermana de Aragón.

Dina se rio:

— Wow. No, no lo soy. Veo que sabes mucho de mí.

Canela se encogió de hombros ligeramente:

— Mucho, la verdad.

Dina se mordió los labios y se acercó a Canela como si fuese una gata cazando su presa. La otra se enderezó, sintiendo urgencia por salir de allí. Cuando Dina estuvo lo suficientemente cerca, Canela percibió un olor extraño. Dina olía a humo y licor.

— Eres... demasiado hermosa— dijo la extraña mujer. —Tu piel... Wow, tu piel. ¿Fue por el color de tu piel que tus padres te han colocado ese nombre? — Canela se pasaba la lengua por los dientes. —Me gusta tu cabello. Es sedoso— cuando Dina tocó uno de sus mechones, Canela apartó la cabeza.

— Me voy. Gracias por tus halagos, pero debo irme ya. Estoy apurada.

— No hace falta que lo digas, nena. Se te nota— Dina suspiró de forma exagerada. — Ahhh, ¡El amor! El amor causa cosas en la gente...

A punto de que Canela saliera de una buena vez de allí, la puerta se abrió. Canela abrió los ojos de par en par, al ver quien había entrado, viéndole el rostro fúrico:

— ¡¿Qué coño haces aquí?!

Canela arrugó la cara al escuchar la pregunta de Romer.

— No te pongas bravo, Romer. Ella y yo nos estábamos conociendo— dijo Dina.

— Conociendo nada. ¡Sal de aquí, Canela!

— ¿Cómo? — preguntó la mencionada.

— ¡Que salgas de aquí!

Canela lo miraba en desconcierto. Y Dina disfrutaba con la escena:

— No la trates mal. Ella vino a visitarte y nos encontramos en el pasillo— Dina luego de decir aquello, se dirigió a Canela: — ¿Siempre te trata mal?

Canela suspiró con fastidio. Pudo darse cuenta de que la tal "hermana" de Aragón era un odioso caso:

— Mira Dina, un placer conocerte, la verdad. Pero yo vine a buscar a Mi Novio y ya nos vamos. ¿Verdad, Romer?

Aragón no quitaba la mirada de Dina. Las venas de su cuello se marcaban como nunca antes. A él no le gustaba nada ese panorama.

— Romer...— volvió a decir Canela. — ¿Me acompañas? De seguro Dina tendrá cosas que hacer.

El hombre pestañó y giró su rostro hacia Canela:

— Sí, vámonos.

Dina volvió a reír:

— Se ven bellísimos— aplaudió una vez. —Bueno, bueno... váyanse ya. De seguro quieren intimidad.

— Dina...— gruñó Romer. —Canela, ¿me podrías esperar afuera?

— No.

Romer y ella se miraron fijamente. La mandíbula masculina estaba a punto de desencajarse.

— Ok— dijo él, girándose nuevamente hacia su media hermana. —Dina, ve a bañarte. Hueles a puro licor. ¿No te da asco?

Canela abrió la boca. Dina apretó los dientes y si alguien prestaba atención, podría notar cómo uno de sus párpados temblaba por la rabia:

— Eres un idiota— respondió la dueña de aquel departamento.

Romer no le prestó atención al insulto. Tomó a Canela de las manos y al segundo, subieron por las escaleras.

— ¡Suéltame!

Aragón alzó las manos en disculpa, ya cuando se encontraban dentro de la vivienda. Romer la miró preocupado:

— ¿Estás bien?

— Es que... estoy sorprendida. La trataste como si ella fuese una niña de ocho años. ¡Es que ni siquiera se tratan así a los niños de ocho años!

Romer se agarró su cabello con las manos:

— ¡En mi sano juicio! Y créeme que lo digo con la mayor sinceridad... En mi puto sano juicio jamás hubiese concertado un encuentro entre ustedes dos. ¡Jamás!

Canela no cerraba la boca y sonreía en desconcierto:

— Es... ella es... ¡Es hermosísima! Pero es... es horrible a la vez. Es...

— Canela...

— Yo vine hasta aquí para conversar contigo. Ni recordaba que ella vivía en este edificio.

— Ya te lo había dicho.

— Sí, sí. Ya, ya...

Canela asintió con gesto obvio e hizo silencio. Caminó alrededor de los muebles y observó cada cosa. Se detuvo detrás del más grande, apoyando sus manos en el espaldar:

— Un apartamento de soltero, se ve clarito. Pero por lo poco que vi, el de Dina es... Uff... Romer, ¡no me gusta esa mujer!

Él no quería reírse. Pero le causaba gracia el desconcierto de Canela. A decir verdad, Aragón pensó que el encuentro pudo haber sido peor.

Luego de un silencio incómodo, él se acercó a ella:

— ¿Para qué viniste?

La voz gruesa y seductora de Romer, le erizó la piel. Él estaba muy cerca y ella fue sintiendo cómo su aliento se deslizaba hasta posicionarse frente a su rostro. La joven carraspeó la garganta, fingiendo dureza:

— Vine para hablar contigo.

Él la miró por un instante. No quería decir nada que pudiese estropear el momento.

— No estás vestido para ir al trabajo.

Él negó:

— Tenía pensado quedarme todo el día en casa.

Ella se mordió la comisura de un labio y vio cómo Aragón se acercó de nuevo. Su boca comenzó a pasearse apenas sobre su cuello, viajando hasta detrás de la oreja.

— Necesitamos hablar...

— Puedes hablar. No te lo estoy impidiendo— dijo él.

— ¿No ibas a buscarme?

Él plantó un beso ligero en su cuello:

— Pensé respetar tu decisión— siguió sobando con sus labios, aquel pequeño terreno de piel. —Aunque no sé cuánto tiempo aguantaría sin verte.

Canela gimió al sentir las manos de Romer colarse en su cabello. Pero lo apartó un poco:

— Dina me dijo que Carlos estaría allí, en su apartamento. ¿A caso ellos dos también tienen sexo?

Romer inhaló profundamente y exhaló para liberar tensión. Luego se sentó sobre el espaldar del mueble más grande de la sala. Lugar donde ellos ya se encontraban.

— Sí, Canela. Ellos han tenido sexo.

A ella, la información no le sorprendió. Poco a poco, se fue acercando hasta colocarse entre las piernas de Romer notando como su respiración se aceleraba:

— Es muy fuerte lo que me contaste ayer.

Él se levantó y tocó su mejilla:

— Lo sé.

— Fedra me contó lo que hiciste por Dina cuando tenías quince años. La rodilla... ¿Te duele a veces por eso?

Él tragó grueso y asintió sin dejar de tocarla.

— Eres muy valiente— dijo Canela.

Romer negó y suspiró. Volvió a sentarse:

— Canela...— cubrió la cintura de ella con sus brazos y dejó caer la cabeza en el abdomen. —Ayer pensé que te había perdido.

Ella enterró las manos y acarició con sus uñas, la piel debajo de su negro cabello:

— ¿Sabes qué me sorprendió cuando te vi por primer vez? — dijo él. —No fue específicamente el haberte visto. Sino la edad que tu padre me dijo que tenías. Recordé lo que acaba de ver y wow... Me dije: "Ella no es una niña. Es una mujer".

Canela gimió. Sintió de pronto cómo Romer acariciaba la parte trasera de

sus muslos. Y poco a poco, fue tocando con los dedos la pretina del jean.

— Una muy sexy... Una mujer demasiado sexy.

Ella movió sus palmas sobre los hombros de Romer.

— Estoy enamorado de ti, Canela. Enamorado, enamorado de ti...

Él subió la camiseta de ella y besó la piel de su estómago, inhalando en línea recta hasta sus senos.

— Sé mi novia de nuevo, Canela.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás. Romer la abrumaba con cada palabra. Con cada sensación. Sabía que no hablarían en ese lugar. Sin embargo, tenía que decir algo, lo más mínimo:

— Lo siento— dijo ella. —Lo siento por ayer...

— ¿Qué? No...— él se levantó y tomó su cara. La miró con gesto compungido. —Ayer... No. No tienes que disculparte. Me iba a morir, Canela. Escucharte decir que me fuera... Te juro que sentía náuseas y nunca he sentido eso por amor.

Aquella última palabra hizo que Canela sintiera ganas de llorar. Pero reprimió todo sentimiento parecido:

— Júrame que serás sincero. Júrame que me lo dirás todo.

Él sonrió entendiendo que con esos juramentos, ella lo aceptaba de nuevo:

— No te ocultaré nada más. Seré sincero como nunca antes, mi cielo— él colocó sus labios sobre su barbilla. La aspereza de la corta barba, ardía; como el deseo de ambos. —No me arriesgaré jamás a perderte. Jamás... Jamás.

Romer la besó apasionadamente, marcando con sus labios cada neurona, cada sensible zona... cada vena en el cuerpo de Canela. Y de repente, la levantó incitándola a que rodeara la cintura con sus piernas y la llevó a la habitación.

Romer se quitó la camiseta de un tirón y desabrochó el pantalón de Canela con premura. Las prendas iban cayendo una al lado de la otra, como pétalos. Desnudos, Romer tomó a Canela en sus brazos y sin llegar a la cama, la devoró con sus labios. El gemido de ella atravesó aquel espacio, haciendo que él gruñese en desesperación. Y el movimiento los hizo caer sobre el colchón.

Él tomó sus muslos, arrastró las palmas fuertemente por aquella piel dorada y abrió aún más, dejando al descubierto el centro del placer de Canela. Ella no podía creer todo lo que sentía. Empuñó sus manos en el cabello de Aragón para anclarse y soportar todo lo que le daba. Romer tanteó con su boca y manos el lugar donde se metería. Explorando el terreno para dejarlo listo. ¡Más que listo! Luego, la penetró. Y tras algunos movimientos, la levantó hasta

sentarla sobre su fuerte cuerpo, guiando el comienzo de su danza...

— Ahhh... Ahhh... Me cargas loco— gruñó.

Los senos de Canela saltaban mientras Romer los mordía, los besaba, los succionaba, hasta quedar debajo de ella como un prisionero. Canela se movía en un vaivén constante. Rápido, lento, fuerte. Sus rodillas hundían la cama mientras Romer jadeaba siendo testigo del espectáculo; dándole todo el poder a ella para moverse con libertad.

Las penetraciones eran constantes, los sonidos eran divinos. Follaban y hacían el amor como los dioses. Romer la giró nuevamente y la colocó como un experto, boca abajo. Tomó su cintura hasta levantarla y en esa posición con rodillas y manos sobre el colchón, bajó su rostro hasta el cuadro que tenía delante. Un cuadro único e irrepetible, uno valioso para sus ojos y sus sentidos. Entonces, teniéndola así, a cuatro patas como una diosa ofreciéndose... enterró su cara en aquella puerta húmeda.

Su lengua alargada como nunca, probó cada segregación, cada muestra del placer que le causaba. Canela gritó al sentir mordiscos y lamidas. Jadeaba con severa excitación ahogando sus gritos con una almohada. Él, satisfecho con aquello, tomó su durísimo miembro y la penetró nuevamente provocando sonidos creados quizás, en un lugar sagrado.

Pero Romer lo quería todo. ¡La tenía de vuelta y no pensaba dejarla escapar! Miró cómo se movía la carne, como se enrojecía la piel de su trasero por el agarre... y si de lugares sagrados se trataba, decidió tantear otro lugar.

Canela abrió los ojos...

— Shhh... tranquila.

Ella respiraba fuerte. Era otra entrada la que estaba siendo tocada con delicadeza. Romer acercó la boca a su oído:

— Quiero estar en todas partes— susurraba. —Quiero estar allí. Seré suave, confía en mí.

Tras unos segundos de jadeos, ella asintió dándole permiso para la acción y percibió uno de los pulgares penetrarla por el otro agujero. El placer que le provocó, hizo que sus ojos se perdieran entre las pestañas...

— Así... Te dolerá un poco pero después, no querrás que me salga.

Ella sonrió mojándose la boca con la lengua y poco a poco, sintió cómo Romer intentaba penetrarla. Al principio, la estrecha pared de aquella cavidad se expandía con mucho dolor. Ella colocó una mano alrededor de la muñeca de Romer para detenerlo.

— Shhh, no pasa nada— dijo él con voz trémula. —Ya estoy casi adentro.

Relájate, bella.

— Duele...

Él recurrió a su otra mano para sobarle su botón en círculos y excitarla aún más, funcionando perfectamente aquella obra. Romer se lubricó un poco antes de intentar entrar nuevamente, consiguiendo lo que tanto anhelaba.

Al sentir aquel poderoso mástil entrando en su cuerpo, Canela invocó a Dios. Y se dejó hacer todo, todo lo que Romer le daba. El dolor era fuerte, pero nunca notó el momento justo del cambio glorioso. Ese que da paso al placer más álgido. Romer fue suave, pero aquello era el significado de lo que vendría. Porque la suavidad tiene un límite en esas posiciones de la vida.

Romer gruñó, jadeó, penetró, besó, mordió, empuñó el cabello de Canela, soltó palabras sexuales y hermosas a la vez.

Canela gritó, jadeó, apretó, mordió, convirtió la almohada en una insignificante tela. Se dejó follar. Endureció su cuerpo, maduró sus sentidos, le abrió paso a otras pasiones. Se volvió loca de placer hasta llegar a un orgasmo muy potente. Ni siquiera ella le daría explicación a tanto...

Romer la vio temblando y aquello fue la gloria. Apuró el paso. Rápido, siguió cavando en aquel lugar como si fuese una salida de emergencia y con una voz desconcertante, llegó... viendo una pálida luz al final del túnel.

Capítulo 29

*«"En la vida hay amores que nunca pueden olvidarse..."
¿Es posible que una persona haga tanto daño desde su propio
encierro?
El daño que algunos se hacen es tan maligno como la ola que
los precede.
Un pensamiento único de personas cercanas a la maldad,
al odio,
a la envidia que aquello genera.
Consecuencias de malas decisiones,
y de errores sabios en pro de un beneficio.
Anónimo⁶⁸»*

Dina... Dina estaba molesta y cansada. Hastiada del pequeño mundo de terror en el que ella misma se había sumergido. Un mundo oscuro fabricado para dormir la conciencia y molestar la esperanza y la benevolencia.

Ella adoró la reunión con Canela. Una oportunidad que el destino le había dado para conocer cara a cara la belleza que aquella chica exudaba. Dina saldría a visitar a sus únicos "amigos" en la ciudad. Y el encuentro junto a las palabras de Aragón, afianzaron su ruta.

Las manos le sudaban por la impotencia. Ella quería acercarse más, hablar con Canela. Verla a los ojos nuevamente y tocarla. Averiguar con más certeza el por qué Romer la defendía tanto y el por qué él estaba convirtiéndose en alguien que ella nunca había imaginado jamás. Dina apretaba los ojos para calmar el nudo en la garganta y apaciguar la rabia que la consumía. No halló otra forma de eliminar su ansiedad.

Parada frente a la habitación de Aragón, la cual se encontraba en silencio, colocó su rostro de perfil sobre la madera, para escuchar. Miró la hora y se

percató de que era muy temprano para que dos jóvenes estuviesen tan quietos y callados. Con los ojos inyectados en expectación, giró la manilla de la puerta y la abrió lentamente. El frío del aire acondicionado y un olor a telas y piel, chocó contra sus fosas nasales, haciendo que las mismas aletearan con fuerza. Inmediatamente, sus ojos divisaron a las dos figuras que yacían sobre la cama.

Casi desnudos, la sábana se arremolinaba entre las extremidades creando un óleo casi natural. Dina entró con mucho cuidado al espacio y se posicionó frente al colchón. Las piernas de Canela estaban frente a su cuerpo, tentadoras y sublimes. Aragón tenía los brazos sobre su cabeza, haciendo que se marcaran los músculos. Estaba completamente dormido, al igual que Canela y Dina deseó acercarse para encontrar entre su callada respiración, un indicio de algo que explicara aquel escenario.

Contempló los cuerpos, saboreó los olores. Se atrevió a rozar con la yema de su dedo índice, la textura de las caderas femeninas y la boca de Romer. Aquellos toques eran casi imperceptibles, eran lo suficientemente delicados para no despertarlos.

Caminó alrededor de aquella cama como una bruja de las leyendas que se contaban en los pueblos. En otro plano astral, ella podría emitir sonidos terroríficos con su garganta, mientras tanteaba a sus presas. Pero en el plano real, solo lograba jadear en silencio. Su angustia era irreconocible, hasta para ella misma. Su desesperación no tenía un lindo nombre.

Miró en la mesita de noche en el lado de Romer y divisó su teléfono móvil. De inmediato, una idea rondó su cabeza. Mojándose los labios y secándose el sudor de las manos con la ropa, tomó el aparato y buscó lo que le interesaba, para luego devolverlo a su sitio. Ya no quería estar allí. Tenía un plan.

Salió de la habitación dejando la puerta abierta y antes de retirarse del apartamento, vio la cartera de Canela sobre el sillón de la sala. Miró hacia el cuarto para percatarse de que no la descubrieran, y lo abrió hurgando en él.

Allí se encontraba el celular de la chica, el cual también revisó. Miró los mensajes no leídos sin importarle absolutamente nada. Luego de aquello, se fue un poco más calmada. La sonrisa en su cara era la prueba de aquel alivio. Y como si fuese la mujer más religiosa del edificio, le rogó a una deidad para que su plan saliera a la perfección.

Se recolocó el bolso bandolero sobre el hombro, y salió a realizar algunas diligencias.

Romer se desperezó y al restregarse los ojos, tanteó la mesa para tomar el celular. Tenía una llamada de Mercedes. Debía devolverle esa llamada en unos minutos. Pero despertarse era más urgente, si quería conciliar el sueño temprano. Ya pensaba él que no lo lograría después de la siesta que había pescado.

Miró a Canela y a su hermoso cuerpo. Suspiró y miró al cielo por unos segundos. Los pensamientos no eran muchos, solo uno con certeza. Uno que le hizo asentar, como si alguien desde allá arriba, le estuviese hablando.

Salió de la cama con cuidado de no despertarla. Al hacerlo, arrugó la cara inmediatamente. La puerta estaba abierta. Él recordó haberla cerrado. De seguro Canela se despertó un poco antes y olvidó hacerlo. Salió de la habitación estirándose aún más y bostezando, rascándose un hombro y removiéndose el cabello, tocándose sus partes íntimas con una sonrisa eterna en los labios. ¡Canela y él habían vuelto! A decir verdad, esperaba que la ruptura fuese más larga. Estaba sorprendido de que ella lo buscara al día siguiente y le diera tanto... Ese pensamiento le estremecía. Romer estaba feliz y agradecido. Orinó y se lavó los dientes y así desnudo, caminó hasta la cocina para tomar agua y ponerse manos a la obra.

En muy pocas ocasiones lo hacía. Pero Romer sabía cocinar y muy bien. Jamás lo admitiría aun siendo alabado por la gente. Encontró lo que buscaba y encendió la hornilla.

— ¿Me vas a preparar tus succulentas arepas?

Él se sobresaltó al escuchar la ronca y dulce voz de Canela. Sonrió al ver su cara de burla por el susto. Limpió sus manos en un paño de cocina y como un depredador, se acercó en largas zancadas hasta tomarla, levantarla un poco y devorarle los labios.

— Mmm... ¿Tiene ganas otra vez, señor Aragón?

Él se rio:

— No sabes cuánto me pone el que me digas así.

Ella se encogió de hombros:

— Tu apellido es el culpable.

— Pues, nunca había adorado mi apellido como hasta ahora.

Ella rio fuerte gracias a las cosquillas y caricias de su novio. Al cabo de unos minutos, Romer comenzó a picar unas verduras sobre la pulcra encimera de la cocina. Canela alzó sus cejas.

— ¿Qué? — preguntó él.

— Estás cocinando desnudo y...— ella señaló el sartén con aceite caliente.

Él hizo un gesto con su rostro para quitarle importancia al asunto:

— No pasará nada. Lo he hecho otras veces.

Ella negó con la cabeza en desconcierto. Salió de la cocina y regresó con unas prendas en sus manos:

— Ponte esto, cariño. No quiero que te quemes.

Romer miró el short y la camiseta con una sonrisa peculiar. Se acercó a ella y le dio un casto beso:

— Me encanta que me digas cariño.

— Tú también me lo dices... A veces.

Él sonrió:

— ¿Me colocas tú la ropa? Es que...— él fingió preocupación. —tengo las manos ocupadas.

Ella arrastró sus labios a un lado y se rio al momento de indicarle a Romer que debía subir una pierna para colocarle el pantalón. Con juegos y jocosidad, Canela logró vestirlo. Pero la escena fue interrumpida por el sonido de su celular. Se dirigió hasta el mueble, tomó su cartera y comenzó una amena conversación con su amiga Alma, de quien se disculpó por haberla dejado prácticamente botada en su casa.

Luego de que la mexicana le asegurara que estaba en compañía de Carlos y los padres de éste, Canela revisó los mensajes entrantes notando que todos ya estaban leídos. Aquello le extrañó sobremanera. Intentó recordar en qué momento los había abierto, pero sin éxito alguno. Miró hacia la cocina. Debía apartar aquellos pensamientos. No creía capaz a Romer de revisarle el celular. Se encogió de hombros curvando su boca con el movimiento y guardó de nuevo el aparato. Luego atravesó la cocina y abrazó el espectacular y sabroso cuerpo de su novio, lamentando la idea de vestirlo. Respiró hondo dando besitos en la espalda ancha, haciendo sonreír al hombre que cocinaba para ambos. Tras unos segundos, él se volteó y la abrazó fuertemente:

— Quiero que te quedes a dormir hoy aquí. ¿Tendrás problema con eso?

Ella negó con la cabeza:

— La única que pegaría un grito al cielo sería mi madre. Pero no me importa.

— Lo que me contaste de tus padres es... difícil. Siento de nuevo que hayas escuchado todo eso. No me imagino cómo debe ser el saber, que la señora Lucía y tu padre...

— Sí. Pero no te preocupes por esos problemas. Solo preocúpate por hacer que los olvide.

Él miró sus ojos. Su mandíbula se apretaba gracias a las emociones que le recorrían el cuerpo.

— Eres increíble, Canela.

Ella sonrió:

— Es tu culpa.

Él le dio un beso largo y apasionado, tierno y fuerte. Una marca, una plegaria saldada por todo aquello que la vida le había dado. Vislumbrando cosas buenas en el futuro. Luego, se volteó para seguir cocinando lo que sería la antesala de una noche larga y especial.

Capítulo 30

— ¡Pitoquín! — Dina entraba a la derruida vivienda de uno de sus "amigos". — ¡¿Dónde coño estás?!

— ¿Qué te pasa? Vas a despertar a Mamá.

— ¡No me importa!

— Pues, que te importe— El hombre se desperezaba, estirando toda su tatuada anatomía. —Pasa. Y ¡deja de gritar!

Dina entró en la habitación como un ventarrón encajonado. Pero cuando el mal olor del lugar llenó su nariz, se detuvo en seco.

— ¿Qué te pasa? — volvió a preguntar el sujeto.

— Debes hacer algo— Dina respiraba aceleradamente. — ¡Debes hacer algo ya mismo! Llama a tu gente. Dile al merideño que se ponga las pilas. ¿Dónde está?

Pitoquín se reía:

— ¿Pero qué coño pasa? ¿A caso te hace falta algo de... esto? — él señaló la gran mesa de su habitación.

Dina reviró los ojos:

— No quiero tus porquerías. Lo que quiero es que se pongan las pilas— decía chasqueando los dedos de forma insolente. — ¿Ustedes no estaban planeando una gran estocada?

El rostro de Pitoquín cambió a una expresión de certeza:

— Ahh, ya entiendo. Ok, ok. Ven. Siéntate aquí.

— No me quiero sentar— Dina comenzó a caminar de un lado a otro. —Me tiene arrecha...— exclamó coloquialmente. —Esa gente me tiene...— detuvo su discurso unos segundos intentando respirar profundamente para calmarse. — ¡¡¡No aguanto a esa niña de mierda!!! Tenías que verla. La tuve en mi apartamento...

Pitoquín alzó una ceja.

— Está facilito, Pitoquín— agregó Dina. —Ella no tiene escoltas. Siempre está sola. ¿Por qué el Caraqueño no hace nada? ¿O el puto Merideño? ¡¿Dónde

se han metido?!

— Espera un momento y te me calmas, para que goces.

Pitoquín sonrió de forma perversa luego de decir aquellas palabras y salió para hacer una llamada. Al regresar, vio a Dina recostada sobre la pared del fondo.

— Explícame una cosa, preciosura. ¿Por qué esas ganas locas de que hagamos algo? Siempre pensé que no querías que hiciéramos nada. Es más... — él se le acercó amenazadoramente. — Siempre pensé que todos nuestros planes se frustraban por tu culpa.

Ella se despegó de la pared y se acercó más a él:

— ¿Tú también? El perro del Merideño me dijo lo mismo. ¡Ja! Planes frustrados. ¿Cuáles? ¿Qué han hecho con la plata de las ventas del camión que se robaron? ¿Y dónde están las cosas que se robaron de los galpones del sur de Maracaibo? ¿A caso no las vendiste? ¿Las regalaste en una obra de caridad?

— Ten cuidadito con lo que dices, coñita. Eso no es asunto tuyo.

— ¿A no? ¿Y yo, qué? Merezco algo de eso. ¡¡¡Quiero mis cobres!!! Nunca me han dado nada...

— ¿Ah, no? ¿Y toda la mercancía que tanto te gusta y que te doy gratis, qué?

— Yo te pago siempre...

— Me pagas la de tus amiguitos y te embolsillas el resto de lo que te dan— él se rio burlándose de ese hecho. — Lo tuyo siempre te lo doy gratis. ¿Debo recordártelo?

Ella respiraba fuerte:

— Pues... ahora es diferente— dijo ella calculando su tono de voz. — No vas a necesitar que me amenaces más, porque te ayudaré. ¿A caso no lo he hecho desde un principio?

Pitoquín entrecerró sus ojos y fijó su mirada en la de Dina. Luego lentamente, pasó su mirada por el cuerpo de ella, arrastrando su libidinoso pensamiento. Dina tembló por aquel gesto, pero solo por unos segundos. Su rabia era más grade que otras cosas.

— ¿Qué quieres que hagamos? — preguntó Pitoquín. — ¿Y qué ganamos nosotros con esto? ¿Cómo sería la paga?

Dina salió del estupor de todo el discurso anterior y sonrió a punto de soltar su idea...

Lácteos del Lago tenía movimiento. La empresa estaba concentrada en reparar los daños causados por los delincuentes. Romer seguía en el cargo administrativo, pero comenzaba a delegar más funciones como vicepresidente, sin confirmarlo a viva voz... como ya lo venía ejecutando la familia Mendoza desde hace unos años. Ellos estaban seguros que los contratos firmados con el gobierno actual, le ayudarían a ampliar mucho más la distribución de los productos. Sin embargo, Manuel Mendoza tenía temor por las deudas que podría generar el gobierno, ya que decidieron firmar tratados económicos con tan poco tiempo en el poder.

Los hermanos siempre discutían las formas de ejecutar los acuerdos con el presidente electo, y su Ministerio de Economía. Josué afirmaba lo beneficioso que sería adaptarse al plano social expuesto. No solo ampliaban el negocio; también conseguirían más contratos a largo plazo. En cambio Manuel, enfatizaba que ninguna firma saldada con ellos generaría altas ganancias pero sí grandes gastos de producción. En vista de la inseguridad a la que desafortunadamente estaba sometida la empresa, tenían que manejar ingeniosamente toda inversión.

Romer y Carlos estaban de acuerdo con el padre de éste último, por una parte. Pero sabían que el dinero entrante con el gobierno era lo que necesitaban. De inmediato y con toda premura. Entre más extensa era la empresa, existían más empleados y más bocas que alimentar. Las pérdidas aún no eran tan enormes como para colocar sus manos en alto. Pero significaba reorganización y mucho trabajo para no dejar a nadie sin empleo y asegurar los galpones nuevos o remodelados. Seguridad tanto física como monetaria, requería de dinero que aún no se vislumbraba con ninguna distribución.

En unos meses, los Mendoza junto a Aragón y sus asistentes, firmaron un contrato con *José Alejandro Rojas*⁶⁹, actual Ministro de Economía, en una sala de reuniones en la sede del Ministerio en Caracas, capital del país. El contrato no solamente incluía la venta directa de un número importante de productos. También contemplaba futuros patrocinios para el deporte nacional y otras actividades de desarrollo social. Manuel se había calmado un poco cuando la

asistente de Josué, Karlina, redactó un documento notariado que los protegía de las deudas que él estaba seguro que se generarían.

Luego de la afamada reunión, los marabinos fueron invitados a un agasajo para celebrar la firma. En el hotel donde acudieron, se encontraban altos cargos militares junto a una parte importante del gabinete ministerial del presidente. Los dueños de la empresa de lácteos no se esperaban tanto aparataje. Y mucho menos, a un grupo de periodistas agolpados entre la gente, entrevistando y tomando fotografías para evidenciar el acontecimiento.

Romer se sentía un poco abrumado por todo, casi al igual que Carlos. Luego de las manos estrechadas y posar para algunas cámaras en compañía de los ministros, decidieron alejarse un poco de todo el bullicio. Brindar ellos solos por el éxito y plantearse el panorama venidero, era de gran necesidad. Entonces, un par de tragos no caerían mal. Aunque no lo harían en ese mismo lugar. Convencieron a los Mendoza mayores para retirarse del evento y tras una disculpa formal, se fueron al hotel donde se hospedaban. Carlos y Aragón se quedaron en el bar del hotel con las asistentes, Mercedes y Karlina. Josué y Manuel subieron a descansar, cada uno en su habitación.

— Vi muy animado al Ministro— opinó Karlina.

— Sí. Algo me dice que el dinero le hace brillar los ojos— dijo Mercedes, y ambas rieron.

Carlos negó con la cabeza:

— Le brillan los ojos pero con los contratos personales. Con nosotros no tiene cabida. Está amarrado hasta el cuello— opinó él.

— No tiene cabida, gracias a mí— dijo Karlina. —Es muy fácil inflar las facturas cuando los contratos son tuyos. Pero sencillamente, hicimos que el ministro solo se encargara de mediar con el presidente— dijo ella riendo y chocando las manos con Mercedes.

— Lo hiciste bien— dijo Carlos, guiñándole un ojo a la rubia asistente de su tío.

Mercedes emitió una extraña sonrisa tras ese gesto. Aragón lo notó pero sin prestarle mucha atención. Solo bebía de forma continua su trago de *Cubaibre*⁷⁰.

— Hey...— llamó Carlos. — ¿Qué pasa? — preguntó, aprovechando que las mujeres se enfrascaron en una conversación sobre trabajo.

Romer respiró hondo y recostó su cuerpo en la silla.

— ¿Ya la llamaste? — volvió a preguntar el primo de Canela.

Romer se rio algo triste:

— Sí, antes de salir del hotel. Ahora debe estar durmiendo— dijo, mirando el reloj. Eran las 11:00 de la noche.

Carlos arrugó las cejas:

— ¿Durmiendo? ¿No se iba a una fiesta con Alma?

Romer miró a Carlos y éste comprendió que aquel dato no le gustaba a su amigo:

— ¿Qué te preocupa?

— Nada.

— Mierda, Aragón. ¿Te preocupa que Canela se vaya a una fiesta sin ti? — él se rio incrédulo.

Romer clavó su mirada en él. Quiso decir algo más, pero no estaba para darle largas al asunto. Carlos no sabía nada de lo que a Romer le sucedía. O por lo menos, eso pensaba él.

Se bebió todo de un solo trago, y decidió levantarse:

— ¿Ya te vas? — preguntó Mercedes.

Romer asintió. No dijo palabra alguna y se retiró del bar caminando directo a los ascensores. Karla hizo un gesto con su boca y sus manos preguntando "¿Qué le pasa?". Carlos movió las suyas para que no le diera importancia.

Romer entró al baño de su habitación de forma apresurada. Se quitó la ropa y se sentó sobre la tapa del inodoro, con los codos en las rodillas y las manos en la cabeza. Respiró profundo con los ojos cerrados. Un leve dolor de cabeza comenzaba a molestarle y las manos le sudaban, cuando en el cuarto y en casi todo el hotel, el aire acondicionado hacía de las suyas. Salió de la habitación y tomó el teléfono celular, para luego entrar al baño nuevamente y colocarse en la misma posición de antes.

Se quedó así... por largos minutos. Muchos minutos. Sin mover un solo músculo. Solo respirando profundo, una y otra vez. Con los ojos cerrados imaginó a Canela, riendo dentro del carro y contándole sobre los exámenes aprobados y sobre exposiciones con gran cantidad de público universitario. Contenta porque cada vez más, sentía que la carrera que había elegido, fue la correcta.

Romer se concentró en sus ojos, tiernos y sabios; pícaros. Esas dunas color café oscuro que se clavaban llorosos en él, cuando la llevaba a terrenos sumamente placenteros. Vio detrás de sus párpados, aquella boca sonrojada y la hermosa sonrisa que mostraba toda su dentadura. Su risa algo ronca

acompañada de un grito alegre, cuando lo que contaba era de gran interés. Romer respiraba una y otra vez, de nuevo sin cambiar el ritmo... mientras lograba introducirse en esa mirada que le decía: «Aquí estoy. No me alejaré de ti, yo te ayudaré» Recordó cuando él le contó sobre sus sueños extraños, en aquel laberinto gris y sin sentido. Canela había reaccionado como una psicóloga e intentó analizar cada detalle.

Apretó su cabello con las manos y dirigió la mirada al celular. Él conocía gente en Caracas quienes podrían calmar su ansiedad a esa hora. Un dato que ni siquiera Carlos sabía. Miró el celular por varios segundos con su rostro serio y el entrecejo concentrado. Los labios juntos parecían dos vigas de cemento. Cerraba los ojos, y recordaba a su novia. Quien en ese momento se encontraba quizás en una reunión de amigas, tomando algo... relajándose con personas que él no conocía.

Entonces surgió otra preocupación. Y era mejor enfocarse en esa, que en desfogar otras pasiones:

— *Aló...* — dijo la otra voz al teléfono.

Romer arrugó el rostro aún más:

— *¿Quién es?*

— *Ah... Romer. ¡Hola, guapo!*

— *Alma. ¿Dónde está Canela?*

— *Oh... está en el baño. Ya debe estar por regresar.*

— *Llámalala.*

— *Oye, cálmate un poco. Si quieres le digo que te llame cuando esté lista.*

Romer se mordió la lengua:

— *Está bien.*

Colgó la llamada regañándose solo un poco por la forma en que le habló a la mexicana. Al cabo de unos minutos que parecieron eternos, el celular sonó de vuelta:

— *¿Dónde estás?*

— *Hola amor, ¿cómo te va? Tiempo sin verte...* — respondió Canela con ironía.

— *No me jodas, Canela. ¿Dónde estás?*

— *Hey, ¿qué te pasa?* — se hizo un breve silencio en las líneas. — *¿Pasó algo?*

— *No pasó nada. ¿No me vas a decir dónde estás?*

— *Estoy en casa de una amiga de la universidad. Específicamente en la*

terrazza de su casa, con vistas a su piscina, la cual es azul celeste... por si necesitas todos esos datos.

Romer empuñó una mano:

— ¿Con quién estás? ¿Te puedes alejar de allí, por favor? Se escucha mucho ruido.

Él escuchó un suspiro de queja que lo molestó un poco más.

— *¿Así está bien?*

— ¿Qué tienen montado allí? ¿Una fiesta?

— *Romer... ¿Qué te pasa?*

— ¿Quiénes fueron a la fiesta?

— *Romer... ¡¿Qué te pasa?! —* enfatizó Canela con la voz más dura que encontró en el momento.

Un pie de Aragón se movió insistentemente sobre la cerámica del piso:

— No me pasa nada. ¿No puedo saber dónde y con quien está mi novia reunida a las 11:30 de la noche?

Canela estaba recostada en la baranda de una pequeña terraza. Veía como las demás chicas le hacían señas de amor y besos, burlándose de ella. Canela les enseñaba el dedo del medio, haciéndolas reír. Pero luego de escuchar el tono de Romer, las risas para ella se habían ralentizado:

— *Lo mismo puedo preguntarte yo. Sabrá Dios desde qué loca discoteca caraqueña me estás llamando.*

Romer se rio con un deje de rabia:

— Tú sabes lo que vine a hacer aquí...

— *Pero tú estás allá con una mujer con la que te acostaste una vez. ¿Cómo sé yo de verdad lo que estás haciendo, dónde y con quién?*

Romer se detuvo y asintió, pasándose la lengua por los labios:

— Lo de Mercedes fue una sola vez.

— *Ya me lo has dicho antes—* dijo ella con amargura.

Aragón cerró los ojos y respiró profundo:

— Solo respóndeme con quién estás... por favor— pidió él con una voz mucho más calmada, casi suplicante.

Ella empezó a comprender por dónde iba encausada la noche para su novio. Se alejó un poco más para obtener mayor privacidad:

— *¿Estás bien?*

Luego de una pausa, él respondió:

— No.

Canela se puso una mano en la frente y se mordió un carrillo:

— *¿Dónde estás?*

Romer se rio por la ironía de la pregunta. La de ella fue tierna y consoladora, intentando calmarlo. La de él había sido un arrebatado de exigencia sin sentido:

— En el baño de mi habitación.

Canela confiaba o quería confiar en él. Pero los celos que él había dejado ver hace un momento, truncan su buen ánimo:

— *¿Estás solo?*

Romer levantó la cabeza y para sorpresa suya, le gustó que le preguntara aquello. Tanto, que lo relajó inevitablemente. Sonrió:

— Sí, cariño. Estoy solo.

Canela negó con la cabeza:

— *¿Por qué te pusiste así? ¿Qué estás pensando?*

— Discúlpame. No estoy bien.

— *¿Te sientes mal? Dímelo...*

Confesarle cosas a Canela, era cada vez más fácil. Pero existían algunos aspectos que aún no abandonaba. Como por ejemplo, su total y entera debilidad ante ella:

— No es nada del otro mundo.

Otra pausa se fabricó entre ellos:

— *¿Sabes que te amo?*

Él sonrió abiertamente. Irguió su cuerpo notándose desnudo por primera vez desde que entró en la habitación:

— Claro que sí. ¿Sabes cuánto te extraño en este momento?

Canela mordió sus labios al escuchar aquella voz gruesa y seductora:

— *Dime cuánto me extrañas.*

Romer sonrió de medio lado y se levantó, sintiendo dolor en su trasero y en la rodilla izquierda. Pero ya no le importó toda su queja y su ansiedad. Empezó a llenar la tina de agua mientras le contaba a su novia con lujos de detalle, cuánto y con qué intensidad la deseaba tener allí, aquella noche.

Al finalizar la llamada, la cual se había extendido más de lo normal, Canela regresó a la sala donde se encontraban las demás chicas; entre ellas, Alma. Canela les sonrió abiertamente, tarareó las canciones que entonaban con toda potencia y bebió un poco de su cerveza sin notar demasiado que se había calentado.

Una sonrisa de enamorada fue lo que vieron todas, menos la mexicana. Quien notó como Canela se ponía seria y se perdía en sus pensamientos.

Alma se levantó temprano y comenzó a empacar sus cosas. Canela la miraba en la esquina de su cama, con expresión de tristeza.

— No me mires así, que terminaré quedándome— dijo la extranjera, señalando en advertencia.

Canela abrió los ojos desmesuradamente y de inmediato, puso la expresión más triste y exagerada que consiguió, haciendo reír a su amiga:

— ¿Qué puedo hacer para que te quedes?

— Nada— respondió Alma de forma escueta, arrepintiéndose luego. Cambió su expresión con un suspiro y se sentó al lado de su amiga. Tocó un mechón del pelo de Canela muy tiernamente, y habló:

— He pasado los mejores meses de mi vida, aquí en Venezuela.

Canela se mordió una uña, mirándola fijamente:

— ¿Lo dices por mí... o por Carlos?

El corazón de Alma se detuvo al instante, como un frenazo. La respiración se le cortó y comenzó a sudar frío. Canela abrió la boca de forma exagerada cuando vio la piel de Alma convertirse en blanca como papel:

— ¿Y te vas a ir sin contarme nada? — preguntó Canela en un hilo de voz.

Alma estaba anonadada:

— ¿Qué... qué quieres que te cuente? — intentó recuperarse del estupor, fingiendo que nada le había pasado.

— ¡Todo!

Alma miró su reloj y se ancló a la hora como un salvavidas:

— En dos horas y media sale mi vuelo.

— Por eso no hay problema. ¡Yo te llevo!

Alma cerró los ojos y dejó caer sus hombros, rendidos. Terminó de empacar con ayuda de su amiga y ambas, salieron al aeropuerto.

— Primero, no te perdono que te vayas una semana antes de mi cumpleaños — Canela manejaba, y al mismo tiempo levantaba un poco sus dedos, enumerando cada una de las cosas. — Segundo, me hincha de rabia que te regreses a ese trabajo de mierda que tienes.

— Canela...— advirtió la mexicana.

— Tercero...— dijo sin prestarle atención. —no puede ser que no me hayas dicho nada sobre Carlos y tú, después de que te conté todo sobre Romer.

Alma movía sus labios con tristeza:

— Discúlpame porque es que... la verdad no recordaba que tu cumpleaños era el 20 de agosto— se excusó riendo, con pena. Canela le dio un ligero manotazo casi en broma. —Discúlpame por eso, de verdad. Además, el vuelo estaba pagado.

— Sabes que mamá te hubiese ayudado a conseguir otra fecha. Pero eres demasiado testaruda.

— ¿Qué? Me moriría de pena si dejara que Nereida gastara un dólar en mí. Canela negó con la cabeza.

— Debo informarte, además...— agregó la mexicana. —que voy a renunciar. Para eso me regreso. Quiero comenzar con mis proyectos y sé que varias de las compañeras de trabajo quieren acompañarme a ejecutarlos. Debo sacarlas de allí, ¿me entiendes?

Canela aprovechó un semáforo y miró a la mujer:

— Soy la que mejor lo entiende— dijo con una expresión de total agradecimiento. Nadie más que Canela sabía el gran corazón que Alma tenía. Siguió manejando y escuchándola.

— Sobre tu primo...— Alma hizo una pausa. —Él y yo no tenemos nada.

Canela asintió colocando sus labios como pato. Alma movió su cabeza sonriendo:

— ¡Es en serio! — agregó.

— ¿Y por qué casi te mueres cuando te lo nombré?

Alma exhaló con un poco de fastidio y sonrió nuevamente. En ese momento no tuvo más remedio que contarle algunas cosas que habían sucedido entre Carlos y ella. Como miradas, palabras y algún que otro cortejo. Obviamente, Canela supo que omitía cosas. Luego de un rato, miró el reloj:

— ¡Canela!

— ¡¿Qué!?

— ¡Vamos tarde! ¡Dale, dale rápido! Falta casi una hora para que salga el vuelo. Debo llegar dos horas antes. ¡La puta madre! ¡Me cago en la chingada!

¡Híjole, es muy tarde!

Canela rompió en carcajadas:

— ¡Dios mío! Casi me matas del susto.

Canela presionó el acelerador pero casi choca con un carro que se introducía en su canal:

— ¡HIJO DE PUTA! ¡¿A caso no ves que estoy aquí?!

— Canela, por la virgen. ¿Por qué gritas?

— ¿No viste a ese tipo? — abrió la boca, asombrada. Vio como el chofer del otro carro bajó la ventanilla y le hizo una seña carente de todo decoro. — ¡Qué depravado! Por Dios... ¿Viste, viste?

— Canela, no me importa si llego un poquito tarde, ¿ok?

Apresuradas, ambas mujeres entraron causando revuelo en el Aeropuerto Internacional, buscando como *alondras*⁷¹ risueñas el desván de la aerolínea. Cuando llegaron, Canela detuvo el paso de la rubia, tomándola por el antebrazo:

— Espera...— ambas se miraron. —Quiero que sepas que te visitaré. Y que puedes venir cuando quieras. Y que... voy a estar para ti en todo, y que... debo disculparme por dejarte sola cuando me iba con Romer...

Alma cortó el discurso tomando los hombros de Canela y estrechándola entre sus brazos, en un fuerte y cariñoso abrazo. Apretó su cuerpo con decisión y se despegó para mirarla:

— No te pongas a llorar, que me quedo.

Canela haría una de las suyas. Arrugó el rostro como bebé y comenzó a gemir cuando Alma le tapó la boca, riendo a carcajadas:

— Nooo... Por favor, no lo hagas— dijo la mexicana, riendo.

Canela dejó las bromas y sonrió con sinceridad:

— Te quiero demasiado, Alma. Eres una gran, gran mujer. Te deseo todo el éxito del mundo. Sé que lo tendrás.

Alma secó rápidamente una lágrima:

— Yo te deseo lo mejor en tu carrera y en el amor— dijo enfatizando la última palabra, dándole un golpecito de cariño, hombro con hombro. —Romer te adora. Tiene muchos problemas, lo sé. Ese hombre todavía no ha encontrado la salida de su propio laberinto. Pero lo hará y sé que será contigo. Tú vales demasiado, Canela. Eso jamás debes dejarlo a un lado.

La joven venezolana sin poder evitarlo, dejó salir sus lágrimas y su risa, a

la vez. Abrazó de nuevo a su mejor amiga y dejó que se alejara, para confirmar el boleto que la regresaría a los Estados Unidos. A ese país donde ambas se conocieron y donde habían pasado por mucho.

Canela atravesaba las puertas de vidrio de la extensa terraza, donde los familiares suelen ver los aviones despegar. Mientras muchos pensaban que ese lugar era apacible y hermoso... a Canela siempre le había parecido una tortura, ver los aviones alejar a los seres queridos. Por supuesto y como a mucha gente, esa mañana cambió de opinión, corriendo por las escaleras para no perderse el despegue. Sin importar las lágrimas o lo doloroso que fuera, sintió significativo el despedirla hasta ese punto del vuelo.

Pensando en eso, bajó hasta la salida del aeropuerto. Cruzando las grandes puertas y ya desde afuera, vio que una persona conocida le pasaba de largo a una distancia no demasiado corta. Nereida iba casi corriendo y a Canela le extrañó en cantidad, verla de esa manera. La joven apuró el paso y se acercó un poco más. Efectivamente, la mujer alta y esbelta que subía la corta escalinata de la entrada, era su madre...

— ¡Mamá!

Nereida se volteó. Canela se encontraba en la acera, estática y sorprendida por el encuentro. La joven se llevó las manos a la boca. ¡Dios santo, Nereida iba apurada para despedirse de Alma! ¿Cómo no pudo imaginarlo? ¿Por qué no pensó que su madre querría despedirse de su amiga? Nereida no se movía, mientras la gente pasaba entre ellas.

— Mamá...— Canela dejó caer los brazos. —Ya se fue— articuló con la boca para que a esa distancia, pudiera entenderle. Nereida cerró los ojos, dejando caer sus hombros con tristeza.

Pero como si el tiempo pudiera cambiar su velocidad de forma súbita, para que las personas fueran consientes de cada detalle... Canela arrugó la cara al ver que su madre abría los ojos y los expandía con desmesurado asombro. Sin entenderlo, escuchó apenas un grito... luego un frenazo. ¿Qué pasaba? ¡¿Qué estaba pasando?!

La joven y hermosa Canela volteó su cara... y vio lo peor.

Capítulo 31

Nereida no quiso estacionarse en el aparcamiento privado. Requería de mucho tiempo y ya estaba sobre la hora. Pasó la hilera de carros estacionados en el borde de la acera, si encontrar un sitio para estacionarse. Dio una vuelta más, y del lado izquierdo muy alejado de las jardineras que daban la bienvenida al aeropuerto, se detuvo teniendo algunas quejas de los conductores que pensaban estacionarse allí mismo, donde ella lo hizo.

La noche anterior, pudo despedirse de la mexicana por vía telefónica. Al parecer, Alma y su hija se encontraban celebrando la despedida en casa de una chica. Pero debía agradecerle tanto... Entonces, ir al aeropuerto era lo ideal para lograrlo.

Ya estacionada, corrió por esa misma acera y atravesó el rallado justo en frente de las puertas del Aeropuerto Internacional. Le había entendido a Alma que viajaría a Caracas para luego, irse a Nueva York. No le escuchó decir que se trataba de una escala. Al llegar al tope de las escaleras, vio el tumulto de gente entrar y salir. «Agosto» pronunció en voz baja con un resoplido, olvidando que se trataba de la temporada alta. Miró el reloj y vio lo que temía: estaba sobrepasada de la hora. Maldijo entre dientes pero fue interrumpida por una voz conocida...

— ¡Mamá!

Vio a Canela en la acera con una expresión de asombro, la cual fue cambiando indicándole que había llegado tarde para despedirse de Alma. "Ya se fue", leyó de los labios de su hija. Maldijo nuevamente por no haber tenido tiempo de compartir más con aquella hermosa mujer, en estos pocos meses. Cerró sus ojos con tristeza. Conoció a la amiga de Canela en un momento vulnerable y habían creado un vínculo que apreciaba con rigor. Quería decirle algunas palabras antes de que el avión despegara. ¿Cómo pudo ser tan despistada y desconsiderada? Nereida corría con la esperanza en la mano y el corazón en un puño, hacia el aeropuerto. Apurada, desesperada. Sintióse como en una película, al correr para despedirse. Pero nunca imaginó que unos

minutos después, estaría gritando por todo el recinto con otro tipo de angustia.

Gritos... Gritos de desesperación. ¡Su hija había sido raptada! ¡Su joven y hermosa hija había sido secuestrada!

Nereida se encontraba en una nube de terror y lágrimas. Solo batucaba sus brazos para señalar el carro que se la acababa de llevar. La seguridad del aeropuerto se puso en marcha y algunas personas intentaban calmarla, sin lograrlo demasiado.

— ¡Mi hija, por favor...! Ella llama Canela. ¡Por favor! ¡Se la han llevado!

— Señora, ya la policía está al tanto...— decía una mujer con una edad muy parecida a la de ella. Nereida se sostuvo en sus brazos y se dejó hacer. Casi no se dio cuenta cuando la sentaron en una de las sillas en las hileras de espera.

Un bulto no muy grande de gente la rodeaba, intentando averiguar lo que estaba pasando. Algunos sentían muy de cerca el dolor que Nereida estaba sintiendo. Otros pasaban de largo, queriendo salir de allí para comentarlo con alguien y hacer de su día, un momento interesante con los suyos. Los trabajadores del aeropuerto apartaban a la masa de gente que se desvivía por saber más. Un oficial de policía se acercó hasta ellos e intentó mediar con ella:

— Señora, míreme por favor...— el oficial se puso en cuclillas hasta encararla. —Una patrulla salió detrás del vehículo. Estamos recibiendo reportes constantemente. Debe tranquilizarse y acompañarme para hacer la declaración.

Nereida no paraba de llorar pero la voz del oficial le hizo obedecer:

— ¡¿A dónde me va a llevar?! Yo no me puedo mover de aquí. Mi esposo... — esnifó, limpiándose la cara con el dorso de una mano. — ¡Oh, Dios mío, Josué! Josué... debe venir en camino— miró nuevamente su reloj. —Él viene de Caracas. Tengo que contarle.

Ella se levantó de forma estrepitosa, cayendo de nuevo en la silla.

— ¿Cómo se llama su esposo? ¿Sabe en qué vuelo viene?

Ella negó. Pero recordó algo... Alzó la cabeza:

— Ustedes son de la Policía Regional, ¿verdad? Mi esposo es Josué Mendoza. El gerente de Lácteos del Lago.

Él oficial frunció el ceño. Por alguna razón, la mujer había pensado que lo conocía. Dio órdenes de investigar las listas de pasajeros de los próximos vuelos de Caracas a Maracaibo para saber a qué hora estaría llegando el esposo.

Nereida pudo levantarse y comenzó a caminar hacia al oficial, quien se había alejado de ella para dar las órdenes:

— Por favor. A ella no le puede pasar nada... ¡Ayúdeme, por favor! Se lo pido...— decía, retorciéndole el uniforme con las manos.

El hombre junto a unas asistentes del aeropuerto, logró llevarla hasta la oficina de la policía ubicada dentro del recinto. Le ofrecieron un té para que se calmara. Llamaron a un médico, quien no logró que ella tomara un tranquilizante. Un personal de control dio los datos del vuelo donde llegarían los empleados de la empresa, y esperaron allí.

Romer escuchaba música por sus audífonos, revisando su agenda de trabajo y los contratos firmados. Mercedes iba a su lado haciendo casi las mismas cosas que él.

— Debemos reunirnos con Recursos Humanos lo antes posible— informó Mercedes. Aragón se bajó los auriculares para escucharla mejor. — ¿Qué dijo Josué sobre contratar de nuevo a los empleados de los galpones cerrados?

— No ha dicho nada— respondió el administrador. —Creo que mencionó vender uno de los galpones para reabrir los de *Santa Bárbara del Zulia*⁷². Efectivamente tenemos que reunirnos con Recursos Humanos para estudiar la posibilidad de traslado de nuestros empleados con más tiempo en la empresa. No queremos perder esa flota de gente.

Ella asintió. Revisó otros documentos y arrugó la boca:

— Mmm, pero dentro de una semana tenemos consejo con el Sindicato de Productores. Al llegar, acordaré con Karlina para pautar el espacio.

— Dame la fecha exacta.

Mercedes sabía la fecha. Solo miró su agenda para corroborarla:

— El 20 de este mes.

— No.

Mercedes lo miró:

— ¿No... qué?

— Para esa fecha no pongas nada. Pauta ese encuentro para otro día.

Ella hizo un arco con sus labios y comenzó a escribir al respecto. Luego de un silencio, habló:

— ¿Puedo saber por qué me hiciste cambiar esa fecha?

Romer la miró, sonriendo:

— Es el cumpleaños de Canela.

La asistente de Aragón sonrió al comprender la felicidad de su jefe. Asintió y sin mirarlo, preguntó:

— ¿Le tienes algo preparado? Ya llevan mucho tiempo, ¿no es así?

Él acomodaba los papeles dentro de una carpeta, mientras le respondía:

— No tanto como yo quisiera. Y sí. Tengo pensado sacarla un rato de la ciudad. ¿Qué te parece?

— Es un buen regalo.

Ambos hicieron silencio. Aragón se colocaba de nuevo los audífonos pero Mercedes no lo dejó:

— Disculpa, Romer...— dijo en un susurro para que nadie pudiera escucharlos. —Tengo una pregunta. Me da algo de pena pero... ¿Quién es Dina?

El joven se giró en total alerta.

— No pregunto exactamente quién es ella. Yo sé que es tu familia...

— No lo es— enfatizó interrumpiéndola, con su eterna voz arrogante y gruesa; recordando que Mercedes la conoció un día, hace varios años. — ¿Por qué preguntas por ella?

— Es que...— movió sus labios con duda. — ¿Quién es ella? ¿Qué significa para Carlos y para...? — Mercedes calló inmediatamente lo que estuvo a punto de decir.

— ¿Para quién? ¿Para mí?

Esa no era la pregunta que casi pronuncia por equivocación. Pero no aclaró ese hecho y dejó correr la interrogante:

— Sí.

Romer suspiró. Había aprendido algo de Canela. Si existía la confianza suficiente, era mejor aclarar las cosas:

— Ella no significa nada para ninguno de los dos, Mercedes. Y mucho menos para Carlos. Es verdad que ellos tenían... algo— Aragón hablaba en susurros. —Que teníamos relaciones, eso tú lo sabes. Pero, ¿quién se enamora de una mujer como ella?

Mercedes tragó grueso. ¿Qué tipo de mujer era Dina, cuando su medio hermano la describía de esa manera? ¿Cuándo también tenía relaciones

sexuales con el mejor amigo de ese medio hermano? ¿Cuándo otra persona cercana a ellos, también...? Interrumpió sus pensamientos por si acaso si de una forma mística, Aragón pudiera escucharlos. Nunca había querido indagar demasiado, y ahora sentía que se pasaba de la raya. Mejor dejarlo todo como estaba:

— Disculpa que te pregunte algo tan privado— dijo Mercedes.

Romer se relajó. Sintió algo de pena:

— Tú y yo somos amigos, ¿no es así? — dijo, dándole un toque de hombro a hombro para que no se preocupara.

El joven luego de aquello, se relajó en su asiento. Quería estar totalmente descansado antes de llegar a Maracaibo. Estaba seguro que no tardaría en la oficina y había planeado sorprender a Canela en la universidad. Esperaba no llegar demasiado tarde; pensaba mirando su reloj.

Cuando todos caminaban por el panel de salida, dos policías esperaban en el umbral de la entrada:

— ¿Señores Mendoza? ¿De Lácteos del Lago? — preguntó un oficial.

— Sí, ¿pasa algo malo, oficial? — preguntó Josué.

Romer notó como ambos policías se miraban las caras. No le gustó nada el gesto:

— ¿Qué sucede? — se adelantó Aragón hablando con su voz firme. Tendió su mano para presentarse. — Soy Romer Aragón, administrador de la empresa. No es normal que nos esperen acá. ¿Sucedió algo con la compañía?

Luego del apretón de manos, uno de los oficiales habló:

— No señor. Se trata de otro problema.

— ¿Pero por qué no hablan? — dijo Carlos un poco nervioso por la situación.

En ese momento, todos los representantes de la empresa escucharon un grito desgarrador. Romer abrió los ojos al ver a Nereida correr hacia ellos. Sintió de pronto que unas manos le sujetaban fuertemente el hombro. Clavó sus pies en el suelo para soportar el peso desconocido sin apartar la mirada de la desafortunada mujer. Vio como los policías retrocedían para atraparla...

— ¡Josué! ¡Josué! ¡Canela!

— ¡¿Qué está pasando?! — gritó el hombre.

— ¡¿Qué estás diciendo, tía?! — dijo Carlos.

— ¡¿Pero por qué la agarran así?! — preguntó Manuel, quien hasta los

momentos no había dicho nada.

Aragón no reaccionaba. Solo veía y escuchaba todo desde un plano diferente. No se dio cuenta que daba pasos en retroceso, y que su espalda chocaba contra la pared del pasillo. De pronto, sintió que Carlos le sujetaba...

— ¡Romer!

Aragón reaccionó tomando la muñeca de su amigo y la parte delantera de su camisa con mucha fuerza:

— ¡¿Qué mierda pasó?! — preguntó en un gruñido, con los ojos inyectados en sangre.

— ¡Se llevaron a mi prima, Romer! — dijo llorando.

Aragón lo sujetó con más fuerza sin moverse:

— ¿Qué mierda estás diciendo? — susurró con mucha rabia. Las palabras se empujaban con furia contenida. Carlos no respondió. Se liberó como pudo de su agarre y lo arrastró hasta donde los policías le indicaron.

Romer escuchó cada palabra de Nereida, cada explicación. Según la mujer, vio a Canela parada en la acera unos segundos antes de que se la llevaran. No vio la placa del vehículo, aunque ya éste había sido identificado; informaron los oficiales. También escuchó la explicación del policía. Encontraron el dichoso carro abandonado, a unos metros del lugar. Los secuestradores cambiaron de transporte y los oficiales aún estaban revisando el anterior. En la requisita, encontraron el bolso bandolero de Canela y se lo habían dado a su madre. Los técnicos de seguridad del aeropuerto, estaban recolectando la información de las cámaras de vigilancia. Romer comprendía todo y hacía preguntas con precisión. Miraba las caras de los demás. Las asistentes, Mercedes y Karlina, aún se encontraban con ellos y sus rostros evidenciaban la angustia del momento. Pero Romer no lloraba. Aún no sabía cómo canalizar la situación...

— ¿Te encuentras bien? — le preguntó Mercedes, tras pasar un rato.

Él tragó grueso. Puso sus ojos en ella, pero no la miró. Vio movimiento a su lado y desconectó el hilo visor para acercarse a otra persona:

— ¿Las cámaras de seguridad ya están listas? Quiero ver lo que pasó.

— Señor Aragón, tenga por seguro que en cuanto tengamos las cintas, se las mostraremos.

— ¿Qué tan lejos pueden estar?

— Estamos buscando, señor— respondió el oficial, queriendo sonar firme.

Aragón se giró hacia las secretarías de la empresa:

— Es mejor que vayan a la oficina y nos mantengan informados de todo. Ya

saben lo que tienen que hacer. Ni una palabra a nadie— Ellas asintieron. Luego, él miró a Manuel. — ¿El chofer de tu hija puede venir por ellas? — El padre de Carlos asintió e hizo una llamada.

Romer esperó que las mujeres se fueran. Luego, se paró en frente de Josué. Lo tomó de los hombros y lo sacó de la oficina, empujándolo contra una pared:

— Mírame a la cara...— exigió Romer, apretándole un hombro. Estaba intentando controlar la acelerada respiración, removiendo los dientes. — Dime, Josué. Esos tipos que se llevaron a tu hija, ¿Qué van a pedir?

— ¿Qué estás diciendo, loco? — preguntó Carlos, llegando hasta ellos.

El administrador no quitó la mirada de su jefe y tampoco prestó atención a la pregunta del sobrino.

— Dime... ¿Por qué coño está pasando esto? — su voz estaba extrañamente calmada. Se mordió el labio inferior y susurró: —Josué... ¿Te volviste a endeudar?

— ¡¿Qué?! — el interrogado exclamó en un susurro. — ¡¿Estás diciendo que por mi culpa, mi hija está secuestrada?!

— Piensa bien tu respuesta, Josué...

Aragón estaba fúrico. Josué estaba muy claro en eso. Su cara pálida lo decía.

— Me pondré a mí mismo como parte de todos ustedes— continuó. —Nos han atracado, nos han robado millones, nos desvalijaron e intentaron hacer daño a nuestros trabajadores. Hace años intentaron secuestrarte— Romer se detuvo para evitar la rabia y hablar con precaución. —La inseguridad en esta ciudad es una mierda.

Romer absorbió aire entre los dientes y dio un fuerte golpe en la pared, al lado de la cara de su jefe:

— ¡Maldita sea! — volvió a golpear la pared. — La plata, Josué... ¡La maldita plata que debías...! ¡¿Qué mierda pedirá esa gente?!

— ¡Ya basta! — exigió Carlos, interponiéndose. — ¿Qué estás preguntando, Aragón?

— Lo que debo preguntar. Josué sabe de lo que estoy hablando— su pecho subía y bajaba por la presión.

Carlos miró a su padre y alzó las manos a modo de pregunta. Pero su rostro se transformó cuando Manuel no movió un ápice para defender a su hermano. Entonces, regresó la mirada:

— Tío... ¿Qué está pasando?

Romer se restregó las manos en la cara, en el pelo, luego de nuevo en la cara. Se apartó de Josué unos instantes, para luego volver a mirarlo:

— ¿Qué te van a pedir?

Josué tenía los ojos desenchajados:

— ¡¿Qué voy a saber yo?! — Josué le gritó en respuesta al administrador.

Romer se puso las manos en la nuca:

— No voy a contar nada. Solo confírmame si puedes estar seguro de que quienes secuestraron a Canela, tendrán con qué amenazarte si no pagas.

— No entiendo... Canela está secuestrada. ¡¿No es amenaza suficiente...?! —

Carlos se calló. Tuvo un recuerdo algo lejano, mezclado con sus años de universidad. Una caída en las inversiones de la empresa... una discusión en la familia. Miró de nuevo a su tío:

— ¿Con qué plata levantaste la empresa cuando casi pierdes las acciones?

Josué puso los ojos como platos al escuchar la pregunta de su sobrino, sin quitar la mirada de Romer. Entonces Carlos se abalanzó como un miura hacia el padre de Canela para sacarle las palabras a golpes. Manuel se interpuso de inmediato para evitarlo, mientras Romer se alejaba de ellos con los labios apretados.

Aragón no tenía que decir nada más. Ahí estaba la respuesta. Lácteos del Lago estaría siempre confinado al desastre, gracias a un pasado que los maldijo a todos. Gracias a los errores de Josué Mendoza.

Se quedó parado mientras veía cómo los tres hombres intentaban calmarse. Su respiración comenzaba a sentirse más acelerada, como si eso fuese posible. Los labios comenzaban a temblar y sintió un sabor amargo en la lengua que le hizo arrugar la cara. Se giró y notó a su derecha una silla de metal. Se reclinó sosteniéndose con el espaldar y cerró los puños hasta que sus nudillos blanquearon. El metal comenzó a sonar y sin predicción, alzó la silla y con todas sus fuerzas, la destrozó contra el suelo. El grito de desesperación que soltó Aragón, cruzó la estancia. Caminó como bestia hacia Josué:

— ¡¡¡Mí novia está secuestrada y tú eres el único culpable!!!

Carlos y Manuel lo detuvieron, salvándole la vida a Josué. Nereida salió de la oficina alertada por el ruido.

— ¡Siempre te dije que le pusieras un escolta y nunca me quisiste hacer caso! ¡Eres un cobarde, siempre la sacaste del país para no meterte en problemas! ¿Con cuántos intereses tuviste que hipotecar la empresa para levantarla? ¡Maldita sea! ¡¡¡Ella es mi vida!!! ¡Si algo le pasa te juro que te mato! ¡No me importa quién seas! ¡Si a Canela le sucede algo yo te mato! ¡¡¡Te

mato, te juro que te mato!!!

— ¡Yo te dije que la dejaras en Margarita! — grito Josué en su pobre defensa.

Aragón intentaba soltarse. Nereida lloraba desconsolada y asombrada por todo lo que sucedía.

— ¡Te voy a matar! ¡¡¡Déjenme!!! ¡¿Cómo me vas a decir eso, si fuiste tú quien me aseguró que ya todo estaría tranquilo?!

Manuel dejó que Carlos se encargara de Romer, para ser él quien sujetara a su hermano. Los oficiales de policía también intentaban mediar el asunto.

— ¡No me importa ir preso si a Canela le pasa algo! ¡Canela es mi vida, Josué! ¡Es mi vida!

Otro policía llegó a la sala y gritó por encima de la enorme discusión:

— ¡LA ENCONTRAMOS!

Aragón se paró en seco, Carlos se puso las manos en la cabeza, Manuel y Nereida dieron unos pasos al frente y Josué se dejó caer sobre la pared:

— ¡¿Dónde está?! — gritaron los dos jóvenes al unísono.

Al cabo de unos segundos, salían todos del aeropuerto.

Capítulo 32

*«Que tus palabras tengan un tono amable;
mantén la cabeza inclinada.
Baja tus ojos, y eleva tu corazón hacia el cielo;
y cuando hables,
no fijes tu mirada en tu interlocutor.
"Carta de Nahmánides a su hijo"»*

No supo exactamente lo que pasaba, hasta que sintió la fuerza de unas manos sostenerle la cabeza; duro y con determinación. Canela puso la frente entre sus piernas, cuando una voz de hombre se lo indicó. La velocidad del vehículo era demasiado alta. Su propia estabilidad, era controlada por una persona a su lado. Por alguna razón, ella sentía que aquellos hombres no le harían nada malo. Estaba quizás, aferrada a una certeza de que todo acabaría pronto y aquellos maleantes obtendrían lo que querían. Pensó en su padre. Era obvio para ella que el dinero estaba dentro de las razones de su secuestro; su padre encontraría el dinero y la liberarían. ¡Tenía que ser así!

Los hombres no hablaban entre ellos. Incluso, solo se dirigieron a ella cuando la cambiaron de vehículo. Canela sabía por dónde se encontraban. También lo supo cuando mantenía su cuerpo inclinado, con la idea de no mirarlos a la cara. De igual forma, podía abrir los ojos con mucho cuidado, para mirar la hora en su reloj de muñeca; escuchando el motor del carro y sintiendo la velocidad alta en la que el chofer, manejaba.

Pero algo cambió los planes. Unas sirenas se escucharon a lo lejos, o eso pensó la joven. El aviso policial se acercó lo suficiente como para darse cuenta de que se dirigían hacia ellos. Fue entonces, cuando escuchó la voz de uno de los sujetos. Y fue precisamente aquello, lo que empezó a ponerla nerviosa. Ella conocía esa voz...

— Todo igualito, todo sigue normalito.

Canela apretó los ojos intentando aliviar el dolor en la nuca; intentando recordar dónde la había escuchado. Estaba cerca de saberlo. Apenas un palmo del cerebro y daría con la identidad del tipo. La velocidad era muy alta. Deseaba que el mundo se detuviese. Sus muslos se estaban acostumbrando al movimiento de la carrera, pero le dolían los hombros y la espalda. Aun así, no estaba desesperada. Sabía que no le harían nada malo. Lo sabía, estaba segura...

— Nos van a alcanzar si usted no se mete por donde dijimos.

Esa voz era de los andes venezolanos. Era obvio, el acento tenía que ser de aquellas ciudades o pueblos. Quizás Mérida; tal vez, era del estado Táchira. Esos pensamientos la ayudaron a dar un repaso a todas las personas que conocía con ese modo de hablar. Romer, Fedra... Dina. Desechó el terrible escalofrío que le produjo solamente el recuerdo de ese último nombre...

— Dele por ahí. ¡¿No le dije que le diera por ahí?!

Canela se movió para acomodarse, el dolor de cuello era insoportable.

— ¡Quieta pues!

El sujeto que le habló, estaba justo a su lado y no era el que daba las órdenes. Le sujetó el cabello y le gruñó aquello, muy pegado a su oreja. Canela se quejó por el dolor:

— Tranquilita que ya estarás más cómoda— susurró el mismo tipo.

Un rayo de terror atravesó su columna. ¿A dónde se dirigían? Sabía por dónde se encontraban. Se hizo un mapa mental desde que cambiaron de transporte. Ellos estaban corriendo hacia el norte de la ciudad. Pero, ¿a dónde?

Pensó en su cartera. Movié las retinas sin mover la cabeza. No estaba cerca de sus pies, tampoco la tenía al lado de las piernas o colgada del hombro. Maldijo mentalmente. La cartera tenía que estar en el otro carro. ¿Cómo harían para contactar a su familia? De seguro ellos tenían todos los datos de su padre. ¡Quizás los datos de la empresa! Los arruinarían, se llevarían una gran cantidad de dinero y se esconderían de la justicia... ¡quizás de por vida! Pero ella regresaría sana y salva. Junto a su familia... junto a Romer.

¡Romer! Los pensamientos de Canela viajaban a mil por hora. Romer tenía que estar atacado de los nervios. ¡Eso no era bueno para él! La última llamada que tuvieron fue extraña, pesada. Como todas las veces que él se sentía abrumado. Menos mal que hablar con él ayudó a calmarlo. Sobre todo, a no caer en aquel vacío, oscuro y profundo laberinto. Romer... Romer, Romer, Romer... El nombre de su novio era una plegaria al cielo.

De pronto, el carro cruzó y de inmediato entraron por un terreno inestable. Los sentidos de Canela se alertaron. Ella no conocía esa ruta. Unos segundos después, el vehículo se detuvo y la puerta se abrió:

— ¿Para dónde me llevan?

— Bájese, ¡bájese! — gritó el mismo sujeto que daba las órdenes.

— Chamo pero, por favor...— hablaba la chica.

— Caraqueño, ¡agárrela pues!

— Mira el suelo...— le susurró el presunto Caraqueño.

Canela sacó los pies de forma estrepitosa y tocó arena. ¡Estaban en un barrio! No había asfalto por ningún lado. Aquello parecía una invasión. La hicieron dar unos pasos al frente, hasta pisar una especie de acera. Luego, escuchó el rechinar de una reja. ¡La metían en una casa!

— ¡No chamo! ¡No chamo, por favor!

— ¡Agacha la cabeza, chica!

Un golpe en la cima del cráneo, le hizo trastabillar. Fue entonces cuando ella sintió pánico por primera vez, desde que se la habían llevado:

— ¡No! Yo no entro. ¡Yo no entro ahí! ¡¿Qué me van a hacer?!

El tercer sujeto gruñó con desesperación y tomó a Canela por la nuca con mucha fuerza, hasta meterla del todo en la casa. La arrastró por un corto pasillo, abrió una puerta de madera y la lanzó sobre un colchón.

— ¡¡¡NO!!!

El hombre se puso a horcajadas sobre la violenta Canela, para bloquearla. Levantó la mano y dejó caer un severo puño cerrado en su mejilla:

— ¡¡¡Quédate quieta!!!

Canela quedó sin aliento, su grito se desvaneció en el aire. Él le agarró la barbilla y le mostró el puño:

— Hablas, así sea pa' quejarte... y te desmayo con otro de éstos— dijo mirándola a la cara. Y la visión de aquel hombre, le provocó náuseas.

Él dejó ver sin problemas su rabioso rostro. Advirtiéndole con el puño, que se lo volvería a poner encima si dejaba salir de su boca, el mínimo suspiro. Canela pudo darse cuenta que los otros dos no eran los líderes. Quién dirigía el secuestro, era él. En ese momento, entró de forma desaforada un hombre a la habitación:

— ¡Nos agarraron, Pitoquín! ¡Tenemos que salir por atrás!

— ¿Qué mierda dices?

— ¡Tápele la cabeza! ¡Que me está mirando! Coño...

El recién llegado a la habitación, se acercó a trancadas hacia ellos y se

abalanzó al rostro de Canela con intención de tomarla y sacarla de allí. Pero las horrendas manos de Pitoquín se lo impedían:

— ¡¿Qué vas a hacer, gocho de mierda?! — gritó el hombre que la había golpeado.

— ¡¿Qué cree usted que voy a hacer?!

— ¡Apártate!

Canela vio la batalla que ambos hombres tenían con las manos, como una maraña terrorífica frente a sus ojos. Solo pudo cubrirse la cabeza con los brazos para no ser herida ni golpeada de ninguna otra forma. Fue en ese momento cuando se detuvieron al escuchar unos golpes, voces y gritos que venían del exterior de la vivienda.

— ¡Maldita sea! ¡Vámonos de aquí! — gritó el tercer hombre desde la puerta.

El hombre con el acento andino tomó a Canela por el pelo e intentó arrastrarla.

— ¡¡¡No!!! — ella gritó al sentir el fuerte jalón de cabello.

— ¡Déjala aquí! — gritó Pitoquín. — ¡Vámonos por atrás!

El supuesto gocho empujó a Pitoquín, tumbándolo a un lado con una fuerza descomunal. Se abalanzó nuevamente hacia la joven y la tomó por los pies. Cuando comenzaba a arrastrarla, el sonido de un disparo lo detuvo.

— ¡Maldición! ¡Le dieron a *Caracas*! — gritó Pitoquín.

— ¡Policía Regional! ¡¡¡Quieto ahí!!! — Pitoquín se movió velozmente. Dos disparos se escucharon y uno de ellos lo devolvió al suelo.

Canela tenía los ojos cerrados, bien apretados y dentro de su agonía, gritó muy fuerte al sentir cómo el cuerpo del hombre que la arrastraba, había caído sobre ella. Sus manos aún permanecían arreguindadas a sus tobillos. Ella pateó muy fuerte y al abrir los ojos, solo pudo quitar aquellas asquerosas manos de sus piernas, y se movió de prisa contra la pared, para hacerse un ovillo de gritos y llanto.

— ¡Objetivo alcanzado! ¡Cayó el tercero! — dijo un sujeto con voz gruesa. — ¿Señorita Mendoza?

Ella lloraba sin detenerse. Pero la voz del oficial le hizo abrir los ojos aún más para observar lo que pasaba.

— Todo está bien. Ya todo terminó, puede confiar en mí...

Ella miró el cuerpo que había apartado del suyo. Estaba boca abajo, pero pudo verle el rostro con mayor precisión. ¡Dios mío! ¡Lo conocía! Era el mismo chamo que se había encontrado en la universidad. Abrió la boca por la

sorpresa y de inmediato, su mente aclaró el acento andino que nunca tuvo tiempo de recordar. Miró a Pitoquín. Este se encontraba con los ojos abiertos, totalmente sin vida pegado a la pared de la habitación. Canela puso sus temblorosas manos en la boca, anonadada por todo lo que había sucedido. Luego, miró al oficial de policía:

— Ellos... ellos me iban a...

El oficial asentía, señalándole con las manos que podía confiar en él y que podían salir de allí. Cuando a lo lejos y cada vez más cerca, se escuchaba una voz aún más conocida:

— ¡¡¡Canela!!! ¡Déjenme pasar! ¡CANELA!

Estática sin saber exactamente por qué, observó cómo Romer entraba al cuarto intentando apartar de sí a los oficiales encargados de la misión. Y como si se tratara de un efecto mental, encargado de resguardar los momentos más álgidos de la vida misma, fue testigo de los pasos apurados de su novio hacia ella. Rápido pero lento a la vez, Romer se acercó a Canela y la abrazó fuertemente con el rostro cubierto de preocupación. La tomó en sus brazos y la sacó de allí.

Ella simplemente lloró. Siguió llorando dejándose abrazar. Sabía que estaba a salvo, que lo que aquellos tipos iban a hacerle, ya no sería posible. Pero sus manos comenzaron a temblar estrepitosamente.

— ¡¿Canela?!

La boca temblaba a la par que sus dedos. De repente, todo se puso negro. «¡No! Otra vez, no. ¡Por favor! ¡No me quiero separar de ti! ¡Quiero estar contigo, Aragón!»

— ¡Canela! ¡¡¡Alguien que me ayude!!!

Los labios se le desviaron un poco... tan solo un poco hacia un lado de la cara, cuando ella ya no pudo ver más nada.

Capítulo 33

Días después...

Romer caminaba por su apartamento, revisando que todos los detalles estuviesen listos. A cada cosa que veía acabada, le hacía una marca mental. Aquel día era uno muy importante. Él quería todo perfecto. En la cocina, la cena estaba preparada. Había mandado a limpiar su apartamento, para que ni el mínimo polvo molestara a Canela. El jugo estaba en su punto, como a ella le gustaba. Tomó un jarrón pequeño de vidrio y colocó tres flores: una blanca, otra de pétalos rojos y la tercera, de pétalos amarillos. Luego, lo llevó a la bandeja de madera. Allí, puso los platos y vasos. Y con una sola mano, llevaba la pesada plataforma y en la otra, la jarra de jugo de naranja.

Atravesó el salón y se dirigió al cuarto, hasta llegar al baño. Antes de entrar, puso la oreja en la puerta para escuchar. Lo que oyó, le arrancó una sonrisa. Canela había puesto música. Quizás, la sorpresa se la llevaría él. Aquel pensamiento era recurrente cuando estaba con ella. Siempre las sorpresas, las daba la joven y hermosa Canela. Nunca al revés.

Él entró y percibió el agradable aroma a jabón y sintió el calor que generaba el agua. Jamás entendería el gusto de Canela por el agua caliente. Vivían en una de las ciudades más calurosas de Venezuela, pero ella adoraba bañarse con agua tibia y a veces, muy caliente. Pero ahora en esas circunstancias, esa temperatura era beneficiosa.

La cortina estaba cerrada y él pudo ver a través de ella, la silueta de Canela dándose un buen baño. Colocó la bandeja sobre la encimera del lavabo, y se desvistió. Luego, abrió la tela lentamente para entrar y acompañarla. Ella sonrió y se dejó abrazar por él. Colocó su frente sobre el pecho masculino, y comenzó a hacer círculos con sus dedos; en la espalda de Aragón. Ambos se relajaron inmediatamente al entrar en contacto. Romer suspiró. Alzó su cara hacia la regadera. Tomó un poco de agua y la escupió

juguetonamente, antes de dejar un tierno beso sobre el mojado cabello de Canela:

— Mañana es tu cumpleaños— dijo él. — ¿Tienes algo planeado?

Ella alzó la cara para mirarlo:

— No, caballero— él se rio un poco con eso. — ¿A dónde me llevarás?

— Ahh... ¿Usted quiere que la lleve a algún lugar? ¡Muy bien! — Romer la apretó un poco más, deslizando las manos por el resto de su cuerpo. — ¿A dónde quiere que la lleve, señorita?

Ella intentó arrugar sus labios, sintiendo molestia en el rostro.

— No te esfuerces, cariño. Tienes que recuperarte bien— le dijo él, sobándole los labios y las mejillas con mucha delicadeza. — Sigue mojando tu rostro en el agua caliente. Recuerda lo que dijo el doctor.

Ella asintió. Luego de mojarse la cara una vez más, recostó su rostro en el pecho de Aragón. Cómo antes lo tenía.

— ¿Estás bien? — preguntó él, tras varios besos en su frente.

— Quiero celebrar el cumpleaños en casa de mi padre. ¿Estás de acuerdo? He visto que entre ustedes hay mucha tensión.

El alto y fuerte cuerpo de Romer, cambió.

— Oye...— llamó Canela, tomándolo del rostro. — ¡Me has salvado la vida! No estaría contigo ni con mi familia de no ser por ti. Sé que la policía se movió rápido. Pero Carlos me contó que todo lo moviste tú.

— No me agradezcas nada...

— Ya lo he hecho— le interrumpió. —Y quisiera celebrar un año más de vida contigo, mi amor— dejó un beso tierno en los labios. —Mi cielo...

Romer cerró los ojos y puso sus labios junto a los de Canela, dejando que el agua intentara traspasar esa línea de unión entre los dos.

— Y mi familia...— continuó ella. —Ustedes lo son todo para mí. Ya estoy mucho mejor. Gracias a Dios, la parálisis facial no fue extrema. Mucho más extremo fue todo lo demás...

— Shhh... no pienses en eso. Aunque te cueste.

— Tranquilo— ella sonrió como pudo. —Ya lo peor pasó. Esos tipos están muertos— ella agachó la cabeza. —Los tres.

Romer apretó la mandíbula:

— Canela... Me tenías que haber contado que viste a ese idiota en la universidad.

— Tranquilo. No te pongas bravo de nuevo, cariño. Por favor.

Él cerró los ojos, los apretó y se pasó las manos sobre el rostro para

quitarse el exceso de agua.

— El administrador de mierda. El maldito administrador. Canela...— él le alzó la cara con delicadeza. — ¡Yo trabajé con él! Es más... trabajé para él. Lo hubiese reconocido a leguas...

— Ya, por favor. Ya entendimos que todo se trataba de una venganza por el despido. Siempre fue un delincuente. Sabemos la verdad, pero no tenemos que enfrascarnos en eso. Todo lo malo pasó. Yo estoy bien, ya puedo hablar mejor y me estoy recuperando.

Romer la abrazó mucho más fuerte que antes y suspiró, dándose cuenta de lo grandiosa que era Canela. Y agradeciendo a Dios por tenerla allí, consigo.

— Entonces... mañana...

— Hoy. Hoy celebraremos tu cumpleaños. Cuando sean las 12:00, te felicitaré cómo Dios manda—. Él cerró el grifo de la regadera y abrió la cortina. —La cena se va a enfriar...— Alzó las cejas. —Hice postre.

Ella abrió los labios un poco cuánto pudo y sonrió, deslumbrando a Romer con ese gesto tan genuino, y llenándole el corazón de cosas bellas.

— Flores. Wow, señor Aragón. Me sorprende.

— No Canela. Tú me sorprendes a mí. Cada día y a cada hora.

Él la atrajo hasta tu cuerpo, envolviéndola en una toalla para secarla. Ofreció su mano para que saliera de la ducha y al finalizar, tomó su rostro con ambas manos; regalándole un delicado, contundente, ardiente y prometedor beso.

Capítulo 34

Todos conversaban entre sí. La gaita zuliana se mezclaba con las risas que abrazaban a Canela, agradeciendo aquella reunión. Josué estaba contento y bebía poco, controlando su ímpetu por hacerlo de otras formas. Y la tregua entre Aragón y él, dio resultado para crear un ambiente de total calma y paz. Nereida también se unió a ese tratado de buenaventura, acercándose al grupo que formaba Fedra junto a Carmen y Manuel; para bailar, brindar y beber cervezas frías y cantar a viva voz, las notas de cada canción que se supieran.

Faustina estaba en la cocina probando en cortos bocados, la torta sobre la encimera.

— Deja eso así, Fau. Que te estoy viendo...— la regañaba su hermano, quien había entrado por la puerta trasera de la casa de Josué, dándose cuenta de los planes de la jovencita.

— Al final, todos se la van a comer y a mí siempre me tocará la porción más pequeña del pastel.

Carlos puso los ojos en blanco:

— Vete a bailar, anda.

En ese momento, Canela se acercó junto a Aragón para reírse de ambos hermanos discutiendo por la torta. Faustina sacó una cámara fotográfica e hizo que los tres se acomodaran para que salieran retratados.

— ¡Ahhh! — el grito de Faustina casi deja sordos a los presentes. — ¡Quedó hermosa la foto! ¡Miren! — Todos se acercaron a la cámara y rieron al verse.

Al cabo de un buen rato, se encontraban todos juntos en la sala-bar de la casa, muy contentos y relajados cuando Aragón pidió un permiso para ir al baño. Antes de irse, él le dio una mirada a su madre y ésta imperceptiblemente, asintió con la cabeza. Para Canela, aquello no pasó desapercibido. Pero su tía Carmen la distrajo llamando su atención con un tema cualquiera.

Pasaron tan solo unos minutos cuando de pronto, se abrió la puerta trasera

de la casa. En ese instante, todos los presentes escucharon las notas fuertes de un violín, penetrando cada rincón de aquel hogar...

— Oh, Dios...— susurró Canela.

Ella se levantó de un salto y dirigió la mirada hacia la música. Vio entonces, a un señor a quien ella no conocía, tocando *Luna de Margarita* de Simón Díaz, en un hermoso violín. Tocaba con maestría, poniéndole la piel de gallina. Detrás de él, con una hermosa y grande sonrisa, venía Aragón...

— ¡Oh, por Dios! — repitió Canela, con la boca abierta y estática por no creer lo que veía.

Romer se acercó a ella lentamente y clavó su mirada en los ojos de su novia. Tarareaba la canción a modo de karaoke, intentando que solo la escuchara ella, mientras el violín tocaba y tocaba la increíble canción venezolana.

— Hace años escuché esa canción, y me enamoré de las notas— dijo Romer. —Mi madre la canta muy bien, de hecho.

En ese instante, la voz melodiosa de Fedra caló en los corazones de los presentes:

— «*Luna, de Margarita es... Cómo tu luz, cómo tu voz, cómo tu amor...*»

Canela escuchaba anonadada y miraba los ojos llorosos de Aragón.

— Siento que no hay mejor momento en mi vida, en nuestra vida, para pedirte esto...

Romer metió las manos en los bolsillos de su pantalón, y sacó una caja azul oscuro de terciopelo. Canela en el acto, se cubrió la boca con las manos. Vio con mucha claridad, como Romer acomodó una rodilla sobre el piso:

— Canela...— Romer hizo una pequeña pausa para calmarse y no estropearlo. —Quiero estar contigo por el resto de mi vida, y me encantaría con todo mi extraño, pero enamorado corazón, que tú también lo quieras.

La voz de él se quebró un poco al decir aquello:

— Romer...— ella susurró.

— Tuve miedo de perderte por mis desvaríos. Por mi laberinto perdido y ¡por la vida misma! Tuve...— él tomó un sorbo de aire. —Tuve el placer de conocerte, de acercarme a ti y ver cómo es tu alma, cómo eres en lo más profundo. Y todo lo que tú guardas allí para mí y para el mundo, es tan especial... Yo sería un tonto si no te pidiera ahora mismo, delante de todas las personas que amas, en este momento de nuestras vidas, que te cases conmigo.

Unas dulces lágrimas rodaron por las mejillas de Canela.

— Soñé con laberintos sin salida. Sin entender que tú eras la puerta. Yo

encontré un rumbo, Canela. ¡Lo juro! Y juro aquí, ante todos y ante un Dios en el que antes no creía, que yo seré tus brazos y seré tus ojos para que juntos, encontremos la luz.

Canela movió su cabeza...

— Cásate conmigo...— Ella movía su cabeza, asintiendo. —Cásate conmigo, preciosa.

Ella se acercó a él y le indicó que se pusiera de pie. Lo miró a los ojos a esa altura, la que a ella le encantaba enaltecer, y pudo tan siquiera decir, en medio de sus lágrimas más libres:

— Sí.

Romer rio y besó sus labios, rodeándola con sus fuertes brazos, apretándola; sintiéndola más suya que nunca. El violín siguió tocando, pero Fedra ya no cantaba. ¡No podía! Porque junto a todos los demás, ella también se unió a los abrazos.

Capítulo 35

Año 2000

Romer estaba feliz. Su rostro iluminado, el cual contemplaba a Canela mientras bailaba con ella en medio de la pista, lo confirmaba. Para él, ella estaba más hermosa que nunca. Su vestido blanco perla, a pesar de ser un conjunto de telas extrañas y algo exageradas, se mezclaban a la perfección con sus curvas y sus lindos pechos. Él mojaba sus labios, impaciente por probarlos, por quitarle cada prenda de ropa y dejarla como Dios la trajo al mundo. Desnuda y muy completamente desnuda para él, siendo ya su esposa. Su mujer.

Jamás imagino que aquello sería posible. Pero al saberse enamorado y siendo totalmente correspondido, ¿para qué esperar? Ellos crecerían juntos cómo debía ser. Él la protegería y jamás la abandonaría a su suerte, a la suerte de nadie más. Ni siquiera de su padre, que perdido en su culpa, se tragaba la fiesta entera. Romer quitó la mirada de aquel señor que aún era su jefe, y negó con la cabeza muy despacito, para que ella no lo notara. Las cosas no andaban bien entre ellos dos. Pero eran yerno y suegro. Y así debía ser.

Aragón daba vueltas ligeras bailando la canción *Inolvidable*⁷³ en la versión del cantante mexicano, *Luis Miguel*⁷⁴. Canela había elegido esa canción en honor a su amiga Alma, quien no había podido estar allí acompañándolos. Romer mandó a grabar la boda para mostrársela, en el momento que se encontraran con ella, en el viaje de luna de miel.

Mientras danzaban estrechados uno al otro, él pensaba en la preparación de ese viaje, recordando que todo estaba listo. Pasarían la noche en el *Hotel del Lago*, el mismo lugar donde celebraban su casamiento. Y al día siguiente, viajarían a los Estados Unidos y estarían tan solo quince días, a causa de los estudios de Canela y el trabajo de él, en la empresa. Ahora más que nunca, no

podían descuidar su futuro.

— ¿Te gusta mi vestido?

Él arrugó los labios para molestarla:

— Mmm, nop.

Ella le dio un pequeño manotazo en el brazo, sin causarle el mínimo dolor. Haciéndolo reír.

— Me encanta porque lo llevas tú— le dijo en el oído, erizándole la piel. —Pero me encantará mucho más cuando te lo quite. Porque tú no moverás un dedo. Me darás el honor de quitártelo. Prenda a prenda...— ella curveaba su cuello para aplacar los poros abiertos. —Cinta a cinta, te deslizaré todo ese vestido que llevas y...

— ¿Y qué...?

Aragón fijó su mirada en un punto alejado de la fiesta. Se congeló.

— ¿Amor...? — dijo ella, volteando la cara para intentar ver lo que él estaba divisando.

Él movió su rostro a modo de despreocupación, sonrió de forma mecanizada y siguió hablando y a la vez, bailando.

— Te haré el amor. Toda la noche— completó lo que decía, dándole un beso. Luego, interrumpió el baile, pidiéndole disculpas para ir al baño.

— Ve, no hay problema. Yo iré por una bebida— dijo la recién casada.

Aragón se apartó de Canela y se dirigió hasta Carlos. Ella giró sus pasos en una nube, y se alejó hasta la barra siendo consentida por uno de los mesoneros, antes de que llegara. Habló con algunas personas, abrazó a su tía Lu, quien de forma extraña, conversaba con su hermana, Nereida. Y luego de ver aquel panorama con alegría, Canela se acordó de lo que cargaba debajo de su vestido. Entonces, se alejó de la fiesta rumbo a los cocoteros sembrados en fila, por la orilla de la playa.

— ¡¿Qué hace Dina aquí?!

— ¿Cómo? — Carlos volteó de un salto y vio la figura de la mujer, meterse en el restaurante cerrado. — ¿Tú la invitaste?

— ¡Claro que no!

— Romer...— Carlos lo atajó por un brazo. — ¿Qué vas a hacer?

Aragón miró la mano de su amigo sobre su brazo. Luego lo miró a él con molestia:

— Ven conmigo.

Ambos se dirigieron al lugar donde habían visto a Dina. Al entrar al restaurante, se dieron cuenta que no había nadie. Entonces Romer sin pensarlo dos veces, entró al baño de señoritas. Carlos por su parte, miró hacia afuera para asegurarse de que nadie los hubiese visto, y siguió a Romer.

— ¡¿Qué coño haces aquí!?

Aragón agarró a Dina de un brazo y apretó sin medida alguna.

— ¡Ahh! ¡Me haces daño! ¿A caso no puedo ir a la boda de mi hermano?

— ¡No somos hermanos! En mala hora vine yo a querer serlo.

— Romer, déjala. La vas a lastimar...— dijo Carlos, dándose cuenta de la furia que mostraba Aragón.

— ¡Suéltame! Si no quieres que grite aquí y se den cuenta todos con quien se ha casado la dulce y hermosísima Canelita.

— ¡¡¡Ni la menciones!!! — Romer la arrastró por el mismo brazo hasta una butaca que se encontraba en la esquina del tocador, y la sentó bruscamente. — ¿Qué haces aquí? Te exigí que no te acercaras. No eres bienvenida a esta celebración. Te exigí que te fueras de Maracaibo, que hicieras una vida lejos de nosotros. ¡Habla!

Dina inyectó sus ojos llorosos y rojos en Aragón:

— Tenía que verlo con mis propios ojos. Tenía que verte casado con ella...

— No me interesa. Vete.

— Aragón...

— ¡Vete! — miró a Carlos. — Sácala de aquí. Ayúdame para que nadie la vea...

— Romer, cálmate— rogaba el amigo.

— Es que...— Dina intentaba controlar su llanto.

— ¡Estás drogada! Y bebida, de paso— dijo Romer. — Si te hubieses comportado mejor, si fueses alguien diferente, estarías allá en la fiesta celebrando con nosotros. Cómo una más de la familia. ¿No te da pena con mamá? ¡¿Ah?! ¿Dónde estuviste en todo este tiempo? ¿Drogándote con tus amiguitos? Desde el secuestro de Canela, te busqué para contarte. Para que al menos hiciéramos una tregua; ¡Para que te acercaras a la familia! Ninguno de los dos queríamos incluirte en nada, pero mamá hablaba de ti. Ella era la

única que hablaba contigo y nunca te apareciste. ¡Te perdiste! Le dijiste a mamá que te habías ido a Mérida. ¿Estabas allá? ¡¿Drogándote con tus amigotes?!

— ¡NO! No estaba con ellos porque ellos ya están muertos— escupió Dina.

Carlos y Romer detuvieron todo movimiento. Una pausa pesada, llenó la estancia.

— ¿Cómo dices? — Aragón no se preocupó porque su voz sonara quebradiza. — ¿De quienes hablas?

Dina abrió la boca para tomar aire y aliviar el nudo en su garganta. Pero no existiría mejor alivio para ella, que hablar:

— Pitoquín... *Caracas*... El Merideño. Todos— soltó, llorando. — Pitoquín era el tipo que me vendía la droga. Y lo mataron.

Carlos dio un paso hacia atrás.

— ¿Qué mierda estás diciendo, Dina? — preguntó Aragón en un hilo de voz.

— Ni tú, ni Carlucho...— Dina esnifaba mostrando cada vez su estado de embriaguez. —ni Josué, ni nadie me ayudó. ¡En nada! Yo me fui porque aquí no hacía nada.

— ¿Qué dices? ¡¿Por qué mencionas a mi tío?!

Dina paró de llorar de repente al escuchar a Carlos. Giró su cabeza lentamente hacia él y transformó su cara en una mueca burlona, fúrica y decidida. Sus ojos desencajados pero muy firmes a la vez, podían describir la esencia de la locura misma. Y con la voz más horrenda que encontró, soltó lo que ninguno de los dos hombres presentes se hubieran imaginado escuchar aquella noche:

— Querido Carlos... Yo fui amante del tonto de tu tío.

Carlos arrugó las cejas, sin entender aquellas palabras. Pero al sopesarlas, abrió los ojos a más no poder. Asombrado era poco para describirse. En cambio, Aragón reaccionó de otra manera. Tomó a Dina por la boca y apretó con fuerza:

— ¡¿Cuándo pasó eso?! — Dina intentaba soltarse. Carlos caminaba en retroceso, acercándose a la puerta. — ¡¡¡ ¿Cuándo pasó eso?! Eres una mentirosa y te encanta joderlo todo. Deja ya de escupir maldiciones— le batuqueaba el rostro. —Antes de que me arrepienta, vete de una vez de este hotel y de nuestras vidas. Agarra tu carterita de mierda y corre de aquí, bien lejos. Devuélvete a Mérida, de dónde nunca debiste salir— ella lloraba y se retorció para librarse. —Nunca debí dejarme manipular por alguien como tú.

Eres el diablo en persona. ¡Una basura! No sirves para nada. ¡¡¡Vete de una vez!!!

Romer la soltó como si le diera todo el asco del mundo, sin percatarse de que Carlos ya había salido del tocador.

— Pregúntale a Mercedes— dijo de repente, la mujer. —Pregúntale a Mercedes. A tu secretaria. Las secretarias siempre lo saben todo. Siempre.

Romer quedó estático con el corazón acelerado. Pero aquello no le arruinaría la noche. ¡No lo permitiría! Se aseguró que Dina saliera del baño y al pasar unos segundos, salió también para buscar a Canela y asegurarse que estuviese bien.

Dina caminó directo a las puertas de salida, casi chocando con Faustina; quien creyó haberla visto alguna vez. Llegó hasta el lobby, bañándose del aire acondicionado del salón central. Entonces, sintió frío. Pero no fue a causa de la corriente de aire artificial que prestaba el lugar. Era un frío distinto, peligroso. Un frío que atravesó sus manos y pies. Uno, que recorrió todas sus extremidades. Uno, que la impulsó a girar a la derecha, en vez de seguir hacia delante. Un movimiento que cambió la vida de más personas, esa noche.

Capítulo 36

El rostro de Romer era un cubo de hielo. Como una tabla clavada en la pared, escuchaba a Dina una vez más. Ella estaba presa, custodiada por la policía en esa tétrica habitación de hospital. Herida y malograda por la vida. Y por sus propios actos.

— No dejaste que terminara la historia. Aun así, me creíste mentirosa y me botaste del hotel.

Romer calibraba aquellas palabras, sintiendo un ahogo extraño. Sentía peso en los hombros y asco en la boca. Pero el peso por muy raro que pareciera, era liviano. Asemajado a un peso muerto, cuando ya nada importa.

— Lo de Josué, lo dije para herir a Carlos. Él se merecía su parte, por haberme rechazado.

— Pero es verdad— dijo Aragón. Josué bajó la cabeza. Canela miró a su padre.

Dina sonrió:

— Tan verdad como el hecho de estar presa ante ustedes... Aquí me tienen. Deben sentirse todos contentos. Pero no me iré al infierno sin contarles, que esa gente ya no haría nada— hizo una pausa. —Josué había pagado todo el puto dinero que el Merideño le pidió. Sin embargo, fue divertido hacerlo sufrir. Porque él también me rechazó.

Aragón alzó la mirada del suelo para alinearla con la de ella. Dina continuó:

— Yo cuadré tu secuestro, Canela.

— No me nombres— pidió la joven.

Dina rio, haciendo también un gesto de dolor:

— Más allá de todo, siempre quise dinero— dijo mirando fijamente a Romer. —Y el secuestro de tu bella esposa me lo daría. Conocerla en persona me ayudó a cuadrar todo. Y, ¿sabes? No es fácil planificar algo así. Además, me aproveché del odio que el Merideño le tenía a tu jefe. Y también aproveché la sapiencia delictiva de Pitoquín...

Romer tragó grueso. No le preguntaría absolutamente nada más. La forma cómo hizo todo, o el tiempo que tardó para cumplir cada uno de sus planes... Aquellas interrogantes quedarían en las manos de toda deidad y de la policía. Para él, no valía la pena decir nada más referente a la información que ella les estaba dando. Solo un pensamiento rondaba su cabeza. Y era el hecho de saber lo cercana que Dina siempre estuvo de él.

Aragón pensaba que las cosas serían diferentes si no hubiese trabajado para Josué. Si al menos él, Romer Aragón, hubiese conocido toda maldad que guardaba Dina, no se habría traído a Canela de vuelta a Maracaibo. Todo aquello no habría sucedido. Esa pobre mujer, la mucama del hotel, no habría fallecido en manos de aquella asesina.

Su media hermana... Aquella fémina que se crio con él. Por la que casi mure defendiéndola. Por quien ganó una lesión en su rodilla que le quedaría para siempre.

Romer bajó la cabeza y cerró los ojos. Puso las manos en su espalda y se recostó en la pared. Sintió el anillo de casado, dándole algunas vueltas con sus yemas. El nudo en la garganta apareció de súbito, pero controló todo sentimiento...

— Te quise mucho, Dina— susurró.

Canela dejó salir una lágrima al escucharlo. Y vio cómo su esposo salía de la habitación.

La tabla en la que se convirtió Aragón, cobró vida y caminó a través del pasillo. Canela lo persiguió, le habló... pero él la apartó de su lado con una disculpa. Llegó hasta su llorosa madre, y la abrazó. La abrazó fuerte, sobó su espalda y dejó un beso en su cabeza. Se separó de ella y siguió caminando hasta encontrarse de frente a Carlos y a Lucía, quienes iban llegando al hospital. Los observó por un instante, pestañando y sin decir nada, se apartó para seguir con su camino.

Dio todos los pasos necesarios hasta la salida, dándose cuenta de que había amanecido. Escuchó a lo lejos pasos de tacones y un grito con su nombre. Canela le gritaba, lo llamaba... pero él no volteó. Siguió caminando hasta el borde de la acera y giró a la izquierda. Siguió caminando y caminando. Sin rumbo fijo. Tragando grueso, aplacando la culpa y el dolor que se fabricaba en su pecho. Y sin detenerse, comenzó a apurar el paso hasta correr.

Aragón comenzó a correr para drenar.

Aragón corría intentando olvidar todo...

Aragón corría para alejarse.

Correr, correr; Correr.

Correr...

Aragón corrió veloz.

Capítulo 37

*«Pero, Hermas, no guardes ya rencor contra tus hijos,
ni permitas que tu hermana haga lo que quiera,
para que puedan ser purificados de sus pecados anteriores.
Porque ellos serán castigados con castigo justo,
a menos que les guardes rencor tú mismo.
El guardar un rencor es causa de muerte.
Pero tú, Hermas,
has pasado por grandes tribulaciones tú mismo,
por causa de las transgresiones de tu familia,
debido a que no te cuidaste de ellos.
Porque tú les descuidaste,
y te mezclaste a ellos con tus propias actividades malas.
Pero en esto consiste tu salvación: en que no te apanes del Dios vivo,
y en tu sencillez y tu gran continencia.
Estas te han salvado si permaneces en ellas;
y salvan a todos los que hacen tales cosas,
y andan en inocencia y simplicidad.
Estas prevalecen sobre toda maldad y persisten hasta la vida eterna...
El Pastor de Hermas »*

Año 2001

Él no la había abandonado. Y como milagro de la vida, nadie pensaba parecido. Aragón no se había ido para siempre, y gracias al pasar de las horas, los días y los meses, Canela pudo casi responderse, innumerables preguntas. Una de ellas era aquella que se formuló a la sombra de una

palmera, a orillas del Lago de Maracaibo, horas antes de que todo ocurriese. Una pregunta que la propia Canela le había lanzado a su jovencísima prima Faustina: «¿Crees que Romer y yo nos hemos precipitado?» Bajo cualquier circunstancia, las palabras de Aragón en el momento de declararse, eran la verdadera contestación. Porque no existe precipitación ni espera en el tiempo, cuando el mundo deja que nazca un amor transformador, pensaba Canela.

Desde la boda y hasta esa tarde, Canela no había vuelto a ver a Romer. Pero sí habían hablado por teléfono. Sin embargo, durante los cuatro meses transcurridos, aquella única llamada fue suficiente para calmar cualquier desesperación.

Canela lo extrañaba con locura. Y quería no poder entenderlo, para ir tras él y arrastrarlo de vuelta. Pero lo entendía, y muy bien. Sabía el peso que llevaba Romer sobre los hombros. Nada fácil era cargar con culpas, aunque no las tuviese, aplastando la consciencia y generando dolor en el corazón.

Para Canela, la vida de Romer estaba basada en la libertad de no ser libre. Estuvo toda su juventud al lado de una chiquilla inestable, y luego en su adultez, al lado de una mujer desequilibrada. Para Canela, Romer se convirtió en manipulable gracias a su gigante corazón. Según ella, él actuó de forma incorrecta, sí. En miles de maneras y sentidos. Pero el acto más benevolente, luego de amarla con locura, era retirarse del panorama por un tiempo prudencial.

Esperaba que fuese prudencial.

Confiaba en que fuese corto el lapso de su partida.

Los días que pasaron luego de aquella boda desastrosa, no fueron fáciles para nadie. De la forma más dura, Canela se enteró de una parte de lo sucedido gracias a la extensa conversación con la misma Dina. Luego, otra larga conversación con su padre. Y después, otra aún más larga con su primo, Carlos. Éste, le informó de un detalle que ninguno de los mencionados, comentó. Mercedes, aquella hermosa mujer quien había sido la secretaria de su esposo, fue testigo de la relación amorosa que su padre y la media hermana de Aragón, sostuvieron hace varios años atrás. Con escalofríos por el asco que la información le producía, Carlucho le contó que Mercedes se encargaba de enviar encomiendas a la joven dama. Flores, perfumes, cadenas de oro... El detalle pesaba en el hecho de que Mercedes jamás diría una sola palabra, siendo fiel al jefe más antiguo. Canela, al igual que su primo, lamentaban lo sucedido. Con una sola palabra de la secretaria, quizás todo sería distinto...

Carlos sabía dónde se encontraba Aragón. Incluso, el mismo Josué

manejaba esa información, al igual que Fedra y Manuel Mendoza. Pero ninguno de ellos logró traerlo de vuelta. Canela entonces, decidió regresarse a Margarita. Y en ese instante, frente a las cálidas olas de Pampatar, releía el manuscrito que Carlucho le había dejado, luego de aquella pesada conversación. Su primo le confesó que siempre comparó a Romer Aragón, como el propio *Pastor de Hermas*. Y le explicó muy por encima, que aquel escrito vendría siendo la primera versión en la literatura, de la típica imagen del ángel de la maldad en un hombro, y el ángel de la justicia, en el otro. Canela no sabía si aquello era cierto. Pero en su cabeza o en su versión de las cosas, Romer se dejó llevar por dos tipos de tentaciones, muy dañinas y persuasivas, las dos. Muy pesadas... con tridente, aureola y alas de hierro.

Entonces, bajando las hojas impresas y colocándolas en su regazo, Canela miró el mar. Sereno y tan vivo, como la realidad que ambos vivían. Romer se había ido... ella no sabía dónde. Pero aseguraba con el corazón en la mano y la certeza en el alma, que tarde o temprano él la buscaría.

Capítulo 38

Año 2000

Días después de la boda...

Más allá de su conciencia, necesitaba una desintoxicación emocional. Para lograrlo, no podía estar con nadie. Debía permanecer completamente solo. Al principio, aquello era aún más duro que todo lo que había sucedido. Evitó llamar a Canela infinidad de veces, sufriendo al conseguirlo. Pensaba que algunas veces, las situaciones extremas ayudan a empujar a quien no quiere seguir. Que la explosión de las consecuencias, esparce su porción de beneficios. Pensaba que Canela era su puerta de salida, como él mismo se lo había dicho al declararse. Efectivamente, había encontrado una luz y la siguió sin contratiempos. Pero no fue suficiente. Aún faltaban puertas por abrirse.

O quizás, cerrarse...

Aislado, solo algunos de sus allegados sabían dónde se encontraba. En aquel lugar incierto, llevaba consigo todo el peso de lo ocurrido, mezclado con el aroma de Canela y aquella entrega en la habitación nupcial... donde pudo regodearse en lo que tenía de ella y sentirla, como si presintiera que lo peor estaba por desarrollarse. Aquella noche sobre las flores que mandó a colocar para ella, sacó de su tierno cuerpo, aquel vestido magullado y lleno de barro; para tocar cada centímetro de su piel, entrar en ella, escucharla gemir y tragarse toda sensación divina, lujuriosa y enamorada que su mujer le estaba dando.

Él disfrutó a Canela como si fuese una última vez.

Entre las cosas que se había llevado; entre las materiales... se encontraba un disco de música que una vez Canela le había mostrado para que escuchara. Le contó que lo adquirió en los Estados Unidos y que Alma se lo regresó cuando estuvo en Maracaibo. Romer recordó las palabras de su esposa sobre el tema que más le gustaba. Dark Horse de Amanda Marshall⁶⁶:

«Esta canción trata sobre un amor de jóvenes en un hermoso verano. Encaminados en la idea de tomar las riendas de la relación, alejando las peleas... y dejarse llevar por el amor. Cariño, esta canción me empujó a buscarte. Y también el discurso de Alma, por supuesto»

Romer sonrió con nostalgia, al recordar su risa luego de decir aquello. Entonces Canela hizo que amara la canción, tanto como ella lo hacía. Pero desde que decidió alejarse, por más que pasaban los días, no había manera que pudiese escuchar la canción al completo. No podía... esa canción le desconfiguraba el pensamiento.

Tan solo unos días habían pasado, casi al cumplirse el mes completo, en una noche sin sentido para muchos pero con mucho peso para él... sin poderlo evitar, sin amarrarse las manos y atarse la lengua... tomó el teléfono y marcó su número:

— *Oh, por Dios... ¡Romer! ¿Dónde estás?* — Escuchó su voz. — *Amor... ¿Dónde estás? Nadie me quiere decir. Necesito verte.*

— Canela...

— *¡Oh, Dios mío santo!* — él pudo captar de inmediato, aquella voz hermosa totalmente quebrada. — *Te llamé, te dejé mensajes, fui a tu apartamento y vi que tomaste tus cosas. Yo... me quedé días allí.*

— Lo siento...— susurró.

— *No, por favor*— Canela comenzaba a llorar.

Romer sintió lágrimas en sus mejillas. Una de sus manos viajó hasta su cara para secarlas:

— Canela... Lo siento tanto.

— *¡No! No, por favor Romer. Tú no tienes culpa de nada. Tú me salvaste la vida. Me diste todo lo bueno que tengo.*

— Siento haberte expuesto a tanto...

— *No, amor; Escúchame. Eres un hombre valiente por todo lo que has enfrentado. Te has dado cuenta de todo, en un momento de nuestras vidas muy importante, el más importante...*

— Canela... yo sabía que tu padre estaba en problemas y aun así, te arrastré conmigo. Estabas segura en Margarita, y yo te alejé de esa seguridad...

— *¡No! No voy a permitir que te sientas culpable. Tú no me obligaste a nada. ¡Yo decidí acompañarte!*

— Te convencí, Canela. Te jodí estando tan cerca...

— *Por Dios Romer...*— ella hizo otra pausa para calmar su angustia. —

Escúchame... no te hablaré como esposa. Te hablaré como amiga.

Inclinado en un sillón, con los codos en las rodillas, Aragón secaba su cara y tocaba su cabello, oyéndola...

— *Es razonable que quieras estar lejos... Es demasiado todo esto por lo que has pasado. ¡Por lo que hemos pasado! No es fácil, sé que no lo es. Pero no tienes culpa de nada, porque siempre te diste cuenta que debías cambiar los aspectos más dañinos de tu vida. ¡Y lo hiciste! Tampoco, podías imaginar que Dina haría todas esas cosas, solo por rabia. Y mucho menos, nadie pudo imaginar lo tan pequeño que es el mundo.*

Romer sollozaba en silencio:

— Te amo demasiado...

Canela rompió a llorar aún más fuerte al escucharlo. Se agarró al teléfono como a un salvavidas y clavó su oreja en él, para captar una vez más, aquellas hermosas palabras dichas con tanto dolor.

— Te amo, te amo demasiado, Canela. No me perdono nada, porque verte sufrir me ha hecho miserable.

Canela intentaba respirar a través de sus lágrimas:

— *No digas eso, Romer. No eres miserable, nunca lo has sido. ¡Eres grande! ¡Eres mi gran Romer Aragón!*

Se hizo una pausa en palabras, para dejar correr sus pensamientos.

— *Yo también te amo*— continuó Canela. —*Sé que necesitas espacio, ¿pero por cuánto tiempo, Romer? Te necesito... no me dejes sola.*

Él negaba con la cabeza:

— Canela... yo... quiero estar solo.

— *Lo sé... Lo entiendo perfectamente. Y te daré el tiempo que necesites, pero quiero que sepas que te extraño demasiado.*

— Yo también... créeme. Pero quiero estar solo... por un tiempo.

Se hizo otro silencio. Romer escuchó que Canela se restregaba la nariz para secarse lo mojado. Sonrió con tristeza.

— *¿Por cuánto tiempo? Romer... ¿Ya no quieres estar casado conmigo?*

Romer apretó la mandíbula al escuchar aquella pregunta:

— Canela, yo a ti... te amo demasiado. Seré tu esposo hasta que nos muramos, eso tenlo por seguro. Pero por ahora necesito estar solo. Quiero estar solo.

Un nuevo silencio se generó entre ellos dos.

— *Romer... tengo miedo*— dijo en un hilo de voz.

Aragón mordió sus labios y volvió a secar su enrojecida cara:

— No tienes porqué sentir miedo.

— *Pero dime dónde estás...*

La impaciencia en la voz de Canela, le hizo sonreír:

— Solo te diré que estoy bien. Y te prometo que te daré una luna de miel cómo te la mereces....

— *Nos lo merecemos*— le interrumpió. —*Recuerda que no me he casado sola. Me casé contigo. Ese viaje es para los dos. Y no quiero lunas de mieles. ¡Te quiero a ti, conmigo! Aquí a mi lado...*

Romer arrugó su cara una vez más:

— Estaré. Juro que volveré...

Después de esa llamada, Aragón se tomó cada día como una cura, quizás el mejor remedio para las molestias.

Llegó diciembre y con él, un nuevo año. ¡El año 2001! Se suponía que el mundo debió acabarse el año anterior. A Romer le causaba risa aquello. Pensaba que no solo el planeta no se había destruido. Sino que la fecha actual, seguía siendo igual y quizás, venía con más peso. Peso político, emocional y hasta cultural para cada una de las personas en el globo terráqueo. Su soledad autoimpuesta, le permitió pensar en muchas cosas y verlo todo con mayor claridad.

En ese tiempo, contestó llamadas de sus allegados, quienes le aseguraban que Canela estaba mucho más tranquila. Pero ellos también rogaban por su regreso. Querían al chamo de vuelta, al serio y colaborador Aragón. A ese joven caballero que llenó de vida a la chica más bella de todas. Querían al hijo que ayudaba, al administrador estrella; al vicepresidente y al ahora, esposo amoroso y fiel. No aclamaban por el regreso del hombre adicto y quejumbroso. Del loco o desafortunado ser oculto en las tinieblas. Extrañaban al verdadero Romer... atento, valiente y dispuesto a sonreír, si era necesario.

Cada día y cada noche, Aragón pensaba en todo eso como un mantra para su sanación. Y poco a poco el encierro fue mermando, hasta llegar ver la luz del sol, leer algún que otro libro, tomar café y caminar por las laderas de aquel lugar incierto.

Romer sonreía y extrañaba, casi al mismo tiempo. La nostalgia era el pan de cada día. Entonces de esa manera, un día cualquiera en una linda tarde, divisó el disco que tanto había evitado escuchar. Cuatro meses después de su retiro... Aragón buscó la famosa canción y con fuerza de voluntad, apretó el

botón para escucharla:

«Verano Indio,

Abeline...

Eras nueva en la ciudad, yo tenía diecinueve, y las chispas volaron.

Nos llamaron locos a nuestras espaldas.

"Tontos románticos", decían y nos reíamos.

Porque lo sabíamos...

Las estrellas se ven más brillantes desde el desierto.

No hay necesidad de preguntar o justificar,

a dónde esto nos conducirá.

Llevo tu medallón. Adentro está nuestra foto.

La inscripción en ella dice: "La alegría está de paseo".

Y yo creo que algo tan sagrado, ¿hará valer nuestra separación?

Porque el amor no conoce de paciencias.

Todo el tiempo no se puede

complacer al mundo entero»

Epílogo

Un soplo de aire relajado, disfrutando de una tarde casi ejemplar... aquel viendo tocaba el mar y viajaba a través de la arena, para luego anclarse entre los rostros de aquellas cuatro personas que se encontraban respirándolo. Esa corriente de aire hacía que los cuerpos se encorvaran. Que las mantas aparecieran y quizás, algún suéter hiciera su trabajo de cubrir los poros abiertos. Sin embargo Canela, quien era una de las personas que se dejaba seducir por el paisaje, adoraba todo el fresco; ese que la tarde siempre regalaba cada mes de marzo en Playa Varadero.

Lucía la acompañaba, al igual que el viejo Macario y el recién llegado Carlos, quien aprovechó un tiempo libre en su trabajo para visitarlos. Gracias a la mudanza de su prima, Carlucho ganaba la costumbre de viajar por el país alternando el tiempo, y valorando todo aquello que regalaba Margarita. Él, al igual que todas las personas enamoradas de la isla, tuvo la necesidad de planear su vida acorde a la posibilidad de seguir yendo, siempre que pudiese. Y así, no perderse aquella satisfacción de tener una tía, dueña de un lugar tan lindo y sencillo como lo era aquella posada.

Pero Carlos había ido aquella tarde por otro asunto. Y mientras pensaba en ello, Macario miró las nubes y emitió un quejido algo extraño, llamando la atención de los demás:

— ¡Jm! Lloverá. Estamos jodidos.

Canela carraspeó la garganta evitando reírse, cuando la tía Lu le dio un manotazo cariñoso y regañón, al arrugado señor Macario. La joven se acomodó sobre la tumbona, para mirarlo:

— Dinos Macario. ¿Qué puede suceder si llueve ahora mismo? — preguntó Canela.

El hombre movió su boca de lado a lado, canalizando lo que diría a continuación:

— No hay mucho que decir, mi niña. Una lluvia en marzo en plena tarde y en toda la playa, podría causar estragos.

Lucía se puso una mano en la frente, como si no aguantara otra locura o absurdez de su ayudante y amigo.

— A ver, Macario. ¿Qué estragos podría ocasionar una simple lluviecita? — preguntó la tía de ambos jóvenes.

— Yo puedo responder esa pregunta...— exclamó Carlos desde su tumbona, alzando un brazo.

Canela se echó a reír por la forma en que lo dijo, y apartó el manuscrito a un lado para poder ver a su primo en un mejor ángulo:

— A ver, Carlucho. Dinos...

El guapo primo de Canela movió los labios al igual que Macario, pensando de la misma forma, lo que estaba a punto de decir:

— Esas lluvias de marzo no son comunes— explicaba el joven. —A pesar de eso, no creo que sea tan malo lo que pueda suceder, si llueve ahora mismo — decía negando con énfasis, de forma juguetona.

Canela se echó a reír a mandíbula abierta:

— ¿De qué estás hablando? — preguntó la chica. — ¿A caso te volviste loco y supersticioso al igual que Macario?

— ¡Oye! — exclamó el mencionado.

Lucía se echó a reír:

— La verdad, es que Carlucho tiene razón. Una lluvia inesperada, trae cosas inesperadas.

Canela giró los ojos como si estuviese cansada de escuchar todo aquello:

— ¿Cómo qué cosas, tía? No me han dicho una sola cosa coherente desde que Macario miró el cielo.

— No lo sé, no me confío...— dijo el viejo, levantando un brazo. —Solo tienes que mirar al frente. Alláaa... muy fijamente al mar. ¿Lo ves?

Canela volteó su cara hacia el precioso oleaje y abrió los ojos desconcertada, y muy extrañada. Más allá de agua, arena y nubes, por supuesto que no había nada más. De igual forma, decidió seguirle el juego:

— Ok, está bien. ¿Qué es lo que debo ver?

— Si sigues mirando, podrás ver el momento justo. Verás el recorrido de la lluvia hasta que llega aquí... ¡En serio, mi niña! Podrás darte cuenta de cómo viene el agua. La sentirás antes de que te toque.

Lucía curvó sus labios hacia abajo, asintió lentamente y expandió sus ojos, impresionada por aquellas palabras tan bien dichas por su amigo:

— Vaya. Eso sonó... muy poético— opinó la tía.

— ¿Poético? — preguntó Macario. — ¡Es la verdad! Podrás ver la lluvia

venir. Que te lo digo yo que nací y me crié aquí...

Canela siguió mirando hacia el frente. Haciéndole caso a esa petición, se dejó llevar por el paisaje. Contempló la luz tenue que mostraba aquel cuadro natural. ¡Hermoso! ¡Qué belleza! Jamás se separaría por mucho tiempo de allí. Estaba segura que aquel, era su lugar preferido en el mundo.

Entonces, cerró los ojos y suspiró lentamente. Mojó sus labios y le agradó la brisa pasando sobre ellos. De inmediato, la imagen de Romer apareció en su cabeza como un resorte, moviéndose con la fuerza del anhelo. Un pequeño nudo apretó su garganta y tragó grueso para calmarlo. Ella debía estar feliz, feliz para cuando él volviese... Feliz para cuando fuera a buscarla...

De repente, un frío casi helado tocó sus párpados:

— ¿Qué...?

Llevó sus manos a su rostro para apartarse lo que fuera que la había retenido. Tocó, tanteó... eran unas palmas frías como el hielo.

— ¿Qué...? ¿Quién...?

— Verano Indio, Abeline...— susurró una voz en su oído.

Todos los poros de su piel se erizaron, despertaron... Su corazón dio un salto peligroso. ¡No podía ser!

— Si llueve... podemos dejar que la lluvia nos moje— continuó la voz.

Canela metió sus dedos entre su rostro y las palmas que tapaban sus ojos. Aquellas manos estaban frías, pero ella comenzaba a darles calor. Las tomó. Las agarró con fuerza y apretó...

— Tal vez...— siguió la voz. —podríamos entrar al agua antes de que oscurezca...

Canela escuchó aquello, sintiendo que cubrían su cuerpo desde atrás. El dueño de las manos, se acomodaba en su espalda.

— Así podríamos hacer las dos cosas: mojarnos por completo, y disfrutar de la lluvia— propuso aquella misma hermosa, gruesa y seductora voz.

Llorar y reír. ¿Qué otra cosa podía hacer Canela? Sí... Dejarse caer sobre aquel pecho cálido y relajarse. Cuando lo hizo, su rostro fue liberado y aquellos poderosos brazos cubrieron su cintura. Pero sin esperar ni un segundo más, ella giró su cuerpo.

Estática...

Sin respiración...

Nunca unas lágrimas se sintieron tan amenas sobre sus mejillas.

Ella miró muy bien a quien tenía delante. Quiso hablar, pero no pudo. Solo movió sus manos hasta la cara de aquel hermoso hombre, quien sonreía de la

forma más sincera que jamás había le visto; dejando ver un brillo inusual en su mirada. El brillo más impresionante, más enérgico...

— ¿Estás lista para acompañarme?

Ella lloró y sonrió nuevamente:

— Romer...— pudo decir.

Él cerró los ojos por un segundo, agradeciendo mentalmente el escuchar su nombre, salir nuevamente de aquellos labios. Tomó el rostro de Canela casi de la misma forma cómo ella lo tenía sujeto, y la atrajo hacia sí para estrecharla. Respirarla... Vivirla.

Con piernas y brazos, ella cercó su cuerpo y lo besó. Romer abrió su boca y penetró en lo más profundo. Los poros cobraron vida. La piel quemó por la energía y por aquello tan maravilloso que se estaban dando, en aquel preciso lugar del mundo.

Él la apartó solo un instante para mirarla. Acarició sus mejillas y secó sus lágrimas. De repente y como una profecía divina, Macario tuvo razón. La lluvia empezó a caer apacible y renovadora, haciendo que los demás se resguardaran en la posada. Romer comenzó a reír y Canela miró a su alrededor. Recordó las palabras de su tía, quien ya no se le veía por ningún lado: «*Una lluvia inesperada, trae cosas inesperadas*» ¡Qué risa! ¡Qué felicidad! La chica rio, rio fuerte... haciendo reír al joven por la algarabía.

A diferencia de los demás, ninguno de los dos se movió. Canela y Aragón, juntos cómo no lo imaginaron... juntos cómo lo anhelaron. Juntos cómo debían estarlo... batallaron en el abrazo como el fuego y el aire. Dejaron que las gotas, al igual que la vida, rindieran tributo al encuentro más especial...

Al encuentro más esperanzador...

Al encuentro más puro.

FIN

Agradezco...

Dios. Te doy las gracias por permitirme escribir esta historia. Por haberme regalado la vigilia y el sueño. Y por darme la paciencia y la sabiduría para culminarlo. Te doy gracias por cada paso, cada letra plasmada. Por cada una de las personas que me ayudaron a que este sueño, se hiciese realidad. Agradezco la virtud y la bonaza de mis manos. Agradezco por darme una hermosa madre, a una pareja valerosa, a los mejores amigos del mundo quienes me apoyan cada día, y a una familia sin igual. Y agradezco con fervor el mundo que me has dado. Este, donde me permito desarrollar mi pasión más querida. Te agradezco Dios, por el camino que me enseñas, el que me enseñarás, y el que me has mostrado. Infinitamente, gracias.

Ahora te agradezco a ti...

A Pedro Suárez Ochoa y Karolina García Rojo... estos dos seres significan pasión, lucha y profesionalismo. Los aprecio con la grandeza que nos une. Les agradezco por la amistad y la ayuda que siempre me han brindado.

A todas las personas que pertenecen a los grupos de lectura en Facebook: Almas lectoras, Divinas Lectoras, Kindlizate, Locos por los Libros, Libros y Café, La Magia de los Libros, Literatura bajo las Sábanas, Pecadoras Literarias, Todas las Ramas de la Romántica, Zorras Literarias, Romántica Erótica, Red de Escritores, Las auténticas Devoralibros, Escritores y Lectores de Todas Partes, La Caja de los Libros, El Club de Ayer, de Hoy y del Mundo, Entre Libros y Reseñas, Adictas Latinas de Lectura Erótica, Libros al Poder y al grupo Románticas. Todos estos grupos me han ayudado a crecer en este mundo de la Autopublicación. Por eso, debo hacer mención honorífica a los grupos de Twitter: Románticas Latinas y Alcanzando Sueños. Ellos me han

permitido que mis obras se conozcan y de la misma manera permiten a diario, que cada escritor miembro, llegue lejos con sus anhelos cumplidos y sus sueños realizados.

Agradezco a las chicas organizadoras de los eventos: Amor en Tinta. Dicho lugar me ha permitido crecer mucho más. Y doy gracias por darme la oportunidad de participar en cada una de las presentaciones.

Agradezco con los brazos bien abiertos, a las cuentas de fans en Latinoamérica del escritor Sylvain Reynard. Sobre todo a los países: Puerto Rico, Honduras, Colombia, México, Paraguay Argentina y Chile. Todas las chicas que manejan estas cuentas oficiales en Twitter, se merecen un premio al corazón más grande unificado, convertido en almas valientes y hermosas. Les doy las gracias por permitirme ser parte de ustedes. Y por darme valor, paciencia en estos tiempos turbios y por dedicarle tiempo a mis locuras y lamentos. De esta misma forma, agradezco a este maravilloso autor (Sylvain Reynard) por regalar inspiración con sus escritos. SR, vales oro, vales mucho.

Agradezco de todo corazón a mis amigas del grupo de WhatsApp, SR' Donnas: Cinthya, Laura, Karla (Ahre, Karlita), Sandra, Lily, Maru, MJ, Nancy, Anyi, Daniela, Vanessa, Isamar, Alejandra, Monse, Marlene, y Ana. Y a las que ya no están dentro del grupo, pero las adoro con todo mi corazón. ¡GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS! Ustedes han estado conmigo en todo este proceso y eso vale oro, vale mucho, vale infinito.

Doy gracias por mis amigos del alma. Algunos ya se encuentran en otras tierras buscando un mejor futuro. Otros, siguen en esta parte del planeta, pero aún muy lejos de mí. A quienes siguen cercanos, pero por cuestiones de tiempo y de vida, no podemos vernos. Y a los demás a quienes sí veo constantemente, y aguantan todo mi desorden y mis desvaríos. Doy gracias porque están allí, han sido testigo de todo este proceso desde el inicio y estarán para apoyarme en lo que viene. ¡MIL GRACIAS, CHICUELAS Y CHICUELOS!

Doy gracias a mis amigas del Udón Pérez. Gracias a la tecnología, aún nos comunicamos y es verdaderamente fabuloso. Esas mujeres valen oro, valen mucho, valen un abrazo de oso cada día. ¡GRACIAS!

Agradezco a mi máximo y ferviente amor. Te amo por quererme y odiarme, por amarme y soportarme. Por estar conmigo durante todos estos años y por ser el mayor testigo de mi carrera y de mis sueños. ¡TE AMO!

Doy gracias a mi madre. Ella es hermosa, valiente, tiene un alma noble y me soporta, ama, quiere y me aconseja. ¡GRACIAS MAMI! ¡TE AMO!

Le doy gracias a mi mejor amiga, Angie. Leíste capítulos enteros por

WhatsApp. Eso solo lo hacen las verdaderas amigas (risas descomunales, de las que ella conoce).

Existen muchas personas en mi vida, a quienes siempre voy a agradecer. Pido perdón para quienes no mencioné. Pero saben que los aprecio y adoro con todo mi corazón y les agradezco cada cosa que han hecho por mí, y todas las que me han permitido hacer por ustedes. ¡Gracias!

Ahora, te agradezco a ti, lector. Sí... eres una pieza clave en mi vida. Compras el libro y dedicas tu tiempo para leerme. Te ríes, lloras, te aburres, te maravillas y dejas tu opinión para que el mundo la sepa, o para ayudarme a crecer en las plataformas de venta. Cómo sea, cómo lo vivas: ¡GRACIAS POR LEER!

Y doy las gracias honoríficas a todas las personas que en este momento se encuentran en las calles de mi país, luchando por cambiar nuestra historia, escribiendo la suya propia. Doy gracias a los caídos en esta batalla y a los que siguen de pie. Ustedes, almas valientes, son el clamor de un pueblo que vive todavía. Los que protestan, los que trabajan... los que se levantan día a día para alimentar a sus familias y los que estudian para crear una mejor calidad de vida. ¡¡¡Gracias!!!

Glosario de Términos

1) **Iglesia San Rafael:** Llamada también, "Hogar Clínica San Rafael", es un recinto religioso ubicado en la Avenida Bella Vista de Maracaibo, el cual tiene la particularidad de lanzar fuegos artificiales al final de cada boda.

2) **Hotel del Lago:** Actualmente llamado "Hotel Venetur". Es un hotel cinco estrellas, ubicado a orillas del Lago de Maracaibo, colindando con la Avenida el Milagro de la ciudad. Es un hotel que en el año 1998, era un recinto de lujo.

3) **Sifrino:** O sifrina. Significa "Refinado". En España le dicen "Pijo".

4) **Carolina Herrera:** Es una marca de ropa y cosméticos que lleva el nombre de su misma diseñadora, quien es Venezolana y catalogada como una de las mejores diseñadoras del mundo.

5) **La Retreta:** Una canción compuesta por la banda, Gran Coquivacoa. Agrupación autóctona de Maracaibo. La canción fue lanzada para las ferias del año 2000.

6) **Gran Coquivacoa:** Banda musical autóctona de Maracaibo. Una de las agrupaciones más importantes de la región.

7) **Tequeños:** Plato típico de Venezuela, mucho más en Maracaibo. Se trata de una masa cilíndrica y la mayoría de las veces, pequeña. Lleva queso en su interior. Efectivamente, los tequeños del *Hotel del Lago*, eran los mejores de la ciudad.

8) **Carretera Lara-Zulia:** Identificada como la Troncal 17. Es una autopista de 293,578Km. Su construcción se realizó en el año 1936 en el gobierno del presidente, Eleazar López Contreras. Une principalmente la ciudad de Barquisimeto (capital del estado Lara) con la ciudad de Maracaibo (Capital del Estado Zulia), desembocando en el *Puente sobre el Lago*. Es una carretera para viajeros y muy transitada. Sin embargo, los transeúntes intentan manejarla de día para evitar todo peligro.

9) **Carretera Panamericana:** Es un sistema de carreteras de aproximadamente 48000km, la cual recorre y une a casi todos los países del Continente Americano. En Venezuela puede recorrerse al viajar de Maracaibo

a Mérida, o viceversa. Este tramo venezolano se le denomina como La Troncal 1, que atraviesa y vincula los estados: Táchira, Mérida, Zulia, Trujillo, Lara, Yaracuy, Carabobo, Aragua, Miranda y Distrito Capital.

10) **Arepa**: Plato típico de Venezuela. Se trata de una masa redonda y aplanada, hecha de harina de maíz. La misma, puede comerse rellena de distintos rubros como carne, pollo, verduras y hasta granos o queso.

11) **Lácteos del Lago**: Es una empresa perteneciente a la familia Mendoza, en Maracaibo. Es una compañía ficticia. Sin embargo, está inspirada en *Lácteos Los Andes*, empresa real que actualmente distribuye sus rubros por todo el territorio nacional y tienen una gran e importante sucursal en la capital zuliana.

12) **Silverado**: O camioneta Chevrolet Silverado. Fabricada por la división Chevrolet y General Motors. Debutó en el mercado en el año 1998.

13) **Rojo Escarlata**: Es un derivado del color primario, Rojo. Hago mención al color en específico, en honor al relato "Rojo Escarlata" del autor, Pedro Suárez Ochoa, dentro de su libro: Relato en Llamas I. Pueden leerlo, aquí: <http://amzn.to/2qJEOAO>

14) **Corona**: Es una banda de música Eurodance, proveniente de Italia. Liderada por la cantante brasileña, Olga María de Souza. Esta banda se fundó en el año 1993.

15) **Rhythm Of The Night**: Es un tema musical interpretado por la banda italiana, Corona. Encabezó la lista de los más escuchados en Europa durante dieciséis semanas consecutivas, siendo una de las canciones de Eurodance más escuchadas en los años 90.

16) **StarTac**: Es un teléfono celular de estilo Clamshell, fabricado por la compañía, Motorola, y sacado al mercado en el año 1996.

17) **Padre Nuestro**: Oración perteneciente a la religión Católica.

18) **Kodak**: compañía dedicada a la comercialización y diseño de equipamiento fotográfico. Las fotografías retratadas con cámaras de esa marca, se les llama por el mismo nombre. La empresa fue fundada en el año 1892.

19) **Luna de Margarita**: Es el nombre de la posada que pertenece a la tía de Canela y Carlos: Lucía. Su nombre le hace honores a la canción venezolana "Luna de Margarita", interpretada por el cantante nacido en el mismo país, Simón Díaz. La posada es un recinto ficticio.

20) **Sostén**: Brassier o ropa interior para damas, la cual se encarga de cubrir los senos.

21) **La Gran Manzana**: sobrenombre perteneciente a la ciudad de Nueva York, metrópolis ubicada en los Estados Unidos. El sobrenombre nació en el año 1920 cuando el periodista del diario New York Morning Telegraph, John J. Fitz Gerald, lo mencionó en un artículo deportivo.

22) **La Sucursal del Cielo**: es otro sobrenombre que se le ha colocado a la ciudad de Nueva York, metrópolis ubicada en los Estados Unidos. Sin embargo, generalmente no se usa. Este sobrenombre suele usarse con más frecuencia para la ciudad de Caracas. Precisamente, por ser parecida a Nueva York.

23) **Polar Negra**: Es una marca de la cerveza más popular y autóctona de Venezuela. Preparada, diseñada y comercializada por las empresas "Polar". El término "Negra" define el tipo de la bebida embotellada o enlatada, dependiendo de su presentación. En casi todas las escenas, por no decir que todas, su presentación es embotellada.

24) **Zancudo**: mosquito. Se les llama así en Venezuela. Es el mismo insecto que trasmite la enfermedad del Dengue y otras más.

25) **Pasapalos**: son un conjunto de pequeñas porciones de comida que se sirven en las fiestas.

26) **Chévere**: Es una palabra venezolana (latina. En algunos lugares fuera de Venezuela también es utilizada), para definir que todo está ¡Muy bien! O ¡Es muy agradable!

27) **Anémonas marinas**: es un animal anclado en las profundidades del océano, muy parecido a una planta o en este caso, a las anémonas terrestres. Pertenece a la familia de los corales y las medusas, y posee unos tentáculos venenosos, los cuales atrapan en segundos a cualquier pez que se mueva muy cerca de ellas.

28) **Melado**: crema de helado, o crema pastelera. Generalmente en Venezuela (dependiendo del lugar o la zona), melado es el nevado o la crema que se usa para decorar las tortas.

29) **Bacci**: caramelos de café rellenos de chocolate. Generalmente suelen venderlos dentro de los buses, de forma ambulante.

30) **Cereser**: es el nombre o marca de un tipo de Sidra espumante. En Venezuela se le dice: bebida o vino champanizado.

31) **Jezebel**: Es una canción interpretada por la cantante, Sade Adu con su banda: Sade. La canción se encuentra en el disco "Promise". El cual fue lanzado en el año 1985.

32) **Sade**: o Sade Adu. Es una cantante Británico-Nigeriana de música Soul

y Jazz. Con su banda que lleva por nombre "Sade", también desarrolló canciones R&B y Rock suave. Es considerada un ícono de la música erótica y sensual.

33) **Marlboro**: marca de cigarrillos.

34) **Mr. Wrong**: Es una canción interpretada por la cantante Sade Adu con su banda: Sade. La canción se encuentra en el disco "Promise", lanzado en el año '85.

35) **Margarita**: es una isla Venezolana. Es conocida a nivel mundial por sus paradisíacas playas, sus grandes complejos hoteleros y su gran actividad turística.

36) **Santa Rita**: es un municipio ubicado en el Estado Zulia, Venezuela. Su capital lleva el mismo nombre. Su entrada principal se encuentra ubicada muy cerca del *Puente sobre el Lago*.

37) **La Regional**: (Que no se confunda con Las Regionales, como la cerveza "Regional"). La Regional o Policía Regional, es el departamento de policía del estado.

38) **La Feria de la Chinita**: Es el nombre de las fiestas patronales de la ciudad de Maracaibo, en honor a la virgen de "Nuestra Señora de Chiquinquirá". Se celebran específicamente los días: 18 y 19 de noviembre. Pero los ciudadanos suelen celebrarlo durante casi todo el mes pre-dicembrino.

39) **Vergación**: Palabra alegórica usada únicamente en la ciudad de Maracaibo. No tiene un propio significado. Es una derivación o conjugación de la palabra "Verga", la cual para el pueblo marabino, puede significar cualquier cosa, situación u objeto. En este caso, "Vergación" significa una exclamación, como decir: ¡Dios mío santísimo!

40) **Cacique**: Es la marca de un ron venezolano. Es catalogado como uno de los mejores del mundo. Es una de las bebidas alcohólicas (de esa marca) más vendidas (después de las cervezas) en Venezuela.

41) **Pacos**: significa "Policías". Es un modismo utilizado en la jerga de los mal llamados "Malandros" o delincuentes. Algunas personas que no pertenecen a bandas delictivas, también utilizan este sobrenombre. La utilización y significado de la palabra, varía dependiendo de la zona.

42) **Arrecho**: En Venezuela, significa "Bravo" o "Molesto". También: "Difícil". En otros países, su significado cambia dependiendo de la zona. Esta palabra se usa con mucha frecuencia en la ciudad de Maracaibo.

43) **Simón Díaz**: es un cantante Venezolano ya fallecido, ícono de la música autóctona del país y compositor de las mejores canciones llaneras

jamás escuchadas. Es el intérprete de la canción, Luna de Margarita.

44) **Sabana:** es una canción compuesta e interpretada por el cantante venezolano, Simón Díaz. La Sabana es una planicie de pasto y gran paisaje.

45) **Teatro Baralt:** es una edificación dedicada a las artes escénicas, ubicada en el casco central de la ciudad de Maracaibo. Su ubicación colinda con el Palacio de Gobierno, la Plaza Bolívar, la sede de la Alcaldía y demás emblemáticas edificaciones coloniales y no coloniales. Fue construido desde el año 1877 e inaugurado seis años después. Su nombre hace honores al periodista, escritor, poeta e historiador marabino, Rafael María Baralt, nacido en la Venezuela Independentista, en el año 1810.

46) **Abraham B. Yehoshua:** es un novelista Israelí, quien también se ha dedicado a la enseñanza en la universidad de Haifa, Jerusalén. Ha sido catedrático en casas de estudio en los Estados Unidos y ha recibido premios como el "Bilalik".

47) **El amante:** o Hame'ahev (Ha Mehaev), es una novela escrita por el israelí, A.B. Yehoshua y publicada en el año 1977. Su publicación para Buenos Aires-Argentina, fue lanzada en el año 1980. Y con el nombre "Duomo", fue lanzada en Barcelona, España para el año 2013.

48) **Pampatar:** Es una ciudad venezolana ubicada en la Isla de Margarita, la cual pertenece al estado Nueva Esparta. Pampatar es la capital del municipio Maneiro.

49) **Playa Varadero:** Es una paradisíaca playa venezolana ubicada en la región de Pampatar, capital del Municipio Maneiro, estado Nueva Esparta. Dicha playa colinda con la gran avenida, Aldonza Manrique.

50) **Avenida Aldonza Manrique:** Es una de las avenidas principales de la ciudad de Pampatar, capital del municipio Maneiro, Margarita. La misma tiene una longitud de 2.89 kilómetros y es entrada de gran número de playas y sitios turísticos.

51) **San Francisco:** Es un municipio venezolano, ubicado al sur de Maracaibo. Fue nombrado municipio en el año 1995.

52) **Respect:** es una canción interpretada por la cantante de Soul, Aretha Franklin, en el disco "I never loved a man the way I love you"; lanzado en el año 1967.

53) **Aretha Franklin:** es una cantante estadounidense nacida en el año 1942, de música Soul, R&B y Gospel. Es llamada "La Dama del Soul" o "La Reina del Soul".

54) **I Never Loved a Man the Way I Love You:** es una canción

interpretada por la cantante de Soul, Aretha Franklin. La composición musical se encuentra en el disco que lleva el mismo nombre y el cual, fue lanzado en el año 1967.

55) **Yordano**: Giordano Di Marzo Migani, es conocido como "Yordano". Es un cantante venezolano de música romántica y balas Pop-Latinas. Fue parte de la generación de oro del talento nacional de los años 80. Actualmente, sigue interpretando temas nuevos y llenando escenarios con los temas que lo catapultaron al estrellato.

56) **Aquel lugar secreto**: Es una canción escrita e interpretada por el cantante venezolano, Yordano. El tema pertenece al disco llamado "Yordano", lanzado en el año 1984.

57) **Deep Forest**: es una banda de música dedicada a la creación de temas "World Music". El grupo es francés y está integrado por los fusionistas, Eric Mouquet y Michel Sánchez. Entre sus fusiones, se encuentran temas musicales étnicos, así como estilos brasileños, asiáticos y de varias partes del planeta tierra. Su fuerte es la electrónica. La banda se fundó en el año 1992.

58) **Deep Forest (Canción)**: es el nombre de una canción creada e interpretada por la banda francesa de "World Music", Deep Forest (O selva profunda). La misma, es el inicio y la bienvenida del primer disco de la banda. El disco lleva por nombre: Word Mix y fue lanzado en el año 1992.

59) **Dimensión Latina**: es una banda musical venezolana de estilo Orquesta, fundada en el año 1972. Su género era la Salsa y el Bolero.

60) **Llorarás**: Es un tema musical del género "Salsa", interpretado por el cantante Oscar de León, en el quinto disco de la agrupación "Dimensión Latina". Esta canción fue lanzada en el disco que lleva por nombre "Dimensión Latina 75", lanzado en el año 1974.

61) **Ana Luisa**: es un personaje del relato "El Motel de la carretera" del escritor venezolano, Pedro Suárez Ochoa. Dicho relato pueden leerlo, aquí: <http://calorenletras.blogspot.com/2016/06/el-motel-de-la-carretera.html>

62) **Hospital Coromoto**: es un hospital perteneciente a la empresa Petróleos de Venezuela (PDVSA). Transformándose algunas décadas después de su fundación, en un hospital público. Está ubicado en la ciudad de Maracaibo, Estado Zulia.

63) **Fernando Rincón**: era un cantante nacido en Maracaibo, en el año 1948.

64) **Tuve que amarte en silencio**: es un tema musical del género "Gaita Zuliana" interpretado por el cantante marabino, Fernando Rincón.

65) **Pastor de Hermas:** es una obra cristiana perteneciente al siglo II, escrita por Hermas de Roma. Hago referencia en el libro sobre este manuscrito, porque es el primer texto conocido donde aparecen los ángeles del bien y del mal, como acompañantes de la conciencia del hombre. Para este libro, se menciona el *Sexto Mandato* donde se cita lo siguiente: “Hay dos ángeles en cada hombre: uno de justicia y otro de maldad (...) El ángel de justicia es delicado y tímido (...) ‘El ángel de maldad’ es iracundo y rencoroso”.

66) **Dark Horse:** Es una canción interpretada por la cantante canadiense, Amanda Marshall. La canción pertenece al álbum "Amanda Marshall", lanzado en el año 1995.

67) **Amanda Marshall:** es una cantante canadiense del estilo Rock-Pop, nacida en el año 1972.

68) **Anónimo:** es una referencia "supuestamente" anónima que usé para dar antesala a un capítulo. En líneas generales, es una cita escrita de mi autoría. La frase: «En la vida hay amores que nunca pueden olvidarse...» es parte de la canción "Inolvidable" interpretada por el cantante mexicano, Luis Miguel. Menciono al cantante en honor a la biología, Zácari.

69) **José Alejandro Rojas:** fue Ministro de Economía en Venezuela, durante el período presidencial 1999 - 2000. Del presidente Hugo Chávez.

70) **Cubalibre:** es una bebida cubana creada entre los años 1901 y 1902, la cual consiste en la mezcla de refresco negro (o las mundialmente conocidas Coca Cola o Pepsi) con ron. En algunas recetas, el cubalibre contiene Amargo de Angostura, la cual es una bebida hecha a base de limón concentrado.

71) **Alondras:** o Alondra. Se trata de un tipo de ave. Hago la mención en honor al libro La Alondra del famoso escritor canadiense, Sylvain Reynard. El libro pertenece a la serie, Noches en Florencia. Pueden leerlo, aquí: <http://amzn.to/2rJS4WM>

72) **Santa Bárbara del Zulia:** es una parroquia perteneciente al Municipio Colón, estado Zulia, Venezuela.

73) **Inolvidable:** Es una canción escrita en el año 1944 por el pianista y compositor cubano, Julio Gutiérrez. La misma, fue versionada por innumerables cantantes de baladas y boleros a nivel mundial. Las versiones más famosas fueron las interpretadas por el bolerista puertorriqueño, Tito Rodríguez y por el cantante mexicano de Balada-Pop, Luis Miguel. La versión de éste último es la mencionada en el libro. Con la mención del cantante, hago honores a la biología, Zácari.

74) **Luis Miguel**: o Luis Miguel Gallego Basteri, es un cantante nacido en Puerto Rico en el año 1970, y nacionalizado mexicano. Bajo esta última nacionalidad, es como el mundo entero lo conoce. Comenzó su carrera artística a la edad de once años y actualmente, es uno de los intérpretes de Balada-Pop más importantes de América Latina.

Contáctame

Puedes encontrarme en las siguientes plataformas:

<https://www.facebook.com/ranacienporciento>

<https://twitter.com/Ranacien>

<https://www.instagram.com/ranacien/>

<https://www.goodreads.com/user/show/41023891-diana-acosta-quintero>

<https://www.wattpad.com/user/DianaAcosta474>

Visita mi blog personal (Y no olvides clicar las publicidades):

<http://loslibrosderana.blogspot.com/>

Encuentra todos mis libros:

Las creencias de Ayelén:

<http://loslibrosderana.blogspot.com/2015/10/relato-corto-las-creencias-de-ayelen.html>

Bilología Zácari: <http://loslibrosderana.blogspot.com/2016/03/zacari-el-secreto-de-eros-de-diana-c.html>

Miedos (Outtake de Zácari):

<http://loslibrosderana.blogspot.com/2016/12/relato-inedito-de-zacari-miedos.html>